



El
CIRCO

de la **FAMILIA**

PILO

WILL ELLIOTT

Lectulandia

«Tienes dos días para pasar la audición. Será mejor que la pases, colega. Vas a unirte al circo. ¿A que es la mejor noticia que te han dado nunca?». Este ultimátum, en boca de un trío de payasos psicóticos, arroja a Jamie al terrorífico universo alternativo del circo de la familia Pilo, un mundo limítrofe entre el infierno y la tierra desde el que se han perpetuado las mayores tragedias de la humanidad. Sin embargo, en este lugar poblado por seres espantosos, grotescos y monstruosos en el que la violencia y el salvajismo son la norma, Jamie descubre que su peor enemigo es él mismo. Cuando se aplica el maquillaje blanco en la cara se transforma en J. J., el payaso más despiadado de todos. Y J. J. quiere a Jamie muerto...

Lectulandia

Will Elliott

El circo de la familia Pilo

ePub r1.3
nalass 30.11.14

Título original: *The Pilo Family Circus*
Will Elliott, 2006
Traducción: Juan José Llanos Collado
Diseño de cubierta: Heidi Whitcomb
Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mis padres

El carnaval de la raza humana,
algodón de azúcar y caras sonrientes;
un niño habla con la boca llena,
una novia consigue un muñeco de peluche.

Se respira un ambiente festivo,
hemos encontrado otro mundo.

Carousel^[1]

Primera parte
Que vengan los payasos

La bolsa de terciopelo

Entre ellos no había ninguno que no mirase hacia atrás, con la esperanza de que el carnaval los restituyese con los de su propia especie.

The Carny de Nick Cave^[2]

Jamie se detuvo con un chirrido de los neumáticos y lo primero que se le pasó por la cabeza fue «casi mato a eso», en lugar de «casi mato a ese». En el destello de los faros había una aparición vestida con una camisa abultada salpicada violentamente de estridentes flores estampadas. Llevaba zapatones rojos, pantalones a rayas y maquillaje blanco en la cara.

Lo que alarmó de inmediato a Jamie fue la expresión de los ojos vidriosos y confusos del payaso, que sugerían que el mundo era completamente nuevo para él, que su coche era el primero que veía en su vida. Era como si acabara de eclosionar de un huevo gigantesco y hubiera deambulado hasta la carretera para detenerse en ella, tan inmóvil como el maniquí de una tienda, con aquella camisa floreada, que contenía a duras penas una barriga flácida, metida en la cintura de los pantalones, los brazos apretados a ambos lados del cuerpo y las manos enfundadas en guantes blancos que formaban puños gruesos y redondos. Bajo las axilas se extendían manchas de sudoración. Lo miró fijamente a través del parabrisas con sus maliciosos ojos saltones hasta que perdió el interés y se alejó del vehículo que había estado a punto de matarlo.

El reloj del salpicadero marcó el décimo segundo desde que Jamie había detenido el coche. Oía a caucho quemado. Sus tiempos como automovilista le habían costado al mundo dos gatos y un faisán, y ahora habían estado a punto de costarle un ser humano completamente idiota. Se le pasaron por la cabeza todas las desgracias que le habrían sucedido si hubiera titubeado lo más mínimo al pisar el freno: juicios, acusaciones, noches en vela y ataques de culpabilidad durante el resto de su vida. Enseguida le sobrevino una cólera homicida. Bajó la ventanilla y gritó:

—¡Eh! ¡Apártate de la puta carreteraaa!

El payaso no se inmutó, tan solo movió la boca, abriéndola y cerrándola dos veces, aunque no pronunció ninguna palabra. Jamie estaba a punto de sufrir un ataque a causa de la cólera; ¿acaso aquel tipo se creía gracioso? Rechinó los dientes y apretó el claxon. El pequeño y viejo Nissan resolló con todas sus fuerzas, emitiendo un

sonido penetrante en la quietud de las dos de la madrugada.

Parecía que al fin le había causado cierta impresión. El payaso abrió y cerró la boca de nuevo y se tapó los oídos con las manos enfundadas en guantes blancos, al mismo tiempo que se volvía para encararse de nuevo con Jamie. El frío contacto de su mirada le provocó un escalofrío en la columna vertebral. *No vuelvas a tocar el pito, colega, decían sus malévolos ojos. ¿No te parece que un tipo como yo tiene problemas? ¿A que prefieres que me guarde mis problemas para mí solo?*

La mano de Jamie vaciló encima del claxon.

El payaso se volvió nuevamente hacia la acera y avanzó dando tumbos antes de detenerse una vez más. Si un coche circulaba rápidamente en sentido contrario haría lo que había estado a punto de hacer Jamie. En fin, la madre naturaleza era sabia, tan solo era el curso natural del gen de la estupidez, al que se desterraba de la especie igual que se extrae la sangre emponzoñada. Jamie reanudó la marcha, meneando la cabeza y riendo nerviosamente.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le susurró a su reflejo en el espejo retrovisor.

Pronto lo sabría... La noche siguiente, de hecho.

—¿Dónde está mi puto paraguas?

Jamie se lamentó para sus adentros. Era la cuarta vez que se lo preguntaba a grandes voces, acentuando sucesivamente todas las palabras. Frente a él estaba nada menos que Richard Peterson, un redactor sensacionalista de uno de los periodicuchos nacionales, *La voz del contribuyente*. Había entrado en tromba en el club de caballeros de Wentworth, en medio de una tormenta de Armani y betún. Como conserje, Jamie cobraba dieciocho pavos por hora por soportar amablemente aquella diatriba.

Los gritos se interrumpieron. Peterson lo miró fijamente en un torvo silencio, torciendo el bigote.

—Lo siento, señor, no lo he visto. ¿Me permite ofrecerle uno de regalo?

—¡Ese paraguas era una puta herencia!

—Lo comprendo, señor. Tal vez...

—¿Dónde está mi puto paraguas?

Jamie hizo una mueca cuando dos mujeres atractivas pasaron delante de las puertas y sonrieron ante el revuelo del interior. Durante los dos minutos siguientes repitió «lo comprendo, señor, tal vez...», mientras Peterson amenazaba con devolver el carné de socio, ponerles una denuncia, hacer que lo despidieran, ¿o es que acaso no sabía con quién estaba tratando? Finalmente uno de los colegas de Peterson atravesó el vestíbulo y se lo llevó a la barra como quien engatusa a un dóberman con un filete sanguinolento. Peterson se fue refunfuñando. Jamie suspiró, sintiéndose, no por primera vez, como la estrella invitada de una telecomedia británica.

A medida que arreciaba el ajetreo de las seis de la tarde se produjo una estampida

de famosos de Brisbane con barriga cervecera, socios de bufetes de abogados, presentadores de telediaros, mandamases de la AFL^[3], jugadores de críquet retirados, miembros del Parlamento del Estado y personajes de todas clases, excepto jóvenes y femeninos. El silencio se adueñó del vestíbulo; los únicos sonidos que atravesaban las paredes de granito eran los cláxones amortiguados del tráfico, el reconfortante bullicio urbano de la jornada de trabajo que terminaba y la vida nocturna que despertaba. El vestíbulo estaba desierto; el sosiego solo se veía interrumpido esporádicamente por algunos miembros del club que salían más borrachos y risueños de lo que habían entrado. Cuando el último de ellos se hubo marchado dando tumbos, Jamie se concentró en una novela de ciencia ficción, mirando furtivamente por encima del hombro de tanto en tanto para asegurarse de que no lo sorprendiera su jefe ni un famoso de Brisbane extraviado. Esa, en cambio, no era una forma tan mala de ganar dieciocho pavos por hora.

El reloj dio las dos. Jamie despertó de una especie de trance y se preguntó adónde habían ido las últimas seis horas. El club estaba en calma; el resto de los empleados se habían ido a casa y todos los miembros estaban acostados, confortablemente llenos de cerveza, al lado de acompañantes de pago.

Jamie fue andando hasta el centro Myer. Era un joven alto y pelirrojo y daba zancadas largas y espasmódicas con sus delgadas piernas, taconeando secamente en la acera con unos zapatos brillantados, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de *sport*, jugueteando con una moneda de dólar entre el dedo pulgar y el índice. Un mendigo se había aprendido los horarios de sus turnos y desde hacía semanas trataba de interceptarlo cuando se dirigía al aparcamiento. El viejo salió a su encuentro delante del centro Myer en el momento preciso, oliendo a vino de barrica y con aspecto de Santa Claus decadente. Murmuró algo acerca del tiempo y fingió sorpresa y alegría cuando Jamie le entregó el dólar, como si fuera lo último que hubiera esperado, y de ese modo el turno de Jamie concluyó con profusos agradecimientos, lo que hasta cierto punto resultaba gratificante.

Preguntándose, no por primera vez, por qué demonios había estudiado Bellas Artes, arrancó el pequeño Nissan. El motor chirrió como un pulmón enfermo. En el trayecto a casa vio a otro payaso.

Los faros pasaron rápidamente ante los establecimientos cerrados de New Farm y allí estaba, delante de una tienda de comestibles. No se trataba del mismo payaso de la noche anterior; tenía mechones de cabello negro erizados como cerdas y la cabeza redonda como una pelota de baloncesto. Su atuendo también era distinto. Llevaba una sencilla camiseta roja, que parecía una anticuada prenda interior de algodón, que le ceñía fuertemente el pecho y el vientre, y pantalones del mismo estilo con el fondillo abotonado. El maquillaje, la nariz de plástico y los zapatones rojos eran lo único que tenía de «payaso»; por lo demás, podría haber sido un borracho de cincuenta y tantos

años que se hubiera perdido al volver a casa o andase en busca de un romance en una callejuela.

Cuando Jamie pasó el payaso estaba dando muestras de desesperación, llevándose las manos a la cabeza con exasperación y musitando alguna queja a los cielos. Vio por el espejo retrovisor que se agachaba entre aquel establecimiento y una tienda de artículos de jardinería, perdiéndose de la vista.

Jamie habría estado encantado de dejarlo estar; había psicópatas sueltos en el barrio, no tenía nada de raro que los hubiera en New Farm. Habría regresado a casa, habría subido a hurtadillas la escalera de atrás para darse una ducha, le habría ofrecido algo de comida a la legión de gatos callejeros de los alrededores, habría vuelto sigilosamente a su habitación, se habría masturbado con pornografía de Internet y se habría derrumbado en la cama, dispuesto a volver a empezar desde el principio al día siguiente. Pero su coche tenía otras ideas. Escuchó el chirrido de un voluminoso vientre metálico indigesto y a continuación le llegaron los olores del aceite y el humo. El pequeño Nissan murió en mitad de la calle.

Jamie dio un manotazo al asiento del acompañante y las casetes salieron despedidas en todas direcciones, como cucarachas de plástico. Su casa estaba a cuatro calles de distancia, en lo alto de una colina. Estaba estirando los músculos de las pantorrillas (para ponerse a empujar aquel cacharro desobediente), cuando oyó que una voz extraña exclamaba:

—¡Goshy!

Le dio un vuelco el corazón. La voz se oyó de nuevo desde atrás.

—¿Goshy?

Se había olvidado del payaso. Era sin duda una voz de payaso, una voz ridícula con un tono de preocupación exagerado y un lloriqueo infantil que brotaba de la garganta de un hombre de mediana edad. En la mente de Jamie aquel tono conjuraba la imagen del tonto del pueblo golpeándose el pie con un martillo y preguntando por qué le dolía. El payaso exclamó de nuevo, en esta ocasión con más fuerza:

—¿Goshyyyyyy?

¿Goshy? ¿Sería una especie de palabrota? Jamie dio media vuelta y retrocedió hasta el aparcamiento de la tienda de comestibles. Las calles estaban silenciosas y sus propios pasos le parecían atronadores. Obedeciendo a cierto instinto que lo instaba a mantenerse oculto, se arrastró hasta el otro lado de un seto que había junto al aparcamiento y entre las hojas vio al payaso delante de la tienda de jardinería; estaba mirando al tejado y adoptando poses de padre afligido, pasándose la mano por la cabeza, echando los brazos al cielo y fingiendo desmayarse con los ademanes afectados de una actriz de teatro: poniéndose la mano en la frente, dando un paso hacia atrás y exhalando un gemido. Jamie esperó a que se diera la vuelta para salir corriendo del seto y ocultarse detrás de un contenedor de basura industrial para observarlo desde más cerca. El payaso volvió a pronunciar aquella palabra:

—¡Goshyyyyyy!

Entonces se le ocurrió una idea. «Goshy» es un nombre. *Puede que sea el nombre del payaso que estuve apunto de atropellar. A lo mejor este lo está buscando, porque Goshy se ha perdido.* Parecía que encajaba. Y delante de sus ojos el payaso encontró a su amigo. El payaso de la noche anterior estaba en el tejado de la tienda de plantas, tan inmóvil como una chimenea. Apareció de una forma tan inesperada que Jamie, alarmado, estuvo a punto de gritar. Su semblante reflejaba la misma estupefacción pura.

—¡Goshy, no tiene gracia! —exclamó el payaso del aparcamiento—. Baja de ahí. Venga, Goshy, baja, ¡tienes que bajar! ¡Goshy, no tiene gracia!

Goshy seguía en el tejado sin moverse, apretando los puños a ambos lados del cuerpo como un niño petulante, con los ojos como platos, los labios fruncidos y la barriga flácida como una bolsa de cemento mojado debajo de la camisa. Contemplaba al otro payaso sin pestañear; no pensaba bajar, eso estaba claro. Parecía que le había dado un berrinche pasivo. Abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido y se dio la vuelta.

—¡Goshy, baja, por favoooooor! Cuando venga Gonko se va a enfadar muchísimoooo...

No se produjo ninguna reacción en el tejado.

—Goshy, vengaaaaa...

Goshy se volvió nuevamente hacia el otro payaso, abrió y cerró la boca en silencio y a continuación, sin previo aviso, se adelantó tres pasos hacia el borde del techo sin doblar las piernas y se arrojó al otro lado. Había unos tres metros y medio de altura. Goshy se precipitó de cabeza contra el cemento con la elegancia de un saco lleno de gatitos muertos. Cuando aterrizó se oyó un chasquido sordo, audible y espantoso.

Jamie aspiró entrecortadamente una bocanada de aire.

—¡Goshy! —El otro payaso fue corriendo hacia Goshy, que estaba tendido boca abajo, apretando fuertemente los brazos contra los costados. Le dio una palmadita en la espalda como si tuviera un simple ataque de tos. No sirvió de nada; probablemente Goshy necesitaba una ambulancia. Jamie miró nerviosamente a la cabina que había al otro lado de la calle.

El otro payaso le dio una palmadita un poco más fuerte en la espalda. Goshy, que seguía tumbado boca abajo, estaba rodando de un lado a otro como un bolo derribado; parecía que estaba sufriendo una especie de ataque. El otro payaso le asió de los hombros. Goshy empezó a emitir un sonido semejante al de una tetera de acero hirviendo; un agudo chillido:

—¡Mmmmmmmmm! ¡Mmmmmmmmmmm!

El otro payaso lo levantó. Cuando se puso en pie, sin dejar de emitir ese horrible ruido, miró fijamente al otro payaso con una expresión de sobresalto en los ojos abiertos como platos. El payaso le sujetó por los hombros, susurró «Goshy» y le dio un abrazo. La tetera siguió chillando una y otra vez, pero el volumen disminuía con

cada exabrupto hasta que el ruido cesó por completo. Cuando el otro payaso lo soltó, Goshy se volvió hacia la tienda de plantas, la señaló con un brazo rígido y abrió y cerró silenciosamente la boca. El otro payaso dijo:

—Ya lo sé, pero ¡tenemos que irnos! Cuando venga Gonko... —El payaso le dio a Goshy una palmadita en los pantalones, a continuación le metió las manos en los bolsillos y extrajo algo. Jamie no alcanzó a ver de qué se trataba, pero el otro payaso dio nuevas muestras de desesperación—. ¡Ah! ¡Ah, no! Caray, Goshy, ¿en qué estás pensando? No se puede tener esto aquí, no señor. Ay, ay, ay, Gonko va a... El jefe se va a poner muuuy...

El payaso se interrumpió para observar el aparcamiento desierto antes de arrojar el pequeño paquete, que aterrizó con un sonido como el de un carillón emitiendo una sola nota y se deslizó entre los setos que había junto a la acera antes de que Jamie pudiese verlo bien.

—Vámonos ya, Goshy —ordenó el payaso—. Tenemos que irnos.

Cogió a Goshy por el cuello de la camisa para llevárselo. Jamie se levantó, preguntándose si debía seguir a aquella pareja o ir corriendo a la cabina telefónica; uno de aquellos idiotas se acabaría matando si lo dejaban a su suerte. Entonces algo atrajo su atención: un tercer payaso. Se hallaba junto a la puerta de una copistería, dos puertas más allá de la tienda de plantas, con los brazos cruzados sobre el pecho. Jamie meneó la cabeza, incrédulo, y se agachó de nuevo para ocultarse. Supo de inmediato que aquel payaso no estaba aquejado de las enfermedades que afectaban al cerebro de los dos primeros; su semblante denotaba una aguda perspicacia y miraba fijamente a los otros dos con los ojos entrecerrados mientras estos atravesaban el aparcamiento arrastrando los pies. Goshy y su compañero se detuvieron. Goshy no se inmutó, pero el otro miró al nuevo payaso con algo semejante al terror. Tartamudeó:

—Hola... Gonko.

El payaso recién llegado no se movió ni reaccionó. Era delgado y llevaba un uniforme que consistía en unos holgados pantalones a rayas sujetos con tirantes, una pajarita, maquillaje blanco en la cara, una camisa decorada con dibujos de gatitos y un sombrero hongo de grandes dimensiones. Observó a los otros payasos con los ojos entrecerrados, como si fuera un gánster sacado de una película de mafiosos; si se había propuesto hacer reír a la gente, bien podría haberlo hecho a punta de pistola. Escrutó el aparcamiento como si estuviera buscando testigos y Jamie se encogió aún más detrás del contenedor industrial; de pronto estaba convencido de que era una idea estupenda que no lo vieses. El sonido de Goshy al estrellarse contra el cemento, un chasquido sordo, le reverberaba en los oídos, y sintió un escalofrío.

El nuevo payaso les indicó con el dedo a los otros que se acercaran. Estos acudieron dando tumbos.

—Tenía que encontrarlo, Gonko —se disculpó el payaso que no era Goshy—. Tenía que hacerlo, no sabe cuidarse solo aquí fuera, no sabe...

El nuevo payaso respondió con voz áspera:

—Cierra la puta boca. Vámonos. —Recorrió de nuevo el aparcamiento con la mirada, desde la acera hasta el contenedor industrial. Jamie se agazapó para ocultarse y contuvo el aliento. Se quedó agachado un minuto; le inquietaba que los payasos pudieran oír los latidos de su corazón, aunque no podía precisar qué era exactamente lo que temía. Finalmente se arriesgó a mirar por encima de la tapa del contenedor. Se habían ido. Se alejó de buena gana del nauseabundo hedor de la basura. Una pequeña mancha blanca junto a la tienda de jardinería señalaba el punto en el que se había estrellado Goshy, el payaso. Maquillaje. Lo tocó y lo frotó entre los dedos para cerciorarse de que los últimos diez minutos habían sucedido de verdad.

En las inmediaciones se escuchaban los susurros de la noche en la ciudad, como si hubieran vuelto a encenderse tras una breve interrupción. Ladró un perro y se accionó la alarma de un coche en algún lugar lejano. El frío repentino le produjo un escalofrío y Jamie miró el reloj: eran las dos y cincuenta nueve minutos de la madrugada. Le quedaba por delante un largo paseo hasta su casa.

Cuando estaba cruzando la calle algo en el seto atrajo su atención. Recordó que uno de los payasos le había hurgado en el bolsillo a otro, había sacado algo y lo había tirado. Lo recogió; era una bolsita de terciopelo, de la mitad del tamaño de su puño, atada en la parte de arriba con un cordel blanco. Parecía que estaba llena de arena. O quizá de otra clase de polvo. Y a juzgar por la conducta de los payasos, a lo mejor se trataba de la clase de polvo del que de tanto en tanto los miembros del club Wentworth dejaban algunos vestigios en los espejos de mano de sus habitaciones, junto con pañuelos ensangrentados y pajitas. Qué interesante. Se metió la bolsa de terciopelo en el bolsillo, donde rebotaba contra el muslo a cada paso que daba.

Ahora venía lo divertido. Puso el Nissan en punto muerto y empezó a empujarlo hacia la estación de servicio que estaba a dos calles de distancia. Un conductor que pasaba le informó con un grito:

—Eso te pasa por conducir una mierda japonesa, colega.

—*Arigato gozaimasu*^[4] —masculló Jamie.

Más adelante, cuando recordase aquella noche, Jamie se asombraría de haber pensado que sus peores problemas eran el coche y el dolor de espalda que habría de causarle empujarlo, y de que ni siquiera por un momento hubiese pensado con alarma en la bolsita de terciopelo que llevaba en el bolsillo, que parecía que estaba llena de arena.

Acechando en sueños

La casa compartida era grande y vieja, de estilo *queenslander*, se hallaba en lo alto de una colina y se negaba obstinadamente a venirse abajo a pesar de la negligencia de sus inquilinos. La pintura estaba descascarillada, la escalera de atrás se balanceaba peligrosamente, el espacio que mediaba entre el techo de abajo y el suelo de arriba estaba habitado por ratas del tamaño de zarigüeyas y era posible que el casero hubiese olvidado la existencia de aquel lugar, pues un inspector de la propiedad los habría condenado a todos a la horca. La habitación de Jamie, el único dormitorio de la planta baja, era la avanzadilla más limpia de aquella jungla de solteros, y cuando entraba exhalaba un suspiro como si regresase a la seguridad de un refugio antiaéreo privado.

Contrariamente al espíritu de solteros de sus compañeros de piso, a quienes no parecían importarles esas cosas, el dormitorio de Jamie estaba decorado con un objetivo en mente: lo que pensaría Svetlana, la chica rusa que servía copas en el Wentworth, si entrase una noche imaginaria, después de que Jamie hubiera hecho acopio del coraje suficiente para pedirle una cita. El plan consistía en lo siguiente: el ordenador le daba un aire moderno; los pósteres de David Bowie y Trent Reznor, vestido con mallas, indicaban que tenía la mente abierta; el estante de cedés, en el que se amontonaban cientos de discos, y la caja de cartón, llena hasta el borde de antiguos vinilos, manifestaban sus gustos variados y su extensa cultura; las plantas de marihuana, que se identificaba con la naturaleza; la bicicleta de montaña que había en el rincón, sus habilidades atléticas; la alfombra persa de imitación, que era un hombre de mundo; la pecera, que podía reflexionar tranquilamente y era bueno con los animales; el atrapasueños que colgaba del techo, su lado espiritual; el pequeño teclado sugería que era una persona creativa. Cada uno de aquellos objetos era como una pluma de la cola de un pavo real, su función era la de cortejar y deslumbrar.

Cuando regresó aquella noche, como todas las noches, examinó con preocupación los diversos elementos de la exposición para asegurarse de que todo estuviera en su sitio, de que sus compañeros de piso o los yonquis que merodeaban por allí no le hubieran robado artículos esenciales. Miró intranquilo el teclado, se preguntó si debía ponerlo en un lugar más visible y decidió por centésima vez dejarlo donde estaba. Ajustó la alfombra de modo que discurriera paralelamente a las tablas del suelo, describió lentamente un círculo para examinar su nido y suspiró, satisfecho de que todo estuviera en orden.

Se quitó los pantalones sin sacar la bolsa de terciopelo del bolsillo y se preguntó

por cuánto podía venderla si en efecto se trataba de cocaína; no escasearían los compradores en la casa. Por el momento dejó la bolsa donde estaba y subió para darse una ducha. La casa era una ruina: parecía que habían arrojado una granada por el retrete y habían tirado de la cadena. Alguien había devorado veinte dólares en provisiones de Jamie desde que este se había marchado al trabajo y no había tenido la delicadeza de tirar los envoltorios vacíos. Había un yonqui lívido y comatoso en el sofá del salón; presumiblemente era amigo de uno de los compañeros de piso de Jamie, probablemente de Marshall. Jamie bajó la escalera de atrás, sintiéndose repentinamente deprimido. Aquella no era la vida para la que lo había preparado la televisión norteamericana. No había bodas de comedia romántica ni fraternidades llenas de gamberros alocados y chicas con camisetas mojadas. Solo había facturas que pagar y platos en el fregadero.

En el dormitorio, David Bowie lo observaba desde el póster como una andrógina figura paterna con pantalones acampanados que se ensanchaban alrededor de los tobillos. Jamie se arrojó sobre la cama, puso el despertador y se interrumpió; antes tenía que echar un vistazo a la bolsa de terciopelo, ¿verdad? La sacó de los pantalones. Parecía demasiado pesada para su tamaño. Se la pasó de una mano a otra y percibió un ruido muy tenue, como de canicas entrechocando. Desató el cordel blanco y sostuvo la bolsa debajo de la lámpara. Dentro había numerosos abalorios pequeños que destellaban a la luz de la lámpara como cristal en polvo. Apretó la bolsa. Ahora que estaba abierta el sonido era audible, como el de un pequeño carillón. Tocó tentativamente el polvo con el dedo; era suave como la ceniza.

Dejó la bolsa en la mesita de noche, apagó la lámpara y se tumbó. Las tablas del techo crujieron cuando en la primera planta alguien se dirigió a la cocina para rematar la comida que le quedaba. Jamie se preguntó ociosamente qué ocurriría el día en el que estallara definitivamente, y con esa nota nada atípica se quedó dormido.

El sueño se presenta con tanta claridad que Jamie se siente completamente despierto en una nube maloliente detrás del contenedor industrial. Le parece que haber empujado el coche hasta la estación de servicio es el sueño del que acaba de despertarse.

Se escucha una voz que grita:

—¿Dónde estás, cabrón? Maldita sea, esto de acechar en sueños es una estafa. ¿Cuántas bolsas nos ha cobrado esa vieja bruja por esto? ¡Doops! Date prisa, capullo. Que no estamos de safari.

—Perdona, Gonko, es que... —contesta una voz quejumbrosa que Jamie reconoce. La primera voz pertenece a Gonko, el payaso delgado, y Jamie lo ve cuando asoma la cabeza por encima de la tapa del contenedor industrial. Gonko está merodeando por el aparcamiento; de algún modo es capaz de caminar con el sigilo de un asesino a pesar de sus ridículos zapatones rojos. Su rostro parece

surcado por líneas marcadas y duro como la piedra; es como si lo hubiesen usado como papel de lija y lo hubiesen empapado en güisqui. Sus ojos desaparecen en finas rendijas, relucen fríamente y tocan como la punta de un dedo helado todo aquello en lo que se posan.

Jamie, que está detrás del contenedor, cae en la cuenta de que Gonko está buscando dos cosas: la bolsita de terciopelo llena de polvo y a la persona que se la ha robado. Y siente un peso en el estómago, porque la bolsa no está a salvo en su casa, sino en su bolsillo. Sopesa arrojarla al otro lado del aparcamiento y salir corriendo, pero una breve mirada a Gonko acaba con esa idea. El payaso al acecho, que se mueve como si fuera un espantapájaros de atuendo estridente, parece decir solo con sus andares *nada de eso. Voy a cogerte, colega. No salgas. Órdenes del médico*. No le cabe duda de que Gonko lo matará si lo encuentra.

Jamie se arrastra a cuatro patas hasta el otro lado del contenedor y ve a los otros dos payasos. Además, sabe cómo se llaman. El primero es Goshy, por supuesto, y el de las cerdas negras es Doopy. Jamie sabe de algún modo que son hermanos. Gonko interrumpe la búsqueda, se vuelve hacia ellos y les espeta:

—No os quedéis ahí parados, gilipollas. Encontradlo. Está aquí.

Jamie asoma la cabeza por el borde del contenedor y ve que Goshy da media vuelta y lo mira directamente. Clava sus ojos enajenados en los suyos y el influjo de su mirada lo deja petrificado. Goshy abre y cierra la boca dos veces sin emitir ningún sonido. Los demás payasos están mirando para otro lado en ese momento, y eso es bueno, porque Goshy levanta el brazo sin doblarlo y señala directamente al contenedor, directamente a Jamie. Goshy abre y cierra de nuevo la boca muda y Jamie siente que un escalofrío de terror le recorre la columna vertebral.

—Gallinita, gallinita —exclama Gonko con voz cantarina—. Tú la llevas. Ratón, que te pilla el gato. Un, dos, tres, zapatito inglés...

Frustrado, Gonko descarga una bota sobre un BMW aparcado, con tanta brutalidad que la portezuela del conductor se comba y se desprende de las bisagras con un chirrido metálico. Goshy sigue mirando fijamente a Jamie, con frialdad depredadora en un ojo y confusión en el otro. El hecho de que su rostro pueda conciliar esas dos actitudes tiene algo obsceno, como si la mente del payaso estuviese dividida a partes iguales entre un tarado y un reptil. Goshy se adelanta unos pasos hacia el contenedor industrial sin doblar las piernas y Jamie se agacha detrás de este. Goshy está justo encima de

él, se le encienden los ojos y mete la mano en el contenedor. Jamie está punto de gritar... Pero Goshy se limita a sacar una lata de cerveza vacía y mirarla como si fuera un enigma que tiene que resolver. Abre y cierra la boca de nuevo y Doopy se vuelve a mirarlo.

—Goshy, deja eso. ¡Déjalo, Goshy, no tiene gracia!

Goshy sigue contemplando la lata durante otro minuto, la deja caer a los pies de Jamie y se dirige hacia los otros dos payasos. Pero tropieza y cae pesadamente sobre el hormigón.

—¡Goshy! —exclama Doopy, que acude corriendo. Goshy rueda sobre el hormigón con los brazos apretados a ambos lados del cuerpo, chillando como una tetera.

—¡Hmmmmm! ¡Hmmmmm!

Y Jamie despierta en el preciso momento en que en la primera planta la tetera de la cocina llega al punto de ebullición, el ruido atraviesa el entarimado y se abre paso hasta él, chillando como un payaso.

Jamie despertó con la ominosa sensación de haber descansado demasiado. El pequeño despertador verificó sus temores: eran las tres de la tarde. Sin pensar en el sueño de la noche anterior, corrió por el dormitorio buscando desesperadamente el uniforme de trabajo, las toallas, los calcetines y la cartera, que se habían escondido durante la noche. Subió la escalera de atrás, atravesó la puerta trasera y, por supuesto, ya había otra persona en la ducha. Aporreó la puerta.

—¡Vete a la mierda! —fue la brusca respuesta.

Parecía su compañero de piso Steve, el extraordinario ladrón de comida.

—¡Venga, hombre, que llego tarde! —gritó Jamie, aporreando de nuevo la puerta.

Cuando esta se abrió seguía saliendo agua de la ducha y el vapor se escapó por la entrada. Apareció una cara aniñada, redonda y chorreante que tenía un aire contemplativo, con una ceja enarcada reflexivamente. Un brazo mojado y musculoso salió disparado y derribó a Jamie de un fuerte empujón en el pecho; después la puerta se cerró con suavidad.

—Eso es agresión —le advirtió Jamie al techo. Se levantó y se quedó mirando fijamente la puerta, boquiabierto, meneando la cabeza. *¿Es que piensas aguantar eso?*, lo apremió una parte de él. *¡Defiéndete! Joder, por una vez en la vida, defiéndete...*

Ese día no. Por el contrario, fue a la cocina a prepararse un café y un sándwich. Abrió violentamente la puerta del frigorífico y siseó entre dientes: el pan había desaparecido, así como la mayor parte de la leche.

—Dios, ¿es que le pido demasiado a la vida? —susurró. Buscó comida, una vana esperanza en una cocina de solteros que era más bien un establo; solo vio paquetes de fideos instantáneos cuyas sobras se derramaban sobre la encimera como gusanos

congelados—. ¡Joder! —exclamó. Lo asaltó una oleada de rabia incandescente y le propinó una patada a la puerta del frigorífico. Bajó corriendo a ponerse los zapatos, preguntándose cómo inspirarles un poco de respeto, aunque fuese un poco, a sus compañeros de piso.

Sus ojos se posaron sobre la bolsa de terciopelo que estaba en la mesita de noche. Apenas titubeó un segundo antes de cogerla, haciendo que tintineara como una campanilla. Si se trataba de una droga, tal vez hubiera llegado el momento de averiguar cuáles eran sus efectos; mejor dicho, sus efectos secundarios. Subió de nuevo las escaleras hasta la cocina, donde abrió la botella de leche casi vacía y echó cuidadosamente un pellizco de polvo dentro, agitó la botella y volvió a dejarla en el frigorífico. Si Steve se comportaba como de costumbre estaría colocado enseguida, quizás estuviera psicótico a la hora de la cena. Jamie se salpicó las axilas en el fregadero, se secó con un trapo de cocina, se vistió y se fue al trabajo.

Su turno transcurrió sin incidentes. Aunque no lo supiera, serían las últimas ocho horas de paz que tendría durante algún tiempo.

Acechando durante la vigilia

Sintió que algo no encajaba en cuanto se bajó del taxi. Pasaban veinte minutos de la medianoche. La calle estaba en silencio y no había ninguna prueba visible que sustentase aquella sensación, pero allí estaba. *Aquí pasa algo... Algo va mal.*

La cortina del dormitorio de Steve se agitó ligeramente ante sus ojos como si alguien acabara de apartarse de la ventana. La luz se apagó.

Jamie se detuvo un breve instante en la puerta de su habitación con el dedo sobre el interruptor de la luz, aguzando el oído sin saber por qué. De pronto todo le parecía demasiado silencioso.

Accionó el interruptor, soltó la bolsa y emitió un sonido como si lo estuvieran estrangulando; parecía que un ciclón había arrasado el dormitorio. La televisión estaba rota, tenía una fisura en la pantalla con la forma aproximada de la suela de una bota. El monitor del ordenador presentaba una herida semejante y estaba tirado en el suelo como una cabeza cortada. La ventana estaba rota y, a través del agujero dentado, vio sus calzoncillos colgados en la cerca del vecino. Los peces muertos estaban flotando y habían escrito las letras R. I. P. con lápices de colores en la pecera, junto con el boceto de un pene. Los pedacitos del teclado, que valía mil cuatrocientos dólares, estaban diseminados por el suelo. Había algo en la almohada que parecía un enorme montón de mierda humana, enroscada como una gruesa serpiente muerta. El cajón de la mesita de noche estaba en el suelo y su contenido esparcido por todas partes. No se veía la bolsita de terciopelo por ninguna parte.

Pero, ¿qué significaba todo aquello? Alguien lo había hecho. En aquel vertiginoso momento eso le parecía lo más absurdo de todo, como si un terremoto hubiese sido una explicación más racional. Por amor de Dios, ¿por qué? ¿Quién haría una cosa así?

Cuando salió de la habitación esperaba que la escena se desvaneciera por completo como un espejismo si volvía a entrar en ella. Con los hombros encorvados, meneando la cabeza, subió la escalera de atrás dando tumbos hasta la cocina. Puso la tetera en el fuego y entonces lo asaltó el hedor del vómito; el fluido de intenso color rojo había atascado el fregadero y salpicaba el suelo. Sus zapatos estaban en un charco que se estaba secando. Contempló el vómito fascinado hasta que la tetera emitió un chillido que lo despertó con un sobresalto.

Goshy. La idea se le pasó por la cabeza como si fuera un ruido de fondo. Aturdido, se sirvió agua en la taza, sacó la leche del frigorífico y advirtió que alguien había dejado un murciélago muerto en el estante del medio, junto a un recipiente de

ensalada de patata. Los colmillos blancos estaban congelados en una mueca. Jamie lo contempló inexpresivamente, bebió un sorbo de café y dejó que la puerta se cerrara.

Salió de la cocina y entró en el salón. Recorrió los destrozos con la mirada antes de detenerse en las palabras «cerditos políticos» que alguien había escrito con helado de chocolate en la pared. Tales palabras le resultaban familiares. Tras un momento, cayó en la cuenta de que se trataba del mensaje que había escrito «la familia» Manson con la sangre de sus víctimas después de la carnicería. Había una delgada cuerda balanceándose del ventilador del techo, la cual tenía forma de soga y se encontraba ceñida al cuello de un osito de peluche. Le habían desgarrado el trasero para meterle un trozo de papel. Jamie lo extrajo y leyó el mensaje escrito en letras mayúsculas con lápices de colores: «Adiós, mundo cruel». En el suelo había trozos de plástico y de alambre dispuestos en forma de letras y Jamie se dio cuenta de que se trataba de los restos del teléfono. Las letras formaban las palabras: «No está en casa». De algún modo, advirtió distraídamente que aquella demostración de vandalismo requería cierto grado de paciencia y concentración, como si se hubieran propuesto que contrastase con la violencia fortuita que la rodeaba; habían prestado una atención casi artística a cada una de las agresiones.

Bebió un sorbo de café con el pulso firme y tranquilo. Junto a la televisión destrozada había un pequeño objeto rojo que atrajo su atención. Se inclinó para recogerlo, pensando al principio que se trataba de una pelota de goma. Estaba unida a una cinta de plástico blanco: era una nariz de pega. La balanceó un momento sujetando la tira con el dedo índice y después la dejó caer entre los escombros.

En ese instante se percató del llanto que salía de uno de los dormitorios. Se dirigió lentamente hacia el origen del sonido; los despojos desparramados por el pasillo se quebraban y crujían bajo sus pies. Pasó ante la puerta de Marshall, el amigo de los yonquis. Pasó ante la puerta de Nathaniel, que malversaba el dinero de las facturas. Ambas habitaciones estaban en silencio; el llanto salía de la de Steve. La puerta estaba abierta y la luz apagada. Jamie se detuvo en la entrada, esperando y bebiendo sorbos de café. Los sollozos se interrumpieron. Oyó la respiración entrecortada de Steve, que moqueaba ruidosamente. Finalmente susurró:

—¿Jamie?

—Steve —dijo Jamie con una voz muy lejana—, ¿qué ha pasado? ¿Por qué está...? ¿Por qué está la casa hecha un puto desastre, Steve?

Fuera, en algún lugar, una sirena de policía aulló antes de desvanecerse a lo lejos. Jamie vio la oscura silueta de Steve moviéndose encima de la cama.

—No lo sé —contestó al fin Steve—. Vinieron unos tíos y... No me acuerdo exactamente... Una parte... una parte la hice yo, porque si no lo hubiera hecho...

Jamie parpadeó.

—Vinieron unos tíos, ¿eh, Steve? Estás seguro, ¿no? ¿Qué tíos, exactamente? — En el fondo de su mente, Jamie lo sabía; la nariz de payaso no había sido una pista sutil. Era casi un juego deliberado aferrarse a un motivo más cuerdo: que lo hubiera

hecho Steve.

Steve volvió a derrumbarse. Jamie supuso que había percibido en parte la amenaza que se intensificaba rápidamente en la entrada... «Cerditos políticos», con dos cojones, solo que no tenía que escribirse con helado. Jamie se adentró un paso en la oscura habitación. Steve se retorció sobre el colchón y los muelles de la cama chirriaron. Jamie alargó la mano para encender la luz.

—No, no lo hagas... —empezó Steve.

El dormitorio se iluminó. La cara redonda de Steve estaba embadurnada con un grasiento arco iris de maquillaje. Le habían emplastado una enorme sonrisa roja con pintalabios alrededor de la boca. Tenía la cabeza y el pelo completamente tiznados de un blanco aceitoso. Sus lágrimas rodaban sobre aquella máscara macabra, trazando riachuelos en las mejillas. Tenía una nariz de payaso de plástico rojo colgada del cuello y llevaba una camisa con puños blancos con volantes y un estridente estampado de flores. La habitación había recibido el mismo tratamiento que el resto de la casa. La lámpara de lava de Steve había dejado de existir. El estéreo estaba destripado. La mitad del suelo presentaba marcas negras de quemaduras semejantes a cicatrices de latigazos.

Jamie soltó la taza, que se rompió y le salpicó los pies de café caliente.

—¿Steve? —susurró.

—Esos tíos —dijo Steve entre gimoteos— vinieron y... me sujetaron y me pusieron... esto. Supongo que debían de ser drogas, amigos de Marshall. A lo mejor les debe dinero o algo así y vinieron a saldar cuentas. Estaban vestidos como... payasos.

Claro que lo estaban. Jamie se puso en cuclillas, aquejado de una repentina jaqueca.

—¿Cuántos eran? —preguntó.

—Me parece que eran tres. Empezaron abajo. Se oían golpes y cristales rotos... Pensé que eras tú, así que bajé a decirte que te callaras, ¿sabes? El flaco me agarró y... —Steve agitó las manos delante de la cara—. Había otros dos. Uno de ellos no dejaba de decir «no tiene gracia, no tiene gracia». Y el otro no dejaba de hacer un... un ruido extraño...

—Como una tetera hirviendo —murmuró Jamie.

Steve no dio muestras de haberlo oído.

—El flaco tenía un cuchillo. Me dijo que si no los ayudaba a destrozar la casa me rajaría. Así que los ayudé.

—Los ayudaste —repitió Jamie.

Steve le dirigió una mirada de reproche.

—¿Qué iba a hacer? Eran tres contra uno. Ese tío iba a pincharme, tendrías que haberlo visto. Quería pincharme, de verdad. Tuve que hacer lo que me decían. Rompieron la tele...

—Esa pintada de helado en la pared, ¿quién la hizo?

—El payaso flaco —dijo Steve—. No sé por qué. Ni siquiera sé lo que significa.

—¿Y el vómito de la cocina?

—Es mío —susurró Steve, limpiándose la nariz con la manga—. Pero eso pasó antes de que vinieran. Me tomé algo y lo devolví enseguida. Llevo así todo el día.

«Algo». Los ojos de Jamie se posaron en una taza mediada de café frío que había en la mesita de noche de Steve. Después miró la taza rota que estaba a sus pies, mientras el café se desparramaba por el suelo, enfriándose. Afloró un recuerdo desagradable: se vio echando un poco de aquel polvo misterioso en la leche para vengarse de Steve por haber estado en la ducha y por haberle robado la comida. Jamie apenas tuvo tiempo para esbozar una sonrisa desprovista de alegría antes de que lo acometiesen las náuseas, que le atenazaron el estómago como si le hubieran propinado un puñetazo, llegaron al fondo de la garganta y manaron a borbotones hasta las mejillas. Jamie salió corriendo por el pasillo, tropezándose con los escombros y los despojos, y llegó por los pelos al fregadero de la cocina.

Cuando acabó se echó agua del grifo en la boca con manos temblorosas y trató de quitarse el sabor de boca. Detrás de sus ojos bailaban lucecitas blancas. Se quedó mirando su reflejo en la ventana de la cocina. *¿Ahora qué?*, se preguntó.

Ahora vendrían los payasos. No tenía ningún sentido, pero de algún modo lo sabía: iban para allá.

Pero resultó que eso no era completamente cierto. Ya estaban allí.

Jamie estaba en el cuarto de baño, lavándose la boca con dentífrico, cuando oyó un ruido leve abajo, en su dormitorio. Se interrumpió e inclinó la cabeza hacia un lado, esperando que hubiera sido su imaginación. Pasó medio minuto de silencio y entonces los payasos anunciaron su presencia. Un topetazo, un chirrido, un balbuceo, el silbido de una tetera y un estrépito.

Venía de su habitación. Jamie gimió y salió corriendo del cuarto de baño, entró en la cocina, resbaló en el vómito y se estrelló contra el suelo. La caída fue dolorosa y ruidosa. Más abajo, los sonidos de la demolición cesaron para dar paso a un silencio escudriñador que fue interrumpido por una exclamación sofocada («¡Gonko, no tiene gracia!»), seguida del sonido de la madera arrancada.

Jamie se puso en pie y buscó un cuchillo grande en un cajón, pero lo mejor que encontró fue un rodillo. Salió pitando por la puerta de atrás con el rodillo en la mano, sintiéndose ridículo; probablemente no era el arma que usaba Genghis Khan para ocuparse del negocio. Cuando bajó la escalera se detuvo a escuchar.

—¡Gonko, por favor! —prorrumpió apasionadamente el payaso quejica, justo antes de que se produjera un enorme estruendo, y de inmediato un silbido más tenue y ominoso, el sonido de algo que era pasto de las llamas.

Jamie emitió un gemido de pánico y fue corriendo a su habitación. Un fulgor anaranjado titilaba al otro lado de la puerta. Los tres payasos le estaban dando la

espalda. El quejica con mechones de cerdas negras estaba levantando cuidadosamente la almohada de la cama de Jamie; parecía que estaba rescatando el montón de mierda de las llamas que se propagaban por la manta como quien sostiene a un bebé dormido. Goshy, que estaba a su lado, se volvió para ofrecerle a Jamie una visión de su perfil. Su rostro aún conservaba aquella expresión de sorpresa, como si lo estuviera viendo todo por primera vez. Siguió arrastrando los pies, reparó en Jamie y entrecerró los ojos con un aire completamente calculador. Abrió y cerró la boca en silencio.

El payaso delgado también se dio la vuelta y lo miró con los ojos entrecerrados; sus facciones estaban surcadas de arrugas y líneas marcadas y las sombras danzantes del fuego proyectaban un resplandor diabólico sobre ellas.

—Ah, hola, amiguete —dijo con falsa alegría—. Precisamente estábamos hablando de ti.

Los tres se abalanzaron sobre Jamie; Goshy tenía los brazos abiertos como un niño de tres años que necesita que lo abracen, el delgado embestía como un pendero futbolista británico y el quejica avanzaba a trompicones, tropezándose. El fuego se estaba propagando por la cama de Jamie a sus espaldas; habían arrancado los tablones de la pared y los habían arrojado al colchón para alimentar las llamas.

Jamie retrocedió un paso y levantó las manos, disponiéndose a combatir, pero sabía que estaba condenado. Jamás se había peleado con nadie, lo más parecido que había tenido a una pelea fue un intercambio de amenazas de muerte en un atasco. Se le doblaron las rodillas a causa del miedo y arrojó el rodillo con todas sus fuerzas. Sorprendentemente, el proyectil dio en el blanco; el rodillo fue dando vueltas en línea recta hacia Goshy, se estrelló contra su barriga flácida y a continuación, más sorprendentemente aún, rebotó y salió despedido hacia Jamie, como una mancha borrosa de madera que volaba hacia sus ojos. Jamie se volvió para protegerse la cara y el rodillo lo golpeó en la sien. Cayó al suelo y se desmayó, quedando completamente a merced de los payasos.

Cuando Jamie volvió en sí solo recordaba que el mundo de la vigilia era un lugar desagradable y se obligó a desmayarse de nuevo. Aquello funcionó durante un par de minutos, pero era difícil quedarse allí mientras alguien le estaba clavando una piqueta en la sien con un ritmo acompasado de cuatro por cuatro. Se aferró la cabeza y gimió lastimosamente; entonces sintió que algo también andaba mal por debajo de la cintura. Tenía algo alojado en el recto; que Dios lo ayudase, allí estaba. Se dio palmaditas en el trasero con una mano temblorosa y sintió que sobresalía algo duro. Cuando lo extrajo el desagradable roce le arrancó un gruñido de dolor. Era una nota de papel enrollado.

Pum, pum, pum. Cuando se incorporó se intensificó el ritmo de la estaca que le estaban clavando en la cabeza. Percibió un olor cercano, un hedor absolutamente

putrefacto a cerveza rancia y basura. Abrió los ojos y vio que habían redecorado su habitación. Habían arrancado la madera de la pared; al parecer, los payasos habían estado trabajando en una especie de dibujo (se adivinaba algo que quizá fuera una cara sonriente), pero aquella tarea debía de haber sido demasiado para ellos. La cama se había convertido en un montón de ceniza del que sobresalían algunos muelles y alambres. Alguien había metido a rastras el contenedor de reciclaje de la calle y había esparcido por el suelo el contenido de botellas rotas que se había acumulado durante meses.

Se puso en pie, se tambaleó y volvió a ponerse en cuclillas. Sus ojos se posaron en el interruptor de la luz; estaba rodeado de clavos que habían hundido en la pared desde el otro lado, de modo que las puntas le pinchasen la mano a cualquiera que buscase a tientas en la oscuridad. Casi admiraba las molestias que se habían tomado los payasos.

En el escritorio había algo que no tenía ningún sentido: un jarrón de margaritas intacto, hermoso en medio de aquella devastación. Y entre los despojos calcinados de lo que antaño había sido su cama había algo que parecía una tarjeta de felicitación. Se acercó tambaleándose, aplastando cristales rotos con los zapatos, y la recogió. Tenía forma de corazón rojo y rezaba: «Para una persona especial». Le habían estampado un beso con un pintalabios.

Los engranajes de su mente rechinaron y chirriaron como un motor desfalleciente. ¿A qué venía tanta cortesía en medio de tanta destrucción?

Miró el armario, que ahora estaba vacío. El uniforme de trabajo estaba encima, pulcramente doblado, planchado y listo para el siguiente turno en el club. En el tablero del fondo del armario alguien había clavado una zarigüeya muerta a modo de parodia de la crucifixión.

Una gota cayó del techo y le salpicó la cabeza. Jamie se restregó la mojadura mientras la jaqueca palpitaba al compás de sus latidos. El contorno de su cuerpo estaba delineado en el suelo entre los cristales rotos y los desechos. Al lado estaba el papel que se había sacado del recto. Desdobló la nota y leyó la escrupulosa caligrafía en tinta dorada.

Me ha encantado el número del rodillo. Nos vendría bien. Y tú también. Tienes dos días para pasar la audición. Será mejor que la pases, colega. Vas a unirte al circo. ¿A que es la mejor noticia que te han dado nunca? Y una mierda que no. Tienes suerte de que el nuevo aprendiz no esté cumpliendo. Acabaré matando a ese hijo de puta, ya lo verás.

Gonko, en nombre de Doopy, Goshy, Winston y Rufshod
División de payasos del circo de la familia Pilo

P. D.: Si me vuelves a robar, te corto las pelotas.

Jamie estrujó la nota con el puño y la dejó caer al suelo, preguntándose qué significaba aquello.

Según el despertador (que, de algún modo, seguía funcionando) disponía de una hora para arreglarse para el siguiente turno. Cuando pasó ante el cuarto de baño de abajo vio que habían metido el resto de su ropa en el retrete. Otra gota húmeda se filtró a través del entarimado y aterrizó en su cabeza. Volvió a enjugársela, casi sin pensar en lo que estaba haciendo, pero el nuevo olor que había traído consigo atrajo su atención. Se miró el dorso de la mano y comprobó que tenía una mancha marrón en los nudillos. Sorprendido, miró al techo. Las aguas residuales se estaban filtrando a través de las oquedades de las tablas de arriba como nieve derretida.

Jamie se las ingenió para salir tranquilamente y poner la cabeza debajo del grifo de la lavandería antes de caer redondo y vomitar en silencio.

Arriba, la casa era una pesadilla. Al parecer los payasos habían amañado de algún modo la instalación para que expurgase todo lo que había descendido por las cañerías en la memoria reciente. La porquería se había desparramado por el suelo de la cocina, el cuarto de baño y el pasillo y se arrastraba poco a poco hacia los dormitorios como una marea que subiera lentamente.

Jamie acudió al trabajo con la determinación de un cartero. Cuando llegó al club otros empleados, así como algunos miembros, le preguntaron si se encontraba bien. Les dijo que estaba bien mientras miraba fijamente a un kilómetro de distancia. Después del ajetreo de las seis de la tarde recibió dos llamadas telefónicas. La primera era de Marshall, que le llamaba desde una cabina telefónica exigiendo una explicación. Jamie le colgó. La segunda también era de Marshall, aunque ahora el tono había dado paso al pánico histérico. Le suplicaba una explicación. Jamie volvió a colgarle y a continuación desconectó el teléfono.

Apenas podía reaccionar cuando se topaba con alguien. La palpitante jaqueca se atenuó poco a poco hasta que se convirtió en algo tolerable. Cuando el reloj dio las dos, señalando el final de su turno, cogió la llave maestra y se dirigió a una de las habitaciones desocupadas, colgó un letrero de «no molestar» en la puerta y se desplomó en la cama.

La luz de la luna se filtraba por la ventana. Jamie paladeó el silencio; las gruesas paredes de granito impedían que pasaran los ruidos de la ciudad. A escasos metros de distancia las calles estaban rebosantes de la última ronda de juerguistas que iban en busca de más alcohol y un polvo, como cualquier otro sábado por la noche en Brisbane. Las mujeres, ataviadas como jamones glaseados y relucientes a causa del calor, procuraban aparentar que habían salido del plató de *Sexo en Nueva York*. Si uno las observaba atentamente podía identificar las afectaciones de las estrellas

norteamericanas a las que idolatraban; los gestos, las inflexiones y los intentos de ser atrevidas. Mientras tanto los hombres, ajenos a todo, se embutían en pantalones vaqueros y camisas de vestir empapadas de sudor, todos ellos preparados para un rodeo, dando tumbos en manadas concupiscentes. La maldición de la clase obrera estaba en todo su apogeo. Jamie, tumbado, encontraba aquella idea reconfortante: la certidumbre de que las cosas estaban en su sitio. Había momentos en los que hasta los ambientes más anodinos podían ser reconfortantes; saber que no cambiarían nunca significaba que al menos había algo con lo que se podía contar.

Aquella noche no esperaba conciliar el sueño, pero descubrió que estaba a punto de quedarse dormido y cerró los ojos de buena gana para aprovechar las horas de respiro que se avecinaban.

Tenía algo clavado en la nuca. La habitación todavía estaba oscura. Despertó como alguien que hubiera salido de debajo del agua, jadeando y aferrándose a la manta. Había vuelto a tener sueños desagradables: más payasos, que en esta ocasión lo estaban interrogando para averiguar su paradero. «Hasta pronto», le había prometido el delgado.

Eran las cuatro y media. Jamie se llevó la mano detrás de la cabeza y cogió algo que parecía de plástico. Buscó a tientas la lámpara de la mesita de noche. Como había adivinado, tenía una nariz de payaso roja en la mano. Se vio obligado a sofocar el impulso de echarse a llorar, porque aquello le parecía la gota que colmaba el vaso. Pero sabía que no lo era. Aún no habían terminado. *Puede que los payasos todavía estén aquí, ¿sabes?*, se dijo.

Se levantó de un salto, despabilándose bruscamente al comprender que la nariz de payaso no era una mera extensión natural de la pesadilla. *Han estado aquí*. Era casi seguro que aún estaban en el edificio. Quizá siguieran en la habitación.

Miró frenéticamente a su alrededor, debajo de la cama, dentro del armario y en el cuarto de baño anejo. Todo estaba despejado. Estiró las mantas, pero cuando se daba la vuelta para marcharse reparó en algo que había en la cara interior de la puerta. Era otro murciélago muerto, por supuesto; ¿qué iba a ser si no? Lo habían sujetado con un clavo que le atravesaba el cráneo; la carita salvaje estaba petrificada en un gruñido. Le habían metido un trozo de papel en la boca como si fuera un cigarrillo. Jamie torció el gesto cuando extrajo el papel, lo desenrolló y leyó:

¿Has dormido bien? Te quedan treinta horas para pasar la audición. Haznos reír, colega. Esa es la tarea. No nos importa cómo lo hagas. No nos importa quién salga herido ni quién muera. Si consigues que nos riamos, pasas. Y lo mismo para tu amigo. Le quedan veintidós horas para pasar la audición.

Jamie se metió la nota en el bolsillo y abrió la puerta, haciendo una mueca ante el murciélago muerto, que se la devolvía. En el pasillo todo estaba en calma; un levísimo atisbo de la luz del amanecer se filtraba entre las altas vigas. No había ni rastro de movimiento en la penumbra. Se oía tenuemente el sonido de una aspiradora en una de las habitaciones. Jamie fue corriendo al ascensor, apretó el botón y, cuando se abrieron las puertas, oyó que una voz lejana gritaba: «¡No tiene gracia!».

Se quedó helado y emitió un sonido sofocado, pero cuando hubieron transcurrido un par de segundos de silencio supuso que la voz solo había sido una imaginación suya; la idea no resultaba tranquilizadora. El ascensor lo llevó hasta el vestíbulo, donde encontró las puertas principales cerradas con llave, como las había dejado. No había señales de vida en los soportales del exterior, los portones estaban cerrados a cal y canto en ambos lados. ¿Cómo habían entrado los payasos, si no lo habían hecho por las puertas principales? Pensó en la puerta que había junto a la cocina, que daba a una callejuela que se empleaba para recoger la basura. Podrían haber escalado la cerca y haber forzado la puerta de algún modo, pero los habría visto toda la gente de la calle. La única otra forma que se le ocurría era que hubieran escalado el costado del edificio en plan Spiderman, y se hubieran colado por una ventana elevada.

Se sentó un momento ante el mostrador de recepción y aguzó el oído. Lo único que se escuchaba era el sonido, un tanto apacible, del tráfico amortiguado de la flota de taxis que llevaban a casa a los juerguistas borrachos del exterior. Encendió los dos monitores de seguridad que tenía al lado y las pequeñas pantallas arrojaron una tenue luz grisácea en el vestíbulo oscuro. La cámara le ofreció una imagen en blanco y negro de la cocina, que estaba vacía. Al cabo de unos segundos dio paso a uno de los pasillos, que también estaba desierto. Luego el callejón de atrás, con hileras de contenedores negros. Todo estaba en calma allí fuera. A continuación, el sótano.

Y allí estaban.

La escena no lo asustó de verdad hasta que hubieron pasado unos segundos. Goshy, el payaso, estaba mirando fijamente a la cámara, directamente a Jamie, y la sensación de contacto visual era sumamente real. Goshy tenía el brazo extendido y un mechero en la mano; la llamita bailaba como si fuera una extensión del dedo pulgar, ardiendo en la pantalla gris, distorsionando la imagen a su alrededor. Detrás de Goshy había... unos, dos, tres payasos más; se habían traído a un amigo. Los tres estaban atareados al fondo. Jamie vio que el payaso delgado enarbolaba un hacha antes de que la imagen del monitor diese paso a otro pasillo vacío y luego de nuevo a la cocina.

¿Por qué el sótano?, se preguntó Jamie. Un mechero. Fuego. ¿Por qué? ¿Qué están...?

Entonces se asustó. Había tres gigantescas cubas de madera instaladas en las paredes del sótano que estaban conectadas con las cañerías que ascendían como

venas por las paredes del club hasta la cocina, el bar y la tintorería. En aquellas cubas había muchísimos litros de productos de limpieza, alcohol isopropílico, trementina y éteres. Todos eran sumamente inflamables; todos estaban listos para estallar.

Se le escapó un gemido de los labios y se aferró con ambas manos al mostrador de recepción. El fuego se propagaría por las cañerías, inflamando las paredes de todos los pisos desde dentro. El club se habría convertido en una espectacular trampa mortal llameante antes de que se presentasen los bomberos. Llegarían demasiado tarde para salvar a los famosos de Brisbane calcinados en la cama.

Jamie cogió el teléfono. Le temblaba la mano. El monitor volvió a hacer sus rondas sin que se viera ni rastro de otras personas. Jamie marcó para acceder a una línea exterior y llamó a los servicios de emergencias. El timbre sonó tres y hasta cuatro veces. El monitor enfocó la cocina. Finalmente respondió una voz femenina:

—¿Policía, bomberos o ambulancias?

El monitor dio paso al pasillo.

—Policía —susurró Jamie con tono áspero.

—Policía —anunció otra voz femenina.

—Hola. Tengo un problema con unos paya... unos tíos. Me parece que van a...

—Su voz se apagó cuando el monitor enfocó de nuevo el sótano. No había payasos. Al fondo, las cubas de madera estaban insertas en las paredes como siempre.

—¿Sí? —insistió la voz del auricular.

Jamie se quedó mirando el monitor hasta que la imagen volvió a la cocina, en la que uno de los chefs se disponía tranquilamente a encender los hornillos, bostezando.

—¿Sí? ¿Dónde se encuentra?

Jamie colgó el teléfono y se quedó sentado mirando fijamente los monitores mientras estos llevaban a cabo el circuito otras dos veces. No había payasos en el sótano. Quizá no los hubiese habido nunca.

Salió por la puerta, atravesó los soportales, abrió el portón y se alejó rápidamente a grandes pasos. Le resonaba en los oídos la pregunta «¿dónde estaba la noche del sábado diez de febrero?». En dos ocasiones se volvió a mirar por encima del hombro para asegurarse de que el edificio aún estaba en pie y fue corriendo a la parada de taxis de la calle Edward, atento a las camisas floreadas abultadas, los pantalones a rayas y las caras maquilladas.

Esperó a un taxi, sumándose a la cola de la última remesa de borrachos que se habían congregado para que los devolvieran a casa con sus resacas y sus despertares desagradables. Se veía a algunos que se tambaleaban resueltamente hacia el casino, el único sitio de Brisbane que servía cócteles a la hora del desayuno. Jamie sentía que tenía los ojos tan vidriosos como el más borracho de ellos.

Hacía tiempo que no se hallaba en comunión con aquella tribu, esperando un taxi a la salida del sol, mientras el hígado bregaba con el trabajo acumulado. Al captar los

sonidos y los olores que ahora lo rodeaban se preguntó qué aliciente había tenido jamás. Era sencillamente lo que acostumbraba a hacerse en aquella ciudad... La veintena de una persona eran los años del alcohol; o de las drogas, para quienes tenían esas inclinaciones. El año anterior había llegado a beber hasta diez cervezas los días laborales, reservando las mejores para los fines de semana. Nadie se había percatado de que tenía un problema: la gente emitía sonidos aprobatorios, lo elogiaba, por amor de Dios. Cuando miraba hacia atrás, casi no daba crédito. Todas las casas que visitaba estaban decoradas con colecciones de botellas vacías, pósteres que rezaban «tequila: ¿ya le has dado un abrazo al retrete hoy?», chistes de bares, artículos de bares, tapones de botellas pegados a las paredes, santuarios enteros dedicados al consumo desaforado de alcohol. Estaba dondequiera que uno mirase, de modo que nadie se daba cuenta de ello.

En la parada de taxis los borrachos que lo rodeaban se propinaban empujones, se convertían en un peligro para ellos mismos y para los demás, y representaban sus balbucientes melodramas. No había camisas con estampados floreados, pantalones a rayas ni narices de plástico rojas. Allí fuera los payasos ni siquiera le parecían posibles.

Un taxi se detuvo delante de él. Una pareja de borrachos se lo disputaron a empujones. Jamie se abrió paso entre ellos haciendo una insólita demostración de carácter y cerró la portezuela antes de que el macho tuviera ocasión de entrechocar la cornamenta con la suya. Le indicó al conductor que se dirigiese a New Farm, se dio una palmadita en los bolsillos para asegurarse de que tenía dinero y encontró la nota que había sacado de la boca del murciélago muerto; tenía en las manos una prueba material de la existencia de los payasos.

Te quedan treinta horas para pasar la audición. Haznos reír, colega...

El taxi enfiló la calle Brunswick, sorteando el silencioso tráfico que se componía enteramente de otros taxis. Las primeras luces del alba tiraban de la noche como si fuera la manta de una cama deshecha, mostrando a los últimos juerguistas y chicas de la calle que volvían a casa dando tumbos.

Se detuvieron junto a la casa, una espaciosa *queenslander* de madera en lo alto de una calle empinada. Jamie pagó al taxista y trató de hacer acopio de la energía suficiente para ser curioso. Marshall estaba en la escalera de atrás con una manguera en la mano. Aquello era inédito: los muchachos estaban limpiando. La cara de Marshall estaba petrificada por el asombro y la confusión, y ¿quién podía culparlo por ello? El agua resbalaba escalera abajo, dejando asquerosos churretones de mierda en el costado del edificio.

Jamie, asqueado, meneó la cabeza y dio la vuelta hacia la puerta de delante. El agua fluía lentamente delante de él hasta la alcantarilla. Había una horrible pestilencia en el aire. En la entrada descubrió que los vecinos lo estaban mirando fijamente a través de la ventana, meneando la cabeza. No podía decirles gran cosa. Les saludó a modo de disculpa, se encogió de hombros y entró.

Habían retirado la mayor parte de los escombros del salón y el pasillo. Alguien había sacado un ambientador en un vano intento de disimular el hedor. Además, habían borrado las palabras «cerditos políticos» de la pared. Cuando pasó ante la habitación de Steve se oyó una sofocada exclamación de alarma. Se abrió la puerta y Steve asomó la cabeza, con los ojos desorbitados y asustados.

—¿Jamie? Gracias a Dios. —Por un momento creyó que Steve iba a darle un abrazo; tenía un extraño brillo en los ojos—. Jamie, han vuelto.

Jamie lo observó con cansancio y esperó el resto.

—Los payasos han vuelto —añadió Steve a modo de explicación—. ¿Sabes?

—Me imaginaba que no te referías a los testigos de Jehová. ¿Qué ha pasado?

Steve le asió el brazo y lo arrastró al dormitorio. Él se sentó en la cama y Jamie en una silla, los dos únicos objetos que no habían sufrido ningún daño. Parecía que Steve se había restregado meticulosamente la cara, que era redonda y de tez rosada, pero se percibían vagamente algunos vestigios del maquillaje.

—Volvieron mientras estaba durmiendo —dijo Steve, inclinándose hacia delante y hablando en susurros—. Quieren que yo... que los dos, me parece... aprobemos una especie de examen. Si no lo hacemos, volverán. No sé qué es lo que son, pero lo dicen en serio. Creo que a lo mejor forman parte de una... ¿Cómo se dice? Es algo religioso...

—Una secta.

—Eso. Ya sabes, como esos bromistas que salen en las noticias, los que interrumpen las grandes finales. A lo mejor hay cien tíos de esos bien organizados, ¿sabes?

Jamie se encogió de hombros.

—No lo creo, pero no se me ocurre nada mejor. ¿Qué ha pasado?

—Cuando me desperté el flaco estaba sentado encima de mi pecho con las piernas cruzadas. Los demás estaban detrás de él, mirándome fijamente. Me dieron un susto de muerte, tío. Cuando grité, el flaco sacó una especie de aerosol y me llenó la boca de espuma de afeitar. Casi me ahogo. Me dijo algo parecido a «te quedan veintidós horas para aprobar el examen». Le pregunté qué demonios tenía que hacer y me contestó: «Haznos reír». Eso fue todo. Después se fueron.

Jamie asintió.

—También han estado en el club. Amenazaron con volarlo por los aires.

Steve alargó la mano y manoseó la pierna de Jamie.

—¿Qué es lo que son? ¿De dónde han salido?

Jamie se encogió de hombros.

—Sé lo mismo que tú. ¿Qué les has dicho a los demás? Me refiero a la porquería.

—Les he contado lo mismo que a ti. Que vinieron unos tíos. Pero les dije que eran unos moteros que andaban buscando a uno de los amigos yonquis de Marshall que les debía dinero. Marshall se asustó bastante.

—No está mal la historia. Se lo creyó, ¿eh?

—Sí. Está cagado de miedo. Nathaniel también se lo creyó. Se ha ido a alguna parte. Dijo que volvería cuando se calmasen las cosas.

Jamie se levantó para marcharse. El hedor de las aguas residuales se estaba debilitando, pero seguía presente como una mancha en el aire y no quería que Steve le explicase cómo había conseguido dormir a pesar de ella.

—¿Los payasos no te dijeron nada más? —le preguntó desde la entrada.

—No lo sé, dijeron un montón de cosas raras. El flaco... es un puto psicópata, tío. Me parece que se llama Gonka.

—Gonko.

—Sí. Oye, Jamie...

Ahora me va a decir que tiene miedo, pensó Jamie. Esto es estupendo, ahora somos camaradas de armas. Él y yo contra el mundo. Estupendo.

—Tengo miedo, Jamie.

Steve hizo ademán de darle un abrazo. Jamie se alejó rápidamente. Marshall, nervioso, estaba frotando, mojando y barriendo el pasillo con una energía casi sobrehumana. Parecía que en lugar de café se había tomado un poco de metanfetamina antes de ponerse manos a la obra. Cuando pasó Jamie farfulló como una ametralladora:

—Escucha Jamie, lamento el desorden. Mira, no te preocupes, los moteros no van a volver, te lo garantizo, he hecho algunas llamadas, me he encargado de todo, me parece que solo ha sido un malentendido, lo siento mu...

Jamie le dio con la puerta en las narices fingiendo cólera. El suelo de su dormitorio aún estaba alfombrado con cristales rotos. El único cambio era que había una fina capa de mierda sobre los escombros que se había filtrado a través del entarimado de arriba. El jarrón de margaritas y la tarjeta de San Valentín estaban donde las había dejado. Llevó a cabo las primeras tentativas de limpiar el nido. Tardó un par de horas en eliminar hasta el último vestigio de las aguas residuales y empapararlo todo con desinfectante. Barrió la ceniza y los alambres que antaño habían sido la cama y colocó algunos cojines en su lugar.

Cuando se tendió en medio de aquella devastación sus ojos se posaron sobre la tarjeta y de repente no pudo sino reírse. Se quedó tumbado unos minutos, presa de una leve histeria que amenazaba con estrecharlo con más fuerza y no soltarlo nunca.

La audición de Steve

Cuando despertó de un sueño inconstante constató que la jaqueca resultante del «número» del rodillo había desaparecido al fin. El sol de media tarde relucía sobre los cristales rotos; el ejército de bordes dentados arrojaba afiladas aristas luminosas. Se levantó para abrirse paso entre las esquirlas en dirección a la puerta antes de detenerse en seco: había una hoja de papel adherida al picaporte. Dio un paso hacia atrás y gruñó cuando se le clavó un trozo de cristal en el talón. Se lo arrancó del pie con lágrimas en los ojos, añadiendo algunas gotas de sangre a los escombros. Cogió la nota con una mano temblorosa y comprendió que su cordura pendía de un hilo muy fino.

La nota decía:

Te quedan veinte horas, colega. Espero que hayas planeado algo.

Gonko, del C.F.P.

Jamie se detuvo un instante con un peso en el estómago, como si se hubiera tragado una masa de arcilla del tamaño de un puño. Por un momento sintió un escalofrío por dentro y estuvo a punto de venirse abajo. Después masculló: «Que se jodan».

Y eso fue todo: habían dejado de importarle los payasos. En serio, ¿qué iban a hacerle? ¿Matarlo? No. Jamie había crecido en los suburbios y sabía que la muerte no era más que un monstruo lejano sacado de las películas y los titulares de los periódicos. Si volvían a presentarse, llamaría a la policía. Si no dejaban de hostigarlo le preguntaría a uno de los delincuentes amigos de Marshall dónde podía comprar una pistola.

Consiguió encontrar una tirita entre los escombros y se cubrió el corte del talón. Como no tenía otra cosa se puso el uniforme de trabajo y se dirigió a la escalera de atrás, donde comprobó que los churretones de mierda se habían secado, formando diseños en el costado de la casa que el sol había calcinado. Arriba había remitido el hedor y alguien había estado trabajando con alcohol metílico. Varios platos y tazas habían sobrevivido a la catástrofe y se hallaban en el sitio acostumbrado, sucios junto al fregadero. Jamie se puso un café y dio un paseo por la casa en un estado de calma imperturbable. Algo en el salón atrajo su atención desde el pasillo.

Había un hombre sentado en el sofá que lo miraba fijamente, con una camisa

holgada con estampado de flores, la cara pintada de blanco, una gran nariz roja y zapatones del mismo color. Era Goshy. Goshy, el payaso.

A Jamie se le aceleró el corazón. Parpadeó; allí no había nadie. Se lo había imaginado todo. Ningún problema. Solo era una especie de psicosis inducida por el estrés.

—Se me está yendo la puta olla de verdad —murmuró con asombro y tuvo un ataque de risa. Respiró profundamente, reprimió un ataque de pánico más grave, estuvo a punto de echarse a llorar y oyó que alguien sollozaba. Steve. Jamie llamó a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó Steve. El pobre diablo parecía presa del pánico. A la hora de la verdad, Steve era uno de esos tipos que estaban tan acostumbrados a dar patadas a los perros que no soportaban que les propinasen una a ellos. Jamie tenía esa ventaja, podía soportar un golpe psicológico. Tenía mucha práctica; sabía cuándo debía prepararse y cómo distribuir el impacto.

Reprimió el impulso de silbar como una tetera ante la puerta de Steve.

—Soy yo —dijo en cambio.

Abrió la puerta y vio a su compañero de piso sentado en la cama con los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas. Y pensar que Steve había sido un macho alfa hacía menos de cuarenta y ocho horas. Jamie experimentó una intensa emoción sociópata; no le gustó, pero no pudo evitarlo. Observó a Steve con un desapego condescendiente mientras este se enjugaba los ojos y sorbía por la nariz.

—¿Han vuelto? —le preguntó.

Steve señaló la cómoda. Al lado de una foto enmarcada de su madre y una revista porno había una nota doblada, idéntica a la que había encontrado Jamie. La desdobló y leyó:

Catorce horas, llorón chupapollas. Manos a la obra.

Gonko, C.F.P.

—No sé qué es lo que quieren de mí —gimoteó Steve. Empezó a balbucear que iba a llamar a la policía, que nunca había deseado nada de aquello, etcétera, pero Jamie no lo estaba escuchando; estaba reflexionando. En primer lugar, el tono de la nota de Steve no era nada amistoso. En el escritorio había otras dos que le habían dejado los payasos y Jamie las leyó.

Treinta horas. El tiempo se agota, caraculo.

Gonko, C.F.P.

Diecinueve horas. Deja de lloriquear, maricón.

Gonko, C.F.P.

En comparación, las notas que había recibido Jamie eran cordiales. En segundo lugar, el tiempo que les restaba a ambos era distinto. Ah, sí, Jamie estaba en el trabajo cuando los payasos los visitaron por primera vez. Eso suponía una diferencia de aproximadamente seis u ocho horas; lo que significaba que tendría ocasión de averiguar lo que le pasaba a Steve si suspendía la «audición».

—Me da miedo dormir por las noches —se lamentaba Steve—. Me da miedo salir de casa. Ni siquiera puedo hacerme una paja sin pensar en esos cabrones.

Jamie se fue para que Steve sufriera solo. Robó un par de botas del dormitorio de Marshall, bajó la escalera y se dispuso a limpiar.

No le quitó la vista de encima al despertador en ningún momento. Pasaron dos horas en las que retiró los fragmentos de vidrio más voluminosos. A continuación empuñó una pala y amontonó las esquirlas restantes.

El despertador dio las diez. Había empezado a abordar las manchas y los olores y a entresacar los objetos recuperables del siniestro. Para entonces a Steve le quedaban seis horas, más o menos.

Tic, tac. Tic, tac.

Se había tumbado en los cojines para descansar un instante y había vuelto a quedarse dormido inesperadamente. Se despertó sobresaltado cuando alguien aporreó la puerta. Se levantó y la abrió bruscamente. Era Steve.

El pulso de Jamie adoptó enseguida una cadencia frenética.

—¿Qué quieres?

El tormento se traslucía en el rostro de Steve.

—Tengo que pensar en algo.

Jamie cerró los ojos.

—¿De qué estás hablando?

—Para pasar la audición. ¿Sabes?

Ah, sí. La mente de Steve no rebosaba creatividad precisamente. Jamie contestó:

—Mira, olvídale. Si vuelven, llama a la policía. Eso es todo.

—Sí, pero... ya sabes, ¿qué pasa si...?

—¿Has recibido otra nota?

—No. Pero... no puedo dormir. No dejo de mirar el reloj. He intentado trazar un plan, por si acaso, pero no se me ocurre nada.

—No me extraña —repuso Jamie, una observación que una semana antes no se habría atrevido a hacer en voz alta—. Supongo que no estás hecho para ser payaso, Steve. Vete. Estoy durmiendo.

Steve le dirigió una mirada de cachorro apaleado por encima del hombro mientras se marchaba. Jamie volvió a tumbarse.

Se despertó a las siete de la mañana; había dormido demasiado. Se puso en pie dificultosamente, sin saber si tenía miedo o no. Se había cumplido el plazo de Steve.

Subió la escalera. Desde la ventana de la cocina vio un coche patrulla aparcado junto al costado de la casa. *¡La policía!*, exclamó su mente como una sirena. *Ha pasado algo... ¡Han volado el club! Estoy condenado.*

Entonces oyó voces procedentes del pasillo. Se dirigió subrepticamente al salón para escucharlas. Los agentes estaban hablando con Marshall.

—Sí, no lo sé —estaba diciendo este—. La última vez que lo vi estaba en el tejado. No sé qué es lo que estaba haciendo allí.

—¿Y no habrá nada parecido en su habitación? —aventuró uno de los policías.

—¡No lo sé, tío! —gimió Marshall—. No sé quién tiene putas drogas en su habitación y quién no. ¿Por qué no vas a echar un vistazo? El poli eres tú, ¿no?

Jamie volvió sigilosamente a la cocina y aguardó hasta que la policía se hubo marchado. Entonces oyó que Marshall maldecía y tiraba cosas.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Jamie desde la puerta.

Marshall giró en redondo. Estaba extremadamente delgado y lucía una perilla afilada que supuestamente le confería aspecto de druida. Su dormitorio estaba adornado con símbolos celtas, buena parte de los cuales presentaban cortes y quemaduras desde las visitas de los payasos. Tenía en la mano una citación para comparecer en un juzgado. Extendió un tembloroso dedo índice justo debajo de la nariz de Jamie.

—Esos... putos cerdos... han encontrado una pipa y una bolsita de hierba, por amor de Dios. ¡Me han pillado por tener hierba! —Escupió y meneó la cabeza—. Ni siquiera era *maría* de buena calidad. ¿Saben ellos cuánto *speed* ha pasado por esta casa? —Señaló una caja de zapatos que había en el suelo, al lado de la cama, y murmuró—: Hace un mes estaba guardando heroína por valor de cincuenta de los grandes ahí dentro. ¡Y me pillan por tener hierba!

Hacía mucho que Jamie había dejado de sorprenderse ante la visión de la vida que tenía Marshall. Se encogió de hombros.

—Oye, ¿has visto hoy a Steve?

—No lo sé, tío. No puedo creerlo...

—He oído algo de que se había subido al tejado.

—¿Eh? Sí, estaba en el tejado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Estaría colocado hasta las trancas o algo así. Estaba gritando algo de que esperaba que fuera suficiente. Si es el que me ha echado encima a la policía, te juro por Dios que... ¡Hierba!

Jamie dejó así a Marshall. Subirse al tejado... Seguro que no; era imposible que Steve hubiera tenido una ocurrencia semejante para la audición. Era algo tan banal que casi funcionaba. Meneando la cabeza, Jamie llamó a la puerta de Steve. No hubo respuesta. Entró sin permiso.

Y se quedó petrificado.

Había sangre en la cama. Sangre en la almohada. Sangre en el suelo. En las paredes. La huella roja de una mano resbalando por la pared.

Jamie se tambaleó y estuvo a punto de desmayarse. Le dio un vuelco el estómago. Sangre... Jamás había visto tanta sangre.

En la almohada había una hoja de papel doblada de igual forma que las restantes notas. Trató de acercarse a recogerla, pero sus piernas se negaron a seguir acercándose a aquella pesadilla roja. Consiguió que se apartaran poco a poco de la puerta y la cerró suavemente a sus espaldas.

No te preocupes, se dijo. Aún queda tiempo. Mucho tiempo. Puedo pasar la maldita audición.

Desde el pasillo se oía a Marshall lamentándose de la redada antidrogas, ajeno a lo que había en la habitación contigua. Jamie miró el reloj y se preguntó cómo era posible que su vida se hubiese arruinado hasta tal punto en un espacio de tiempo tan corto. ¿Acaso una semana antes las cosas no habían sido normales? Quizá no especialmente felices, pero... ¿normales?

Debía estar en el club dentro de una hora. De algún modo creía que, de un modo u otro, no sería así.

—Vamos a zanjar esto —susurró.

La audición de Jamie

—¿Qué hora es, Gonko? Gonko, ¿qué hora es?

Gonko, el cabecilla de los payasos, esperó un par de minutos antes de contestar a Doopy, que entretanto se puso tan nervioso que acabó gimoteando como un perro. Esos pequeños ataques de angustia no lo molestaban. Los quejidos de Doopy eran como el empapelado; familiares.

—¡Venga, dímelo, Gonko, no tiene gracia!

Gonko sacó un reloj de bolsillo, dejando que la cadena de plata colgase alrededor de la muñeca. La cadena tenía forma de soga en miniatura. El reloj indicaba que al joven Jamie le quedaban veinte minutos para pasar la audición.

—Gonko, no tiene...

—Veinte minutos, Doops —murmuró Gonko.

Los tres payasos, Goshy, Doopy y Gonko, estaban sentados en su carpa en el parque de atracciones del circo de la familia Pilo. Era el mayor espectáculo de la Tierra, aunque aparte de Jamie ni una sola persona en el mundo de los vivos conocía su nombre.

—¿Dónde está Rufshod, Gonko? Gonko, ¿dónde está Rufshod?

Doopy lo sabía perfectamente. Lo único que le estaba pidiendo era que le negase una respuesta para de ese modo atormentarse, lamentarse y cagarse de miedo. Gonko lo complació negándose a contestarle; de lo contrario, Doopy le habría preguntado otra cosa al cabo de unos instantes. La respuesta habría sido que Rufshod estaba en la cama, pues Gonko lo había machacado hasta que había perdido el sentido. El hecho de que Rufshod hubiera disfrutado enormemente de aquella paliza no venía al caso; tenía que recibir un castigo por aquella gamberrada. Rufshod era el que le había metido la bolsa de polvo en los pantalones a Goshy inmediatamente antes de que este se escapara y se perdiera.

Cuando recuperaron el polvo el plan había consistido en darle por el culo a Jamie durante una temporada para después matarlo, pero el número del rodillo le había provocado un ataque de risa histérica a Gonko, en la medida de sus posibilidades, que se limitaban a arquear ligeramente hacia un lado la línea recta que formaban sus inflexibles labios. Había observado a Jamie con más atención, con la colaboración reluctante de la adivina, espiándolo con la bola de cristal, y le había gustado lo que había visto.

Gonko miró de nuevo el reloj y musitó:

—¿Dónde está ese puto payaso? —Se refería al aprendiz.

—Ah, vaya, no estoy seguro —repuso Doopy, que le estaba limpiando afanosamente la boca a Goshy con un pañuelo. Goshy pestañeaba satisfecho al recibir las atenciones de su hermano, apretando los brazos a ambos lados del cuerpo con las manos laxas—. Me parece que lo he visto, ejem, en casa de Shalice. Me parece que eso es lo que he visto, Gonko. Y me parece que ese es el que he visto, me parece. —Doopy frunció el ceño—. ¿Te acuerdas de que me has preguntado dónde estaba, Gonko? ¿Te acuerdas? Acabas de preguntármelo. Acabas...

—*Shh.*

—Perdona Gonko, es que yo...

Gonko miró el reloj por tercera vez y se lamió los dientes, disgustado. Le había costado una fortuna en sobornos que la adivina le prestase la bola de cristal para ver la audición; no estaba en su lista de felicitaciones navideñas.

Doopy se volvió bruscamente hacia él.

—No me cae bien el aprendiz, Gonko, ¡no me cae bien!

Doopy no estaba bromeando. El aprendiz se había enemistado con todo el mundo y apestaba a sabotaje inminente. Eso no era bueno. Ya tenían bastantes enemigos en el parque sin que hubiera uno en su propio equipo.

En ese momento el aprendiz apareció en la entrada de la carpa. Entró discretamente con los hombros encorvados, sosteniendo la bola de cristal de la adivina entre las manos. Gonko observó contrariado sus andares taciturnos y sigilosos. Todos sus movimientos parecían advertirle «estoy esperando a que te des la vuelta».

Gonko lo miró a los ojos. Un artista más astuto no le habría sostenido la mirada, pero el aprendiz se la devolvió con insolencia. Gonko se levantó rápidamente con un movimiento fluido para amedrentarlo. Funcionó. Le arrebató la bola de cristal de los brazos con mucho cuidado, la depositó en la mesa y le espetó:

—Largo.

El aprendiz se marchó a hurtadillas, despacio, tal como había entrado. Aguardó junto a la portezuela, justo dentro de la carpa, desobedeciéndolo deliberadamente, para que así el cabecilla de los payasos le repitiera la orden. Eso también era una imprudencia. Gonko se detuvo y metió la mano en el bolsillo, pues de pronto había decidido matar al ceñudo payaso en el acto. Pero en ese momento el aprendiz desapareció furtivamente.

Gonko lo siguió con la mirada mientras se alejaba, manoseando un instante la hoja que había sacado del bolsillo; a continuación escupió y la soltó. Goshy emitió un silbido. Gonko supuso que expresaba una leve desaprobación, aunque el único que lo sabía a ciencia cierta era el propio Goshy.

La luz de la vela se reflejaba como un ojo amarillo en la superficie de la bola de cristal. El cabecilla de los payasos puso la palma de la mano sobre el cristal frío y musitó la palabra: «Jamie». El cristal se nubló como si hubiese alguien dentro exhalando humo ante la superficie lisa. El reloj de Gonko decía que a Jamie le

quedaban quince minutos.

Le concederé un pequeño margen de tiempo, se dijo Gonko, mientras reflexionaba sobre el joven. Tras su empeño por llevar una vida racional, en la que todo estuviese claramente delimitado y ordenado, había una fuente de excentricidades a la espera de que la explotasen, aunque Jamie pugnase instintivamente por impedir que rebosara. Parecía una batalla diaria. Y cuanta más resistencia opusiera, más sensacionales serían los resultados cuando se derrumbase temporalmente o se corrompiera para siempre. Nadie se corrompía más que alguien que estaba hecho por entero de líneas rectas.

El cristal se aclaró; allí estaba el nuevo recluta. Gonko supuso que el hostigamiento lo había llevado al borde de una crisis nerviosa y estaba complacido con la campaña; la coordinación había sido perfecta y ahora el tipo estaba prácticamente maduro. Los otros dos payasos se agolparon junto al cabecilla, inclinándose sobre la bola de cristal. Goshy profirió una exclamación, que daba a entender «oh, oh». Era imposible afirmar lo que significaba; quizá fuera una muestra de reconocimiento cuando el joven alto y pelirrojo apareció en la superficie de la bola de cristal.

—Calla, Goshy —le dijo Doopy a su hermano—. Goshy, calla. Ya empieza.

El centro comercial de la calle Queen estaba atestado de turistas que disfrutaban del calor y de ciudadanos que anhelaban librarse de él. La primera remesa de trabajadores del lunes por la tarde se encaminaban penosamente a la estación de tren con sus trajes y sus corbatas. A las cuatro y dos minutos se produjo una perturbación entre la gente, que volvió la cabeza mientras el silencio se adueñaba de la calle Queen. Se escuchó un sonido en lo alto del complejo, tan estruendoso y penetrante que solo era vagamente reconocible como un grito humano. A continuación hubo una serie de explosiones, semejante a una ráfaga de ametralladora procedente del mismo sitio. Todos se quedaron mirando; en lo alto del centro comercial había una nube de humo gris que se elevaba lánguidamente hacia el cielo.

Volvió a escucharse aquel grito estridente y prolongado, que se difundió entre el gentío.

—¡Hay una bomba! ¡Hay una boooooommmmbaaaa!

Cinco años de atentados terroristas en los titulares se habían cobrado un precio; todos los presentes se quedaron petrificados y el pánico se propagó entre la muchedumbre como una onda sobre la superficie del agua. Las fulminantes explosiones continuaron. Dos policías corrieron cautelosamente hacia el humo al tiempo que se llevaban la mano al cinturón. De repente un hombre alto, delgado, pelirrojo y, lo más importante, desnudo irrumpió entre los compradores, corriendo por la calle con pasos desgarrados. Tenía una mata de vello púbico rojo justo encima del pene, el cual oscilaba frenéticamente. Sus andares habrían encajado en una

parodia de los Monty Python: levantaba las rodillas haciendo una especie de paso de la oca, dando brincos en lugar de zancadas y batiendo los codos a modo de alas. Llevaba el rostro oculto bajo una funda de almohada. Veía a la gente que lo rodeaba a través de sendas rendijas a la altura de los ojos, distinguiendo apenas formas desdibujadas y obstáculos a su paso.

Se había pintado una esvástica invertida de color verde en el pecho y una cara sonriente en la espalda. La pintura se estaba corriendo debido al sudor y los símbolos quedaron reducidos a una mancha verde enseguida. Lo perseguían tres policías estupefactos, agentes de mediana edad que confiaban en vérselas solo con ladrones de poca monta durante la jornada. Trataban de darle alcance, pero Jamie tenía los pies ligeros a pesar de sus estrafalarios andares. Como si fuera un futbolista, sorteaba bruscamente a las familias, los estudiantes universitarios y los turistas japoneses, que lo enfocaban con sus cámaras. Jamie volvió a chillar a pleno pulmón:

—¡Hay una bomba! ¡Hay una bomba!

La funda de almohada se resbaló y Jamie quedó momentáneamente cegado. Sin tiempo para lamentarlo, se la arrancó de la cabeza y dejó que flotase suavemente hasta la acera para que la policía la recogiese a su antojo. El humo se estaba extendiendo en dirección al casino, formando una impresionante bruma grisácea. Los estallidos y las explosiones se intensificaron y luego cesaron.

No había ninguna bomba. Los estallidos y las explosiones estaban causadas por los fuegos artificiales que Jamie había adquirido en un modesto establecimiento de Fortitude Valley. Después de pintarse en un aseo público y recorrer la calle Queen, sin otra cosa que una gabardina había enrollado un grueso manojo de fuegos artificiales alrededor de uno de los arbustos que había en lo alto del complejo. Ignoraba si aquello impresionaría a los payasos, ni siquiera sabía si lo verían de algún modo, pero era lo único que se le había ocurrido. De no haber sido por los sobresaltos que había sufrido su mente ante el acoso de los payasos (la sangre de Steve había sido la gota que había colmado el vaso) habría llamado a la policía para ahorrarse las molestias.

Pero mientras atravesaba a la carrera el centro comercial los problemas de la semana anterior prácticamente se esfumaron. La adrenalina no se parecía a nada que hubiera sentido anteriormente. Su mente marchaba al ralentí, como una cinta rebobinándose hacia delante. No sentía la acera bajo sus fuertes pisadas, el estiramiento de los músculos de las piernas ni los golpes de las pelotas contra los muslos. Sentía que podía alzar el vuelo.

Claro que no podía seguir corriendo eternamente entre la gente que abarrotaba el centro comercial. Llegó ante una muralla de personas y no encontró modo alguno de abrirse paso. Se precipitó a toda velocidad contra dos colegialas uniformadas que cayeron entre chillidos. Sintió que una de sus mochilas le rozaba el pene y fue un milagro que no aterrizase de lleno encima de ellas. Desde el suelo vio que un equipo de las noticias de las siete se detenía ante el semáforo al fondo del complejo. Un

cámara se inclinó a través de la ventana con una sonrisa en la cara, enfocando a Jamie.

Este se puso en pie trabajosamente, tapándose la entrepierna demasiado tarde, y las colegialas volvieron a chillar. Aquello no quedaría bien en las noticias. Comprobó por encima del hombro que la policía estaba ganando terreno. Delante había otros dos agentes que corrían directamente hacia él. Aspiró una honda bocanada de aire y se lanzó a correr en dirección a la plaza del Rey Jorge. El parque estaba lleno de palomas, turistas, asalariados y estudiantes que estaban leyendo en la hierba. Se abrió paso entre ellos a la carrera, mientras su cuerpo seguía bombeando adrenalina, entumeciendo las molestias y los dolores. Entumeciendo las repercusiones. Solo habría repercusiones si dejaba de correr. Y Jamie no pensaba hacerlo...

Todo acabó cuando lo sacaron de la plaza del Rey Jorge humillado, desnudo y esposado. Una agente de policía, con una expresión de absoluta neutralidad, le arrojó una toalla para que se tapara.

—No lo entienden —había gritado al ser derribado—. Los payasos... Tuve que hacerlo... Los payasos me obligaron...

Le leyeron los cargos en la sala de interrogatorios. Exhibicionismo, escándalo público, agresión (las colegialas), posible agresión sexual (las colegialas), alteración del orden público, posesión de fuegos artificiales ilegales y obstrucción a la justicia. Le advirtieron que le harían saber si presentaban otra acusación cuando hubieran consultado a la policía federal: había nuevas leyes antiterroristas según las cuales los avisos de bomba falsos debían considerarse amenazas auténticas. Lo que significaba que Jamie podía ser oficialmente un terrorista. En ese punto fue cuando se le pasaron las ganas de llorar para echarse a llorar de verdad.

Por si fuera poco quedaba la cuestión del posible asesinato de Steve, que Jamie no se atrevió a mencionar. Sabía que debía decírselo, pero por el momento ya tenía suficiente con responder a sus preguntas; lo había asaltado un terrible agotamiento después del subidón de adrenalina de la carrera y lo único que deseaba era arrastrarse hasta un sitio cálido y cerrar los ojos.

La policía lo soltó a medianoche. En ese momento se le ocurrió una idea espantosa: *Puede que en realidad todo esto esté en tu cabeza. Puede que lo hayas imaginado todo, desde la primera vez que viste al payaso en la carretera. ¿Sabes una cosa? Si realmente estás tan loco puede que también seas responsable de las manchas de sangre que había en la habitación de Steve. A lo mejor lo hiciste mientras dormías. A lo mejor subiste a hurtadillas y lo descuartizaste. A lo mejor fuiste tú quien destrozó la casa. Puede que estés metido en un buen lío, no solo con las autoridades, sino aquí, dentro de tu cabeza. Puede que nunca vuelvas a ver la luz del día.*

No pudo alegar nada durante la larga caminata de vuelta a casa. Si se obraba un

milagro y Steve se encontraba en ella sano y salvo, tal vez pudiera internarse discretamente en un manicomio y tratar de olvidar todo aquello.

Cuando llegó a casa descubrió una nota sobre el lecho de cojines. Se quedó mirándola desde la puerta, tambaleándose ligeramente. Se quedó así durante casi cinco minutos durante los cuales creyó que se le había detenido el corazón. La ciudad entera se había acallado en el exterior.

Se dirigió a la cama y cogió la nota. Decía:

Enhorabuena.

Gonko, circo de la familia Pilo.

En la carpa de los payasos, Goshy no había dejado de emitir silbidos temblorosos que semejaban el trino de un periquito. Aquellos sonidos carecían de un significado concreto, no eran sino una indicación de que algunos de sus circuitos seguían encendidos y operativos, de que a su manera Goshy seguía haciendo tic, tac.

Los payasos habían presenciado el espectáculo a través de la bola de cristal desde que Jamie se había pintado hasta que dos agentes lo habían sacado a empujones de la comisaría, sujetándolo mientras él pataleaba. Desde el principio Doopy había hecho comentarios como: «Ah... Vaya... ¿Qué está...? ¿Dónde está...? Vaya...».

La boca de Gonko había girado sobre su eje; un observador atento se habría percatado de que estaba sonriendo. Mientras se llevaban a Jamie con las manos esposadas a la espalda y una mueca de creciente amargura en la cara, Doopy se volvió hacia Gonko y le preguntó:

—¿Lo ha hecho bien, Gonko? Gonko, ¿lo ha hecho bien? Gonko, ¿te acuerdas de que te he preguntado si lo ha hecho bien?

Los ojos de Gonko se movieron de soslayo en las cuencas.

—Me parece que lo ha hecho estupendamente.

—Sí, a Goshy también se lo parece, ¿a que sí, Goshy? ¿A que sí?

—Oh, oh.

Gonko puso la palma de la mano sobre el cristal como si estuviera extinguiendo una vela.

—Es mejor que subirse al maldito tejado —musitó—. Lo reconozco.

Goshy emitió un silbido atonal. Los payasos se levantaron. Habían usado a un hombre atado y amordazado a modo de sofá. Se llamaba Steve y estaba inconsciente.

—Le concederemos un par de horas al joven J. J. para que se atormente y luego iremos a buscarlo —anunció Gonko—. Que Ruf me mande una nota cuando vuelva en sí. Y llevaos a este —empujó el bulto inconsciente con la bota— fuera de mi vista.

Aquella noche Jamie no se despertó cuando unas manos lo levantaron suavemente del

suelo; Gonko se encargó de ello. Entre todas las armas que componían el arsenal del cabecilla de los payasos, el cloroformo era un tanto ortodoxo pero efectivo, y nunca secuestraba a nadie sin él. Apretó un pañuelo blanco contra el rostro durmiente de Jamie durante seis segundos y después volvió a metérselo en el bolsillo.

Lo acompañaban Rufshod y Doopy, que también habían estado presentes durante la adquisición de Steve. De hecho, la sangre que había en la habitación de este era de Rufshod, que la había derramado para llamar la atención. Los tres metieron a Jamie en la bolsa de cadáveres que habían llevado consigo a tal efecto. A Gonko le gustaba la idea de que un hombre despertara de improviso dentro de una bolsa de cadáveres; arqueó los labios mientras subía la cremallera. Los otros dos payasos cogieron el fardo y transportaron a Jamie a la carretera. Había una camioneta con el motor en marcha aparcada junto a la casa; era el único sonido que se oía en la calle iluminada por la luna. Depositaron la bolsa en la caja. Doopy y Rufshod se disputaron ferozmente el asiento del acompañante, arrastrando los zapatones de payasos por la cuneta. Ganó Doopy. Rufshod saltó a la caja con Jamie. Gonko arrancó a toda velocidad, desviándose durante el trayecto para aniquilar a dos gatos vagabundos. Doopy le dijo que no tenía gracia.

Se detuvieron a un kilómetro de distancia junto al solar de una obra en el que estaban construyendo un edificio de apartamentos. Era donde Gonko había tomado prestada la camioneta. Saltó del asiento del conductor, abrió el capó y sacó un hacha de sus pantalones. Asestó varios tajos al motor, simplemente por tocar los cojones; los golpes metálicos resonaron en la noche silenciosa como si fueran disparos. Sacó del bolsillo una tarjeta de cumpleaños y escribió en ella: «Gracias por el préstamo, Bob». El propietario de la camioneta se llamaba Bob. Bob no conocía a Gonko y Gonko no conocía a Bob; el propósito del ejercicio era darle por el culo a Bob. Gonko dejó la tarjeta en el salpicadero, sacó una rosa del otro bolsillo y la depositó junto a la tarjeta.

Los tres payasos saltaron la verja y bajaron consigo a Jamie con delicadas maniobras. Doopy aseguró que le dolía la espalda, pero Doopy era gilipollas. Los payasos se dirigieron a un aseo portátil instalado en un rincón del solar. Entraron sujetando verticalmente la bolsa de cadáveres. Estaban muy apretados. Gonko llevaba en la mano una tarjeta de plástico que sostuvo sobre el cerrojo. Se encendió una lucecita roja y una palanca bajó del techo. Gonko tiró de ella hacia un lado y el suelo descendió con un chirrido como si fuera un ascensor, pues eso era exactamente lo que era. Había varios en aquella ciudad, así como varios miles en todo el mundo. Una plataforma se deslizó sobre ellos para ocupar el lugar del suelo en el que ahora se hallaban. El ascensor dio una violenta sacudida. Era un descenso muy prolongado.

Al fin se detuvieron, no antes de que Doopy se tirase un pedo que infectó aquel reducido espacio con un hedor tan nauseabundo que todo el mundo se puso a toser.

—Qué bonito —comentó Gonko, con lágrimas en los ojos. Doopy se disculpó profusamente, pero Doopy era gilipollas. Las puertas del ascensor se abrieron.

Era de noche en el circo. A su alrededor se recortaban las siluetas de las endeble casuchas de los gitanos como toscos troquelados de cartón encima de un papel oscuro. La noria se elevaba contra el cielo desprovisto de estrellas como el esqueleto encorvado de un animal enorme. Algo aulló a gran distancia. Los payasos volvieron a casa, arrastrando a su nuevo recluta por los pies.

Segunda parte

J. J. el payaso

En la casa de los espejos entran un payaso y el elfo que lo acompaña.
Mírate al espejo y verás al payaso que hay dentro de ti.

Carousel

El espectáculo

Jamie volvió en sí muy despacio. Una sensación claustrofóbica atormentaba desde hacía un par de horas su letargo desprovisto de sueños. Su mente trató de iniciarse como siempre, cargándose como si fuera un ordenador, pero algo estaba bloqueando las progresiones mentales. Tenía la boca horriblemente seca y el regusto impreciso de un producto químico.

Además, había otra cosa que no encajaba; parecía despierto, pero lo veía todo negro. Se tocó cautelosamente alrededor del ojo con el dedo; estaba abierto. Cuando movió la mano escuchó un rumor como de tela. Durante un traumático instante se vio arrojado a una regresión: había acampado junto al lago con su familia cuando despertó de una pesadilla en la que había una serpiente dentro de la tienda, solo para descubrir que realmente había una serpiente arbórea verde arrastrándose sobre sus pies. Presa de un débil ataque de pánico, agitó los brazos y gimió.

Oyó el sonido de pasos junto a su cabeza. A continuación hubo un atronador desgarramiento a escasa distancia de su rostro. De pronto la luz inundó aquel espacio reducido y tenebroso, refulgiendo dolorosamente ante sus ojos, y Jamie vio justo encima de él a la última persona que esperaba encontrar: Steve.

—¿Jamie?

—¿Eh? —fue lo único que este consiguió responder.

—¿Tú también estás aquí? —dijo Steve—. Me había parecido ver que algo se estaba moviendo ahí dentro. Tío, tienes que venir a ver esto. Es una feria o algo así. Levanta. ¡Venga!

Jamie se incorporó y miró fijamente la bolsa de cadáveres en la que había dormido, sin comprender nada. La tela negra estaba abierta como un capullo rasgado. Parpadeó; aquello no tenía lógica. Se restregó el rabillo de los ojos para despabilarse y procuró acordarse de lo que había sucedido antes de que se quedara dormido. Acostarse en una bolsa de cadáveres no estaba en aquella lista.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí? —preguntó Steve, como si Jamie pudiera contestarle—. Ah, aquí está. —Steve recogió su chaqueta del suelo—. Tienes suerte de que te haya encontrado, solo había venido a coger esto. Vamos. Tienes que ver esto.

Demasiada información, demasiado pronto. *Anoche...*, pensó. *Me acosté en el suelo. ¿Antes de eso...? Policías. El calabozo. Sí... Me pillaron corriendo desnudo...* Y después ¿qué?

Miró a su alrededor. Se encontraban dentro de algo que parecía un toldo de gran

altura. El suelo era de hierba pisoteada y aplastada por grandes pisadas de zapatos deformes. En el rincón había una mesa con naipes y botellas vacías desperdigadas encima. En el suelo había docenas de cajas llenas de baratijas y trapos de colores. Había una armadura tumbada sobre el costado cubierta de obscenos dibujos de falos y palabrotas con faltas de ortografía escritas con lápices de colores. A través de las altas paredes de tela se filtraba una luz coloreada que lo teñía todo de un tono rojo levemente repugnante.

Entonces cayó en la cuenta: Steve continuaba vivo. Estaba ahí mismo, junto a la entrada del toldo, mientras el sol entraba a raudales a su alrededor.

—¿Steve...? —graznó Jamie.

Steve se volvió a mirarlo con ojos brillantes; su cara parecía aún más añorada que de costumbre, como si fuera la mañana de Navidad y ambos tuvieran nueve o diez años.

—¿No estabas...? —preguntó Jamie, meneando la cabeza—. Los payasos... Miré en tu habitación y había sangre...

Steve lo ignoró.

—¿Quieres darte prisa, tío? Echa un vistazo aquí fuera. —Salió de un brinco por la portezuela de la carpa.

Jamie advirtió por primera vez el sonido de una banda que interpretaba música carnavalesca y el murmullo de las voces de los espectadores. Se dirigió a la portezuela de la carpa, asomó la cabeza al otro lado y los colores del exterior lo asaltaron como un jarro de agua fría en la cara. Todo era tan estridente que se vio obligado a cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, descubrió al gentío que desfilaba ante él: familias, ancianos, padres, niños vestidos con colores brillantes, bebés en cochecitos o en brazos de sus madres con globos atados a las muñecas que flotaban en el aire como mascotas atadas con una correa. Habían instalado carpas y puestos que semejabán una ciudad en miniatura, atendidos por gitanos de piel olivácea que pregonaban sus baratijas. La muchedumbre desfilaba entre ellos, charlando animadamente. Jamie buscó en las inmediaciones el origen de la música carnavalesca, pero no vio a ninguna banda; parecía que los sonidos flotaban como una brisa, como una extensión natural de los colores y el olor de las palomitas de maíz con mantequilla que impregnaba el aire.

Salió del toldo. A juzgar por lo que observaba, era el único que no tenía la menor idea de qué demonios estaba ocurriendo. Steve le hizo señas con impaciencia.

Jamie se frotó los ojos.

—¿Steve?

—No me jodas, ¿qué?

—¿Estamos...? —Había estado a punto de preguntarle si estaban muertos—. ¿Dónde estamos?

Steve le asió el brazo.

—¿Quieres darte prisa? He oído algo de un espectáculo de magia en esa carpa.

Vamos.

Jamie se dejó arrastrar sendero abajo por Steve. A lo lejos divisó un rótulo pintado. «La casa de la risa». Más allá de este atisbó apenas un estandarte desplegado sobre el techo de una carpa de gran altura que indicaba: «La parada de los monstruos». Pasaron ante otro toldo de gran tamaño; en el costado de este habían escrito: «Escenario principal». Avistó una arcada de madera por encima del hombro; detrás de esta había numerosas luces que destellaban y sonidos de feria: campanas que repicaban, atracciones mecánicas poniéndose en marcha, exclamaciones y llantos. No veía ningún rótulo, pero supuso que en algún lugar cercano había uno que indicaba: «El callejón de las casetas».

En respuesta a su propia pregunta, era evidente dónde estaban: en un circo. Ignoraba en qué circo, por qué motivo y cómo habían llegado. Pero de pronto nada de aquello le parecía muy importante; olisqueó el aroma de las palomitas con mantequilla y sintió que lo asaltaba cierto aturdimiento, como si hubiera inhalado un perfume narcótico. *No, no importa dónde estés*, afirmó una voz afable en su interior. *¡Relájate! No hagas preguntas. Esto es el circo, ya sabes, ¡el circo!*

En efecto, así era. Una inesperada explosión de júbilo se apoderó de Jamie, que volvió a experimentar la emoción de los viernes por la noche en la ciudad, alrededor del segundo o tercer *bourbon*, cuando la máquina de discos ponía una canción de Talking Heads y el bar estaba lleno de mujeres. Se interrumpió para mirar en derredor, estupefacto, y Steve le espetó:

—¡Jamie! ¿Vienes al espectáculo de magia o quieres que te dé una hostia?

Jamie lo miró y sonrió como un idiota contento.

—¡Claro! —exclamó antes de seguirlo.

Delante de una carpa de tamaño mediano había una pizarra que anunciaba: «El poderoso místico Mugabo». Steve arrastró a Jamie al interior, donde vieron un pequeño escenario atestado de accesorios de magia. Había una chistera boca abajo, de la que sin duda saldría un conejo; una varita negra con puntas blancas que probablemente se desprenderían al cogerla; amasijos de cintas de colores y anillos de plata entrelazados. Steve y Jamie se sentaron en la primera fila de sillas de plástico. Los espectadores se acomodaron a su alrededor y la carpa se llenó enseguida de conversaciones somnolientas. Al fondo del escenario había un telón que estaba a punto de abrirse para dar paso a la entrada triunfal del mago. El público guardó silencio. De pronto se oyeron susurros ásperos al otro lado.

—¿El truco del *conejo*? —chilló una voz con acento extraño—. ¡Yo sí que te voy a *hasé* el truco del *conejo*, *serdo*!

—Mugabo, ya hemos hablado de esto —repuso otra voz—. Palos y piedras, por amor de Dios. No querrás que Rufshod...

—¡Ese *serdo* de payaso! *Eh* amigo tuyo, ¿eh? ¡El truco del *conejo*! Yo puedo *iluminá* el puto *sielo*, ¿lo sabe? Puedo... Quítame *lah manoh* de...

Se escucharon los sonidos de una refriega; una bofetada, un gruñido y un cuerpo

que caía al suelo. El público observó con interés mientras el telón tironeaba del marco. La aparente disputa se prolongó durante un minuto entero antes de que el telón se abriese y el mago, lejos de hacer una entrada triunfal, se tambalease y cayese despatarrado sobre el escenario como si lo hubieran cogido en volandas y lo hubiesen arrojado. Lo recibió una vacilante salva de aplausos.

Una nube de humo blanco se elevó tardíamente del escenario. Cuando se aclaró, un hombre de aspecto hosco con turbante estaba intentando alisarse la túnica con manos temblorosas. Mugabo, el mago, componía una figura alta y desgarbada, aún más alta debido al turbante blanco que se había enrollado alrededor de la cabeza como un huevo gigante. Tenía una joya en el centro. Retrajo los labios y gruñó a los espectadores, enseñándoles unos dientes que daban la impresión de despedir un fulgor blanco que contrastaba con su piel negra. Alargó los brazos hacia las hileras de asientos y escupió en el suelo.

—¡*Dehá de aplaudí!* —gritó el mago. Los aplausos cesaron—. Vale, *cabroneh*. ¿*Queréih* que haga el truco del *coneho*?

El público aplaudió de nuevo, jaleándolo con silbidos joviales. Mugabo asintió y el turbante se balanceó de delante atrás. Su voz era profunda y cáustica.

—*Muh bié*. Voy a *hasé* el truco del *coneho*. —Se dirigió a la mesa con ademanes solemnes, miró el telón por encima del hombro y sonrió mientras se arremangaba—. Ya *ehtá* —anunció—. Soy Mugabo, el poderoso *míhtico*... o algo así. Me *guhtaría* *dedicá ehte* truco a ese puto *serdo* de payaso. Va por él.

Metió la mano en la chistera y, como Jamie esperaba, salieron un par de orejas blancas largas y suaves. El conejo pataleó en el aire. Hubo una breve salva de aplausos corteses.

—Sí, ¿*oh guhta* el *coneho*? —canturreó Mugabo—. ¡Qué bonito! *Leh guhta* el *coneho*. *Entonseh*... qué *oh parese*... ¡*ehto!* —Mugabo frunció el ceño. Agitó el puño y el conejo en dirección al público. El conejo se bamboleó unos instantes, meneando las patitas en el aire, antes de estallar en una nube blanca y roja. Se escuchó un sonido como de fruta aplastada. La sangre y los jirones de carne de conejo salpicaron las dos primeras filas de espectadores. Un montoncito de entrañas se derramó a los pies del mago.

—¡*Ha, ha!* —prorrumpió Mugabo, que se dobló por la cintura, descargando el puño sobre la mesa mientras emitía algo a medio camino entre una carcajada y un aullido. El público guardó un absoluto silencio.

Dos figuras irrumpieron en el escenario desde el otro lado del telón. Jamie reconoció a una de ellas: era Doopy, el payaso. Jamie supuso que se trataba de un antiguo conocido de alguna parte que estaba fuera del alcance de su memoria. El otro era un robusto enano que lucía un parche en el ojo.

—¡Todo forma parte del espectáculo, amigos! —exclamó el enano al tiempo que se abalanzaba sobre Mugabo, al que derribó por los tobillos. A continuación Doopy y el enano sacaron al mago del escenario a la fuerza mientras este pataleaba y hacía

aspavientos.

Al parecer el espectáculo había terminado. El público aplaudió titubeando. Jamie se quitó un jirón de piel blanca de la camisa y se enjugó la sangre de la cara. A su lado había una mujer que llevaba en brazos a un bebé con la cara cubierta de sangre de conejo; a ella no parecía importarle, de hecho, ni siquiera daba muestras de haberse percatado de ello. Se quedó junto a su marido, esperando a que se despejara el camino que conducía a las salidas.

Se escuchó un tenue sonido, como de canicas entrechocando, que Jamie reconoció. Venía de debajo de sus pies. Cuando miró hacia abajo vio bolitas de cristal desparramadas entre la hierba. ¿Dónde las había visto antes? No lo recordaba. Pero estaba seguro de que no había habido cristales en el suelo cuando habían entrado en la carpa. Ahora refulgían alrededor de los pies de los espectadores, que recorrían el pasillo para dirigirse a la salida, como si fueran monedas que se les hubieran caído de los bolsillos.

Cuando abandonaron el espectáculo de magia, el telón que había detrás del escenario se estremecía al compás de los sonidos de las bofetadas, los gruñidos y los golpes. Se oyó el ruido sordo de un cuerpo al desplomarse sobre el suelo. Todo formaba parte del espectáculo.

Al salir percibió algo más intenso a través del olor de las palomitas con mantequilla, una fragancia de incienso, como un dedo invisible que le hiciera señas con una uña larga y bien arreglada. Fue en pos de aquella fragancia sin decir una palabra, mientras Steve le pisaba los talones. Reparó en otros asistentes al espectáculo de magia que paseaban entre la gente, charlando y riéndose, ajenos a los churretones de sangre de conejo que tenían en la camisa y en la cara. Steve anunció enseguida que deseaba visitar el callejón de las casetas y se fue corriendo, abriéndose camino a empujones entre la muchedumbre, a punto de derribar a los transeúntes como si fueran bolos. Jamie dejó que se marchara sin prestarle atención, pues estaba absorto en las eróticas visiones que le prometía la dulce fragancia que se enroscaba a su alrededor como una caricia. Detrás de los ojos veía los cuerpos desnudos de mujeres de piel oscura, semejantes a princesas egipcias que corrían delante de él, haciéndole gestos para que las siguiera. Las obedeció aturdido, internándose en un sendero menos concurrido, mientras se desvanecía la música de fondo y el aire se refrescaba.

Dos enanos que estaban forcejeando en el suelo junto al sendero se quedaron petrificados cuando Jamie se aproximó, lo miraron con el ceño fruncido y salieron corriendo. De repente las provocativas visiones eróticas se desvanecieron y Jamie se encontró ante una pequeña barraca con abalorios suspendidos que hacían las veces de puerta. Se estremeció y miró a su alrededor, confuso, sobresaltado al constatar que no había nadie en las inmediaciones. Vacilando separó los abalorios, que entrechocaron como canicas. Parecía la barraca de una adivina, pero ya había un visitante dentro.

—Lo siento —dijo Jamie cuando el hombre de la barraca se dio la vuelta.

Algo frío se deslizó sobre la piel de Jamie. Una voz en su interior le recomendó que echase a correr a toda velocidad en ese mismo instante. Pero cuando esta guardó silencio comprendió que aquel hombre debía de haberse embadurnado la cara de maquillaje, eso era todo; por eso tenía los ojos inflamados de aquel fulgor demente bajo la frente huesuda, protuberante y oscura como una nube de tormenta; por eso los contornos de su rostro, desde la frente hasta la mandíbula, eran tan lobunos que no le habría extrañado descubrirlo aullando bajo la luna, aunque llevara un traje de ejecutivo; por eso medía más de dos metros diez, tenía las manos excesivamente grandes y las uñas amarillas y alargadas como garras.

El monstruo lo miró desde treinta centímetros más arriba.

—Vaya, me encantan las disculpas —dijo con una voz profunda y civilizada—. Pero no hay problema. Estaba a punto de salir. Que disfrutes de la buenaventura.

Pasó junto Jamie con la mayor cortesía. En sus gruesos labios se dibujó una sonrisa que parecía casi afectuosa, como quizá sonríen los hombres lobo a los cachorros. Jamie apartó la mirada, temblando, y durante un instante se disipó la alegría que lo embargaba por dentro, dejando solo el frío miedo a un mundo hecho de trampas, obstáculos y lugares oscuros con los que la gente se tropieza.

El gigante se abrió paso entre los abalorios tintineantes, agachándose bajo el marco de la puerta, y se fue. El escalofrío remitió.

Dentro de la barraca el olor a sándalo, que fuera había resultado casi abrumador, no era más que un tenue regusto en el aire. La atmósfera era distinta al bullicio festivo del exterior; era más fresca y silenciosa, como el propio sueño. Había una gitana sentada ante una mesa redonda que toqueteaba una baraja de cartas de tarot mientras observaba a Jamie con una leve sonrisa. Tenía la piel tersa y morena, los ojos chispeantes y una cabellera negra y lacia que descendía en sedosas oleadas. Detrás de ella había estantes en los que se apilaban ejemplares sin nombre y cartas astrales brillantes colgadas en las paredes, las cuales llenaban el aire con un mortecino fulgor blanco. Además, en la mesa había una bola de cristal delante de ella, posada en una pequeña peana de madera en forma de garra.

—No te preocupes por él —dijo la adivina, asintiendo en dirección al monstruo—, es inofensivo. Es Kurt Pilo. Es el dueño del circo.

—A mí no me parece inofensivo —repuso Jamie.

—Es cierto —admitió la adivina—. Cuando se enfada parece el mismo diablo. —Se quedó un instante con la mirada perdida, al mismo tiempo que la sonrisa se difuminaba de sus labios—. Pero no se enfada fácilmente y, aunque lo intentes, es probable que solo encuentre motivos para reírse. Siéntate, por favor.

El sonido de su voz tenía algo que evocaba licores deliciosos y coloridos servidos en copas de cristal. Jamie tomó asiento en la caja de madera instalada junto a la mesa.

—Hoy tengo un poco de prisa —anunció la adivina—. Debo echarle la buenaventura a media docena de clientes, así que he de ser breve. ¿Me das la mano,

por favor?

Jamie alargó la mano y ella le pasó el dedo por la palma con suavidad. Tenía los dedos fríos y le provocaban pequeños escalofríos allí donde lo tocaban.

—Mírame a los ojos, Jamie —susurró. Este obedeció y emitió un gruñido de sorpresa; le daba la impresión de que los iris estaban cambiando de tamaño, de que uno aumentaba mientras el otro menguaba y viceversa—. No tengas miedo —añadió la adivina—, mira cómo bailan mis ojos. ¿A que son bonitos, Jamie? ¿A que sientes que estás recorriendo un túnel largo y oscuro a través de mis ojos? Sientes mi frío dedo en la palma de la mano, guiándote, trazando un mapa para que encuentres los caminos a través de mis ojos. A los ojos, Jamie... Mírame a los ojos...

La voz se deslizó en su interior como una droga, una voz dulce que le contaba secretos, palabras que oía, pero que no entendía, y antes de que se diera cuenta tenía los ojos vidriosos y cerrados.

Me está hipnotizando, fue lo último que pensó antes de sucumbir.

Una voz lo golpeó en la cabeza con la fuerza de una roca.

Mañana por la tarde. Saldrás exactamente a las tres y veinte, pero dejarás el reloj en casa. Irás a la siguiente dirección: el 344 de la calle Edward. Esperarás delante del bar que hay allí. En la acera verás a una mujer rubia empujando un cochecito, que está esperando para cruzar la calle. Le preguntarás qué hora es. Te rascarás la muñeca nerviosamente cuando ella flirtee contigo.

Jamie, somnoliento, asintió con la cabeza.

Le dirás: «Muchísimas gracias». A continuación volverás directamente a casa. Después no te acordarás de su cara. No volverás a pensar en este incidente de ninguna manera.

—¿Por qué? —murmuró Jamie, como si hablara en sueños—. ¿Por qué no... me dejas... en paz?

Hubo una pausa y Jamie sintió que otros ojos, enormes y dolorosos como soles gemelos, se clavaban en los suyos. Se retorció y exhaló un gemido.

No me cuestiones, le advirtió la voz. *¿Cómo puedes cuestionarme? ¿Has...? ¿Has tragado un poco de polvo?*

Jamie asintió.

Ay, por amor de... ¿Quién te lo ha dado?

—Yo... lo cogí —murmuró Jamie. Le costaba tanto hablar que casi le dolían las palabras. Había inclinado la cabeza sobre el pecho y lo único que quería era que aquella voz no se enfadara.

¿Fue uno de los payasos?, quiso saber la voz.

—Sí.

¿Qué payaso? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Goshy. Me parece que se llama Goshy. Hace una semana. Se le cayó... del bolsillo.

Una oleada de cólera se abatió como una ráfaga de aire caliente sobre Jamie, que

se encogió, gimoteando. Hubo una pausa en la que oyó el sonido de unas uñas que tamborileaban sobre la superficie de la mesa antes de que la voz dijera:

Vale. Ahora despierta, Jamie. Vuelve a mí. Despierta.

Recobró poco a poco la consciencia, atraído por una vaharada de perfume y dos ojos centelleantes. Al principio le dio la impresión de que estaba contemplando dos diamantes que relucían a la luz de las velas; el rostro de la adivina era un contorno borroso alrededor de aquellas joyas, y le pareció que tardaba horas en recuperar la claridad y la forma.

—¿Ha sido un viaje agradable? —preguntó Shalice, la adivina.

Jamie trató de recordar los últimos minutos, pero al parecer se le habían nublado los pensamientos.

—¿Qué ha pasado? ¿Tenía algo que ver con una mujer rubia?

—No, yo diría que no —contestó Shalice, que se puso a recoger sus cosas con movimientos apresurados, intranquila y francamente enojada por algún motivo—. En fin, Jamie, gracias por haber venido. Si me disculpas, tengo que ocuparme de una cosa.

—Sí, claro —balbuceó Jamie, y se puso en pie para marcharse. Shalice pasó rápidamente a su lado y salió a través de los abalorios. Enseguida se perdió de vista. Jamie se quedó mirando un momento la bola de cristal, que ahora estaba oculta debajo de un paño, y abandonó la barraca.

Cuando salió de aquel sitio pequeño, oscuro y fragante, los colores y los sonidos del mundo le parecieron agresivos. Necesitó un instante para orientarse; no recordaba casi nada desde el espectáculo de magia, y hasta eso era vago. A sus espaldas, los abalorios de cristal de la entrada de la barraca se mecieron con la brisa. ¿Qué había sucedido ahí dentro exactamente?

Aquella voz suave e insistente repitió: *No debes preocuparte por nada. Disfruta del espectáculo.*

Jamie no tenía fuerzas para oponerse. La vertiginosa euforia lo acometió de nuevo con una ráfaga de brisa que olía a palomitas y cuando Jamie aspiró profundamente se mareó. Deambuló despacio hasta los senderos más concurridos, escrutando los puestos de los gitanos mientras la tarde daba paso al crepúsculo.

Cayó la noche y el cielo se iluminó con franjas multicolores sobre el callejón de las casetas. Jamie se apartó instintivamente de los colores y se detuvo ante un edificio de madera circundado por un fulgor escarlata; de la puerta abierta brotaban lenguas de fuego anaranjadas como el aliento de un dragón: era la casa de la risa.

Había pocos clientes en las inmediaciones; al parecer la mayoría se dirigían a los toldos gigantescos que se alzaban en medio del parque de atracciones, donde los gitanos, que regentaban los diversos puestos, informaban a los transeúntes de que los acróbatas y los payasos estaban a punto de salir a escena. Solo había dos personas

esperando ante los escalones de la casa de la risa: una joven pareja que estaba completamente quieta, mirando fijamente hacia delante. A su lado había una figura ataviada con una túnica que empuñaba un bastón con una calavera en un extremo. Una capucha negra le ocultaba el rostro. Del interior de la casa de la risa afloraban los sonidos previsibles: aullidos bestiales, gritos femeninos y un sonido como de dientes gigantes rechinando. Eran previsibles, pero por Dios que parecían reales.

Un vagón salió en tromba por la puerta; saltaban chispas alrededor de las ruedas que arañaban los rieles metálicos. Se detuvo con un chirrido. La figura de la túnica blandió el bastón. Sin decir una palabra la joven pareja se encaramó al vagón. Jamie los miró y después al guardián, y a continuación se dirigió a los escalones. Pero el guardián le bloqueó el paso con el bastón.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jamie.

No obtuvo respuesta. Dio un respingo al escuchar un chillido horrible cuando el vagón se arrojó hacia adelante sobre los rieles. Las cabezas de la pareja se balancearon como muñecas de trapo. Cuando entraron brotó de las puertas el destello de llamas anaranjadas; a continuación se perdieron de vista.

Desilusionado, Jamie esperó a que saliera el siguiente vagón. Miró de soslayo al guardián, intentando discernir el rostro que había bajo la capucha. En el interior de la casa de la risa, los gritos y los aullidos se intensificaron hasta convertirse en carcajadas como en un violento éxtasis sexual, sofocando los distantes sonidos de la feria antes de que cayera un abrupto silencio.

Aquello sí que fue un tanto excesivo. Jamie se apartó de la casa de la risa y se dio la vuelta para marcharse. Entonces oyó que el vagón se detenía con un chirrido. Miró hacia atrás por encima del hombro. No se veía a la pareja por ninguna parte; el vagón estaba vacío.

Descubrió que se estaba alejando apresuradamente, como si sus piernas percibiesen un peligro que su mente no acertaba a identificar. *Todo forma parte del espectáculo*, le aseguró la voz de su interior. Por supuesto. ¿Y qué no?

Vio una carpa de gran tamaño apartada de las restantes atracciones y rodeada de pequeñas casuchas que parecían las casas de los enanos y los gitanos. De tanto en tanto pares de ojos luminosos lo observaban ceñudamente por los resquicios de las cortinas cuando pasaba. Los enanos habían salido en gran número al caer la noche, criaturas pequeñas y malhumoradas que interrumpían sus conversaciones cuando se acercaban los clientes para seguidamente reanudarlas con voces airadas y acaloradas. Llevaban bolsitas y se los veía inspeccionando la hierba con unas pinzas metálicas. Al principio Jamie pensó que estaban buscando monedas, pero cuando se acercó a algunos, que se habían puesto manos a la obra, comprobó que estaban recogiendo los cristallitos relucientes que había visto en el suelo durante la función del mago. Los enanos lo miraron frunciendo el ceño con tal ferocidad que Jamie retrocedió asustado.

Cuando se acercó a la carpa solitaria descubrió que albergaba la parada de los monstruos y titubeó antes de entrar en ella. No le interesaban lo asqueroso ni lo insólito, pero los ojos de las ventanas de las casuchas lo estaban poniendo nervioso y le pareció prudente perderse de vista.

La única luz que había dentro de la carpa de la parada de los monstruos procedía de las bombillas amarillas que iluminaban las vitrinas de cristal. En el suelo había más puntitos luminosos relucientes; más cristales de polvo, muchos más que en el suelo de la carpa de Mugabo.

Sorprendido, Jamie vio a Steve ante una de las vitrinas de cristal, contemplando ávidamente el interior de una pecera de gran tamaño. Steve lo vio y le indicó que se acercara.

—Echa un vistazo a esto —dijo.

La etiqueta de la pecera indicaba: «Este es Sebo. Cada momento de su vida es un infierno».

Dos ojos humanos los miraban apesadumbrados desde una cara que parecía estar derritiéndose. La piel resbalaba como la cera de una vela, cayendo en forma de gotas y burbujas hasta el suelo de cristal, donde formaba charcos que al endurecerse conformaban masas de color carne.

—Cada pocos minutos recoge los trozos que se han derretido y se los vuelve a poner —susurró Steve con fruición.

Sebo los observó con tristeza mientras una burbuja de color carne le estallaba en el cuello, destilando y rodando sobre el pecho. Jamie hizo una mueca y apartó la mirada.

—¡Jamie, mira! ¡Lo está haciendo! —exclamó Steve, que parecía prácticamente excitado.

—Salgamos de aquí —dijo Jamie—. Eso es asqueroso. Venga.

—Ni hablar. Tienes que ver este sitio. Ven a echar un vistazo a este tío. —Steve lo arrastró del brazo hasta un espécimen que no estaba confinado en una vitrina de cristal. Se detuvieron ante algo que quizás antaño había sido humano hasta que la naturaleza le había gastado una broma terriblemente cruel. Del cuello para abajo estaba bien, metro y medio de humanidad ataviada con corbata y traje gris. El problema empezaba en la cabeza de la cosa, que estaba cubierta de escamas, era excesivamente grande para el cuerpo y tenía bigotes de bagre que brotaban de las agallas del cuello. La boca era tan amplia como la de un tiburón y estaba llena de feroces dientes. Cuando la abrió para dirigirse a ellos, Jamie estuvo a punto de gritar.

—Hola. Soy Niñopez, encargado de la parada de los monstruos.

—Este es mi amigo Jamie —anunció Steve—. Jamie, este es Niñopez. Dice que puede respirar debajo del agua.

—Encantado de conocerte, Jamie —dijo Niñopez. Tenía una voz tan aguda que parecía que había inhalado helio. Su cortesía tenía algo obsceno—. Espero que disfrutes de nuestros especímenes tanto como Steve. La función de Yeti comiendo

cristales empieza dentro de quince minutos. ¡Te garantizo que es la actuación más peluda y sangrienta de todo el circo!

—Tío, tenemos que ver la función de los cristales —exclamó Steve.

Jamie meneó la cabeza.

—Hasta luego —dijo.

—¿Por qué? ¿Adónde vas? —exigió Steve.

—A cualquier parte. Joder. A lo mejor espero a que empiece la función de los payasos.

—Ah, sí —terció Niñopez—. Puede que la función de los payasos sea nuestra atracción más celebrada. Por favor, no dejes de firmar el libro de visitas cuando salgas.

Jamie se encogió ante aquella sonrisa de dientes de tiburón perfectamente amable; se habría sentido más cómodo si Niñopez les hubiera gruñido y hubiera rechinado los dientes. Salió de la carpa de la parada de los monstruos, procurando apartar la mirada de las vitrinas que había a ambos lados mientras los especímenes gemían y siseaban. Steve no lo siguió.

Cuando salió de nuevo al cálido aire nocturno su buen humor había tomado un sesgo desagradable y repugnante. Unas débiles náuseas y una sensación ominosa se habían infiltrado en su interior. *Me parece que me he metido en un buen...* Pero el pensamiento no terminó jamás.

Y... decidió que así era preferible.

Para entonces se habían formado grandes aglomeraciones ante los dos toldos gigantes. Los semblantes de todos los presentes traslucían una turbación imprecisa; miraban nerviosamente en derredor, como para cerciorarse de que realmente se encontraban en aquel lugar.

Delante del toldo más grande había un rótulo que anunciaba:

RANDOLPH DESAFÍA A LA MUERTE EN UN ESPECTÁCULO ACROBÁTICO DE
ALTOS VUELOS

Delante del otro había una pizarra que decía:

EL FANTABULOSO ESPECTÁCULO DE LOS PAYASOS DE GONKO; VEN A REÍRTE
CON NOSOTROS.

Jamie se quedó mirando fijamente la pizarra. *Gonko...* ¿De qué le sonaba ese nombre? Casi lo tenía cuando se vio empujado por la muchedumbre que, obedeciendo a una indicación de la que Jamie no llegó a percatarse, entraba poco a

poco en los toldos. Había algo resignado en aquellas personas, como si fueran almas perdidas atrapadas en una tormenta reuniéndose en el único refugio que había a la vista. Aunque era mucho mayor, el toldo de los acróbatas se llenó primero.

Jamie, que estaba aún más desorientado que aquella mañana, cuando al despertarse había visto a Steve sano y salvo y los recuerdos se entremezclaban en su cabeza como naipes, apareciendo y desapareciendo en cuestión de un instante, se sumó a la cola de personas que se encaminaban al espectáculo de los payasos. Se sentó en la última fila de sillas de plástico dispuestas ante un escenario iluminado por focos brillantes y esperó en silencio junto con el resto de los espectadores.

Gonko. Estaba a punto de recordarlo.

Cuando comenzó la función de los payasos se liberó de repente de la influencia que había gobernado sus pensamientos durante el resto del día y se acordó de todo. Buscó frenéticamente las salidas, pero estaban bloqueadas por las personas que contemplaban inexpresivamente el escenario. No había ningún sitio adonde ir. Jamie se encogió en el asiento.

Gonko se paseó por el escenario con las manos en los bolsillos. Se escucharon algunos aplausos, aunque miraba al público con el ceño fruncido como si quisiera cortarles la garganta a todos los presentes. Llevaba pantalones a rayas absurdamente grandes, que le rodeaban la delgada cintura como un aro, sujetos con tirantes. Se había pintado la cara de blanco y se había puesto una nariz de plástico roja. Llevaba un voluminoso sombrero semejante al turbante del mago y una pequeña pajarita alrededor del cuello.

Goshy iba dando tumbos a sus espaldas, observando a los espectadores con los ojos desorbitados, como si fuera un bebé contemplando una habitación llena de cosas que lo desconcertaban. *¿Qué son estas criaturas?* Pero conservaba ese aire reptiliano y calculador que sugería que en el fondo sabía muy bien que él era la anomalía y que disfrutaba siéndolo.

Goshy tenía una margarita en la mano y apretaba obstinadamente los brazos a ambos lados del cuerpo. Se dirigió tambaleándose hacia una joven de la primera fila. Le ofreció la margarita con un movimiento abrupto sin flexionar el codo. Ella le sonrió y titubeó un instante antes de aceptarla.

Goshy se quedó mirándola, parpadeando; parecía que estaba esperando algo. Entonces, repentinamente disgustado por motivos que solo él conocía, le arreó una bofetada. La cabeza de la joven dio una sacudida hacia un lado con un rumor de su cabellera rubia. Algunos espectadores se rieron, suponiendo quizá que se trataba de una actriz apostada para ese número.

Goshy miró a su alrededor como un loco mientras se propagaba un murmullo entre la gente, tapándose los oídos con las manos y abriendo y cerrando la boca sin emitir ningún sonido. Retrocedió y subió a trompicones los escalones del escenario.

Gonko observaba el desarrollo de los acontecimientos con una expresión de exasperación; aquello no estaba en el guión, pero a juzgar por el modo en que echó los brazos al cielo, con furia, hasta cierto punto lo había esperado.

El espectáculo degeneró aún más. Goshy se desplomó de espaldas como si le hubiesen disparado y rodó de un lado a otro, pidiéndole ayuda a Gonko con gestos frenéticos con los codos sin dejar de taparse los oídos con las manos. Entonces se escuchó el silbido de tetera que Jamie conocía a la perfección, estridente como una sirena:

—*¡Hmmmmm! ¡Hmmmmm!*

Otro payaso salió apresuradamente de entre bastidores hacia los focos. Era Doopy, que fue corriendo junto a su hermano y trató de llevárselo del escenario. Goshy no quería marcharse. Dejó de silbar como una tetera y señaló a la mujer de la primera fila, que se estaba frotando la mejilla con cara de asombro. Goshy volvió a abrir y cerrar la boca.

—Lo sé —exclamó Doopy—, ha sido mala, Goshy, ha sido muuuuy mala. Pero ¡venga! ¡Es un espectáculo! Vas a meterte en un buen lío...

Gonko se había sentado en el escenario con las piernas cruzadas y se estaba masajeando las sienes. Su voz se impuso al confuso balbuceo de los espectadores, que no sabían si reírse o no.

—Lo sabía, joder —masculló—. Ha echado a perder la actuación y ha tardado menos de un minuto. Acabemos con esta farsa. ¡Rufshod! Ven aquí. Trae al aprendiz. —Gonko emitió aquella orden con una alegría violenta y fingida. Un payaso enjuto, con aire enajenado, salió corriendo al escenario, arrastrando consigo a otro payaso.

El aprendiz se detuvo de mala gana bajo los focos con los hombros encorvados. Gonko lo fulminó con la mirada.

—Dime, Goshy —exclamó Gonko—. Echa un vistazo al aprendiz. ¿Qué es lo que tiene en el bolsillo?

Goshy estaba de nuevo en pie. Se volvió lentamente y fue contoneándose hacia el aprendiz. Rufshod, mientras tanto, le metió las manos en los bolsillos y sacó algo que parecía una hoja de helecho. Por alguna razón la hoja surtió un intenso efecto en Goshy, que se quedó mirándola con los ojos desorbitados, horrorizado, la emoción más humana que se había manifestado en su rostro hasta ese momento, y volvió a silbar como una tetera:

—*¡Hmmmmm! ¡Hmmmmm!*

El rostro del aprendiz dio paso a una expresión de temor. Goshy, acercándose, le chilló y acto seguido le atizó una sonora bofetada con el brazo rígido, como a la joven de la primera fila. Doopy intentó tranquilizar a su hermano sin demasiado entusiasmo, exclamando «¡Goshy, detente!», pero fue en vano. Goshy le dio otra bofetada. El aprendiz trató de esquivarla y se volvió a mirar a Rufshod, que estaba bloqueando la salida. Goshy se dispuso a darle otra bofetada. El aprendiz le propinó un empujón. Doopy entró en acción.

—¡Oye, oye, oye, oye, oyeeee! —vociferó, adquiriendo velocidad como una avalancha. Se abalanzó contra el aprendiz con la intención manifiesta de defender a su hermano. Aunque Doopy parecía el payaso más inofensivo embestía con la fuerza de un toro pequeño. Derribó al aprendiz, que rodó a los pies de los otros tres, procurando rechazar los golpes que estos le asestaban con los pies, los puños, la cabeza, los codos y las rodillas. Goshy se apartó de la refriega y volvió a taparse los oídos con las manos. Los espectadores guardaban silencio.

Gonko estaba sentado observando los acontecimientos con una expresión pétrea, aunque la inclinación de sus labios sugería que aquella paliza le reportaba una fría satisfacción. Se volvió hacia el público y musitó:

—¡Se acabó el espectáculo! ¡A tomar por el culo!

Se escucharon aplausos confusos y dispersos mientras los espectadores se levantaban para dirigirse a las salidas. La intensidad de la tunda que tenía lugar en el escenario estaba disminuyendo y estaban llevándose al aprendiz inconsciente arrastrándolo por los pies, dejando un espeso rastro de sangre y maquillaje.

Jamie esperó en la última fila después de que el público hubiese abandonado la sala, sin saber qué hacer ni adónde ir. Los recuerdos de los últimos días lo asaltaron desde todas las direcciones: la audición, el hostigamiento y la destrucción de su casa. Las cosas tenían menos sentido que nunca.

Gonko lo miró directamente desde el escenario.

—J. J. —dijo—. Ven aquí.

Jamie se señaló.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú —gruñó Gonko.

Se detuvo al borde del escenario, haciéndole señas con el dedo. Jamie se levantó y se acercó poco a poco hacia él. *Se acabó, pensó. Estoy a punto de morir.*

Se equivocaba.

—Bienvenido a tu nuevo hogar —declaró Gonko cuando Jamie pasó junto a la primera fila de asientos. El foco proyectaba sombras que resbalaban como cortes ensangrentados por el rostro del cabecilla de los payasos, que añadió—: Parece que te han quitado el gas de la risa después de lo que les he dicho. Quería que nos vieras desde bastidores, pero no importa. Quedan muchas funciones, guapo, que te quede claro. Como habrás comprobado, la actuación está un poco oxidada. —Gonko escupió.

Jamie le devolvió la mirada.

—Por favor, ¿quieres explicarme qué demonios está pasando? ¿Por favor?

Gonko lo miró con los ojos entrecerrados y contestó despacio.

—Es una petición razonable. No veo por qué no. Lo que pasa es que ahora eres un payaso. ¿Alguna vez te han dado una noticia tan buena? A partir de ahora solo habrá carcajadas y de vez en cuando algunas risitas, para que no se diga. ¿Podría ser mejor? Y una mierda. Ven conmigo, joven J. J.

Bolas de cristal y acróbatas

Gonko condujo a Jamie detrás del escenario hasta una sección atestada de cajas de accesorios, uniformes y bombillas de focos. Allí yacía el aprendiz; su rostro era una masa pulposa que seguía rezumando una pátina de sangre y maquillaje. Tenía los ojos cerrados. Goshy estaba mirándolo fijamente, sin pestañear, con cierta sorpresa, mientras Doopy le daba palmaditas en el hombro, presumiblemente para darle ánimos. Cuando aparecieron Gonko y Jamie, Doopy se detuvo. Le temblaban los labios húmedos y se retorció nerviosamente las manos. Doopy ya no parecía capaz de recurrir a la violencia como en el escenario; había vuelto a convertirse en un hombrecillo insignificante que se tironeaba de la camisa; era una profusa disculpa de los pies a la cabeza.

—Buen trabajo, Doops —comentó Gonko, observando el despojo ensangrentado que estaba tendido a sus pies.

—Caramba, lo siento, Gonko, ¡pero es que le pegó a Goshy! —exclamó Doopy—. Le pegó a Goshy en toda la cara y yo tengo que cuidar de Goshy. ¡Tengo que hacerlo!

Gonko se inclinó sobre la figura postrada y arqueó los labios hacia un lado.

—He dicho que buen trabajo. No hace falta que te inventes excusas cuando el jefe te da una palmadita en la espalda, Doops. Guárdatelas para cuando metas la pata. —Gonko hincó la punta de la bota en el cuerpo del aprendiz y se volvió hacia Jamie—. J. J., te presento al equipo. Este es Goshy.

Goshy le estaba dando la espalda mientras emitía una sucesión de silbidos graves y bajos. Se apretaba la hoja de helecho contra la cara y parecía que la estaba besando.

—Él sabe lo que le gusta —musitó Gonko—. Y este es Doopy; me parece que ya lo habías visto antes, dejándote la habitación hecha una mierda, junto con un servidor.

—¿Cómo estás? —tartamudeó Doopy, mientras continuaba defendiendo su causa ante Gonko, que lo ignoraba.

—Este es Rufshod —anunció. El payaso enjuto con aire enajenado lo saludó con un ademán semejante a un tic electrificado. Rufshod parecía el payaso más joven, tal vez tuviera la edad de Jamie—. Y este gusano es el aprendiz —señaló Gonko—. Ahora es básicamente carne con ojos, y no por mucho tiempo, acuérdate de lo que te digo. Y ¿sabes una cosa, colega? Has conseguido su puesto, por si te estabas preguntando dónde encajaba esa pieza del puzle.

Jamie miró hacia abajo y procuró no imaginarse su propia cara golpeada y deformada de una forma tan terrible como la que estaba supurando a sus pies. No

tenía la menor idea de cómo reaccionar ante todo aquello. Supuso que el plan más acertado consistía en mantener la boca cerrada y esperar a que la situación adquiriese algún sentido. En cualquier momento, sin duda, alguien le diría que estaba en Cámara Oculta, que había sido la víctima de una costosa broma radiofónica o el sujeto de un experimento sociológico, lo que fuera.

Gonko sacó a los payasos de la carpa. Dejó al aprendiz tirado desangrándose.

—Vosotros —les dijo Gonko a los demás payasos—, eso ha sido bochornoso. Doopy, a ver si se lo metes a tu hermano en el melón, no hay que pegar a los espectadores. ¿Entendido? No forman parte de la puta actuación. No hay que pegar a los espectadores, ni empujarles, ni sacudirles, ni darles patadas. No son accesorios. Solo están viendo el puñetero espectáculo. ¿Está claro? No hace falta ser un genio. Solo están viendo el puto espectáculo.

—Caray, lo siento, Gonko —tartamudeó Doopy—, pero es que a veces Goshy se confunde, y...

—Esta noche sabía muy bien lo que estaba haciendo —lo atajó Gonko—. Piensa en el listón que le hemos puesto al nuevo. La función ha durado menos de dos minutos. ¿Por qué le ha dado una bofetada a esa fulana?

—Ella le había quitado la flor, Gonko, ella...

—Si se la había dado él, idiota. Formaba parte del guión.

—¡Pero ella no debería haberla cogido, Gonko! No debería haberla cogido, no señor, y él no puede evitarlo, él... él...

—¿Ves lo que tengo que aguantar, J. J.? —dijo Gonko con una sonrisa apesadumbrada. Jamie se encogió de hombros, asintió y procuró pasar desapercibido.

Todos los clientes habían abandonado el parque. Solo se oían esporádicamente tañidos metálicos y golpes sordos procedentes de los puestos que estaban desmontando. Algunos enanos se demoraban entre las sombras, susurrando y observando airadamente a los payasos mientras pasaban. Estos los ignoraron. Pasaron ante la carpa del mago y la barraca de la adivina y Jamie se percató de que habían llegado a la carpa en la que había despertado aquella mañana. Era mucho mayor que las viviendas que la rodeaban.

Goshy emitió un pitido tenue y se detuvo. Los demás se volvieron hacia él. Doopy pareció interpretar el sonido; se llevó un dedo a los labios y dijo:

—*Shhh.*

Se oían voces que murmuraban en las inmediaciones, demasiado apagadas para distinguir las palabras. Jamie observó sucesivamente a los payasos, preguntándose qué vendría a continuación en la agenda de sorpresas desagradables. Algo violento, comprendió enseguida, porque Gonko metió la mano en el bolsillo y extrajo una larga hoja plateada. Jamie la contempló con los ojos como platos, preguntándose cómo había cabido en el bolsillo del cabecilla de los payasos.

Gonko reunió en un corro a los payasos. Jamie trató de apartarse, pero Rufshod, el payaso con aire enajenado, lo apresó con una llave de cabeza y lo condujo al

centro. El hedor del sudor de Goshy a corta distancia era casi insoportable.

—Acróbatas —susurró Gonko—. Yo me encargo de hablar con ellos. Y de darles cuchilladas. Pero si se tuercen las cosas que se meta todo el mundo. Eso va por ti, Goshy. No te quedes mirando como la última vez que me sacudió el cabrón de Randolph. Tú también, J. J. Estás en los huesos, pero meneas esas alas de gallina como si quisieras rompértelas.

El corro se dispersó y Gonko se adelantó furtivamente, dando vueltas a la hoja con una mano experta. Los demás lo siguieron. Había tres hombres ataviados con mallas blancas esperándolos junto a la entrada de la carpa que guardaron silencio y se pusieron en tensión cuando se acercaron los payasos.

En la primera impresión, Jamie descubrió que mirar a los acróbatas resultaba casi hipnótico. Sus cuerpos eran ágiles, tenían rasgos élficos y delicadamente esculpidos y era inevitable admirar la maestría de su creador. Estaba claro que los payasos no pensaban lo mismo. Ambas partes se miraron a los ojos un momento y los acróbatas observaron a Jamie con suspicacia antes de que uno de ellos dijera:

—¡Mmm, mmm! Me han dicho que habéis montado un buen espectáculo, chicos. Nada menos que cinco minutos, según me han dicho.

—Más bien dos —intervino otro.

—¡Dos minutos! —repitió el primero con fingida compasión—. ¡Asombroso, eh! Sven, ¿qué dirá al respecto el señor Pilo?

—No estoy seguro. A lo mejor sugiere que los pobrecillos necesitan un poco de tiempo libre desempeñando otros trabajos, como frotar los cagaderos de los gitanos, para concentrarse en la actuación. Pero claro, habría que preguntárselo.

—Pero no estará impresionado, ¿verdad, Sven?

—Me parece que no, Randolph, ni lo más mínimo.

Momentos antes parecía que Gonko estaba casi impaciente ante la confrontación, pero ahora parecía que lo mortificaba que se burlasen de la función de aquella noche.

—Que os jodan —gruñó; el brazo que empuñaba el cuchillo temblaba de ira.

—¡Ay, *touché!* —exclamó el acróbata más cercano—. ¡Que os jodan, nada menos! Por eso me gusta librar batallas de ingenio contigo, Gonko, ¡por lo sofisticado que eres! ¿Eh? Cuando tú naciste rompieron el molde.

Rápido como una serpiente, Gonko se abalanzó contra el acróbata que había hablado, pero este lo esquivó fácilmente con una pirueta. Jamie hizo una mueca; estaba claro que había empezado la pelea. Pero no; Gonko se echó hacia atrás, volviendo a darle vueltas a la hoja en la mano, y al parecer los acróbatas decidieron que el encuentro había concluido. Sonrieron desdeñosamente mientras se alejaban, al tiempo que acumulaban más insultos.

—¡Maricones! —les chilló Gonko.

Los acróbatas se detuvieron y se dieron la vuelta.

—¿Qué nos ha llamado?

—¡Nos ha llamado maricones!

—*Touché* otra vez. Ya sabes lo que dicen; un hombre que monta a otro hombre es un hombre por partida doble.

—Eso es exactamente lo que iba a decirle.

—Por lo menos nosotros sabemos a quién tenemos encima.

Se alejaron entre carcajadas hasta perderse de vista. Doopy se volvió hacia Gonko y exclamó:

—No me gustan esos tíos, Gonko. ¡No me gustan!

—En ese caso a lo mejor consigues convencer a tu hermano de que no nos estropee la función —replicó Gonko—. De esa forma, Doops, tendremos la carpa llena de trucos descacharrantes y ellos no tendrán nada contra nosotros. ¿Lo ves? No hace falta ser un genio. —Gonko volvió a guardarse la hoja en el bolsillo y añadió—: Y para que conste, si hubiese querido rajar a ese cabrón lo habría hecho. Pero teniendo en cuenta cómo habéis actuado esta noche, vagos de mierda, no me fiaría de vosotros si os necesitase en una pelea.

Los condujo al interior de la carpa. Goshy se dirigió directamente hacia una portezuela de lona que había al fondo de la sala y que daba a unos aposentos ocultos; los demás payasos se derrumbaron en los sofás que habían empujado contra las paredes. Jamie observó aquella pocilga alumbrada por faroles; parecía una guardería para niños grandes. Había accesorios, pantalones de payaso y cajas de baratijas desparramadas por todas partes. Reconoció la armadura pintarrajeada con lápices de colores. En la pared de enfrente había estatuas de madera de algo que parecían dioses amazónicos, apoyadas unas contra otras como si estuvieran en celo. Alguien le había metido un pollo de goma en la boca a una de ellas.

Sus ojos se posaron en la bolsa de cadáveres en la que había despertado aquella mañana.

—¿Qué te ha parecido eso, J. J.? —dijo Gonko, dándole una palmada en la espalda—. ¿Estabas cómodo ahí dentro? ¡Ja, ja! ¡Buenos días, cariño! En fin, J. J., este es nuestro espacio privado. Aquí no entra nadie sin que lo digamos nosotros. Si entra alguien podemos hacerle lo que nos dé la gana, aunque eso signifique que el circo tenga que buscar empleados nuevos a la mañana siguiente. ¿Está claro? Será mejor que recuerdes que eso también se aplica a todos los demás, así que ándate con ojo. Los gitanos nos traen el rancho a las nueve, a la una y a las seis. Sobre todo perritos calientes mojados y fideos con sabor a plástico salado. Si te aburres de eso tienes manzanas de caramelo y polos. —Gonko escupió y musitó—: Sí, el rancho no es lo mejor del circo —antes de continuar—. Todos tenemos un jergón ahí detrás. Los días de función varían; a veces hay dos días seguidos y a veces no hay ninguno durante semanas. Depende de los espectáculos que se celebren fuera. Se trata de una competición, ¿está claro? Aquí es donde ensayamos. —Señaló un espacio de suelo herboso despejado.

—Ya —repuso Jamie—. Ejem, no sé muy bien cómo decir esto...

—Estás entre amigos, joven J. J. —dijo Gonko—. Sé sincero.

Jamie respiró profundamente.

—¿Quiénes sois? ¿Qué es lo que sois? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué demonios está pasando?

Gonko lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Todavía quieres saber todas esas cosas? —Jamie no supo muy bien qué contestar—. De acuerdo —dijo Gonko—. Ven conmigo. Iremos a ver a la adivina y aclararemos todos esos dilemas. Nos vamos, el pequeño J. J. y papá Gonko.

Gonko lo condujo a través del tenebroso parque de atracciones. Los enanos habían salido en tropel y estaban en cuclillas en los callejones jugando a los dados o agazapados en los tejados con botellas en la mano, espetándose obscenidades unos a otros. Dos de ellos estaban forcejeando delante de una puerta, disputándose algo que parecía un hueso de jamón. Uno de los combatientes se interpuso en el camino de Gonko, que le propinó una patada como si fuera un balón de fútbol sin ni siquiera romper el paso. El enano voló dos metros antes de estrellarse contra la puerta de un gitano; esta se abrió y surgió una mano que lo cogió por el pelo y lo arrastró al interior. Lo que allí sucediese resultó en numerosos gritos y golpes. Los demás enanos guardaron silencio mientras observaban lo que sucedía, contemplando a Gonko con silenciosa malicia. Este no dio muestras de percatarse de ello.

Llegaron a la barraca de Shalice, aunque Jamie apenas la reconoció debido a los recuerdos imprecisos de la jornada. Solo le resultaban familiares los abalorios tintineantes. El incienso todavía impregnaba el aire, aunque débilmente. Había una espaciosa caravana blanca, presumiblemente la morada de la adivina, aparcada a corta distancia tras la barraca. Había luces encendidas en ambos edificios. Gonko se dirigió a la barraca y dio una patada en la pared con la bota. Una mano apartó los abalorios y apareció aquella mujer de oscura hermosura y ojos astutos, aunque en ese momento tenía el ceño fruncido.

—Mira quién ha venido —dijo—. Qué bonito, Gonko. ¿Porqué no me dijiste que este era un recluta?

Gonko enarcó las cejas.

—¿Qué problema tienes? —Le dio un empujón a su paso y se sentó en la caja de madera, mirando a Shalice con los ojos entrecerrados. La adivina lo observaba gélidamente.

—Le eché la buenaventura —explicó ella—. Como si fuera un primo cualquiera. Ya sabes. Y se resistió a mí. La cosa podría haber acabado muy mal. Podrías haberlo perdido. Hay razones para que necesite saber esas cosas.

—Ah, no me fastidies —protestó Gonko, aunque parecía vagamente divertido—. ¿Qué posibilidades había de que llegase hasta aquí?

Shalice le enseñó los dientes.

—Bastantes, por lo visto.

Gonko se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que pensé que lo habías previsto, como tienes poderes siniestros y esas cosas.

—Preveo que no volverá a pasar —replicó Shalice—, porque se lo he dicho a Kurt.

Gonko se levantó de un brinco; parecía que estaba a punto de golpearla.

—¡Putade mierda!

Ella sonrió y dio un paso hacia él; sus ojos oscuros destellaban.

—Ajá, cálmate, cariño. No seas tonto. Compórtate.

Gonko se pasó una mano por la cara; le temblaban los dedos.

—Ya hablaremos de eso luego —dijo—. De momento, J. J. necesita algunas respuestas.

Shalice miró a Jamie.

—¿Lo de siempre?

—Sí, lo de siempre —asintió Gonko—. Quiénes sois, por qué estoy aquí, qué está pasando, ay mamá, tengo miedo, bla, bla, bla. —Gonko estampó la bota contra la caja de madera, rompiendo una de las tablas—. No, en serio, gracias por chivarte de mí, jodida... Ahora tengo que limpiar dos montones de mierda.

Salió de la barraca hecho una furia, apartando violentamente los abalorios a su paso. Shalice lo siguió con la mirada, musitó algo para sus adentros y se volvió hacia Jamie, al que miró de arriba abajo.

—En fin. Quieres saber por qué estás aquí y por qué debes quedarte. Quieres saber quiénes somos y qué es lo que hacemos. ¿Es eso cierto?

Jamie asintió.

—Supongo que eso sería un principio. Después a lo mejor podrías decirme dónde puedo llamar a un taxi para que me lleve a casa. Os prometo que no denunciaré a nadie. Firmaré una declaración jurada. Lo que vosotros queráis.

—Me parece que estás a punto de descubrir que eso no nos preocupa —repuso Shalice. Se sentó detrás de la bola de cristal, retiró el velo de tela y lo observó en silencio durante un instante—. Te lo explicaré de esta forma —dijo—. Estrictamente hablando, ya no estás en el mundo, Jamie. Aunque no está lejos, claro. Estás aquí porque te han concedido una segunda oportunidad. Verás, estabas destinado a morir joven y antes de que murieses ibas a tener una vida desgraciada.

Jamie se restregó el rabillo de los ojos.

—Y ¿cómo sabes eso exactamente?

—Porque estás aquí —contestó ella—. Aquí no viene nadie que no estuviera destinado a un fin semejante. Todos los que están aquí fueron salvados de la muerte. Por eso se han quedado. Le debemos algo al espectáculo; tú, yo y todos los demás. No sabría decirte si así estamos mejor... Nunca he muerto. Pero puedo enseñarte cómo sería tu vida si no te hubiéramos encontrado. —Lo escrutó con la mirada—. Hay magia en el mundo, Jamie. Hoy has visto lo suficiente para saberlo. Hay magia;

es rara, pero la mayor parte de ella está aquí mismo, en este parque. Hasta el aire que respiras está impregnado de ella. Sí, ¿lo ves? Hoy lo has sentido, ¿verdad? Que el circo insuflaba su voluntad en tus pulmones.

Jamie no pudo responder. Shalice asintió y prosiguió:

—La magia está aquí por una razón. Es peligroso que ande suelta por el mundo. Igual que nosotros. Y los payasos, en su sabiduría, han visto en ti algo que les conviene, que le conviene al espectáculo. Has tenido suerte.

Shalice pasó un dedo sobre el orbe de cristal y susurró:

—Mira.

La superficie despidió un destello blanco. Jamie observó el fulgor y enseguida distinguió formas. De pronto estaba dentro del cristal, como un personaje de una serie de televisión muda. Ante sus ojos se desarrollaba una escena familiar: estaba en su dormitorio, arreglándose para trabajar en el club Wentworth, inmerso en la cotidiana búsqueda frenética de los zapatos y los calcetines. Hacía aspavientos con los brazos, maldecía e increpaba a los cielos. Shalice dijo:

—Este eras tú hace un mes. Como ves, el tiempo me revela algunos de sus secretos. De vez en cuando, si se lo pido amablemente, me enseña lo que necesito ver. Ahora, si nos deja, veremos lo que te habría pasado, Jamie, si no te hubiésemos traído con nosotros.

Jamie estaba boquiabierto, con los ojos clavados en la bola de cristal, fascinado por la sedosa voz de la adivina. Apenas estaba lo bastante consciente para verse a sí mismo desempeñando mecánicamente los rituales de la vida cotidiana, aunque le parecía que habían pasado años desde entonces. Y mientras se veía corriendo de un lado para otro, desesperado por llegar a tiempo al trabajo, se le ocurrió que era ridículo tener un propósito tan extraño en la vida, tomarse en serio una cosa tan rara.

Shalice susurró algo que Jamie no entendió y la imagen cambió. Al principio tuvo que fijarse bien, pues creyó que estaba contemplando a su padre. El parecido era casi exacto, hasta en las líneas de expresión, el cabello ralo y la barba de tres días. Pero no, se trataba de Jamie, a los cuarenta y tantos años quizá, sentado en una oficina. Debajo de la camisa y la corbata se abultaba una barriga cervecera que se combaba sobre el cinturón y resultaba absurda en su esbelta constitución.

—Mira —dijo Shalice—. Esto es dentro de apenas doce años. Eres un funcionario sin futuro. Dejaste de beber cuando tenías veinte años, pero ahora eres un alcohólico incorregible. A veces te metes a hurtadillas en el cuarto de baño para beber un trago de *bourbon*. Tus compañeros de trabajo se ríen de eso. ¿Ves esa foto? —Señaló una fotografía enmarcada, encima del escritorio, que Jamie no distinguía del todo—. No estás casado, pero tienes un hijo. Nació retrasado, así que la pensión alimenticia no es barata. La mayor parte de tu salario va destinada a eso. Ganas lo suficiente para tener una buena casa, pero todas las noches regresas solo a un apartamento infestado de cucarachas. El resto de los empleados de la oficina hablan de sus vacaciones y sus televisiones, pero ¿tú? Tú no tienes nada. A pesar de doce años de duro trabajo,

Jamie. Se ha cobrado un precio sobre ti. ¿Ves ese tic debajo de tu ojo izquierdo? Es permanente.

Jamie observó a aquel espantapájaros de mirada hueca con un horror vertiginoso. Su padre siempre le había parecido una figura casi melancólica, que trabajaba demasiado y estaba atrapado en un matrimonio sin amor, pero el despojo que ahora tenía delante sobrepasaba todo cuanto había sido su padre.

—La madre de tu hijo fue tu primera novia —prosiguió la adivina—. Estuvisteis dos años juntos. Era una chica protestante, muy guapa. Ella quería casarse, pero tú no. Así que dejó de tomar las píldoras anticonceptivas en secreto, sabiendo que te comportarías honradamente. Estabas en sus manos. Pero todo se fue al garete cuando tu hijo nació así. Ella te echó la culpa a ti. Sigue mirando.

El despojo en el que Jamie se había convertido estaba delante del escritorio, contemplando un enorme montón de carpetas y documentos. Un empleado se le acercó trastabillando y depositó otro montón junto al primero. El Jamie maduro sepultó la cara entre las manos.

—Esto no se acaba nunca —afirmó Shalice—. Durante décadas, Jamie. Sin recompensa. Sin salida. Dentro de ti está creciendo un tumor de cinismo y amargura. Mírate. Esto es lo que te han reportado quince años de estudios y doce años de trabajo.

El Jamie maduro despertó sobresaltado de su morboso trance para responder al teléfono del escritorio. En ese momento se parecía tanto a su padre que Jamie se vio obligado a apartar la mirada, y sus pensamientos regresaron a la mañana en la que su padre había recibido la llamada de teléfono que les informaba de que el tío de Jamie se había ahorcado. Su padre se había venido abajo como un saco de huesos sueltos y había estallado en llanto. Fue la primera vez que Jamie lo vio llorar y por alguna razón había tocado una oscura fibra de placer en su interior que no había sentido desde entonces. Tampoco había querido.

—Esta llamada de teléfono es importante —le advirtió Shalice, sacándolo de la ensoñación en la que se estaba abstrayendo. Su mirada pasaba sin cesar de Jamie a la bola y de la bola a Jamie rápidamente—. Esta llamada es de la madre de tu hijo, que amenaza con llevarte a los tribunales si no le das más dinero. Tu hijo necesita cuidadores, medicinas, equipo y educación especial. La colección de pastillas de ella tampoco es barata.

Jamie tenía la garganta seca y cuando tragó saliva le pareció un bocado de pelusa. Shalice asentía delante de él.

—Seis meses antes de esta llamada descubriste que te había tendido una trampa. La madre de tu hijo tuvo una desagradable disputa con su hermana y esta te lo dijo impulsada por el resentimiento. Así que ahora cada vez que piensas en la madre de tu hijo tienes ganas de matar a alguien. La rabia no te concede ningún respiro. Quieres coger a alguien por el cuello y apretar. Eso es lo que se te pasa por la cabeza últimamente.

Jamie cerró los ojos. Su voz era poco más que un graznido:

—¿Qué tiene de especial esta llamada?

—Esta es la llamada que te empuja al abismo —contestó la adivina—. Observa.

En la bola de cristal, el Jamie maduro colgó el teléfono con delicadeza, con calma, y se arrellanó en la silla. Tenía la mirada perdida cuando otro empleado se presentó para dejar más carpetas encima de su escritorio. El Jamie maduro no pareció darse cuenta de ello; siguió mirando al infinito. Entonces, cogió el maletín con calma, suavemente, y se marchó de la oficina, se dirigió al ascensor, atravesó el vestíbulo y salió por la puerta principal del edificio.

—¿Adónde va? —preguntó Jamie—. ¿Por qué me enseñas esto?

La expresión de sus ojos le respondió y un gélido escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—Hala, hala —dijo ella—. No es tan extraño. La mayoría de los asesinatos obedecen a este guión. El amor que se echa a perder. Es una pena, pero no es raro.

—No quiero ver el resto —gimió Jamie, que sentía náuseas—. Apágalo. Por favor.

—Un poco más —insistió ella suavemente—. Tienes que verlo todo, Jamie. Te estoy enseñando esto por una razón.

En la brillante bola, Jamie estaba subiendo un tramo de escaleras. El edificio parecía un bloque de apartamentos del centro, un tanto destartado y necesitado de una nueva capa de pintura. Jamie tenía los hombros encorvados, como si llevara un gran peso colgado del cuello, y sus pasos tenían una cadencia lenta y soñadora. Se abrió la puerta y una mujer se apostó en la entrada; era morena, de treinta y tantos años, llevaba una bata anudada a la cintura y tenía los ojos sedados. La expresión de su cara indicaba que ni esperaba ni deseaba recibir una visita del Jamie maduro. Ambos intercambiaron algunas palabras durante un minuto y después la mujer echó los brazos al cielo con exasperación y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

Cuando entraron se dirigió a la cocina y puso la tetera en el fuego. El Jamie maduro la observaba con una expresión impasible. Con esa misma expresión impasible entró en la cocina y se detuvo justo detrás de ella. La mujer no dio muestras de oírlo y alargó la mano hacia una alacena para coger dos tazas de café. El Jamie maduro levantó las manos y las puso con calma, suavemente, alrededor de su cuello.

Ella se puso en tensión, se dio la vuelta, trató de apartarlo de un empujón y gritó algo, y aquello pareció arrancar al Jamie maduro de su impasibilidad. La agarró violentamente y la arrojó al suelo. Ella cayó con fuerza. La bata se desató y se abrió, mostrando unas piernas blancas como la cera con las que pataleaba contra el suelo de linóleo para intentar retroceder. Jamie cogió un cuchillo de un estante; sus facciones estaban extrañamente desprovistas de expresión cuando se precipitó sobre ella y, sin detenerse, se lo clavó en las entrañas, una vez y otra y otra y otra...

La sangre se derramó, recubriéndole las manos y las muñecas como si fuera una

segunda piel. La mujer dejó de debatirse al fin y adoptó una posición fetal, con el rostro contraído en un espasmo de dolor, mientras su asesino se apartaba para dejarla morir.

Jamie observó todo aquello y sintió que la bilis ascendía desde el fondo de su garganta. Tragó saliva y la reprimió momentáneamente, salió tambaleándose de la barraca, se dobló por la cintura y vomitó sobre la hierba. A cuatro patas, jadeando y sudando, intentó quitarse de la cabeza lo que acababa de presenciar y no pensar en nada en absoluto.

Al otro lado del camino, dos enanos lo miraron con suspicacia. Uno le musitó algo al otro cubriéndose la boca con el dorso de la mano.

—Vuelve —lo llamó Shalice desde el interior de la barraca—. Casi ha terminado.

Con las piernas temblorosas, de algún modo consiguió volver a entrar y sentarse en la caja.

—Basta —suplicó—. Más no. Por favor.

—Solo un poco —susurró ella—. Ya ha pasado lo peor.

Se obligó a hacer un esfuerzo para concentrarse de nuevo en la bola de cristal, y lo consiguió. Vio a su yo maduro en el cuarto de baño, delante del espejo, contemplando su reflejo. Al parecer, el Jamie maduro se había lavado la sangre de las manos, pues había motitas en el espejo y el lavabo. Entrelazó las manos y dijo algo que parecía una oración. Su rostro conservaba la expresión impasible que había adoptado al apuñalar a la madre de su hijo hasta la muerte. La conservó mientras atravesaba el apartamento y pasaba junto al cuerpo tendido en el suelo sin mirarlo. Abrió la puerta corredera de cristal y salió al balcón. Impasible, sin titubear, se arrojó por encima de la barandilla y cayó hasta perderse de vista.

Las imágenes de la bola se difuminaron y las luces se apagaron. Shalice volvió a cubrirla con el paño.

—Sé que para ti ha sido duro presenciar esto —dijo con tono compasivo—, pero tenías que verlo. Por eso te has salvado viniendo aquí. Esto es lo que te espera ahí fuera.

—Puedo evitarlo...

—No. No puedes. Te olvidarías de nosotros. Nos encargáramos de ello. Los payasos te dejarían inconsciente, se llevarían a cabo los rituales pertinentes, te devolverían a tu habitación en la quietud de la noche, te dejarían en ella y despertarías pensando que has tenido un sueño muy extraño, pero no te acordarías de los detalles. Tu presente y este futuro se fusionarían en algún momento. Y estarías acabado.

Jamie se puso en pie.

—Vale... Tengo que irme. Tengo que... pensar en esto. ¿Vale?

—Sí, Jamie. —Shalice alargó la mano para cogerle la suya. Sus dedos eran fríos y tersos—. Es mejor así —le aseguró, mirándolo a los ojos—. Mucho mejor.

Jamie tragó saliva, asintió y salió de la barraca dando tumbos. Shalice lo siguió

con la mirada y frotó brevemente la bola con el paño que la cubría.

Gonko entró al cabo de un instante. Ella no lo miró.

—¿Se lo ha tragado? —murmuró Gonko.

—Por supuesto —contestó la adivina—. Algunos somos maestros de nuestro arte. Ahora, largo de mi barraca.

Winston el payaso

Jamie encontró el camino de regreso a la carpa de los payasos y se sentó en un tronco delante de ella. Los sonidos lejanos y finales de los feriantes, que se retiraban para pasar la noche, llegaron a sus oídos desde el callejón de las casetas. En lo alto, el firmamento se desplegaba como un vasto lago negro, sin rastro de las estrellas ni de la luna.

Estaba intentando poner el día en perspectiva, aunque sin éxito. El espectáculo al que había asistido se le presentaba en instantáneas desdibujadas e inconexas. La historia de la adivina lo había afectado terriblemente, pero no tenía motivos para no creer en lo que había visto. Y le mortificaba pensar que las cosas pudieran terminar de aquella forma; nunca había tenido grandes aspiraciones, se habría conformado con el paquete estándar: un trabajo, una casa, una esposa y dos o tres niños. Vacaciones suficientes para ver un poco de mundo y una partida de golf de vez en cuando. No era pedir demasiado y habría estado dispuesto a trabajar para conseguirlo.

Así pues, ¿aquello era una segunda oportunidad? Quizá, pero lo cierto era que Shalice no había contestado a ninguna de sus preguntas originales. Quién, qué, por qué, dónde, cómo... esos engorrosos detallitos.

Se volvió al oír el sonido de pasos y vio a Gonko, que lo estaba mirando con los ojos entrecerrados.

—Descansa un poco —le aconsejó Gonko—. No es una buena idea salir solo después de que anochezca. Aquí no.

—¿Por qué no? —replicó Jamie, abatido.

Gonko escrutó la penumbra que los rodeaba.

—Quédate a averiguarlo si quieres. Los enanos no le tienen demasiado afecto a nadie que no sea un enano. Ni a nadie que sí lo sea. Y no son los únicos que salen por las noches. Vamos. Arriba. Adentro.

Jamie suspiró. Se levantó y siguió a Gonko al interior de la carpa. Las sombras que proyectaban los faroles de queroseno bailaban en las paredes; la bolsa de cadáveres aún estaba en el rincón. Jamie y Gonko se sentaron ante la mesa de juego, donde Doopy y Rufshod estaban en medio de una mano de póquer. No se veía por ninguna parte a Goshy ni al aprendiz.

—Dale a J. J. en la siguiente mano —dijo Gonko, arrojando un puñado de extrañas monedas de cobre delante de él. Los payasos miraron brevemente a Jamie, pero no le prestaron más atención y este se alegró de ello. Se acomodó silenciosamente para regodearse en su confusión.

—¿Qué le pasa a tu hermano? —le preguntó Gonko a Doopy, que estaba repartiendo las cartas alrededor de la mesa—. En serio, no me vengas con historias. Quiero saber por qué últimamente no podemos terminar una sola actuación. Antes o después Kurt nos hará una advertencia si no acabamos la función.

Doopy miró por encima del hombro para asegurarse de que no lo estaban escuchando.

—Bueno, Goshy... Es que tiene un problema. Con su novia. Con su novia, Gonko.

—Te escucho —dijo Gonko.

—Goshy... —Doopy volvió a mirar por encima del hombro—. Se lo ha *peído*, Gonko.

—¿Se lo ha pedido?

—Sí, eso es lo que ha hecho. Goshy ha cogido y se lo ha *peído*.

—Ya. ¿Y?

—Y está triste porque ella no le contestó. ¡No le dijo nada, Gonko! Nada de nada. Se quedó callada. Se quedó ahí sentada como si tal cosa, Gonko, tendrías que haberlo visto.

Gonko cogió las cartas.

—Doops —dijo—, es una puta planta. ¿Cómo le va a contestar?

Jamie se inclinó hacia delante.

—¿Es una qué?

—Es un helecho —explicó Gonko—. Goshy está enamorado de un helecho. Probablemente está en su habitación con ella en este preciso momento, susurrándole cursiladas. Sabe Dios.

Jamie rememoró la primera noche que había visto a los payasos, el asqueroso ruido sordo que había hecho Goshy al estrellarse de cabeza contra la acera delante de la... Sí, de la tienda de artículos de jardinería. No pudo evitar soltar una carcajada nerviosa.

—¿De verdad?

—Sí, pero... —Gonko le indicó que guardara silencio con un gesto—. Ese es el problema, ¿eh? —le dijo a Doopy—. ¿Está echando a perder nuestras actuaciones porque el maldito helecho no le ha dicho que sí?

—¡Sí, Gonko! —exclamó Doopy—. Sabes, estoy enfadado con ella. Debería haberle dicho algo. Debería haberle dicho que sí, eso es lo que debería haberle dicho, sí señor.

—Bueno —dijo Gonko, reclinándose en la silla—, tendremos que conseguir que le responda de alguna manera.

—El MM —intervino Rufshod, al tiempo que arrojaba dos cartas y cogía otras tantas de la baraja—. Podríamos hacer, ya sabéis, que cambiase a la planta. Para que pudiese hablar.

—No —sentenció Gonko, estampando el puño sobre la superficie de la mesa—.

Ese capullo asqueroso no va a entrar aquí. —Se volvió hacia Jamie—. ¿Has visto la parada de los monstruos hoy?

Jamie asintió.

—El MM es el manipulador de materia —explicó Gonko—. El escultor de la carne. Es un arte antiguo y olvidado que practicaban algunos cabrones repugnantes en la Edad Media, solo que entonces solían usar cadáveres. El MM ha convertido a los monstruos en lo que son. Un capullo repugnante. Es un tipo bajito de ojos esquivos que lleva sombrero. Vive en la casa de la risa, que, entre tú y yo, no es cosa de risa, y no sale casi nunca, excepto cuando alguien ha estado armando jaleo y el jefe quiere darle un susto para meterlo en cintura. Tiene un perro asqueroso que lleva consigo a todas partes para que lo proteja. Algunos gitanos han perdido a parientes, pero si lo atacasen serían los siguientes que acabarían en su estudio. No te acerques a él, aunque tengas buenas razones para estar enfadado. Se dice que captura a los feriantes desprevenidos para practicar.

—Voy a cargarme a ese perro —intervino Rufshod—. Mira qué mordisco me dio. —Puso la pantorrilla encima de la mesa y se subió los pantalones. Tenía una cicatriz alargada, gruesa y amoratada que iba desde el tobillo hasta la rodilla.

—Eso es una quemadura —objetó Gonko—. Te la hiciste tú, no el perro.

—Tuve que, ya sabes, quemar la mordedura. Para que no se infectara.

—Parece que duele, Ruf —comentó Doopy—. ¡Parece que duele! Oye, Ruf, ¿te acuerdas de que te he dicho que parece que duele? ¿Te acuerdas de que...?

—A Ruf no le molesta que le duela un poco —le confió Gonko a Jamie—. ¿A que no, Ruf?

A Rufshod le brillaron los ojos.

—No me molesta —asintió—. Mira. —Puso la mano extendida encima de la mesa y sacó un cuchillo de alguna parte. Se lo entregó a Jamie—. Córta-me —le pidió.

Jamie contempló el cuchillo.

—Me parece que no...

—Venga —insistió Rufshod—. Córta-me. Hazlo.

—¿Por qué no te cortas tú mismo? —preguntó Jamie.

—Si lo hago yo no es igual. Clávamelo. Córta-me. Haz algo.

—Una cosa a la que vas a tener que acostumbrarte —terció Gonko, al tiempo que sacaba una hacheta de acero de uno de sus bolsillos aparentemente sin fondo— es un poco de violencia de vez en cuando. Sienta bien. Es tonificante, como una ducha fría. —Dio vueltas a la hacheta en la mano, como antes había hecho con el cuchillo—. Te acostumbrarás a un poco de violencia —le aseguró—. O te acostumbrarás un poco demasiado, como Rufshod. Pero sobre gustos no hay nada escrito, ¿verdad, Ruf?

Con un movimiento fluido Gonko alzó la hacheta, cerró los dedos alrededor del mango y descargó el borde romo sobre la maltrecha y nudosa mano de Rufshod. Se escuchó un estampido carnoso de huesos hechos polvo. Rufshod gritó, se aferró la

muñeca y se cayó del asiento, mientras tintineaban las campanillas de su sombrero. Rodó por debajo de la mesa, dándole patadas al tiempo que se lamentaba.

—Ahí lo tienes, puro *slapstick* —aseveró Gonko, guardando la hacheta—. Así estará contento durante semanas. ¡Deja de dar patadas a la puta mesa! Ahora, ¿dónde estaba? El MM. No te acerques él. Puede cambiar a la gente. Podría cogerte el brazo y añadirle cosas. Plumas, por ejemplo. Podría darte alas si quisiera. ¿Has visto a Niñopez?

Jamie asintió.

—Niñopez tiene ese aspecto gracias al MM —dijo Gonko—. Es asqueroso, ¿verdad?

—Sí —admitió Jamie—. Pero parecía... amable.

—Niñopez es un buen tipo. Es el hijo de puta más majo de todo el espectáculo.

Jamie se enderezó en la silla y aspiró una bocanada de aire entrecortada. Gonko lo observó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Steve —dijo Jamie—. Lo dejé allí, en la parada de los monstruos... Ay, no...

Se levantó y salió corriendo de la carpa, internándose en el abrupto sendero y confiando en haber tomado la dirección correcta. Más adelante, la casa de la risa despedía un fulgor anaranjado en las tinieblas; ahora lo recordaba, la parada de los monstruos estaba cerca. Apretó el paso, ignorando a los enanos que se congregaban en los callejones y los ojos que lo observaban desde los resquicios de las cortinas.

Gonko lo seguía a buen paso, con las manos en los bolsillos. Cuando Jamie se detuvo para recuperar el aliento, Gonko le dio una palmadita en el hombro.

—Tranqui, tío —le dijo.

—Tengo que encontrar a mi compañero de piso —insistió Jamie—. Estaba en la parada de los monstruos.

—Sí, claro —dijo Gonko—. Echaremos un vistazo, pero nos daremos prisa. Sígueme. —Gonko lo apartó del camino principal y se abrió paso entre las casuchas y algunos puestos cerrados. Se detuvieron a pocos metros de la carpa de la parada de los monstruos y Gonko se llevó un dedo a los labios—. *Shhh*.

A través de la portezuela de la carpa no se veía más que el tenue resplandor amarillo de las incubadoras. Se escuchaba el sonido de gemidos doloridos procedentes del interior; desde aquella distancia Jamie no podía asegurar si era la voz de Steve o no. Una figura tenebrosa atravesó la entrada en dirección a la casa de la risa. Delante de ella caminaba un gran perro negro sujeto con una correa. El perro volvió la cabeza hacia Jamie y Gonko y gruñó, pero su amo no miró en aquella dirección.

—Es ese —susurró Gonko—. No te acerques más a él. —El manipulador de materia se perdió de vista enseguida. Añadió—: Si ha estado en este barrio es probable que tu amigo no tenga un buen día. Recuerdo que el jefe mencionó que necesitábamos más monstruos. Espero que no le tuvieras demasiado cariño a tu

colega. Apriétate los machos. Vamos allá.

Los gemidos se intensificaron a medida que se acercaban a la portezuela. Los ejemplares de la parada de los monstruos parecían dormidos. Una cabeza cortada sumergida en una pecera miraba hacia delante sin pestañear.

Entonces Jamie lo vio: Steve estaba vivo y aparentemente ileso. Los gemidos eran de Yeti, que estaba tendido boca arriba; la sangre que manaba de sus encías salpicaba su cuerpo peludo y gigantesco. Steve le estaba limpiando el pelaje con un trapo húmedo que a continuación escurría en un cubo de plástico. Niñopez estaba en cuclillas a su lado, acariciando la cabeza de Yeti como una enfermera.

—Yeti bueno —estaba diciendo Niñopez con su voz de helio—, Yeti bueno. Los dolores se calmarán; te prepararé un poco de polvo. —Niñopez se volvió hacia Steve—. Se recuperará rápidamente; siempre lo hace. Algunos días se libra de comer cristales, pero hoy el señor Pilo estaba observando. Ah, y tendrás que fregar la jaula de Sebo cada dos horas los días de función cuando hayamos encendido la calefacción. Supongo que te pedirán que ayudes a los feriantes del callejón de las casetas, pero intenta hacer ese trabajo por la mañana... Te necesitaré aquí por las tardes... —La voz de Niñopez se apagó y miró a Jamie y Gonko, que estaban esperando y observando a través de las portezuelas.

Gonko le tiró de la manga a Jamie antes de irse. Jamie siguió al cabecilla de los payasos.

—Ese colega ha tenido suerte —comentó Gonko con una risita—. Por lo menos hasta ahora. Siendo el chico de los recados de los feriantes nunca tendrá influencia por aquí. Pero qué coño, podría haber sido peor.

Jamie tragó saliva y asintió con la cabeza, sorprendido ante el alivio que sentía de que Steve, precisamente, estuviera bien.

Cuando volvieron a la carpa, Gonko le ordenó a Rufshod que dejara de lamentarse y le enseñase a Jamie su nuevo hogar. La carpa de los payasos era más grande de lo que parecía desde el exterior; al otro lado del salón, atravesando una entrada cubierta con una lona, había un pasillo que discurría en un amplio semicírculo y se bifurcaba hacia varias habitaciones. A Jamie le habían asignado la habitación del aprendiz, un espacio atestado que no era mucho más grande que un armario. Había una estantería de madera podrida y algo que parecía una camilla de enfermero que hacía las veces de su nueva cama. El suelo estaba repleto de cajas y arcones con uniformes de payaso y partes de bromas averiadas. Vio un pulsador para la palma de la mano, una flor de la que brotaba un chorro de agua, una pajarita giratoria y algunos artilugios menos inocentes: cuchillos, cartuchos usados, consoladores y jeringuillas. Había docenas de narices de plástico rotas y un par de escayolas de yeso con sangre seca, que se había endurecido formando costras del color del óxido.

El aprendiz estaba durmiendo en la camilla de enfermero. Se había embadurnado

el despojo fracturado que era su rostro con una gruesa capa de grasiento maquillaje blanco.

Rufshod salió corriendo al verlo y regresó con Gonko, que miró al aprendiz con los ojos entrecerrados y enseñó los dientes. Se puso en cuclillas junto a la camilla, sacó una caja de cerillas del bolsillo y encendió una.

—J. J. —dijo—, no creas que tratamos así a todos los nuevos reclutas.

Aplicó la cerilla a los pantalones del aprendiz. Una lengua de fuego se arrastró sobre el tejido estampado de flores, expeliendo delgados penachos de humo negro. Gonko se apostó en la entrada y lo observó con una sonrisa. El aprendiz se agitó y se dio la vuelta mientras el fuego se propagaba por la camisa; entonces pestañeó y abrió bruscamente los ojos. Emitió un chillido estrangulado y sofocado antes de levantarse de un brinco y salir corriendo hacia la noche. Gonko alargó la bota y le puso la zancadilla cuando pasó. El aprendiz se puso en pie y se alejó tambaleándose mientras el fuego llameaba sobre sus hombros. Sus gritos se desvanecieron a lo lejos rápidamente.

—Toda tuya, J. J. —dijo Gonko, sacudiéndose las manos, antes de marcharse seguido por Rufshod.

Jamie se acostó en la camilla, contento de que lo hubiesen dejado solo para poder reflexionar sobre el lío en el que se había metido. Si la adivina le había dicho la verdad («estrictamente hablando, ya no estás en el mundo»), tal vez escapar no fuera cuestión de saltar la cerca y echar a correr.

Se le ocurrió entonces que siempre tenía la opción de hacer enfadar a Gonko si realmente deseaba que le dieran el pasaporte en el circo.

A la mañana siguiente lo despertó el golpeteo de las piquetas de las carpas y el parloteo distante de voces ásperas, y se incorporó, sorprendido al comprobar que había dormido. La camilla era sorprendentemente cómoda y sus sueños habían sido vívidos y alucinógenos.

Se frotó los ojos y profirió un grito sobresaltado: había alguien en la habitación con él.

—*Shh* —dijo el desconocido—. Baja la voz. —Era un viejo payaso al que Jamie no había visto antes. En su rostro sobrecogedoramente avejentado había líneas de expresión, patas de gallo y bolsas flácidas bajo los ojos. Saltaba a la vista que su cuerpo había sido antaño fuerte como un toro y que seguía siendo bastante robusto bajo el uniforme de payaso con pajarita, camisa a rayas, zapatones y pantalones. Le colgaban de la cabeza unos finos mechones de cabello blanco y no llevaba maquillaje. Sus ojos enrojecidos y húmedos observaban a Jamie apesadumbrados—. Así que han atrapado a otro —comentó con un suspiro—. Otro que se une al espectáculo.

Jamie miró a su alrededor en busca de armas; sus ojos se posaron en un cuchillo

oxidado que tenía al alcance de la mano entre el desorden.

—¿Quién eres? —le preguntó, apartándose lentamente del desconocido y haciendo que la camilla chirriase.

—Me llamo Winston —respondió el payaso con voz pausada y lastimera—. Y tú debes de ser J. J. El payaso J. J.

—Jamie, más bien. Y sí, supongo que lo soy.

—No pretendía asustarte —le aseguró Winston mientras jugueteaba con el sombrero hongo entre las manos—, pero tampoco quería despertarte. Hace un momento parecía que estabas descansando plácidamente... Supongo que pensé que de ahora en adelante necesitabas descansar todo lo que pudieras. —Winston se rascó el cuello distraídamente, poniendo en movimiento numerosos pliegues de piel arrugada—. No me acuerdo de cuándo me atraparon a mí —prosiguió con un suspiro—. Fue hace mucho tiempo. Lo único que sé es que no me estaba metiendo con nadie, maldita sea.

Jamie se preguntó a qué se debía aquella visita, aunque no se le ocurría ninguna forma amable de preguntárselo. Pero al parecer el viejo payaso había seguido el hilo de sus pensamientos.

—Supongo que he venido a darte el pésame —dijo—. Esta vez has ido a caer en las brasas, hijo. Estás hasta el cuello de problemas. Si te sirve de consuelo, a mí me pasó lo mismo.

El silencio se prolongó mientras Winston se quedaba con la mirada perdida. Jamie miró la puerta que había detrás de este, preguntándose si en el futuro sería posible cerrarla con llave.

—No te vi actuar ayer —dijo para romper el silencio.

—¿Eh? Ah, Gonko me dio la noche libre —explicó Winston—. Le dije que me dolía la espalda. Parece que los chicos volvieron a estar en plena forma... Han echado a perder todas las funciones desde hace un mes. Pero no importa. Supongo que tendría que explicarte todo cuanto pueda. A lo mejor eso te ayuda a coger el tranquillo a la feria y evita que te maten o algo peor.

—Peor, ¿eh?

—Claro que sí —le aseguró Winston, mirándolo a los ojos, y lo hizo con tanta gravedad que un escalofrío recorrió la columna vertebral de Jamie.

—Bueno, ¿qué te parece si me explicas esto? —propuso Jamie al cabo de un breve silencio—. ¿Qué es lo que tengo que hacer en este lugar? No soy un payaso. No sé por qué me han reclutado. ¿Cómo he de comportarme?

—Eso ya llegará —contestó Winston—. Hay maneras de sacar al payaso que hay dentro de ti.

—Maravilloso. —Jamie se pasó una mano por el pelo y musitó—: ¿En qué demonios me he metido?

—Ay, maldita sea, lo siento, hijo —dijo Winston; de repente se le quebró la voz y le afloraron lágrimas a los ojos. Jamie estaba perplejo. *Oye, que no es culpa tuya,*

quiso decirle.

Winston se pasó una mano por la cara y consiguió controlarse. A continuación, se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro:

—De acuerdo, te contaré lo siguiente. Quítate el maquillaje por las noches. Póntelo cuando sea necesario pero, por amor de Dios, quítatelo de vez en cuando. Querrás acordarte de quién eras antes de que acabaras aquí. Si olvidas eso, lo perderás todo y jamás sabrás lo que ha sucedido. —Winston le había aferrado el brazo a Jamie mientras se desahogaba y se lo apretó.

—¿Qué tiene que ver el maquillaje? —preguntó Jamie.

—Ya lo verás. Los próximos días estarás caminando en la cuerda floja... Quítatelo siempre que puedas, ¿entendido?

—No —admitió Jamie, soltándose el brazo—. No lo entiendo. Pero vale, me lo quitaré.

—Buen chico. ¿Qué más debería decirte? —reflexionó Winston, rascándose la cabeza—. Maldita sea, sí que estoy confuso últimamente.

Jamie se encogió de hombros.

—A lo mejor puedes hablarme del resto de los payasos. ¿Cómo es que tú eres tan... normal, comparado con ellos?

—Yo no soy normal, hijo —repuso Winston con una carcajada desprovista de alegría—. Yo no soy normal. Estoy más cerca de serlo que los demás, pero eso es todo. Por eso te he dicho que te quites el maquillaje de vez en cuando. No querrás acabar como ellos y olvidarte de lo que eras. Que nosotros sepamos, ellos siempre han sido lo que son ahora. Ya has visto a Goshy y a Doopy. ¡Míralos, por amor de Dios! Los dos han perdido la chaveta por completo.

—Goshy —repitió Jamie, y se estremeció—. Actúa como un jodido lunático.

—No actúa. Ya ni él mismo sabe lo que se le pasa por la cabeza. No te acerques a él, Jamie, por lo menos hasta que te conozca. Doopy generalmente no es tan malo, pero también se le va la olla.

Jamie asintió mientras resonaba en sus oídos la escena del día anterior: «¡Oye, oye, oye, oye, oyeeee!».

Una bofetada, un chasquido y un golpe sordo. Preguntó:

—¿Qué hay de Rufshod? Parece un buen tío.

Winston asintió.

—Suele serlo. Pero se mete en líos y a nosotros también. Va haciendo gamberradas por todo el parque. Fue el que le guardó el polvo en los pantalones a Goshy y dejó que se escapara. Si alguna vez te dice: «Ven conmigo, tengo una idea», no vayas.

—¿Y Gonko?

Winston miró por encima del hombro.

—Ya has visto a Gonko lo suficiente —susurró—. Es bueno si eres un payaso. Es difícil saber qué es lo que lo saca de quicio. No la tomará contigo a menos que le des un auténtico motivo. Hay que reconocérselo. Aquí los hay peores, créeme.

Se escuchó el sonido de voces desde fuera de la pequeña habitación de Jamie.

—Ahora baja la voz —le aconsejó Winston—. Los muchachos se han despertado.

—Pero... ¿qué es este lugar? —preguntó Jamie—. ¿Para qué sirve el polvo? ¿De dónde salen esas personas, la gente a la que vi ayer?

—Primos. Así los llamamos. Los primos no son más que personas normales que no se dan cuenta de que se han equivocado al doblar un recodo. No se acuerdan de nosotros y no vuelven nunca. El polvo, los primos, lo que hacemos de verdad... Todavía no puedo contarte todo eso. Serían demasiadas cosas demasiado pronto, cuando de todas formas la mayoría tendrás que verlas para creerlas. De momento solo te explicaré cómo sobrevivir. Demasiadas cosas demasiado pronto podrían... —Su voz se apagó.

De repente la puerta se abrió violentamente y apareció el rostro enloquecido y de ojos saltones de Rufshod.

—¡Conspiración! —gritó, y el corazón de Jamie dio un salto hasta la garganta. Winston giró en redondo y la emprendió con Rufshod, al que cogió de la oreja.

—Lárgate, jodido advenedizo —gruñó.

Rufshod soltó una carcajada estridente y se esfumó. Jamie exhaló un suspiro lento y prolongado.

—No te preocupes —dijo Winston, disponiéndose a marcharse—. No sospechan nada de mí. —Hizo una mueca como si se le hubiese escapado algo y añadió apresuradamente—: Claro que nunca he hecho nada. Será mejor que me vaya. Recuerda lo que te he dicho del maquillaje.

Winston el payaso se alejó con pasos lentos. Jamie se quedó sentado, meditando sobre lo poco que le había contado. Se preguntó si podía confiar en el viejo y qué tenía que perder si apostaba a que sí.

Los payasos se habían congregado ante la mesa de juego del salón, enfrascados en una conversación entre murmullos, y a Jamie lo asaltó de pronto la certidumbre paranoica de que Winston y él habían infringido alguna regla, de que su cara estaba a punto de convertirse en una masa quebrantada y pulposa como la del aprendiz.

Gonko miró a Jamie y le ordenó a Rufshod que le trajera un uniforme.

¿Por qué tengo esa sensación acerca de la conversación?, se preguntó Jamie. El viejo odia el circo... Lo odia. Los demás no.

Rufshod volvió y le arrojó a Jamie un fardo de tela.

—No lo tires, asquerosa mierda infestada de moscas —gritó Gonko, al tiempo que descargaba un puño sobre la mesa—. Es el uniforme. ¡Demuestra un poco de orgullo!

Procurando demostrar orgullo a su vez, Jamie volvió a su habitación para vestirse. La ropa le quedaba demasiado grande, pero le ceñía el pecho y la cintura lo suficiente para que no se le cayera. Se sentía ridículo: los pantalones tenían estampados de

perritos persiguiendo pelotas rojas, la camisa tenía tantos volantes y los colores eran tan estridentes que casi le hacían daño a la vista y los zapatones le impedían caminar con normalidad, obligándolo a ir dando tumbos, contoneándose de un lado a otro. Después de vestirse volvió dificultosamente al salón y los payasos prorrumpieron en aplausos.

Doopy se levantó para acercarse a Jamie y se quedó mirando la camisa, los pantalones y los zapatos con fascinación infantil.

—Caramba... Parece un payaso —comentó Doopy, completamente pasmado—. ¡Parece un payaso, Gonko!

—Muy astuto, Doops —dijo este—. Claro que lo parece. Estaba en lo cierto acerca de ti, J. J.

Todos se quedaron mirando a Jamie con expectación. Este titubeó nerviosamente, preguntándose qué era lo que debía hacer; quizás esperasen que pronunciara una especie de discurso. Los miró sucesivamente a los ojos; todos estaban sumergidos bajo gruesas capas de grasiento maquillaje blanco y despedían un peculiar brillo demente. Jamie notó que le palpitaba dolorosamente el corazón y sintió deseos de escapar. Se aclaró la garganta y dijo:

—Gracias por...

Goshy tenía los ojos entrecerrados; primero parpadeó con el izquierdo y después con el derecho. El silencio se prolongó como un túnel largo y oscuro. Se limitaron a mirarlo fijamente, sus miradas penetrantes lo atravesaban... Por amor de Dios, ¿qué era lo que querían de él?

—¿Queréis dejarlo de una puta vez? —gritó Jamie, incapaz de soportarlo más.

Antes de que tuviera ocasión de lamentarlo, los payasos se pusieron a aplaudir con entusiasmo. Goshy fue el único que no se unió a ellos, apretando obstinadamente los brazos a ambos lados del cuerpo.

—Me alegro de tenerte a bordo, J. J. —declaró Gonko—. Ahora que todo el mundo borre esa puta sonrisa de su cara. Es hora de que tengamos una reunión y estoy cabreado con todos y cada uno de vosotros. Malas noticias. Nos han hecho una advertencia.

En torno a la mesa estallaron gemidos y quejas que se prolongaron durante varios minutos, apartándose disparatadamente del tema como en el juego del teléfono estropeado. Gonko esperó pacientemente a que terminasen.

—Y dijeron que Goshy la había empujado —estaba diciendo Doopy—, pero no es cierto, yo lo estuve vigilando todo el rato, él no hizo nada malo, es que se cayó a un lago, un gran lago rojo, y ella le pidió que la empujara, pero él, él... —Doopy terminó vacilante al percatarse de que era el único que seguía hablando.

Gonko escupió por encima del hombro y prosiguió.

—Como sabéis, no es la primera vez que nos hacen una advertencia, pero es la primera desde hace mucho tiempo. Supongo que es porque la vieja bruja de la adivina se ha chivado de nosotros. Y por ese contable que ha contratado Kurt.

—¿Te importa explicarle eso un poco a Jamie, Gonk? —sugirió Winston.

—¿Eh? Ah, por qué no. J. J., hace algún tiempo Kurt se quedó con un primo extraviado que le pareció divertido y lo nombró su contable. El tío le propuso a Kurt la estúpida idea de que el circo iría mejor si competíamos entre nosotros. Así que pusieron al domador de leones a la misma hora que Mugabo, a los leñadores a la misma hora que la función diaria de la parada de los monstruos y a nosotros a la misma hora que los acróbatas.

—No me gusta que nos pongan a la misma hora que los acróbatas... —gimoteó Doopy.

—Ahora bien —lo atajó Gonko—, no es nada permanente. Yo diría que a Kurt simplemente lo entretiene el jaleo que está armando. Me sorprendería que pasaran otros seis meses antes de que Kurt se aburra del contable y le arranque la puta cara de un mordisco. Esa tontería de la competencia no es más que una fase. De modo que si todos le seguimos la corriente, y fingimos que nos importa, no nos pasará nada. Pero la siguiente función tiene que salir bien. Lo digo en serio. Es una orden, cabrones.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó Winston.

—¿Con Shalice? No podemos hacer gran cosa —contestó Gonko—. Esa guarra tiene una bola de cristal, ya lo sabes. Lo vería venir con ese siniestro rollo de la empatía con el futuro. Y, por supuesto, iría contra las reglas de Kurt que, por ejemplo, le pusiera precio a su cabeza... —Gonko dirigió una mirada de soslayo a Rufshod—. Un precio de, por ejemplo, una bolsa llena... —Siguió mirando de soslayo a Rufshod—. En efecto, iría contra las reglas, aunque cierto hijo de puta pudiera redimirse...

—¡Dale, Rufshod! —exclamó Doopy—. ¡Dale bien!

—Cállate, gilipollas —siseó Gonko—. Ni una palabra de esto. Es muy astuta, así que debemos andarnos con ojo. Podría estar observándonos en este preciso momento. Esta parte de la conversación se ha acabado.

Goshy se puso en movimiento por primera vez aquella mañana. Se dirigió contoneándose con urgencia a la ventana y se asomó entre las cortinas. Doopy se levantó y lo observó atentamente, como si los movimientos de Goshy tuvieran una gran importancia profética. Pero Goshy se quedó quieto como un maniquí.

Gonko dijo:

—Eso nos deja una cosa. Es día de paga.

Winston se percató de que Jamie estaba mirándolo y asintió. Gonko cogió un saquito que tenía detrás de los pies, rebuscó en su interior y extrajo una bolsita de terciopelo semejante a la que Jamie había cogido aquella noche después de que se le hubiera caído del bolsillo a Goshy. Gonko le arrojó una bolsa a cada payaso, entregándole la de Goshy a Doopy. Un pequeño tintineo de cristales emanó de las bolsas.

Gonko miró a Jamie y le advirtió:

—Esto es un adelanto. Considéralo una bienvenida al circo, J. J. Pero no me tomes por Santa Claus... La siguiente tendrás que ganártela.

Le lanzó la bolsa a Jamie. *¿Esto es el salario?*, pensó. *¿Para qué demonios sirve? Si ya me lo he tragado...* Ahondó entre los confusos recuerdos del día anterior, los granos de polvo que había visto desparramados por el suelo durante la función de Mugabo y los enanos que los recogían por la noche.

—De acuerdo, capullos, se acabó la reunión —vociferó repentinamente Gonko—. Diez minutos libres y volvemos para el ensayo. Que todo el mundo se ponga maquillaje nuevo. Winston, tú eres abuelo. ¿Quieres maquillar a J. J.?

Winston asintió. Le indicó a Jamie que lo siguiera y fueron a la habitación de Winston. Goshy se quedó junto a la ventana, inmóvil como un árbol, sin emitir ningún sonido ni parpadear ni una sola vez.

J. J. el payaso

—Se parece bastante a una celda —dijo Winston. Su habitación era mucho más espaciosa que la de Jamie; tenía una cama de verdad y estantes repletos de baratijas y artículos coleccionables, sobre todo puzzles con los que pasaba el rato. Había un pececito que nadaba en una pecera junto a la ventana y dos ratones que correteaban en una jaula de cristal—. Frank y Simon —anunció mientras sacaba a uno de los ratones blancos con sus manos viejas y nudosas—. El pez todavía no tiene nombre, aunque no sé para qué iba a quererlo. Aun así, son los compañeros más agradables que se puede tener por aquí. Este es Jamie —le dijo al ratón, acariciándolo con un dedo mientras este olisqueaba el aire antes de devolverlo cuidadosamente a la jaula.

En la mesita de noche había una fotografía en blanco y negro de una mujer que sostenía a un bebé. A juzgar por la indumentaria, la fotografía era anterior al siglo xx. Winston siguió su mirada.

—Mi esposa y mi hija. Bueno... no son ellas —dijo, rascándose nerviosamente el cráneo—. No tuve ocasión de llevarme una foto cuando me trajeron a este lugar. Esta la encontré en el callejón de las casetas. Simplemente me recuerda que tenía esposa e hija. Las dos murieron hace mucho tiempo.

Jamie asintió, concluyendo en privado que el viejo era inofensivo pero estaba chiflado. En el suelo había periódicos; algunos se hallaban plastificados para que se conservaran. Jamie comprobó la fecha del más cercano: el 9 de octubre de 1947.

—¿Coleccionas periódicos viejos? —preguntó.

—*Nop*. Colecciono periódicos del día en el que los publican —explicó Winston—. Es una de las pocas formas de mantenerse al tanto de lo que ocurre ahí fuera. Guardo algunos, es como tener un diario.

—¿Cómo te haces con ellos?

—Bueno, a veces nos encargan misiones en el mundo exterior. Ya te acostumbrarás a que las cosas cambien muy deprisa ahí fuera, joven Jamie. Cuando quieras darte cuenta, el jefe nos mandará a por algo y habrá motocicletas voladoras por todas partes.

¿Que ya me acostumbraré?, se dijo Jamie. No lo creo. Puedes «maquillarme», sea lo que sea lo signifique eso, pero después pienso dedicar los diez minutos de tiempo libre a buscar la puerta principal y correr como alma que lleva el diablo, diga lo que diga la adivina al respecto. No acabo de entender por qué nunca se te ha ocurrido ese plan, viejo.

Winston rebuscó en el estante superior de un armario, musitando y gruñendo para

sus adentros, aunque al parecer no se daba cuenta de ello.

—Ah, aquí está —dijo al tiempo que sacaba un bote de plástico y se sentaba en la cama—. Los efectos son bastante drásticos, sobre todo al principio. Estarás un poco errático, bueno, supongo que durante los dos primeros años por lo menos. Las personalidades necesitan tiempo para... fusionarse, supongo. Lo más probable es que salga por la puerta un tío muy distinto al que ha entrado hace unos minutos. —Winston suspiró—. Acabemos con esto. Cierra los ojos.

Jamie obedeció. Winston sumergió la mano en el bote y Jamie sintió que le embadurnaba las mejillas, la nariz, la frente y la barbilla con un maquillaje pastoso y frío. Olía como una desagradable combinación de crema de protección solar y gasolina.

—Listo —declaró Winston después de ponerle una nariz de plástico roja.

Jamie abrió los ojos.

—No me siento diferente.

—Mírate en el espejo. Está ahí, junto a la puerta.

Jamie encontró un espejo de mano y lo cogió. Miró su reflejo, observando la capa gruesa y grasienta de maquillaje blanco que le cubría el rostro. En efecto, se sintió diferente casi de inmediato. Primero sintió que unos dedos le hacían cosquillas y le pinchaban en el estómago. Los músculos de sus piernas se flexionaron como si fueran muelles en tensión. Se le subió la sangre a la cabeza rápidamente, el calor le produjo picores y unos puntitos nítidos bailaron detrás de sus ojos. Se le quedó la mente en blanco como si todos sus pensamientos se hubieran interrumpido como una cinta de audio... Y cuando apretaron de nuevo el *play* los pensamientos ya no eran los suyos.

Winston le preguntó desde la cama:

—¿Me pasas el espejo, por favor?

Cuando J. J. se dio la vuelta sintió que había despertado bruscamente de un sueño, que había interrumpido el contacto con unos ojos hipnóticos, los suyos. Se adelantó un paso hacia la cama y descubrió que estaba sonriendo al viejo payaso.

—¿Quieres el espejo, Winston? —preguntó con un tono demasiado afable—. Puedo darte el espejo, Winston.

—Pues dámelo —dijo este, observándolo con recelo.

J. J. sostuvo el espejo en la palma de la mano y lo arrojó hacia Winston. El tiro se quedó corto y el espejo se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos. J. J. se quedó mirando las esquirlas un momento, sonrió de nuevo a Winston, preguntándose si acaso debía darle una bofetada al viejo, y a continuación se giró y salió corriendo de la habitación, levantando los zapatones y doblando las rodillas.

Winston suspiró.

—Cuanto mejor es el hombre, más malo es el payaso —musitó mientras recogía los trozos de cristal. Así eran las cosas, al parecer.

Damian, el guardián de la casa de la risa, entró en el salón de los payasos empujando una carretilla llena de botes de maquillaje. Gonko cogió once y los apiló en un rincón sin decirle una sola palabra a Damian, que se marchó caminando tan despacio como un cadáver ambulante.

Gonko había extendido una esterilla de gimnasio en el suelo y se subió encima, irguiéndose como un sargento de instrucción mientras los payasos se congregaban hoscamente a su alrededor.

—¡Eh! —les gritó Gonko—. ¡Demostrad un poco de entusiasmo, coño!

Los payasos se miraron unos a otros, titubeando. Doopy, vacilante, dio una palmada. Rufshod lo imitó. Goshy abandonó al fin el puesto de centinela ante la ventana, miró atentamente a los demás y empezó a aplaudir sin doblar los codos, observando el movimiento de sus manos con los ojos como platos, fascinado y boquiabierto. Gonko alzó las manos para acallarlos, pero ellos continuaron, de modo que suspiró y se sentó, esperando a que cesara aquel arranque. Era demasiado temprano para blandir el puño de hierro.

Vio por el rabillo del ojo a J. J., que estaba atravesando el salón de puntillas. Quizás intentaba ausentarse del ensayo. Gonko lo observó con interés, entrecerrando los ojos y preguntándose qué tipo de payaso tendrían entre manos exactamente ahora que lo habían maquillado.

—¡J. J.! —exclamó—. Ven aquí y ponte en fila. —J. J. se quedó completamente quieto, frunciendo los labios como una *drag queen*—. Venga. Ven aquí —repitió Gonko. J. J. se adelantó un paso hacia la esterilla de gimnasio—. Así se hace —lo alentó Gonko, como si estuviera llamando a un animalillo tímido—. Vamos. Ponte en fila, J. J. Tenemos que ensayar. Buen chico. Ven de una vez.

J. J. dio otro paso. Gonko suspiró; se imaginaba que aquello iba a durar todo el puto día, aspirando y espirando. Se puso en pie, dispuesto a arrastrar a aquel cabrón de la oreja. J. J., asustado, retrocedió un paso. *Va a echar a correr*, se dijo Gonko.

—¡Ah, no, ni de coña! —chilló.

Los demás payasos se aburrieron de los aplausos y se volvieron para observarlo. J. J. retrocedió otro paso. Gonko perdió la paciencia, se abalanzó contra J. J. y este echó a correr, chillando como un loro tropical mientras escapaba. Gonko, exasperado, echó los brazos al cielo y dejó que se fuera. Conocía muy bien a los de su clase.

—Es uno de esos —musitó contrariado.

J. J. se tranquilizó al comprobar que Gonko no lo estaba persiguiendo. No estaba dispuesto a hacerle la pelota al profesor solo porque le hubieran dado una paliza al último aprendiz.

Una muchedumbre de gitanos ataviados con ropajes coloridos iba corriendo de un

lado a otro, haciendo recados.

—Ratas feriantes —musitó J. J. cuando pasó junto a una pareja de ancianas—. ¡Apartaos de mi camino! —les chilló—. Está pasando un payaso. Que os follen. ¿Me habéis oído?

Y, ante la agradable sorpresa de J. J., las atemorizadas mujeres se echaron atrás para que pasara. En sus ojos desorbitados se veía respeto... Claro, también se veía un atisbo de odio en estado puro, pero qué demonios.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo J. J.—. Eso es, respetadme, ratas feriantes. ¡Apartaos, capullos roñosos! —Y ellos se apartaban. *Saben quién es el que manda*, pensó. *¡Qué bien!* Atravesó directamente un grupo de ellos, ordenándoles que se quitaran de su camino, derribando las cajas que llevaban en las manos y poniéndoles la zancadilla.

Cuando se aburrió de aquello deambuló a la deriva hasta que llegó al callejón de las casetas. Atravesó la arcada de madera. Ante él se devanaba un largo camino de tierra con puestos de juegos a ambos lados. Más adelante se hallaban las atracciones, entre las que se contaban la noria, el tiovivo y un artilugio mecánico en el que los coches daban vueltas sobre algo que parecía una peonza gigantesca. Divisó a lo lejos un extenso poblado de casuchas de mala muerte y a las gitanas que fumaban cigarrillos en las puertas, charlando entre ellas. J. J. se percató complacido de que las ratas feriantes procuraban retirarse cuando pasaba, haciendo que restallaran los tirantes con los dedos pulgares. Estaban reparando y limpiando los puestos cercanos: el tiro al pato, las anillas del marinero borracho y la máquina de discos que hacía juegos malabares. Se detuvo ante las cabezas giratorias de cinco payasos de yeso que tenían la boca abierta de par en par. Una vieja rata feriante de ojos cansados estaba limpiando con un trapo el estante de los premios que había detrás. Se volvió haciendo una mueca cuando J. J. se aclaró la garganta, se bajó la cremallera y metió el pene en la boca del payaso del centro.

—¡No, señor! —gimió la rata feriante—. *¡Debo mantener esto limpio!*^[5]

J. J. sonrió a modo de disculpa, como si no pudiera controlarse ni lo más mínimo, mientras la orina anaranjada resbalaba por la garganta de yeso del payaso hasta la caja numerada. Ante el inmenso placer de J. J., la rata feriante no hizo sino gemir. Se subió la cremallera, dijo «que Dios le bendiga, señor», y siguió paseando camino abajo, observando los puestos de juegos y los feriantes que había dentro, afanándose para parecer ocupados. Se detuvo ante el puesto de «pruebe su fuerza», en el que había un enorme mazo apoyado contra la torre de la campana. Detrás de esta había una rata feriante calva con un grueso mostacho sacándole brillo a la campana de latón sobre una escalera de pie. J. J. lo miró con los ojos entrecerrados.

—¡Oiga! —chilló.

El feriante soltó el trapo y estuvo a punto de caerse de la escalera. Le preguntó con acento español:

—¿Qué? ¿Qué es lo que quiere?

—¿Puedo intentarlo, señor? —le pidió J. J. con un tono falsamente risueño—. Quiero ver lo fuerte que soy.

—A mí me parece bastante fuerte —replicó el feriante—. Déjeme en paz.

J. J. asió el mazo, que le pesaba entre las manos.

—¡Vamos allá! —gritó jovialmente—. ¿Está listo ahí arriba?

El feriante bajó la escalera, rezongando para sus adentros.

—¡A la de tres! —exclamó J. J.—. Una. Dos. ¡Tres! —A la de tres dio una vuelta y arrojó el mazo a lo lejos; este se perdió de vista, dando vueltas sobre sí mismo mientras sobrevolaba los tejados. El feriante lo contempló con la boca abierta—. ¿Qué? —dijo J. J.—. ¿No se hace así? —Riendo, se dirigió al siguiente puesto.

J. J. se entretuvo de esta forma durante la hora siguiente, hostigando a los feriantes, dando patadas a los puestos, robando los premios de los juegos, escupiéndoles y pidiendo a gritos que le llevasen una cerveza. Era el señor de la mansión y era lo más divertido que podía imaginar... hasta que se topó con los acróbatas.

Más adelante había tres cuerpos ágiles ataviados con mallas brillantes de licra blanca que presentaban un aspecto deslumbrante. Estaban charlando con una rata feriante de mediana edad. Uno de ellos estaba apoyado en un poste junto a un puesto de perritos calientes. El bulto de las coquillas debajo del látex era un tanto descarado, y J. J. profirió un gruñido. Se acordó del enfrentamiento de la noche anterior.

Con aire de determinación, de que estaba cumpliendo con su deber para con la tribu de los payasos, J. J. se subió los calzones y se dirigió tranquilamente hacia ellos con ademanes de vaquero; la tierra crujía bajo sus botas. Se acercó hasta que distinguió sus voces. ¡Estaban intercambiando recetas de panqueques, por amor de Dios! Cogió dos puñados de barro espeso y negro de un charco que había a sus pies, exclamó «¡J. J.! ¡J. J. el payaso!», y se los arrojó al acróbata más cercano.

—¡Aj! —farfulló este cuando se le fue la cabeza hacia atrás. J. J. había escogido bien el momento; el acróbata tenía la boca abierta al producirse el impacto. J. J. se rio estentóreamente. La víctima se limpió el barro de los ojos, escupiendo y tosiendo.

—Ah, ¿eso te parece gracioso? —le preguntó uno de ellos.

—Así es —intervino otro—. Cree que es un cachondo. Este es el chico nuevo.

—¿Obedeces órdenes, chico nuevo? ¿O todo esto ha sido una brillante idea tuya?

Parecía que los acróbatas estaban tan aturridos a causa de la indignación que se lo preguntaban sencillamente para verificar lo que creían haber visto. Sin dejar de reírse, J. J. cogió otro puñado de fango maloliente y se dispuso a lanzarlo.

—Yo no lo haría —le advirtió el acróbata más cercano—. Ah, ah.

—Por eso nunca serás un payaso —dijo J. J., y arrojó el nuevo puñado, que dio en el blanco, golpeando en el cuello al acróbata que había hablado. Este retrocedió, resollando.

J. J. cerró los ojos y emitió un aullido de júbilo, de modo que no vio lo que lo golpeó. Algo se estrelló contra su cara y lo derribó al suelo. Perplejo, alzó la vista y

comprobó que dos acróbatas se dirigían hacia él. El tercero se había quedado atrás y estaba girando la pierna por encima de la cabeza para estirar los músculos; al parecer había sido una patada. Le había parecido un mazazo.

J. J. estaba asombrado; ¡habían contraatacado! Se puso en pie trabajosamente. ¿Sabía pelear? No estaba seguro.

—¿Ah, sí? —bramó—. ¡En guardia! —Levantó sus puños torpes y desmañados.

—Eso está mejor —comentó un acróbata mientras lo rodeaban—. ¿Quieres ver hasta dónde podemos levantar la pierna, payasito?

El acróbata le hizo una demostración; su bota pasó volando junto al rostro de J. J. como una mancha blanca. Este sintió que el aire le acariciaba la mejilla.

—¿A que no está mal, Sven?

—No está mal, Randolph. Pero yo ya sé hasta dónde podemos levantar la pierna. Debe de haber otra cosa que podamos averiguar.

—¿Qué te parece... cuántas patadas podemos dar?

—Tuskan, ¡eso es perfecto! Podemos establecer un nuevo récord. ¿Cuál fue el último? Mil patadas, ¿verdad?

—Más o menos. Es decir, cada uno.

—No me dais miedo —exclamó J. J., que acto seguido giró en redondo y salió disparado. Chillando de pánico, se internó a la carrera entre la muchedumbre de ratas feriantes, que se apartaron de su camino dando tumbos. Cuando oyó que los acróbatas le pisaban los talones, la espiral de pánico cedió terreno a un terror tan puro que estuvo a punto de dejarlo ciego. En su huida derribaba a los feriantes para bloquearles a los otros el paso. Oyó que un acróbata maldecía al tropezar y se arriesgó a mirar por encima del hombro; había dos que seguían persiguiéndolo. Lloriqueando, atravesó velozmente la arcada de madera y se desvió a la derecha, confiando en dirigirse al santuario de la carpa de los payasos. Pero estaba desorientado a causa del terror y descubrió que se hallaba junto a la casa de la risa. Pasó corriendo delante del guardián ataviado con su funesta túnica, se escondió en una callejuela que discurría entre dos casuchas y esperó, tratando de acallar la respiración y el llanto. Un minuto después pasaron dos acróbatas con la pechera manchada de barro que no habían desistido de su cacería. Miraron en su dirección y J. J. se agachó para ocultarse, lamentándose de aquella injusticia casi lo bastante alto para delatarse. ¿Por qué nadie le había prevenido del peligro? ¿Por qué las ratas feriantes no habían visto cómo se desarrollaba aquella situación y se lo habían advertido? Le parecía tan terriblemente injusto que prorrumpió en sollozos audibles y apasionados, demasiado agitado para acallar los ruidos.

El desdichado J. J. pasó una hora en aquella callejuela tratando de consolarse. Cuando logró sobreponerse, las lágrimas había trazado riachuelos en el maquillaje y algunas gotas blancas le salpicaban el pecho. Inclino la cabeza hacia un lado para escuchar, pero solo oyó el distante tac, tac, tac de los leñadores que estaban ensayando. Mirando hacia atrás con recelo, enfiló el camino principal preguntándose

adónde podía ir, ya que al fin y al cabo había faltado al ensayo.

Alguien pronunció su nombre.

—¿J. J.? ¿Jamie?

Estuvo a punto de venirse debajo de inmediato, pero no se trataba de los acróbatas. Era Winston.

—¡Gracias a Dios! —exclamó J. J., tan aliviado que se postró de rodillas—. Eres tú.

Winston se acercó a buen paso, resoplando.

—¿Sí? ¿A quién estabas esperando?

—A nadie. Esa acusación me ofende. Yo no le he tirado barro a nadie.

—Eso explica el barro que tienes en las manos, idiota —dijo Winston. Suspiró—. Por lo menos ahora sé lo que ha pasado. ¿Quieres contarme tu versión de la historia?

—No.

Winston lo asió por el hombro y lo arrastró hasta una carpa cercana. Su tono era cortante.

—Ahora escúchame. Es la primera vez que te pones el maquillaje, así que comprendo que no eres completamente responsable de tus actos, pero se acabó la diversión. Contrólate.

J. J. se echó a llorar de nuevo.

—Basta —le espetó Winston—. Eso es exactamente lo que estoy diciendo. —Sacó un pañuelo y empezó a limpiarle el maquillaje de la cara, pero J. J. lo apartó de un empujón.

—Todavía no —pidió—. Aún estoy intentando, ya sabes, tranquilizarme un poco.

—De acuerdo —accedió Winston—. Pero no te apartes de mi vista durante el resto del día. ¿Entendido? Ahora dime qué es lo que ha pasado con los acróbatas. ¿Les has tirado barro? ¿Eso es todo?

J. J. asintió y trató de contener una risita; se le escapó de todas formas, pero consiguió que se convirtiera en un sollozo afligido.

—Fue en defensa propia —afirmó—. Ellos me insultaron. Yo estaba intercambiando recetas de panqueques en el callejón de las casetas cuando aparecieron de la nada y me rodearon. El resto es algo confuso. Me parece que me empujaron por la espalda. Dos veces. Al caerme debí de mancharme las manos en un charco sin darme cuenta. Cuando me levanté moví las manos de esta forma —hizo una demostración—, para protegerme de los golpes. Debí de salpicarles un poco de barro. Eso fue suficiente. Me han perseguido por todo el circo. Están locos, Winston.

Winston lo observó con el rostro imperturbable y exhaló un suspiro.

—Me alegro de que entre Doopy y Goshy no tengan un solo cerebro. Eso ha salvado no pocas vidas. Rufshod tiene medio y causa daños más que suficientes. Tú tienes uno entero, hijo, o lo suficiente para meterte en serios problemas. Si quieres hacerte daño, adelante. Pero no nos metas a los demás. Hoy has iniciado un drama que nos afectará a todos.

J. J. asintió con la cabeza, comportándose como un nieto atento.

—¿Los acróbatas te han contado otra versión de lo sucedido? —le preguntó.

—*Nop*. Pero se han presentado en nuestra carpa, así que supimos que había pasado algo. No se acercan a nosotros cuando estamos ensayando. Nosotros tampoco interrumpimos sus ensayos. Es una especie de tregua que firmamos porque hace algún tiempo la cosa se estaba poniendo fea, yo diría que homicida. Pero hoy, cuando estábamos trabajando en un número, han entrado, nos han deseado suerte en la próxima función, y eso ha sido todo.

—Parece terrible —comentó J. J.

—Nos están mandando un mensaje, idiota. Ya se ha vuelto a liar. Hasta ahora no habían sido más que palabras. Me imaginaba que habías empezado tú. Hablaron de ti. Dijeron: «El chico nuevo se va a portar de maravilla». Comentaron que ibas a ser una auténtica superestrella. Nos estábamos preguntando qué era lo que habías hecho. Rufshod está impaciente por que le cuentes todos los detalles.

Una idea desagradable irrumpió en el júbilo de J. J.

—Ah... ¿Y el jefe?

—Gonko no ha dicho nada. Solo me ha pedido que te encontrase. —Winston se pasó una mano por la cara—. ¿Solo les has tirado un poco de barro? ¿Eso ha sido todo?

—Te lo juro.

—Ya. Entonces a lo mejor no es demasiado grave. Ya veremos. —Salió de la carpa y J. J. lo siguió—. Supongo que nadie te ha enseñado esto como es debido —suspiró Winston—. Yo podría encargarme de ello. Como de todo lo demás.

10

Kurt Pilo

J. J. permitió que Winston le enseñase el parque de atracciones, señalando esto y aquello, ofreciéndole banalidades y comentarios entrecortados. Él fingió empaparse de todo con tímido respeto, de momento era J. J. el nuevo payaso, apocado, vulnerable y abrumado. Se asustaba de las sombras, se agarraba a la camisa de Winston y le suplicaba que no caminase tan deprisa porque odiaría perderse. Winston daba muestras de haberse tragado la actuación y le ofrecía palabras de consuelo, diciéndole que no se preocupara, maldita sea, que dejara de comportarse como un mariquita.

—Bueno, ¿qué más cosas te puedo enseñar? —musitó Winston. Se habían detenido para tomarse un respiro junto a la casa de la risa, tras haber completado el circuito del foso de los leñadores y la pista del domador de leones y haber hecho una excursión al callejón de las casetas a por un perrito caliente. J. J. se había portado bien con los feriantes delante de Winston, pero era imposible hacer caso omiso de las miradas desdeñosas que estos le dirigían.

—Quiero conocer al jefe —dijo J. J.—. A ese Kurt del que habla todo el mundo. Winston se lo pensó con mucho cuidado.

—Puede que sea una buena idea —contestó—. En general, no te acerques a ninguno de los Pilo, ya me entiendes. Si van a buscarte, lo más probable es que estés metido en un buen lío, lo que te ocurrirá pronto como sigas así. A lo mejor conseguimos que, por lo menos, la primera impresión sea buena. Vamos.

Winston lo condujo a través de un angosto sendero en el que no se había aventurado antes, en el que la hierba estaba seca y amarilla. Al lado había algunas ruinosas cabañas de madera, abandonadas como lápidas antiguas. Winston bajó la voz para que no lo oyeran los feriantes que pasaban.

—Es bastante complicado entender a Kurt Pilo, porque nunca se sabe lo que lo ofenderá de una semana a la siguiente. Compórtate con naturalidad. Si cuenta un chiste no olvides reírte.

—Así que Kurt está a cargo de todo este tinglado, ¿eh? —comentó J. J.

—Recibimos órdenes de Kurt y George Pilo —explicó Winston—. Eso es lo único que necesitas saber. El MM se halla al mismo nivel, pero casi siempre está encerrado en la casa de la risa, esculpiendo, o fabricando el maquillaje que nos ponemos nosotros, y sabe Dios qué otras cosas. Hay otros como él, que van y vienen haciendo lo que quiera que hagan lejos de los demás.

Llegaron al límite occidental del parque, una zona desprovista de atracciones

donde se respiraban un silencio y una calma que harían saber a los primos extraviados que se habían equivocado al doblar una curva. Más adelante había una pequeña caravana blanca cubierta de pintura blanca descascarillada que descansaba sobre unos bloques de hormigón junto una elevada cerca de madera.

—Oye, ¿qué es lo que hay al otro lado? —preguntó J. J., señalando la cerca.

—Nada que merezca la pena ver, y entre tú y yo, no intentaría escalarla. Esa caravana es la casa de Kurt Pilo, por si alguna vez necesitas saberlo. Aunque espero que no sea así.

—¿Esa cajita de mierda? —exclamó J. J.—. ¿El jefe vive aquí? ¡Nuestra carpa es mejor!

—No importa, solo recuerda lo que te he dicho. Ver y callar.

Subieron los escalones de estaño y Winston llamó a la puerta. Una voz muy profunda exclamó desde el interior:

—¿Hmmm?

Winston abrió la puerta, que chirrió como si fuera la tapa de un ataúd, y ambos entraron. Las paredes de la caravana estaban empapeladas con flores estampadas descoloridas sobre las que había crucifijos colgados en todos los ángulos. El suelo estaba atestado de carpetas de papel manila, fajos de papeles sujetos con clips y, para sorpresa de J. J., de docenas de Biblias apiladas ordenadamente o abiertas boca abajo como si el lector las hubiera arrojado por encima del hombro. Al fondo de la caravana, semienterrado bajo el papeleo, había un escritorio de madera y detrás de este estaba sentado Kurt Pilo con un bolígrafo en la mano.

J. J. creyó que se le había detenido el corazón; era el monstruo que Jamie había visto en la barraca de la adivina. Jamie había estado a punto de mearse encima, y con razón. Kurt Pilo lo contemplaba con dos ojos que despedían un fulgor sobrenatural, enmarcados por cuencas gruesas y huesudas: ojos de lobo. Tenía la cabeza calva y reluciente, el cráneo demasiado largo desde la coronilla hasta la mandíbula y los labios gruesos y azulados como los de un pez, arqueados en una sonrisa que resultaba mansa. Parecía que irradiaba una energía depredadora, tan tangible como el calor, pero cuando habló empleó un tono culto, civilizado y casi sedoso.

—Hola, Winston. ¿Con quién has venido? ¿Es alguien nuevo? ¿Alguien prestado, alguien azul? —Las comisuras de los labios de pez de Kurt se distendieron—. Es una pequeña broma —explicó—. ¿Crees que podréis usarla en vuestra actuación, Winston?

—Quizá, señor —repuso Winston. Le temblaba la voz. J. J. observó que tragaba saliva, apretaba la mandíbula y aparentaba que no tenía miedo—. Tendría que preguntárselo a Gonko, señor Pilo, pero es un chiste magnífico.

—Hm —musitó Kurt, satisfecho.

—Este es el joven Jamie —anunció Winston—. O J. J., supongo. Es nuestro empleado más reciente. Nuestro payaso más reciente.

—¡Vaya, espléndido! —exclamó Kurt, dirigiendo toda su atención hacia J. J.—.

Acércate. Vamos a darnos la mano.

J. J. sintió que le flaqueaban las piernas. Se acercó al escritorio, estuvo a punto de tropezar con un ejemplar del libro de los mormones, y alargó la mano para que Kurt se la estrechara. Los ojos de Kurt despidieron un destello blanco cuando su gigantesca mano envolvió la de J. J. Este sintió la energía aplastante que emanaba de aquellos dedos y bajó la vista para asegurarse de que aquel torno no estuviera a punto de cerrarse, pues no podía mantener el contacto visual mientras los ojos de Kurt despedían aquel fulgor. Eso le crispó los nervios; cuando vio aquellas garras y aquel pelaje encerrándole la mano apenas pudo refrenar el impulso de retirarla bruscamente.

Kurt soltó al fin la presa, que en realidad había sido bastante delicada. J. J. se apartó un paso del escritorio, balbuceando torpemente:

—Encantado de conocerlo, ¿cómo está...?

Los labios de Kurt se estiraron aún más; sin duda estaban a punto de romperse como una goma elástica.

—Dime, J. J. —dijo—, ¿crees en Jesús?

J. J. echó un vistazo a los crucifijos y los montones de Biblias y se preguntó si acaso era una pregunta capciosa. ¿Sí o no? Maldita sea, lo habían pillado.

—A veces —aventuró.

Por un instante pensó que la había cagado, pero a decir verdad Kurt parecía complacido. Contestó:

—¡Eso me gusta! Qué respuesta más encantadora. ¿No te parece extraño que rindamos tributo al instrumento que usaron para torturarlo y matarlo? —Kurt cogió un crucifijo del escritorio y lo sostuvo con su gigantesca mano—. Es un artefacto hermoso. Se podría azotar a un dios... todo el día.

Sintiéndose más animado ahora que la mirada de Kurt no estaba clavada en él, J. J. dijo:

—Sí, señor, en aquella época sí que sabían cómo tratar a los criminales.

Oyó que Winston aspiraba entrecortadamente una bocanada de aire. Tal vez J. J. estuviera patinando sobre una delgada capa de hielo, pero el recién descubierto payaso que había en su interior quería poner a prueba a Kurt Pilo, por Dios. Quería ponerlo contra las cuerdas y averiguar hasta qué punto podía salirse con la suya antes de que aquel grandullón perdiese la paciencia. Era casi un reflejo independiente y apenas podía controlarlo. *¡Escupe en la mesa!*, le gritaba una parte de él. *¡Sácate la polla!* *¡Dale por el culo, a ver de qué está hecho!*

Pero Kurt se echó hacia atrás en la silla y rompió a reír. Era una risa profunda que estremeció las paredes de la caravana. Se llevó un dedo a la cara para enjugarse una lágrima. J. J. hizo una mueca cuando se arañó el rabillo del ojo con una garra, extrayendo un hilillo de sangre negra. Kurt no dio muestras de percatarse de ello.

—Gracias, J. J. —dijo—. Me hacía falta. Me has levantado el ánimo. He estado teniendo problemas con mi hermano George; se trata de una antigua disputa familiar,

ya sabes cómo son estas cosas. El miércoles intenté matarlo y parece que lo molestó que lo hiciera mientras él estaba defecando... Es una larga historia. Pero sí, eso me lleva a algo sobre lo que he estado meditando. ¿No te parece extraño que Satán se comporte como el policía de Dios?

J. J. asintió, siguiendo con la mirada la gruesa gota de sangre que resbalaba por la mejilla de Kurt.

—A mí también —prosiguió Kurt—. Es de lo más raro, ¿verdad? Satán solo se ensaña con aquellos que infringen las reglas. No puede... coger a la gente de la calle y ensañarse con ellos. —La sangre le llegó a la comisura de los labios—. Ah, bueno, ya es suficiente por ahora. Bienvenido al circo. Supongo que tenemos que mantener una tradición de excelencia. Parece apropiado que el propietario diga algo así... —Kurt introdujo la mano bajo el escritorio. Cuando se irguió sostenía un gato barcino muerto entre sus manos gigantescas—. Si me perdonan, caballeros, mucho trabajo y poca diversión...

—¿Cómo va la colección, jefe? —preguntó tímidamente Winston.

—Bien, bien —contestó Kurt—. En este momento tengo muchos de gatitos, pero no de gatos adultos. Acabo con ellos muy deprisa, ¿sabes? —Kurt depositó al animal muerto encima del escritorio, abrió un cajón y extrajo unos alicates.

—En fin, buenas tardes, señor —dijo Winston, sacando a J. J. del hombro.

—Lo mismo digo —replicó Kurt distraídamente—. Gracias por traer al nuevo. Es agradable tener una charla... de tú a tú... con los empleados...

J. J. miró a Kurt Pilo por última vez mientras se cerraba la puerta de la caravana y vio que sus enormes ojos se encendían mientras le abría la boca al gato y le aferraba los dientes con los alicates. Mientras bajaban los escalones de estaño, oyeron que decía:

—Ah, ya está...

J. J. preguntó:

—¿Qué es lo que está...?

—Colecciona dientes —musitó Winston—. De todo tipo.

Desandaron el estrecho sendero. Winston exhaló un suspiro de alivio.

—¿Qué es eso que ha dicho de matar a su hermano? —preguntó J. J.

—No es nada nuevo. Que yo recuerde, esos dos siempre han estado a la gresca. Si uno de los dos muere, el otro dirigirá el espectáculo. El espectáculo entero. Tiene algo que ver con el testamento de Pilo padre, pero nadie conoce los detalles. —Winston reflexionó—. Es imposible que George acabe con Kurt. Puede que suceda lo contrario, pero ambos ya han sobrevivido durante mucho tiempo. Los dos son demasiado astutos.

—Winston, ¿alguna vez has visto a Kurt Pilo enfadado? ¿Realmente enfadado? ¿Alguna vez lo has visto tomarla con alguien en serio?

Winston tenía una expresión distante en los ojos y cuando le contestó J. J. pensó que estaba mintiendo.

—Me parece que no. Tampoco es que quiera. Ni tú. ¿Entendido?

—Claro, odiaría ver eso —le aseguró J. J. el payaso.

Como aún faltaban un par de horas para el ocaso, Winston lo llevó a la parada de los monstruos. Niñopez saludó afectuosamente a J. J. y se tomó todos sus intentos de provocarlo con tan buen humor y tanta diplomacia que a este le costaba seguir esforzándose. Niñopez encontraba el lado gracioso de que J. J. le echara un chorro de agua en el ojo o le pellizcara las agallas, incluso de que hiciera bromas sobre mearse en su estanque de desove. Hacía gala de los modales de un caballero británico, condescendiendo a las observaciones despectivas, aunque estas se hicieran cada vez más cáusticas y sinceras.

—¿Que tengo cara de cangrejo aplastado, dices? Defendería mi honor, ¡pero es que has dado en el clavo!

J. J. se sumió en un silencio hosco y accedió a que Niñopez le enseñase los especímenes. Le permitió dar de comer a Croqueta, la cabeza cortada, echándole copos de proteínas en el agua que le llegaba a la altura de la barbilla. Echó un pulso con Yeti y perdió rotundamente. Se regodeó mientras Steve frotaba la supuración carnosa que se había secado en el fondo de la vitrina de Sebo. J. J. salió de la parada de los monstruos de buen humor y no podría estar más de acuerdo con Gonko: Niñopez era un tipo simpático y cumplidor y un excelente encargado.

La tarde daba paso a la noche cuando volvieron a la carpa. El resto de los payasos estaban jugando al póquer y charlando sobre el ensayo de la jornada. J. J. recordó entonces que se lo había saltado; dejó de pavonearse de inmediato y adoptó de nuevo los andares titubeantes de una anciana sumisa. Había llegado el momento de volver a ser el señor Tímido, el señor «Por favor no me hagas daño».

Winston musitó algo para sus adentros y se fue a su habitación. Goshy, casualmente, estaba mirando en la dirección de J. J. cuando este entró y emitió un sonido semejante al grito de una lechuza. Doopy se dio la vuelta.

—Vaya, pero si es el nuevo. Gonko, ha vuelto el nuevo. ¡Gonko, mira!

Gonko se volvió y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Vaya, hola joven J. J. —dijo.

J. J. se echó hacia atrás como si lo hubiesen golpeado.

—Vamos, colega —insistió Gonko con un tono suave y lisonjero—. Buen chico. No vamos a hacerte daño. A lo mejor Rufshod sí, pero nosotros le haríamos daño a él. Venga, siéntate aquí, colega.

J. J. hizo que le temblaran las manos y frunció los labios de miedo. Se acercó poco a poco a la mesa y se sentó entre Rufshod y Doopy. No se veía al aprendiz por ninguna parte.

—Buenas noticias, colega —anunció Gonko—. El ensayo ha sido impecable. Vamos a dejar a Goshy en el banquillo una temporada. Sigue estando un poco

confuso debido a sus problemas con las mujeres. Las mujeres, ¿eh, Gosh?

Goshy emitió un gargarismo grave.

—Pero los demás somos una máquina bien engrasada, precisa, exacta y todas esas gilipolleces. Vamos a dejar pasmados a esos acrocabrones. Lo que me recuerda... — La voz de Gonko perdió su brillo—. ¿Qué es lo que les has hecho?

A J. J. no le apetecía volver a tener aquella conversación. Se levantó como si la pregunta lo hubiera sobresaltado, se volvió sobre los talones y echó a correr, sollozando como una actriz de telenovela ofendida. Nadie lo siguió.

Cuando llegó a su habitación se tumbó y meditó sobre los acontecimientos de la jornada. Reflexionó sobre Winston y se preguntó cómo podía aprovecharse de su bondad para sus propios propósitos. Si deseaba ascender en el escalafón de los payasos era el momento de subirse a un travesaño.

Y ahora...

Y ahora, ¿qué? ¿Quitarse el maquillaje? Qué demonios. J. J. buscó un trapo a tientas. Estaba oscureciendo, de modo que encendió una vela que proyectó sombras que corretearon por aquel espacio pequeño y hacinado. La visión de aquel entorno lo embargó de un repentino afecto a su nuevo trabajo y su nueva vida.

—Sí —susurró—. Esto es estupendo.

Se limpió la cara. El maquillaje salió fácilmente gracias al sudor y las lágrimas de todo el día. Dejó caer el trapo grasiento y se tumbó, durmiéndose de inmediato.

El sueño estuvo ocupado por una pesadilla; Kurt Pilo estaba caminando junto a una hilera de personas encadenadas, sumisas como cabezas de ganado, y les extraía sangre del cuello a todos. Jamie les hacía una punción en el cuello para él con un dedo que se había convertido en una fina cuchilla mientras Kurt charlaba amigablemente entre sorbos.

Jamie despertó, se incorporó y en cuanto se movió lo asaltaron las náuseas. Gimió, lloriqueó y le suplicó a Dios que cesara el dolor. Parecía que un enjambre de insectos lo estaba devorando desde dentro. Jamás había sentido un dolor tan intenso.

Al cabo de un instante se preguntó por qué intentaba contener los gritos; así pues, gritó, y el grito se desvaneció lastimosamente. Se oyó un revuelo fuera y voces que farfullaban. Winston entró enseguida.

—Ah, sí —dijo el viejo payaso—. Lo había olvidado. Son los efectos secundarios del maquillaje. Lo siento, Jamie, debería haberme acordado.

—No pasa nada —jadeó Jamie—, dime cómo se pasa esto.

—Claro. ¿Tienes la bolsita que te dio Gonko? ¿Tu salario? Ya sabes, ¿el polvo?

Jamie intentó recordarlo, sobreponiéndose al último espasmo en el vientre. Se encogió adoptando una posición fetal y sintió la bolsa en el bolsillo, apretada contra el muslo. La sacó y se la entregó a Winston, que tenía un pequeño cuenco de arcilla entre las manos.

—Me he enterado de cómo llegaste a este lugar —dijo Winston mientras abría la bolsa—. Que te tragaste un poco de esto por accidente. Supongo que fue un accidente, porque ¿qué clase de lunático iba a tragarse un polvo que tiene pinta rara, huele raro y suena raro salido del bolsillo de un payaso que acaba de coger del suelo?

Winston removió una pequeña cantidad de polvo en el cuenco de arcilla mientras hablaba. Tintineaba como el cristal.

—En todo caso, el hecho de que lo tuvieras dentro fue suficiente para llamar la atención del espectáculo. Pero no notarías gran cosa al tragarlo. No estaba preparado correctamente, ¿ves? Esto es bueno para el dolor, y me refiero a toda clase de dolor. Pero hay que cocinarlo. Observa...

Winston destapó un mechero plateado, haciendo cosquillas en el fondo del cuenco con una llamita.

—Tiene que ser una llama —explicó—. No se puede hervir, hacerlo al vapor ni ponerlo al sol. Tiene que ser una llama.

Las gruesas bolas de cristal del cuenco despidieron un tenue humo azulado cuando restallaron y se resquebrajaron. El olor era nauseabundo. Por un momento a Jamie le pareció oír un sonido débil semejante a un gemido humano. El polvo se fundió enseguida, convirtiéndose en un líquido plateado.

—Ahora —dijo Winston—, pide un deseo.

—¿Qué? —resolló Jamie.

—He dicho que pidas un deseo. No te estoy tomando el pelo, date prisa, pide un deseo, trágate esto y te pondrás bien. Date prisa.

Jamie se enjugó el sudor de la cara y dijo:

—Deseo que... ay, coño... se me pase este dolor.

—Con eso será suficiente. Trágate. Deprisa.

Jamie cogió el cuenco y estuvo a punto de derramarlo sobre la manta. Se lo llevó a los labios y engulló el líquido, que le dejó un regusto extraño y desagradable en la boca. Casi de inmediato el dolor se extinguió como una vela apagada. No dejó ecos persistentes ni disminuyó poco a poco; desapareció. Se dio palmadas por todo el cuerpo, incrédulo, y miró fijamente a Winston, que dijo:

—Ya está, así está mucho mejor. —Se levantó para marcharse.

—Espera un minuto —dijo Jamie, al tiempo que se palpaba el estómago, asombrado—. ¿Eso es nuestro salario? ¿Un calmante?

—No es simplemente un calmante —repuso Winston, exhalando un suspiro mientras volvía a sentarse—. El polvo te concede cualquier cosa que desees, dentro de lo razonable. Algunos lo llaman polvo de los deseos. Es... caro, supongo. Lo más caro que hay. Vale más que nada en el mundo.

Jamie apretó la bolsita de terciopelo en la mano.

—¿Qué quieres decir? ¿Que pido algo y aparece?

—No funciona de esa forma exactamente —dijo Winston—. Mira, lo que pidas tiene que aprobarlo... Maldita sea, ¿cómo puedo explicártelo? —Se dio una palmada

en la frente y se inclinó hacia Jamie, bajando la voz hasta que esta se convirtió un susurro—. Tiene que aprobarlo la mayor autoridad del espectáculo. Mayor que Kurt Pilo y mayor que nadie a quien hayamos conocido. No puedo decirte nada más, no quiero y sencillamente no puedo hacerlo, ¿de acuerdo? Dejémoslo así. Hay unas reglas, y si pides algo que va contra las reglas habrás desperdiciado tu sueldo. Y no sale barato.

—Entonces, ¿cómo sé qué es lo que puedo pedir y qué es lo que no?

—Empieza por algo sencillo. Cosas pequeñas, como acabamos de hacer. No le desees mal a nadie del espectáculo. Es probable que no funcionase, pero aparte de eso, aquí no saldamos las cuentas de esa forma. Emplea el polvo con moderación, resérvalo. Nunca se sabe cuándo tendrás que salir de un atolladero. O te despertarás con un dolor peor que el que tenías ahora.

Winston se puso en pie y sus maneras indicaban que tenía asuntos apremiantes en otra parte. Se detuvo en la entrada.

—Considéralo —le dijo a Jamie, sin volverse a mirarlo— como que te digan que sí a una oración de poca monta. Pero no te entusiasmes. Y no te preocupes, puede que los dolores hayan desaparecido dentro de tres días. El maquillaje es bastante fuerte, como ya sabrás.

Winston se marchó.

—¿Maquillaje? —repitió Jamie, y entonces cayó en la cuenta—. Me cago en la leche... ¡Winston! —chilló—. ¿Qué demonios pasó ayer? —Pero Winston no regresó.

¿Qué había sucedido? Después de que Winston le aplicase el maquillaje, el día era principalmente una sucesión de imágenes borrosas. Recordaba vívidamente la emoción: malicia, una malicia jubilosa, sometida por completo cualquier impulso. *Me convertí en otra persona*, se dijo, y sintió un escalofrío tan intenso que se envolvió los hombros con la manta. *Pero yo también lo hice. Perdí el control por completo.*

A continuación se presentó el recuerdo de Kurt Pilo, el fulgor de sus ojos debajo de una frente que parecía una nube de tormenta. Jamie cerró los ojos y gimió; de pronto se encontraba enfermo.

Me he metido... en un lío... de tres pares de cojones...

Y era aún peor. Ahora habían desaparecido las dudas persistentes acerca de lo que le había dicho la adivina, de las cosas imposibles que le habían pedido que creyera. Todo era cierto. Después del día anterior no podía dudararlo aunque lo intentase. Formaba parte del circo.

Ese podía ser un buen momento, supuso, para usar un poco más de polvo. Con las manos temblorosas, echó un poco en el cuenco de arcilla que Winston había dejado junto a la camilla. Encontró una caja de cerillas y fundió los cristales, que se convirtieron en un líquido plateado.

—Por favor, que duerma un poco más —susurró. Engulló, dejó el cuenco y apenas tuvo tiempo de tumbarse antes de que su oración obtuviese respuesta.

El allanamiento

El día le pasó de largo y, ya fuese debido al polvo o no, nadie intentó despertarlo hasta el anochecer, cuando una mano le tironeó del hombro con impaciencia. Aturdido y prácticamente incapaz de concatenar dos pensamientos seguidos, vio junto a su cama la silueta de un tricornio con campanillas de plata que tintineaban débilmente. Era un payaso, y durante un dichoso instante se halló de nuevo en New Farm, preguntándose qué estaba haciendo un payaso en su habitación. El instante pasó.

—Oye, J. J. —susurró Rufshod con vehemencia—. ¡Arriba, dormilón!

Jamie se incorporó y se restregó los ojos.

—¿Eh? Estoy despierto.

—Ven conmigo. Esto va a ser genial. Ponte el maquillaje. Probablemente eres demasiado gallina sin él.

Era cruel pero cierto. Jamie recordaba que Winston le había advertido que no secundase a Rufshod en ninguna aventura, pero estaba tan adormilado que no estaba lo bastante lúcido para oponerse. Oyó a Rufshod rebuscando en la oscuridad.

—¡Ajá! —exclamó, y se sentó en el pecho de Jamie, aplastándolo. Le embadurnó rápidamente las mejillas de grasiento maquillaje blanco.

—Espera un momento —protestó Jamie—. Quítate de encima, por amor de Dios. Me lo pondré yo mismo.

Rufshod se apartó de un brinco como si fuera el muñeco de una caja de sorpresas. Cogió un espejo de mano y un mechero, lo encendió y le presentó a Jamie su propio reflejo. Solo tenía la mitad de la cara pintada, pero con eso fue suficiente. El vértigo lo acometió al instante y todos sus temores lo abandonaron.

J. J. asió a Rufshod por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia sí.

—Si vuelves a entrar aquí y despertarme —susurró lentamente—, te mato, cabrón. ¿Me has oído? Te mato, cabrón.

Rufshod sonrió y le pasó un dedo por la frente.

—Te falta un poco —dijo. J. J. se levantó y se abalanzó contra Rufshod, que lo esquivó fácilmente y le asestó una patada en la barriga—. ¡Te falta un poco!

—Bueno, ¡ya está bien! —gritó J. J.

—*Shhhhh...* —Rufshod hizo una mueca—. ¡Calla! Estamos rompiendo las reglas. Mañana es día de función. Nada de juerga la noche antes de la función. Esa es la regla. Venga, ¿ya estás despierto?

—¿Adónde vamos? —preguntó J. J., mientras recuperaba la compostura y tomaba

nota cuidadosamente de que le «debía una» a Rufshod. Rufshod se inclinó hacia él y sonrió.

—¿Conoces a la adivina?

J. J. asintió.

—Pues vamos a vengarnos de ella. Vamos a darle una buena. ¡Y justo antes del día de la función! —Rufshod soltó una risita—. Se va a cabrear muchísimo con nosotros.

J. J. reflexionó y decidió que le gustaba la idea. Ahora que lo pensaba, la adivina le había parecido un tanto arrogante para su gusto.

Rufshod recogió algo que había dejado en el suelo mientras despertaba a Jamie y se lo apretó cuidadosamente contra el pecho, indicándole a J. J. que lo siguiera. Atravesaron sigilosamente la carpa hasta el salón, donde Rufshod se detuvo, indicándole con un gesto que guardase silencio y señalando la mesa en la que Doopy estaba dormido con una botella vacía apoyada suavemente en el pecho. Cuando pasaron a su lado de puntillas Doopy estaba farfullando en sueños:

—No... No la empujes, Goshy... No tiene gracia...

J. J. se detuvo para escucharlo.

—Goshy ha estado dando empujones... por toda la ciudad... Otras dos veces donde más le duele... Se la comió donde más le duele, Goshy...

Jodidos colgados, se dijo J. J., asqueado, aunque no estaba completamente seguro de la razón. Corrió hasta que dio alcance a Rufshod y ambos recorrieron furtivamente los senderos herbosos, deambulando entre las casas de los feriantes. El parque de atracciones estaba silencioso como una tumba y J. J. descubrió que si se concentraba podía moverse con total sigilo, sin que lo traicionaran siquiera el chasquido de las articulaciones ni el roce de los pantalones.

Enseguida vieron la barraca de la adivina. Las luces de la caravana no estaban encendidas. Rufshod se arrodilló y quitó el trapo del fardo, sacó un mechero y le enseñó a J. J. lo que contenía; una bola de cristal. J. J. se agazapó a su lado.

—¿Qué es eso?

—*Shh*. Mira. —Rufshod puso una mano sobre la bola de cristal como hacía la adivina. A la luz de la diminuta llama apareció una imagen en el cristal: un escroto que contenía dos pelotas—. Son las mías —explicó Rufshod—. Esto es lo único que podrá ver en todo el día. —Empezó a reírse, pero logró contenerse—. Vamos a llevarnos la suya. Y a cambiársela por esta.

J. J. escrutó el sendero de un lado a otro. No había nadie en las inmediaciones, pero las primeras luces del amanecer ya estaban tiñendo las tinieblas.

—Está durmiendo ahí dentro —susurró Rufshod, señalando a la caravana—. Vete a montar guardia delante de la puerta. Si sale, imita el sonido de un búho. ¿Vale? Luego sal corriendo.

J. J. asintió. Se dirigió furtivamente a la puerta de la caravana y se agachó para esperar junto a los escalones delanteros. Oía los resoplidos de Rufshod, que trataba de

contener la risa. Hubo un minuto de silencio absoluto, roto abruptamente por el obscuro estrépito de la madera arrancada en la noche silenciosa. J. J. escuchó atentamente por si había señales de vida dentro de la caravana, mientras el corazón le palpitaba con violencia. Parecía que se habían salido con la suya... Entonces se repitió el sonido de la madera arrancada.

¿Qué está haciendo ese tonto del culo?, pensó J. J., temblando a causa de la adrenalina y mordiéndose los nudillos para no reírse. Oyó muy débilmente el tintineo de los abalorios en la entrada de la barraca. Hubo un momento en el que pareció que todas las cosas contenían el aliento y esperaban: el aire de la noche, los edificios que los rodeaban y la hierba bajo sus pies. Entonces se oyó un ruido tremendo, como si algo se hubiera estrellado contra el suelo; cristales rotos y un golpe sordo sobre la tierra.

J. J. oyó una voz femenina que murmuraba, como en sueños, dentro de la caravana.

¡Date prisa, idiota!, pensó vertiginosamente. *¡Joder, tío, date prisa!*

Si no se producían más escándalos, no les pasaría nada, se dijo... Y en ese preciso momento se produjo el más estrepitoso, como si hubieran derribado una vitrina llena de figuras de cristal. En la caravana de Shalice se escuchó una voz que ya no estaba nublada por el sueño.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con tono cortante.

Se oyeron pasos dentro de la caravana. J. J. se puso en pie y echó a correr. Se olvidó de imitar el sonido del búho. Cuando rodeaba la barraca de la adivina vio que Rufshod atravesaba la puerta a la carrera, haciendo que los abalorios tintineasen como serpientes de cascabel. Sostenía un fardo contra el pecho. Misión cumplida. Los dos se alejaron corriendo, riéndose como lunáticos. Cuando se hallaron a una distancia prudente se detuvieron para observar las luces que se encendían en la barraca.

—¡Ay, mierda, corre! —susurró Rufshod. Volvieron corriendo a la carpa.

Doopy aún estaba durmiendo delante de la mesa de juego. Todavía embriagado a causa de la adrenalina, J. J. cogió la botella que estaba sobre el pecho de Doopy y la estrelló contra la madera junto a su cabeza. El sonido del cristal al hacerse añicos estalló en el salón. Salieron corriendo hacia la seguridad de la habitación de Jamie. Doopy resopló, pero no se agitó.

Rufshod encendió dos velas y depositó cuidadosamente el bulto en la almohada de J. J. La luz de las velas se reflejó en el cristal como dos ojos amarillos. Rufshod movió la mano sobre el cristal.

—¿A qué venía tanto ruido? —le preguntó J. J.

—No sabía que cerraba ese sitio con tablas por la noche —explicó Rufshod, dando golpecitos al cristal con el dedo pulgar—. Tuve que arrancar los tablones. Me parece que he tirado un par de estanterías. ¿Cómo se enciende esta cosa? —Levantó ambas manos por encima de la bola y de repente esta emitió una luz blanca—.

¡Vamos allá! ¡Ja! Mírala. Está despierta...

Rufshod estaba riéndose como un loco. En el cristal, la adivina se encontraba examinando los desperfectos de la barraca con un farol de gas en la mano. Los tablones de madera estaban en el suelo junto a la puerta. Al otro lado de la entrada se veían adornos rotos y libros desparramados por el suelo. El semblante de la adivina era imperturbable. Quitó el velo de tela de la réplica de la bola de cristal y no dio muestras de percatarse de que algo no encajaba. Volvió a poner el paño. J. J. y Rufshod intercambiaron una mirada de alegría en estado puro.

J. J. se dijo que Ruf y él podían hacerse buenos amigos, en efecto.

—Espera hasta que se bañe —susurró Rufshod—. Entonces podremos verle el conejo. Jo, debería habérsela robado hace mucho tiempo.

J. J. supo que Ruf y él podían hacerse buenos amigos, en efecto.

La observaron con las primeras luces; el fulgor trémulo de la bola de cristal bañaba el pequeño cuarto de Jamie. Shalice se había puesto a arreglar los desperfectos de la barraca; la calma deliberada de sus movimientos evidenciaba la cólera que sentía.

—Hacía mucho tiempo que no le daban su merecido —explicó Rufshod—. Ha perdido la costumbre. Parece que había olvidado lo que se siente. Hace años que las botas se le están quedando pequeñas. Sabe demasiadas cosas acerca de las maquinaciones de todos. Lo ve todo en esta bola, sabes. Cree que los Pilo la necesitan más que a nadie, solo por sus trabajos externos. ¡Ahora le hemos dado un escarmiento! Es día de función ¡y va a estar mirándome las pelotas todo el día!

Cuando parecía improbable que Shalice fuese a mirar a la bola de cristal de pega, Rufshod se levantó para marcharse.

—¿Me la prestas? —pidió J. J.

—Sí, por qué no, ya que me has ayudado. Pero si se desnuda ven a buscarme, ¿vale?

—De acuerdo, colega. —J. J. siguió observando a la adivina un rato mientras un fornido gitano se presentaba para ayudarla a limpiar la barraca. Escondió la bola debajo de la manta cuando oyó a los demás payasos, que ya se habían despertado y estaban en el salón.

Cuando salió de la habitación J. J. tuvo que sofocar un grito; Goshy estaba plantado justo delante de la puerta, mirándolo directamente a los ojos con los suyos marsupiales. Primero parpadeó con el ojo izquierdo y luego con el derecho. Había algo amenazante y surrealista en aquel momento que a J. J. no le gustó nada y se encogió.

Goshy se volvió hacia la derecha y se quedó mirando a algo que había en el pasillo. J. J. lo observó un instante y después lo rodeó con cautela.

¿A qué demonios venía eso?, se preguntó; entonces se acordó de que había hecho añicos una botella junto a la cabeza de Doopy. ¿Acaso era una especie de

advertencia? No estaba seguro. Y cuando miró hacia atrás por encima del hombro a Goshy, que seguía contemplando una sección de pared desnuda, se le ocurrió que él tampoco lo estaba.

El día de la función

Cuando avanzó un poco la mañana los payasos se reunieron para ensayar por última vez antes de la función. Gonko empezó con una arenga para que todos tuvieran la cabeza en su sitio, aunque ellos estuvieran tocados de la cabeza y el sitio estuviera resquebrajado y se desmoronase. Por lo menos consiguió que le prestasen atención, lo que no era moco de pavo. Estaban todos presentes menos el aprendiz, al que Gonko no esperaba ver en mucho tiempo. Esperaba habérselo dejado claro al prenderle fuego... *Estás despedido, capullo*. Presumiblemente estaría merodeando en el callejón de las casetas, pero los artistas despedidos no solían durar demasiado. Lo que el circo decidiese hacer con él, no era problema de Gonko.

Comprobó su reloj de pulsera; aún quedaba una hora para que empezasen a llegar los primos. En aquella ocasión vendrían de una feria regional de Nueva Gales, una de esas en las que los asistentes deambulan de un lado a otro oliendo mierda de vaca y mirando dactilopinturas de preescolares mientras les roban la cartera. El momento culminante del calendario de aquellos pobres diablos. Aquel día se divertirían, a buen seguro.

Gonko pasó revista a la tropa con los ojos entrecerrados. El nuevo, J. J., se había escondido al fondo del grupo, intentando pasar desapercibido. Parecía cohibido y asustado, intimidado. Sin duda esperaba salirse con la suya mientras fuese nuevo, y eso no tenía nada de malo; Gonko se alegraba de comprobar que estaba adquiriendo personalidad. Siempre y cuando J. J. fuera compatible con el resto del grupo no habría problema. El aprendiz era un incompetente como artista y como camarada de armas, lo que era apenas un poco menos importante; las disputas facciosas en el circo no eran cosa de risa.

Anteriormente Gonko había dado un apacible paseo matutino, había pasado ante la barraca de Shalice y había observado con satisfacción los desperfectos y la consternación de la adivina. Rufshod había hecho algo, y eso era estupendo, pero lo más importante era que Gonko ignoraba de qué se trataba. Era difícil mentirle a Shalice, con sus galimatías psíquicos y cosas por el estilo. La adivina había reparado en su presencia cuando estaba paseando y fue corriendo a exigirle respuestas. Por suerte estaba demasiado agitada para formular astutamente las preguntas.

Gonko se llevó aparte a Rufshod antes de la arenga, este lo puso al corriente, y le complació saber que J. J. le había cogido el tranquillo a las cosas. Elevó la recompensa a dos bolsas y Ruf repartió el botín con el nuevo. Alentador.

Ahora al trabajo.

—Escuchadme. ¡Que cerréis la puta boca! —les espetó a los payasos. Doopy estaba limpiándole las orejas a Goshy con un bastoncillo de algodón mientras su hermano trinaba, pero parecía que lo estaban escuchando—. La función de esta noche es importante —prosiguió Gonko—. No olvidéis que aún estamos sobre aviso. Como os dije ayer, fingid que os importa y dad un buen espectáculo. Nunca se sabe, es posible que el bueno de Kurt decida dar ejemplo con nosotros si volvemos a meter la pata. Tampoco me gusta que se rían de mí los acrocabrones. ¡Doopy, presta atención!

—Perdona, Gonko, es que yo...

—Ahora poneos en fila. J. J., todavía no estás listo para subirme al escenario, porque te has estado escaqueando de los ensayos como si fueras Ricitos de Oro y yo el lobo feroz. —J. J. parecía avergonzado y se encogió detrás de los hombros de Winston. Gonko decidió seguir fingiendo que se creía aquella actuación y suavizó el tono—. No pasa nada. Eres nuevo aquí. Antes o después le cogerás el tranquillo a las cosas. Es un gran cambio. Todos hemos pasado por eso antes, ser nuevos y estar confusos. —J. J. siguió encogiéndose, como si le hubieran hecho un reproche—. Pero quédate a observar, J. J. Puede que aprendas algo. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —tartamudeó J. J.

—Buen chico. Está bien, guapos, a por ello. ¡Venga!

Doopy logró persuadir a su hermano de que se subiera a la esterilla y los payasos repasaron el número. Gonko los observaba con una mirada crítica; la actuación estaba cogiendo forma. Goshy adoptaba una adecuada expresión de sorpresa cuando le aporreaban en la cabeza con un bate de béisbol (probablemente porque, en efecto, estaba sorprendido) y su cráneo emitía los sonidos adecuados cuando Rufshod lo golpeaba con un martillo. ¡Pop! Ruf, por su parte, esquivaba con facilidad las hachetas que le arrojaba Gonko, y el número de Doopy de bajarse los pantalones salía sin ningún problema. Winston parecía un tanto descolorido y cansado. A lo mejor sufría cierta tensión. Gonko frunció el ceño; fuera lo que fuese, el polvo debería subsanarlo, y el viejo recibía un salario más que justo.

Aunque no estaba entusiasmado, Gonko parecía satisfecho ante el hecho de que la actuación no hubiese sido una repetición de la catástrofe de la otra noche. Exclamó:

—Se acabó.

Los payasos se dispersaron. Gonko se volvió para tener unas palabras con J. J. acerca de los puntos más sutiles del número, pero este había desaparecido.

J. J. no había asistido al ensayo, pues se había escabullido en cuando Gonko se había dado la vuelta. Estaba seguro de que mientras se le humedecieran los ojos y le temblase la voz podría hacer lo que le diera la gana. De momento deseaba echarle otro vistazo a la bola de cristal, que había decidido que era un regalo del cielo. No le extrañaba que la adivina fuese tan estirada; debía de saberlo todo de todo el mundo, probablemente había hecho acopio mental de posibilidades de chantaje para todo un

siglo. J. J. quería participar en ello.

Además, aún quedaban muchas preguntas sin respuesta acerca del espectáculo. No solo tenía curiosidad por él mismo, sino por Jamie, que parecía un poco más intranquilo por todo aquello. Primero, quería averiguar más cosas sobre Kurt Pilo. Muchas más. Quería averiguar lo que era capaz de hacer aquel monstruo grandullón cuando se enfadaba lo bastante. También estaba la cuestión de los primos. ¿De dónde salían? Parecían personas normales, de las que comen tartas, ven partidos de fútbol y procrean. Se presentaban a centenares. J. J. ahondó rápidamente en los recuerdos de J. J. en busca de alguna mención del circo de la familia Pilo. No encontró ninguna. Pero un espectáculo como ese debía de llamar la atención; ¿cómo era posible que asistieran tantas personas cada pocos días y lo mantuvieran en secreto cuando volvían a casa? Tampoco era que todos los visitantes fueran... ja ja, escucha esto... asesinados cuando acababa la noche.

¿Verdad?

Hm... no. No, no lo creía. Asesinados no, pero... algo les pasaba cuando estaban allí. ¿Qué ganaba el circo montando el espectáculo? Sin duda no se trataba solamente del importe de las entradas.

En todo caso, había trazado un plan para la jornada: ver el circo en acción de principio a fin en la bola de cristal.

Cuando volvió a su habitación para cambiarse de ropa vio unos flamantes pantalones nuevos, muy similares a los que llevaba Gonko, extendidos encima de la cama. Frunció el ceño y se los puso, ignorando la ligera sospecha de que era extraño que los hubiese encontrado allí. Después de vestirse se paseó por el camino principal. Ya estaban llegando algunos primos, apenas un puñado de familias y ancianos que deambulaban lentamente por el sendero con los ojos vidriosos.

Lo que necesitaba era un lugar apartado desde donde pudiera espiar desde bastidores. Observó con los ojos entrecerrados el tejado de la carpa de los payasos, que se elevaba por encima de las atracciones y las casas de los gitanos que lo rodeaban. Allí arriba se estaría estupendamente. Volvió corriendo al dormitorio a coger la bola de cristal y la envolvió en una funda de almohada. Cuando se disponía a salir corriendo un ruido lo detuvo en seco. Al principio creyó que se trataba de una sirena o una alarma, pues era una nota prolongada que subía y bajaba en un disparatado tono agudo:

—¡Eeeeeeeeeeeeeee, eeeeeeeeeeeeeee, eeeeeeeeeee!

Era lo más escalofriante que había oído jamás. Cuando se apagaba empezaba de nuevo; era al mismo tiempo un aullido canino y un camión de bomberos que venía de alguna parte de la carpa. J. J. se tapó los oídos con las manos; Dios, era ensordecedor. El sonido continuó despiadadamente.

—¡Eeeeeeeeeeeeeee, eeeeeeeeeeeeeee, eeeeeeeeeee!

Aterrorizado pero curioso, se dirigió hacia el origen del sonido y vio que Doopy salía apresuradamente al pasillo.

—¡Chicos! —exclamó—. ¡Chicos, venid a ver esto! ¡Venid a ver esto, chicos! Caramba, ¡qué feliz está!

—¡Joder! —gritó J. J., incapaz de soportarlo más—. ¿Qué demonios es eso?

—Vamos, J. J. —insistió Doopy, que se acercó dando brincos para tirarle de la manga—. Es Goshy. Es Goshy y ella le ha dicho que sí. ¡Le ha dicho que sí, J. J.! Sabía que lo haría, J. J., ¡lo sabía!

¿Goshy? ¿Ella le había dicho que sí? ¿Qué tontería era esa? Doopy lo arrastró de la camisa hasta el dormitorio de Goshy. Lo que vio le heló el corazón. Goshy estaba de pie en medio de la habitación con una expresión que no era apropiada para un rostro humano. Los ojos estaban tan abiertos que parecían a punto de estallar; los labios se habían retraído antinaturalmente sobre las encías revelando unos dientecillos blancos y afilados de animal; y la piel se había plegado alrededor de la frente, las mejillas, el cuello y las orejas como rollos de masa, como si alguien hubiera intentado arrancársela mediante un masaje. Sus ojos impíos se volvieron hacia J. J. en lo que este solo podía imaginar que era una mirada de arrobamiento. Entonces volvió a aullar.

Cuando apartó la vista de aquella monstruosidad, J. J. comprendió a qué se debía todo aquello. Había un helecho en una maceta negra encima de una mesita. De sus tallos brotaban finas hojas de color amarillo verdoso. En uno de los tallos más gruesos había un anillo de oro con un diamante. Era la prometida de Goshy. Doopy le manoseó la espalda de la camisa.

—¿A que es fantástico? —susurró—. ¿A que es estupendo?

J. J. no tuvo fuerzas para disentir. Le flaqueaban las rodillas. A su lado Goshy aullaba y aullaba sin cesar. J. J. retrocedió poco a poco.

Cuando todo estuvo en silencio salió con la bola de cristal oculta detrás de la espalda y buscó una forma de subirse al tejado de la carpa. Dio golpecitos a la pared con los nudillos y le sorprendió comprobar que era dura como una tabla o un caparazón. Pero cuando intentó ascender no encontró puntos de apoyo ni asideros. Mientras cavilaba sobre la empinada pared metió la mano en el bolsillo con ademán distraído. Le sorprendió sentir algo duro y frío allí dentro. Lo sacó: era una pica de acero, de las que usaban los alpinistas. Frunciendo el ceño, se puso la bola de cristal debajo de la axila y metió la mano en el otro bolsillo. Había otra.

Estaba seguro de que no se hallaban en sus pantalones cuando se los había puesto.

—Mira por dónde —murmuró, y hundió las picas en la pared con un sonoro golpe seco. Se metió la bola de cristal bajo la parte delantera de sus enormes pantalones, ascendió por el costado de la carpa y descubrió que los músculos de sus brazos no se resentían lo más mínimo a causa del esfuerzo. Fueran cuales fuesen los efectos psicológicos del maquillaje, físicamente era polvo de ángel.

Cuando llegó al tejado disfrutó de su primera panorámica a vista de pájaro del

parque de atracciones. Parecía más grande desde allí arriba que desde el suelo. Los asistentes merodeaban con los mismos andares aturcidos, accediendo poco a poco a las diversas carpas y puestos. Al sur se hallaba el callejón de las casetas, una colmena de gitanos surcada por una larga ruta de atracciones, y detrás de este, el poblado de chabolas. J. J. apenas distinguía al enjambre de ratas feriantes que realizaban trabajos de última hora en los puestos y los juegos.

Cuando se volvió hacia el norte divisó el brillo del sol que se reflejaba en el tejado de la caravana de Kurt. Allí sola parecía inocente y discreta, a todas luces no era otra cosa que una barraca de conserje repleta de fregonas y escobas. Entonces vio que se abría y se cerraba la puerta de la caravana y salía una persona. Era difícil asegurarlo desde tan lejos, pero le dio la sensación de que se trataba de la adivina, que tal vez había informado al jefe de la incursión de la noche anterior. A continuación, J. J. trató de asomarse al otro lado de la cerca de madera que había detrás de la caravana de Kurt y advirtió algo insólito: no se veía más que una luz blanca y nebulosa. Al cabo de un momento se vio obligado a apartar la mirada; le hacía daño a la vista.

—Hay que fastidiarse —masculló. Solo podía suponer que el circo se encontraba en un profundo valle, en alguna parte, donde había mucha niebla.

Ah, bueno, que se preocupara Jamie de eso. Ahora tenía que ocuparse de otros asuntos: los de los demás. Se sacó la bola de las ingles, la extrajo de la funda de almohada y se sentó en el tejado con las piernas cruzadas, apoyando la espalda en el poste maestro. Hizo lo mismo que había hecho Rufshod, le dio golpecitos al cristal y movió las manos sobre él, y enseguida apareció una imagen.

Al cabo de unos minutos le había cogido el tranquilo. Cuando movía los dedos sobre el cristal, a la izquierda, a la derecha, arriba y abajo, la imagen avanzaba en todas direcciones, atravesando incluso tejados y paredes. Si movía rápidamente la mano la imagen pasaba de un extremo del parque al otro. En ese momento la bola le estaba ofreciendo un plano cenital, pequeño pero diáfano, de un puñado de primos que desfilaban como zombis por el camino principal. Algunos tenían cámaras, pero ninguno sacaba fotos. Dirigió la imagen hacia el callejón de las casetas, de donde aparentemente procedían. Siguiendo su rastro llegó hasta un punto en el que el camino de tierra terminaba por las buenas. Era un callejón sin salida; no había portones ni puertas. En una caseta había un feriante viejo y gordo con aire aburrido y harto de la vida, que estaba sentado rascándose el muslo. J. J. frunció el ceño y enfocó la caseta. En ella estaba pintada la palabra «entradas».

Bueno, eso lo explica todo, joder, se dijo. Se disponía a retroceder para espiar en otra parte cuando de la nada salieron dos primos; se trataba de una pareja de jóvenes que permanecían de pie, aturcidos, junto a la caseta del viejo feriante. En un momento había un trecho de hierba pisoteada y al siguiente dos personas... Sin destellos ni vórtices, al menos que él hubiese visto. Si parpadeabas te lo perdías: allí estaban. Y cuando parpadeó aparecieron otras dos personas un poco más a la derecha;

eran unas abuelitas, y una de ellas llevaba una muleta.

Siguió empujando la imagen hasta que llegó a la carpa del mago. Casi se había olvidado de aquel capullo chiflado. *Yo sí que te voy a hasé el truco del conejo... ¡Chof!* Ejerció presión sobre el cristal con los dedos, sobrevolando el tejado de Mugabo. Aún no se habían congregado los primos para el espectáculo de magia y todas las sillas de plástico se encontraban desocupadas. En el escenario estaba el mago de piel oscura como la medianoche, que parecía medir tres metros con aquel turbante. Mugabo estaba a todas luces sumido en una aflicción privada, con el rostro sepultado entre las manos. Al cabo de un momento las apartó y J. J. comprobó que no estaba llorando, sino enfurecido. Estaba hablando solo; no, gritando, meneando la cabeza, con las venas del cuello hinchadas y rechinando los dientes. Mugabo trató de serenarse respirando acompasadamente, masajeándose la nuca y alisándose la larga túnica de color crema. Pero no lo consiguió: cinco segundos después estaba gritando de nuevo. Le dio una patada a una silla de la primera fila y J. J. gruñó sorprendido cuando se produjo una pequeña avalancha de chispas al contacto del pie del mago con el plástico.

J. J. se frotó la barbilla y reflexionó. Sin duda era un tipo formidable. A lo mejor eso era todo; poseía poderes fabulosos, pero estaba encasillado sacando conejos de una chistera y rollos de pañuelos de la manga. Se preguntó qué sucedería si Mugabo sencillamente se negara a actuar. ¿Quién se encargaría de meterlo en cintura?

La pregunta obtuvo respuesta de inmediato cuando Gonko entró en la carpa del mago. El cabecilla de los payasos, sonriendo, se dirigía confiadamente hacia el escenario con las manos en los bolsillos. Mugabo le enseñó los dientes, agazapándose como un gato montés a punto de saltar, arañando el aire con los dedos. Señaló a Gonko con un dedo acusador y gritó algo enseñando los dientes.

—Será mejor que tengas cuidado, Gonks —susurró J. J.

Pero Gonko no parecía preocupado en modo alguno. Su expresión denotaba desprecio, casi lástima. Con un ágil salto se encaramó al escenario. Mugabo retrocedió hacia la pared hasta que Gonko lo acorraló. Entonces se echó a un lado, tropezó con algo y Gonko se plantó encima de él, asintiendo con la cabeza y dedicándole una sonrisa benigna, sin sacar las manos de los bolsillos. Mugabo se apartó de Gonko a rastras, impulsándose con los pies. Gonko sacó una mano del bolsillo para señalar la chistera que estaba al revés y con apenas unas palabras bien escogidas le provocó una espiral de cólera. El mago se disponía a atacar, J. J. lo veía en su cara, pero Gonko seguía hostigándolo y sonriendo. *Venga, te desafío...*

Sucedieron muchas cosas durante los escasos segundos que siguieron. En primer lugar, Mugabo estalló y mordió el anzuelo. Se puso en pie de repente, alzando las manos por encima de la cabeza como si fueran pistolas a punto de disparar...

Con la misma rapidez, Gonko dio un salto hacia atrás y sacó las manos de los bolsillos. Parecía que estaba buscando un arma, pero no encontró sino un puñado de pelusa. Se quedó mirándose las manos con una expresión de consternación. J. J. no

vio lo que sucedió a continuación, pues la bola de cristal se iluminó con un cegador destello blanco. A lo lejos oyó un débil crujido en el aire, como la detonación del tubo de escape de un automóvil. Cuando se desvaneció el fulgor de la bola, J. J. observó que Gonko estaba huyendo a toda prisa de la carpa para salvar la vida. Mugabo lo siguió unos pasos sin bajar las manos, vociferando. J. J. oyó débilmente sus gritos por encima del ruido de fondo. Mugabo renunció a la persecución, se tranquilizó y volvió pavonéandose al escenario con aire triunfante.

J. J. apartó la mirada de la bola un instante, intentando comprender lo que acababa de pasar. Recordó que Gonko había tenido las manos en los bolsillos desde el principio, como si esperase encontrar algo en ellos que le sirviera para defenderse. Prueba be: las picas de alpinista. Estaba seguro de que no había nada en los bolsillos cuando se había puesto aquellos pantalones. Entonces se acordó de todas las cosas que había visto a Gonko sacarse de los bolsillos: hachetas, cuchillas, etcétera.

Justo cuando conectaba la línea de puntos, oyó que alguien exactamente debajo estaba gritando a pleno pulmón. Era Gonko.

—Como encuentre al hijo de puta que me ha robado los pantalones... No me importa que sea un payaso, un acróbata, un amigo del alma o un pariente, un objeto inanimado... un cuerpo astral... yo mismo... una piedra o un plato de pepinillos... algo que sea completamente imposible de matar, escúchame: te mataré. Encontraré la forma de hacerlo aunque me cueste cien años... Encontraré... la... ¡formaaaaa!

Cada pausa de aquel discurso estaba llena de ruidos y golpes; al parecer, Gonko estaba matando algunos objetos imposibles de matar en ese preciso instante: mesas, sillas, ventanas y cualquier cosa que estuviera a su alcance, cualquier cosa en absoluto.

Entonces J. J. metió un pulgar en la cintura de los pantalones y la estiró hasta que pudo leer la pequeña etiqueta blanca del interior: «Gonko».

Pasaron los minutos. Abajo, los gritos de Gonko habían degenerado hasta convertirse en alaridos incoherentes que este profería con los dientes apretados, acentuados por los sonidos esporádicos de tablas astilladas, crujidos, estallidos y golpes. Se escuchó un estruendo que estremeció levísimamente el tejado en el que J. J. estaba sentado. Quizá hubiese arrojado la mesa de juego contra la pared... No era una mala demostración de fuerza. J. J. se tendió a la espera de que volviesen la paz y la tranquilidad. Refrenó el impulso de gritarle «cállate». Sonrió al pensar en lo asustado que estaría Jamie cuando recordase aquello más adelante.

Arrastró el dedo sobre la bola para apartarse de Mugabo y dirigirse hacia una especie de conmoción que había estallado en la calle principal. Algunos primos habían oído a Gonko y se detuvieron, desorientados, como durmientes perturbados por un ruido del exterior. Algunas ratas feriantes se congregaron al borde del camino y se volvieron hacia la carpa de los payasos, preguntándose a qué se debía tanto revuelo. Abriéndose paso a la carrera, empujándolos a un lado, había alguien al que J. J. no había visto antes. Aunque le resultaba vagamente familiar... De hecho, se daba

un aire a Kurt Pilo, sobre todo en los ojos, la frente y los labios.

Y cayó en la cuenta. *¡George Pilo! Ahh, este es el otro jefazo, el hermano de Kurt.*

El parecido con Kurt terminaba en la cara. George era muy pequeño: apenas mediría un metro veinte. A pesar de eso (o quizá debido a ello), tenía mal genio. Se dirigió a la carpa de los payasos, donde Gonko continuaba emitiendo aullidos guturales y dando patadas a las cosas. Cuando George doblaba un recodo del camino en dirección a la entrada, Gonko salió airadamente, librándose por los pelos de que lo viera. George entró y J. J. oyó que gritaba con tono estridente:

—¿Quién es el que está molestando a los primos? ¿Es Gonko?

Le contestó una voz amortiguada; parecía la de Winston. George escupió una sarta de obscenidades y se fue vociferando; sus gritos se apagaron según se perdía en el bullicio del circo que cobraba vida.

J. J. examinó el intercambio de palabras entre los feriantes y los primos durante otras tres horas, intentando comprenderlo todo. Los primos se reían de los chistes, compraban las baratijas y los recuerdos de los puestos y se comportaban como ovejas que hubiesen tomado Ritalin. Los gitanos aceptaban su dinero, pero parecía que no les interesaba; en dos ocasiones vio que se les caían monedas y billetes al suelo y no se molestaban en recogerlos. Observó durante algún tiempo el ensayo de los acróbatas y, a pesar de los recientes acontecimientos, se vio obligado a reconocer que tenían un número muy logrado. Saltaban y daban vueltas, caminaban sin miedo por la cuerda floja y volaban por el aire sin que pareciese que iban a perder el equilibrio ni siquiera un instante. Advirtió que si alguien saboteara una pieza de su equipo probablemente firmaría su sentencia de muerte.

También presenció el espectáculo de magia de Mugabo. El mago hizo el truco del conejo con entusiasmo festivo y ademanes ampulosos y grandilocuentes; le había sentado estupendamente expulsar un poco de vapor. J. J. también espío a sus colegas los payasos. Vio a Goshy sentado en su habitación, mirando fijamente a la planta sin mover un músculo. Doopy estaba haciendo trampas jugando al solitario y miraba por encima del hombro para asegurarse de que nadie lo sorprendía. Rufshod estaba tendido junto a su cama, profundamente dormido, tras haber perdido el conocimiento dándose cabezazos contra la pared.

Lo único que había postergado, deliciosamente asustado ante lo que pudiera ocurrir, era hacerle una visita a Kurt Pilo. Desplazó la imagen a través del parque en dirección a aquella sección abandonada en el norte. Como de costumbre, allí solo había algunas ratas feriantes que caminaban deprisa mirando al suelo. J. J. enfocó la pequeña caravana a través del techo y vio al dueño y propietario sentado ante su escritorio. Kurt tenía la cabeza calva y reluciente inclinada sobre una Biblia. Empuñaba un rotulador con su monstruosa mano; al parecer estaba subrayando sus pasajes favoritos. Sus labios de trucha estaban arqueados hacia arriba en aquella sonrisa que parecía su expresión inmutable. A su lado, encima del escritorio, había un

cuenco de gran tamaño lleno de algo que al principio J. J. tomó por palomitas de maíz. Cuando los inspeccionó más de cerca comprobó que aquellos diminutos objetos blancos eran dientes de todas clases: grandes, pequeños y nacarados. Kurt alargó la mano hacia el cuenco y se metió uno en la boca, chupándolo como si fuera una piruleta. J. J. hizo una mueca cuando Kurt lo aplastó con las mandíbulas con un crujido y se lo tragó.

—Qué hijo de puta tan siniestro —susurró J. J. mientras Kurt pasaba con delicadeza las páginas de la Biblia. Cuando lo dijo, Kurt alzó la cabeza como si hubiera oído algo. Miraba directamente hacia delante, frunciendo el ceño con aire perplejo, aunque la sonrisa seguía en sus labios como algo muerto. A continuación, lenta y ominosamente, inclinó la cabeza hacia arriba hasta que miró directamente a J. J. a través del cristal. Los ojos de Kurt se ensancharon. Al igual que las comisuras de sus labios. A J. J. le dio un vuelco el corazón y se le cerró la garganta. Kurt alzó lentamente una mano por encima de la cabeza para saludarlo amablemente.

J. J. movió rápidamente la mano hacia un lado sobre el cristal para alejarse de la caravana. La imagen se posó en la casa de la risa, en la que había un vagón desocupado en los rieles.

No te preocupes, se dijo mientras el pulso se le acompañaba poco a poco.

Oía que Gonko seguía deambulando abajo; aún estaba agitado, pero ya no entraba en erupción. J. J. supuso que había llegado el momento de bajar y esconder los pantalones. Se acercó corriendo al borde de la carpa para inspeccionar la caída: con toda probabilidad era suficiente para romperse algo, pero tenía prisa. Se dejó caer de culo, se preparó para el dolor y se deslizó por la empinada pared aferrando la bola de cristal con un brazo. Había hecho bien al no preocuparse; los bolsillos de los pantalones se hincharon como globos, convirtiéndose en dos pequeños paracaídas que atraparon el viento y frenaron el descenso. Cuando llegó al suelo volvieron a plegarse dentro de los pantalones.

Entró corriendo. El devastador estallido de Gonko había causado estragos en todas partes. Cuando regresó a su habitación J. J. envolvió la bola en una toalla vieja acartonada a causa del sudor y las manchas de sangre. Se quitó los pantalones y los dobló con cuidado. A continuación regresó al salón y los metió debajo de uno de los escombros más voluminosos. Con un poco de suerte, Gonks creería que habían estado allí desde el principio.

Comprobó su reloj. La una en punto. Si no le fallaba la memoria, Yeti estaría haciendo en ese preciso momento su número de comer cristales. J. J. atravesó el parque corriendo en calzoncillos, internándose entre los primos y las ratas feriantes, resistiendo el poderoso impulso de ahuyentarlos y escupirles. En la carpa de la parada de los monstruos se había congregado una muchedumbre que pululaba en torno a Yeti, que estaba sentado en el suelo con aire triste ante una colección de adornos de cristales de colores. Steve estaba a su lado, con una jeringuilla y toallas al alcance de la mano, y asintió a modo de saludo cuando J. J. se abrió paso a empujones entre los

espectadores. Steve parecía solícito y orgulloso de estar al servicio del espectáculo; J. J. tuvo que admitir que el tipo tenía más nervio que Jamie.

Al cabo de un momento, Yeti se llevó lentamente a la boca un pingüino de cristal azul, cerró los ojos y masticó, gimiendo mientras le resbalaba la sangre por la barbilla. J. J. estalló en carcajadas.

Steve lo miró con el ceño fruncido, al mismo tiempo que se arrodillaba para enjuagarle la sangre a Yeti con la toalla. Los espectadores murmuraron y algunos se encogieron y se apartaron del espectáculo. Las lágrimas manaban de los ojos de Yeti mientras cogía a tientas un tigre de cristal de color verde brillante.

—¡Trágate! —chilló alegremente J. J.—. ¡*Bon appetit*, cabronazo peludo!

Los ojos apesadumbrados de Yeti se posaron en J. J.; la rabia se encendió en su rostro cuando vio que el que se estaba burlando de él no era un primo, sino un artista. Enseñó los dientes y se puso en pie gruñendo.

—¿Qué? —repuso J. J., mirando a Steve, que estaba al lado de Yeti, meneando la cabeza. Se volvió a los espectadores—. Ese es su trabajo, ¿no? Es un espectáculo, ¡puedo decir lo que me salga de los cojones! ¿Creéis que a mí no me abuchean cuando estoy haciendo el payaso en el escenario?

Yeti se adelantó un paso hacia él, vacilando y arrastrando los pies. Una mano le tiró del hombro hacia atrás entre la muchedumbre. Winston y Niñopez lo acompañaron a la salida.

—¡Esperad un segundo! —protestó J. J.—. Quiero ver el resto de la función.

—Me parece que no —contestó Niñopez con tono cortante.

J. J. enarcó las cejas.

—¡Ay, venga! —se lamentó.

—No. Creo que Winston está dispuesto a acompañarte de vuelta a tu carpa.

—¿Qué?

—Venga, J. J. —intervino Winston, abriéndose paso a empujones entre la muchedumbre de primos—. Es el espectáculo de Niñopez. Son sus reglas. Vámonos.

—¿Qué problema tiene? —dijo J. J. mientras Winston y él se dirigían a la carpa de los payasos.

—Tienes que entender que a Niñopez realmente le importan sus monstruos —explicó Winston—. No es como Gonko. Niñopez tiene un poco de compasión. Me parece que lo ha molestado que te rieras así de ese pobre diablo.

—¿Pobre diablo? —exclamó J. J.—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con mis derechos?

Winston lo asió por el hombro. J. J. se sorprendió tanto que se calló.

—Exacto, pobre diablo. Piensa en él. Era una persona normal. Ahora tiene que hacer eso todos los días de función. ¿Lo entiendes? Todos los días de función durante años y años. Tienes mucha suerte de que te haya alejado de él, te habría arrancado la cabeza en un segundo, estúpido.

Winston lo soltó y siguió andando. J. J. intentó entender aquello de la compasión,

pero era sencillamente incapaz. Seguía pareciéndole hilarante; ahora todavía más, de hecho. Cuando pensaba en ello tenía que esforzarse para no reírse. Winston lo miró de soslayo, asqueado.

Llegaron a la carpa de los payasos y Winston se detuvo para contemplar la destrucción. Silbó quedamente y comentó:

—No me gustaría ser el que se ha llevado esos pantalones.

—Ya, a mí tampoco —asintió J. J., haciéndose el inocente como un auténtico profesional. A continuación añadió—: Espera. ¿Qué? ¿Qué quieres decir? —Winston siguió caminando. J. J. fue corriendo a interponerse en su camino—. ¿Qué quieres decir con eso, Winston? ¿A qué viene ese rollo de «tengo un secreto»?

El viejo payaso lo miró fijamente un momento y señaló el dormitorio de J. J. con la cabeza. Entraron. J. J. se sentó en la cama, escrutando la expresión de Winston.

—Uno acaba identificando los tipos de payasos —explicó Winston—. Y de personas. Ya los he visto a todos. A algunos, como Gonko, es peligroso conocerlos. A otros no es peligroso conocerlos, pero sí confiar en ellos. —Winston lo miró a los ojos—. Yo no soy de ninguno de los dos tipos, para que lo sepas. Pero no sé cuál es tu caso, J. J.

¡Winston dejó aquí esos pantalones!, se dijo J. J. con una súbita certeza. *Este cabrón puso aquí dentro esos pantalones. A propósito.*

—Ha habido payasos como tú antes —continuó Winston—. Lo he visto todo, joven J. J., créeme. Sé qué es lo que pasa cuando los de tu calaña campan a sus anchas. Ahora bien, es posible que veas algunas cosas, cosas que nos incumben a mis amigos y a mí. Si esas cosas llegaran a saberse me metería en un buen lío. No me cabe la menor duda de que tú, J. J., desembucharías todo lo que supieras si te conviniese. Así que... no está de más tomar precauciones. No está de más asegurarse. —Winston se levantó para marcharse—. Te he hablado con franqueza —añadió—. Eso significa que puedes confiar en mí.

Winston se marchó. J. J. se quedó mirando al viejo, boquiabierto de asombro.

Pasó la hora siguiente devanándose los sesos. Winston estaba en lo cierto: J. J. le habría dado una puñalada por la espalda solo para echarse unas risas; de hecho, había estado tratando de hallar una forma de hacerlo. Supuso que el viejo estaba fuera de su alcance por el momento, fuera lo que fuese lo que tramaba en su tiempo libre.

Por supuesto, J. J. procuraría averiguar de qué se trataba exactamente.

La noche de la función

El día dio paso a la noche y el parque de atracciones quedó bañado en las tinieblas, interrumpidas aquí y allá por estallidos luminosos en el callejón de las casetas, algunos tan brillantes que los colores parpadeaban a través de la ventana del salón de los payasos.

Alrededor de las siete los demás payasos se pusieron nerviosos y alborotados ante la inminente función. Doopy se quejaba por todo y por nada, y parecía que Rufshod estaba compitiendo con él para sacarlos a todos de quicio. Goshy deambulaba de un lado a otro, silbando como un periquito, con una expresión de alarma distraída en la cara. Winston se mantenía apartado, estirando los tendones de la corva en un rincón, eludiendo el contacto visual con J. J. cuando sus caminos se cruzaban.

J. J. vio a Gonko en el salón por primera vez desde el estallido de aquella mañana. El jefe de los payasos estaba de un pésimo humor; había cogido a Doopy por el cuello de la camisa y lo estaba amenazando por haber cometido alguna infracción. Tenía una tremenda quemadura en la espalda de la camisa, que se había consumido parcialmente, dejando una franja de carne ampollada de un espantoso tono púrpura.

Gonko se volvió y lo vio.

—¡J. J.! —vociferó—. ¿Dónde demonios has estado todo el día?

J. J. levantó las manos y se encogió de hombros, asustado, invocando al señor «No me hagas daño»; en esta ocasión su actuación resultó un tanto convincente.

—¡Deja de tomarme el pelo! —rugió Gonko—. Queda una hora para la función. Vas a ir a verla, te va a gustar y vas a aprender algo. Si vuelves a escabullirte te grapo las pelotas al suelo. ¿Dónde está Rufshod?

Rufshod entró dando brincos en el salón, se dirigió hacia Gonko y anunció:

—Yo te cogí los pantalones, jefe. Fui yo.

Gonko le dirigió una mirada amarga.

—Pégame —pidió Rufshod, postrándose de rodillas—. Por favor...

Gonko le dio la espalda, meneando la cabeza con repugnancia. Doopy se encargó de hacer los honores. Cerró un puño grueso y redondo y le propinó un puñetazo desmañado, como si la reina arrojase una derecha cruzada, pero funcionó; Rufshod se desplomó de espaldas sangrando por la nariz.

—Caramba, lo siento muchísimo, Ruf —se disculpó Doopy—. No quería, no señor, es que yo...

—¡Escuchadme! —gritó Gonko. Los payasos lo obedecieron. Gonko dirigió a todos los presentes una mirada de aversión—. De acuerdo. Si esta noche las cosas no

salen bien algunos resultarán gravemente heridos... por mí. Sufro estrés ejecutivo. Me gustaría mucho inflaros a hostias a todos. Pero que mucho. Tenedlo presente antes de que volváis a cagarla. Vámonos.

Doopy se acercó a Gonko arrastrando los pies y le susurró algo al oído. Gonko asintió y añadió:

—Sí. Además, enhorabuena a Goshy, que va a casarse dentro de poco. No permitas que eso te cambie, Goshy.

Los demás payasos le dieron una palmadita en la espalda a Goshy y este los observó con curiosidad, como si no los hubiera visto en la vida. Los payasos partieron hacia la carpa que albergaba su escenario con un aire de sombría determinación.

Pasaron ante la carpa de los acróbatas, en la que habían instalado filas adicionales de asientos que habían retirado de la de los payasos durante el día. Gonko hacía visibles esfuerzos para controlar su ira. El espectáculo de los acróbatas ya había empezado y se oían los «oohs» y las «aahs» del público mientras los acróbatas desafiaban a la muerte a gran altura.

George Pilo abordó a los payasos entre bastidores en la carpa. Era la primera vez que J. J. lo veía de cerca y sintió una repulsión instintiva que distaba mucho del sobrecogimiento que le había inspirado Kurt. George echaba chispas por los ojos, que estaban a la altura del ombligo de Doopy, aunque sonreía con la boca. Gonko se puso tenso y movió nerviosamente los hombros, pero empleó un tono suave cuando dijo:

—Vaya, hola, George. ¿Has venido a vernos? ¿Quieres reírte con nosotros?

—No —contestó George, cuyo tono era al mismo tiempo condescendiente, quejumbroso y burlón—. He venido a recordaros que seguís estando sobre aviso y que esta noche debéis ofrecer una función perfecta. Nada menos. ¿Os habéis dado cuenta de lo que ha pasado con las sillas? ¿Con el número de sillas?

—Sí, George, nos hemos dado cuenta —dijo Gonko.

—He quitado tres filas de vuestra carpa y las he puesto en la carpa de los acróbatas —señaló George de todos modos—. Ellos tienen más público. Se lo han ganado.

—Gracias, George, por llamarme la atención sobre eso —dijo Gonko—. Dime, George...

—Además —lo atajó George, que a todas luces disfrutaba interrumpiéndolo—, llevo todo el día buscándote, Gonko. Medio circo se ha enterado de tu pequeña trifulca. Has molestado a los primos. Los has distraído.

—George, hubo un incidente con el mago...

—No creas que no te pondré sobre aviso a ti personalmente si es necesario. Ya sé que te acuestas con Kurt, pero a mí no me caes bien, Gonko.

—No tenía ni idea, George.

—No me cae bien ninguno de vosotros —exclamó George, agitando un brazo como un chimpancé. Se acercó tanto a Gonko que apretó la cara contra su barriga, la

cual amortiguó sus palabras. Gonko bajó la mirada hacia los ojos blancos y húmedos que lo fulminaban sin pestañear—. Las cosas están cambiando por aquí —le advirtió George—. Cambiando. ¿Me has oído? Para algunos se ha acabado la fiesta. Para algunos.

—Gracias por el consejo, George —susurró Gonko.

George Pilo lo miró enfurecido un instante antes de marcharse acaloradamente, emprendiéndola a golpes con todo lo que se interponía en su camino.

—No me gusta George, Gonko. ¡No me gusta!

—Cierra la puta boca —espetó este.

Un sonoro estallido de aplausos estalló en la carpa contigua de los acróbatas.

—Es la hora de la función —murmuró Winston.

Se oían los quedos murmullos de los espectadores y J. J. se sintió embargado por la excitación; la idea de estar ahí arriba poniéndose en ridículo frente a un puñado de desconocidos casi le hacía desear no haber faltado al ensayo.

Gonko les indicó a todos que se congregasen a su alrededor.

—Atención —dijo—. Tal como hemos ensayado, sale Doops y después Ruf. Empieza con el número de robarle el pañuelo. Yo saldré a hacer de policía. Sacadle todo el provecho que podáis a los tres primeros minutos, pero en el ensayo eran flojísimos, así que si no se ríen saldré antes. Goshy saldrá cuando yo le ponga las esposas a Doops; Winston, empújalo escaleras arriba para asegurarte de que sale en el momento indicado. Doops, como meta la pata esta noche pienso darle motivos para silbar. J. J., tú observa, presta atención y como te escaquees te rompo el puto cráneo. De acuerdo. Vamos.

Doopy subió las escaleras dando tumbos hasta el escenario cuando se encendieron los focos, inundando de calor el escenario. Su aparición, fuera lo que fuera lo que hiciese, provocó una breve carcajada, y J. J. se subió a una caja de madera para observar. Rufshod exhaló un resoplido y saltó al escenario, desplegando toda su locura como si fuera un muelle, elevándose en el aire a cada paso. El público pareció contener el aliento ante aquella aparición saltarina y caricaturesca, una figura desdibujada de brillantes colores que surcaba el aire. Doopy hizo un mohín afligido cuando perdió la atención de los espectadores y miró tristemente a Rufshod, haciendo aspavientos y tratando de volver a ser el centro de atención. Rufshod se burló de él, señalando triunfalmente al público: «Ja, ja, me están mirando a mí». Doopy, la imagen del desamparo, retrocedió arrastrando los pies hasta el fondo del escenario y se detuvo como si se le hubiera ocurrido una idea. A continuación, se bajó los pantalones y se quedó con unos calzoncillos a rayas y los brazos extendidos a la manera de un director de orquesta. El haz de luz volvió a enfocarlo y Rufshod se detuvo en seco, mortificado, mientras Doopy le tiraba besos al público. Se acercó a Doopy y le sacó el pañuelo del bolsillo de la camisa como represalia. Doopy, que seguía teniendo los pantalones alrededor de los tobillos, aparentó indignación y levantó torpemente los puños, provocando una carcajada. Doopy hizo una reverencia

volviéndose hacia los espectadores, olvidándose de la pelea, y, mientras estaba distraído, Rufshod le propinó una patada en el trasero.

Entre bastidores, Gonko musitó:

—Está mogollón de oxidado, pero servirá. —Se puso un uniforme de policía británico con una estrella de *sheriff* y una porra. Con un estrafalario paso de la oca se pavoneó hasta el escenario, sacó un silbato del bolsillo y sopló. Entonces todo se fue al garete.

Cuando se oyó ese silbido agudo se produjo una pequeña explosión entre las vigas del techo, seguida de un siseo, y empezó a alzarse humo del suelo. Rufshod y Doopy se vieron envueltos enseguida en una densa nube gris. Gonko se detuvo bruscamente y miró en derredor alarmado.

J. J. se volvió hacia Winston.

—¿Esto es parte de...?

—No. No lo es —contestó Winston adustamente—. Es un sabotaje.

Winston señaló a Goshy y ambos subieron al escenario. Goshy tenía los brazos apretados rígidamente a ambos lados del cuerpo. Se dirigió hacia su hermano y se perdió rápidamente en la nube de humo. Cuando J. J. vio a Winston por última vez este estaba arrodillado en el suelo, manoteando entre el humo en busca de su origen. La nube se espesó y al cabo de poco tiempo el humo se propagó sobre las hileras de asientos, provocando las toses del público. A J. J. le lagrimeaban los ojos y sentía un áspero cosquilleo en la garganta. En el escenario, Goshy, angustiado, silbaba como una tetera.

—¡Hmmmmmm! ¡Hmmmmmmmm!

Se escuchó un amortiguado «no tiene gracia».

Gonko bramó a pleno pulmón:

—Como encuentre al... sucio hijo de puta... —Pero se vio obligado a interrumpirse en ese punto cuando lo acometió un acceso de tos. Los espectadores también estaban echando los pulmones por la boca. Se oyeron confusos gritos de pánico y los sonidos que producían al encaramarse a los asientos de plástico para dirigirse en estampida hacia las salidas. Los payasos se bajaron del escenario tambaleándose, resoplando y tosiendo, excepto Goshy, que seguía silbando como una tetera. El grupo se dirigió a la portezuela y se detuvo al otro lado, respirando entrecortadamente. Goshy miraba en derredor alarmado, sin dejar de chillar; su rostro estaba haciendo las mismas contorsiones grotescas que J. J. había visto ese mismo día; toda la carne estaba amasada en forma de gruesos anillos.

—Goshiiii —exclamó Doopy, dirigiéndose a trompicones hacia su hermano y sujetándolo por los hombros—. Nos han echado con una bomba de humo, Goshy. Han cogido y nos han echado... ¡Nos han echado a todos con una bomba de humo! —Doopy abrazó a su hermano, intentando que se tranquilizara, pero el silbido de la tetera no cesó.

Tras la portezuela contigua, los acróbatas estaban recibiendo un estruendoso

aplauso.

Los payasos se sentaron en silencio alrededor de la mesa de juego nueva que Rufshod les había robado a los leñadores. El silencio no era lo que J. J. había esperado; había esperado fuegos artificiales, al menos por parte de Gonko. Este, por el contrario, se echó hacia atrás en la silla con una expresión especulativa en su semblante. Winston estaba hablando:

—Bombas de humo. Se pueden conseguir en el puesto de bromas del callejón de las casetas. Te dan cien a cambio de unos granos de polvo. —Sostuvo una de ellas entre el dedo pulgar y el índice; era un objeto pequeño, semejante a una pelota de *ping-pong* negra—. Si las agitas estallan y echan humo. Deben de haber caído una docena desde el techo hasta el escenario.

—¿Cómo lograron que explotasen cuando Gonko tocó el silbato? —quiso saber Rufshod.

—De eso no estoy seguro. Puede que solo fuera una coincidencia. A lo mejor alguien le dijo a un feriante que se subiera a las vigas con una bolsa llena. Habrá que preguntarle al gitano que se ocupa de los focos si ha visto algo.

—El que lo haya hecho la ha cagado —declaró Gonko. Su tono era sosegado—. Pero bien. Va a necesitar una fregona y una tirita, lo digo en serio.

—¿Hay alguna forma de averiguarlo? —preguntó Rufshod—. ¡Ya sé! Miraremos en la...

J. J. lo atajó con un violento ataque de tos y una mirada cortante. Rufshod comprendió el mensaje. Winston los observó atentamente a ambos y se sumió en un silencio pensativo.

—¿Miraremos dónde, Ruf? —dijo Doopy—. ¿Miraremos en la dónde?

—Ah, pues... miraremos en la carpa —contestó Rufshod.

—¿En la carpa de quién, Ruf? —insistió Doopy.

—Del que lo haya hecho.

Doopy meditó cuidadosamente sobre aquello y exclamó:

—¡Sí! Sí, es una idea estupenda. Hagámoslo, Gonko, miremos en la carpa del que lo haya hecho y así sabremos quién...

—Todos sabemos quién ha sido —lo interrumpió Gonko—. Llevan mallas. Ayer nos desearon que saliera bien la función. J. J. les había tirado barro, que Dios bendiga su corazoncito. Y no temáis, les daremos su merecido. Pero escuchadme todos y escuchadme bien. No vamos a vengarnos todavía. No leáis entre líneas, lo digo en serio. Por ahora vamos a ser tan buenos como unos pastelitos. —Gonko los miró sucesivamente con los ojos entrecerrados—. No vamos a olvidarnos de esta noche. No tenemos prisa. De momento encajaremos el golpe; y mira que nos han jodido bien, hay que reconocerlo. Pero nosotros también vamos a joderlos a ellos. Va a ser una campaña de jodienda permanente, pero tenemos que hacerla bien. Ahora vienen

los preliminares. Despacio y suavemente.

—¡Toc, toc! —se oyó una voz desde la portezuela.

—Ah, ya estamos —musitó Gonko.

George Pilo entró acompañado de alguien que le pisaba los talones, un hombre grueso con los ojos tan juntos que parecía que compartían una sola cuenca; parecía que el manipulador de materia le había decorado el rostro. A juzgar por el traje y la corbata, J. J. supuso que se trataba del contable, la mascota de los Pilo, y quien había orquestado la política de competencia entre los payasos y los acróbatas. A su lado, George parecía absolutamente jubiloso.

—¡Gonko! —exclamó—. Vamos a tener, lo que podríamos llamar, una conversación abierta sobre la función de esta noche. Para empezar, ¿crees que habéis estado a la altura de vuestras propias expectativas?

—Estamos un poco oxidados, para ser sincero —contestó Gonko serenamente.

—¡Un poco oxidados! —repitió George, radiante—. Eso me gusta. No me extraña que estés al mando de este grupo, eres un tío con gracia. Roger y yo estábamos haciendo cuentas, lo que podríamos denominar un análisis de los costes y los beneficios de la función. Esta noche, Gonko, vuestra actuación les ha costado la vida a nueve primos. Nada menos que nueve primos que no hemos cosechado, muertos en la estampida. Ahora bien, la mayoría de los espectadores abuchean cuando no les gusta una función, así que supongo que una estampida suicida indica que «un poco oxidados» da en el clavo. ¿A cuánto equivalen nueve primos en polvo, Roger?

Roger el contable soltó el maletín y sacó a toda prisa una calculadora del bolsillo. Pulsó algunos números y anunció:

—A nueve bolsas, señor Pilo.

—¡Nueve bolsas! —exclamó George, con una sonrisa de oreja a oreja—. Nueve bolsas, Gonko. Roger, ¿cuánto íbamos a pagarles a los payasos por la actuación de esta noche?

El contable pulsó más números.

—Nueve bolsas —respondió.

—¡Exacto! —asintió George—. ¿Y cuánto es nueve menos nueve?

Roger hizo el cálculo.

—Es, ah, cero, señor Pilo.

—¡Tienes razón! Un número redondo. ¿Qué te parece eso, Gonko?

Gonko abrió la boca para hablar y volvió a cerrarla cuando George estampó una hoja de papel en la mesa. Le dirigió una mirada desinteresada y preguntó:

—¿Qué es eso, George?

—¡Un aviso de suspensión! —exclamó George.

Gonko exhaló un suspiro.

—¿Y si te dijera que han saboteado nuestra actuación?

George afectó una expresión reflexiva y se balanceó hacia delante y hacia atrás

sobre los talones.

—Si me lo dijeras, te pediría que me enseñaras la montaña de pruebas que presumiblemente tienes para probar tu descabellada alegación más allá de toda duda. —Gonko alzó la bomba de humo—. Ten presente qué es lo que constituye la duda — advirtió George, y Gonko arrojó la bomba de humo a un lado—. Luego te recordaría que los artistas son los únicos responsables de su actuación, incluyendo el mantenimiento de las instalaciones y, o, si fuera pertinente, del escenario. Eso es lo que hipotéticamente te diría si hipotéticamente hicieras esa afirmación. Por supuesto, podrías presentar una apelación ante el director, cuya decisión sería definitiva y vinculante. Y ese director sería... yo, Gonko.

—Gracias por aclarármelo, George.

—No hay de qué. ¡Ha sido un placer! Gracias a ti por respetar el procedimiento debido. Eso es exactamente lo que le dije a la adivina cuando desapareció su bola de cristal. Así que vuestra actuación queda suspendida indefinidamente. Pero no te preocupes, tengo otras tareas para vosotros.

—No me gustan las otras tareas —gimió Doopy—. ¡No me gustan!

—Cállate, Doops —dijo Gonko.

—Presentaos en mi caravana el viernes que viene por la noche para hacer trabajos externos —ordenó George—. Trabajaréis directamente para mí. ¿A que hemos tenido suerte los dos? —George giró sobre sus talones y salió sin decir otra palabra. El contable se apresuró a seguirlo.

En la mesa, Gonko arrojó el aviso al suelo, se levantó y se fue. J. J. se volvió hacia Winston.

—¿Qué significa eso de trabajos externos?

—¿A ti qué te parece? —replicó Winston—. Trabajos fuera del parque. En el lugar de donde vinimos antes de que acabásemos aquí.

En su dormitorio, J. J. se preguntó cómo reaccionaría Jamie ante los acontecimientos de aquella jornada. Había sido un gran día para ambos, con muchos senderos estrechos que se devanaban a través del campo de minas, por así decir... Qué demonios, J. J. podría haberlos matado a ambos varias veces.

Le haré un favor, se dijo J. J. No me quitaré el maquillaje. Sí, me lo agradecerá.

Así pues, J. J. el payaso se tumbó para dormir. Pero la almohada y la sábana desbarataron ese gesto tan considerado. Los sueños son vívidos en el circo y, al cabo de apenas un par de horas agitándose y sudando, el maquillaje se borró.

A la mañana siguiente

Jamie despertó.

Sus manos parecieron moverse solas cuando se alargaron temblando hacia la bolsita de terciopelo. Al moverse lo acometió el dolor y lo primero que pensó aquella mañana fue que el dolor iba a matarlo.

Movimientos lentos y deliberados... Si se apresuraba se arriesgaba a derramar el polvo y verse obligado a empezar de nuevo. Lo echó en el cuenco de arcilla, encendió una cerilla, consiguió de algún modo que no le temblara el pulso mientras se derretían los granos, que formaron un charco de líquido plateado, graznó «que cese el dolor», lo bebió y volvió a desplomarse sobre la cama. Fue como si le hubieran impuesto unas manos sanadoras; suspiró y dio las gracias a Dios, paladeando aquella sensación de integridad, de estar de una pieza, sin que le ardieran todos los nervios.

A medida que pasaban los minutos su mente se sobrepuso al sopor. Los pensamientos que se conectaban en ella eran desagradables, vagos recuerdos del día anterior, en el que un desconocido había estado a cargo de su cuerpo. Repasó mentalmente una rutina que habría de resultarle muy familiar al despertar. *Esto no puede estar pasando, pero así es. Esto es imposible, pero aquí estoy. He dejado de controlarme la mayor parte del tiempo. Hay un lunático al volante y yo estoy completamente en sus manos. Si quisiera que me mataran, yo no podría detenerlo. He atacado a los acróbatas. He robado una propiedad que si descubrieran en mi posesión probablemente me matarían. El psicópata local (el psicópata que ahora es mi jefe) está sediento de la sangre de alguien y solo es cuestión de tiempo que averigüe que ese alguien soy yo.*

A continuación se acordó de la muerte de los nueve primos, que para algunos eran seres humanos. Aturdido por el espanto, Jamie comprendió que él, J. J., no había pensado en ello ni por un momento. Ni una vez.

—Joder, tío —susurró Jamie. Cada vez que se pusiera el maquillaje y se entregase a aquel lunático despertaría más mañanas como aquella.

Entonces, ¿ahora qué? ¿Qué podía hacer al respecto? La respuesta le parecía evidente: no tenía la menor idea. Pero tenía que haber algo. Debía haber una salida.

Por supuesto, si la descubría, ellos lo encontrarían. Como la última vez. Lo seguirían al trabajo, se presentarían en su dormitorio de madrugada y lo acosarían dondequiera que estuviese. Se lo llevarían de vuelta o lo matarían. Estaba atrapado y sería mejor que se acostumbrarse a ello. En el mundo real no había nadie que pudiese ayudarlo, ni siquiera creerlo. Todo aquello le pareció tan cierto que se echó a llorar,

sepultando la cara en la almohada como un avestruz en la arena, hasta que oyó que alguien entraba en la habitación. Era Winston.

El viejo payaso suspiró al mismo tiempo que se sentaba en la cama.

—No te preocupes por eso, hijo —dijo en voz baja—. Te pondrás bien.

Oír una voz humana que le ofrecía el consuelo que tanto necesitaba le provocó semejante explosión de agradecimiento que Jamie abrazó al anciano. Winston lo estrechó y le enjugó las mejillas con un pañuelo.

—*Shh*. Te pondrás bien —le aseguró—. Estar en el espectáculo es horrible —dijo Winston después de que Jamie se hubiera calmado—. Realmente horrible. Lo que hacemos aquí es tan malo que no te lo creerías aunque te lo contara.

—Probablemente te escucharía —repuso Jamie mientras se secaba la humedad de las mejillas.

—Sin duda, *sip*. Ya lo comprenderás con el tiempo. No tengo prisa por contártelo. Y no te preocupes por los pantalones de Gonko. No lo hice para chantajearte. Me protejo de J. J., eso es todo. No quiero que campe a sus anchas sin que tenga un motivo para no hacer daño a nadie. No es lo que se dice un tipo predecible. Parece que le gusta ver sufrir a la gente.

Jamie asintió y suspiró.

—Entonces, ¿esto es todo? ¿Estoy atrapado en este sitio hasta que me muera?

Winston tardó un rato en contestar.

—Es posible. Pero... es posible que no.

Jamie parpadeó, reflexionó sobre lo que le había dicho y descubrió que estaba aferrando el brazo de Winston con ambas manos.

—¿Existe una forma de escapar de aquí? —preguntó—. ¿Cómo?

Pero Winston parecía reacio a seguir hablando. Se rascó la cabeza un momento, se inclinó hacia delante haciendo una mueca y susurró:

—Mira. Voy a decirte una cosa, una palabra. No tendrá ningún sentido aún, pero cuando llegue el momento lo comprenderás. Esa palabra es «libertad». No me preguntes más, ahora no, cuando no sé lo que dirás ni lo que harás cuando te pongas el maquillaje.

—No pienso volver a ponérmelo —afirmó Jamie—. Nunca más.

—Vas a tener que hacerlo —repuso Winston.

—No.

—Sí. Tendrás que hacerlo. No conoces el terreno lo bastante para sobrevivir por tu cuenta. No puedes comportarte como J. J. cuando eres Jamie. No podrías hacerlo, se te comerían. Te matarías en accidentes de los que el maquillaje te protegería. Y te derrumbarías. Lo sé muy bien. ¿Crees que puedes mirar a Kurt Pilo a los ojos igual que J. J.? ¿J. J., que es demasiado estúpido para tenerle miedo a nadie?

Jamie palideció al recordar el momento en que J. J. había conocido a Kurt y se estremeció.

—No. No creo que pueda.

Winston asintió.

—Recuerda esa palabra. Libertad. Supongo que enseguida comprenderás adónde quiero llegar. Y cuando seas J. J., recuerda los pantalones y lo que a Gonko le gustaría hacerte. Solo cuando seas J. J.

Winston se marchó.

Winston tenía que ocuparse de un asunto privado. Era realmente privado; si se enteraban los hermanos Pilo lo meterían en una olla, lo cortarían en pedacitos y lo harían puré. Si tenía suerte acabaría incorporándose a la parada de los monstruos. De lo contrario, le darían carta blanca al manipulador de materia, que lo transformaría de tal forma que no pudiera morir, tan solo sufrir. Pero el secreto se había mantenido durante mucho tiempo.

Era temprano y la mayor parte del circo seguía durmiendo; las cosas solían estar tranquilas el día después de una función. Winston dio un paseo por la calle principal, pasando ante la barraca de la adivina y la carpa de los acróbatas. Algunos feriantes habían despertado y estaban limpiando y reabasteciendo los puestos de baratijas. La mayoría apartaron la mirada de él, recelosos de los payasos, como siempre.

Nueve primos muertos. Aquello causaría un gran alboroto en el exterior. Winston suspiró con una tristeza que lo caló hasta los huesos. Sabía perfectamente que la vida humana era barata en aquel lugar, pero el espectáculo insistía en recordárselo.

Llegó a la carpa de la parada de los monstruos, confiando en que no hubiese ojos indiscretos observándolo ni mentes indiscretas preguntándose por qué pasaba tanto tiempo allí charlando con Niñopez. Ninguno de ellos levantaba sospechas; tenían cuidado. Niñopez estaba dentro, conversando con la cabeza cortada, conocida como Croqueta entre sus amigos. Le había dado permiso a Yeti para que comiese hierba junto a la cerca; eso le ayudaba a aliviar las terribles heridas de las encías causadas por los cristales que había comido.

—¡Winston! —exclamó Niñopez, acercándose a buen paso para darle una palmada jovial en el brazo. Los dos mantuvieron una conversación intrascendente acerca del tiempo y la función del día anterior, destinada a desviar el interés de los oídos indiscretos. Al cabo de unos minutos, Winston bajó la voz.

—¿Nuestra función de anoche...? —Y terminó la pregunta enarcando una ceja.

Niñopez respondió con los ojos, unas finas rendijas ampliamente separadas en su rostro. *No, no fue cosa nuestra*, dijeron sus ojos.

Winston asintió.

—Ya me lo parecía. Solo quería asegurarme. Pero he de darte una noticia.

Niñopez se inclinó hacia delante, una intimidad que habría amedrentado a los que no estaban acostumbrados a él. Winston susurró:

—Acerté con lo de la bola de Shalice. Está en la habitación del nuevo, en la habitación de J. J., envuelta en una funda de almohada. Y lo que es más, ¡George sabe

que ha desaparecido!

Niñopez enarcó las cejas cuando oyó aquello.

—¿Estás seguro? —preguntó con una serie de expresiones faciales que Winston había aprendido a interpretar.

Winston asintió.

—Está a salvo —lo tranquilizó—. He usado polvo... para mantenerla oculta de ella.

Niñopez asintió; aquel asentimiento indicaba que él también usaría una parte de sus provisiones con el mismo fin. Winston no era lo bastante ducho en el lenguaje corporal para entenderlo, pero asumió que ese sería el caso, y que muchas otras partes interesadas tomarían precauciones similares. «Que los secretos de J. J. sigan ocultos», era lo único que tenían que decir, y si una docena de ellos bloqueaba el secreto de las sondas psíquicas de la adivina, la bola de cristal estaría segura en manos de J. J.

Acabaron hablando de otras banalidades y Winston se fue. Se alegraba de que sus ojos pasaran por alto muy pocas cosas... Sin ellos, aquella mañana no habría reparado en el bulto redondo que había a los pies de la cama de Jamie ni habría confirmado las sospechas que se había formado la noche anterior. «Miraremos en la...», había dicho Rufshod, y Winston tampoco lo había pasado por alto. La visita a Jamie, aunque humanitaria, había confirmado aquellas sospechas. El asalto de Rufshod a la adivina acabaría siendo un golpe más grave de lo que Winston había supuesto al principio, aunque aún era pronto para decirlo.

Desviándose confiadamente por el parque, haciendo visitas aquí y allá, Winston transmitió la noticia a otras partes interesadas, que a continuación se la comunicarían a todos los que necesitaban saberla. Ahora que la bola no estaba en manos de Shalice, los dos ojos indiscretos más atentos estaban ciegos. Pero los ojos indiscretos nunca se cierran del todo... No había que olvidarlo nunca.

Jamie encontró a Steve en la carpa de la parada de los monstruos, fingiendo con entusiasmo que estaba atareado limpiando las jaulas desocupadas mientras los monstruos habían salido a hacer un poco de ejercicio. Steve se había amoldado a las circunstancias con tanta facilidad que Jamie casi lo admiraba.

—Tío, esto es vida —comentó Steve cuando Jamie se sentó apoyando la espalda en una vitrina de cristal—. ¿Conoces a los enanos? Voy a cenar con una de las mujeres. Se llama Loretta. La conocí cuando estaba engrasando unos engranajes en la noria.

Jamie lo miró con incredulidad.

—Espera un minuto... No solo te las estás arreglando, ¿eres feliz en este sitio?

Steve le devolvió la mirada como si estuviera loco.

—Claro, ¿por qué demonios no iba a serlo? ¿Has visto la mierda que se puede hacer con ese polvo? ¿Sabes una cosa? Si Marshall estuviera aquí estaría

metiéndoselo todo el día. —Steve le indicó que se acercara y su voz se convirtió en un susurro—. Imagínate que quieres tirarte a Pamela, por ejemplo. Durante una hora más o menos, estás en su habitación de verdad, haciéndolo. Cuando acaba te despiertas como si hubieras tenido un sueño. Confía en mí, ya lo he probado.

Jamie meneó la cabeza.

—Pero... nuestra vida... ¿Es que piensas aceptar por las buenas que nuestra vida se ha acabado?

Steve se rio.

—¡Una mierda que se ha acabado! Lo que se ha acabado es tener que trabajar de nueve a cinco, pagar una hipoteca y hacerse viejo. ¿Lo entiendes? No tenemos que pagar alquileres ni facturas y vemos cosas acojonantes con las que la mayoría de la gente ni siquiera sueña. ¿Sabes desde cuándo están aquí estos tíos, los acróbatas y los demás? Están aquí desde hace cientos de años, Jamie. ¡No se mueren! Siguen tan jóvenes como cuando se unieron al circo.

Jamie no tuvo corazón para señalar que la mayoría de los feriantes, aquellos que, al igual que Steve, no eran artistas, parecían marchitos y avejentados a causa del trabajo incesante en el espectáculo.

—No volveremos a ver nunca a nuestras familias —dijo Jamie con un nudo en la garganta—. ¿No te importa eso?

—No tengo mucha familia —repuso Steve, encogiéndose de hombros—. No conozco a mi padre y mi madre nunca me ha querido ni ver. Me mandaba dinero todas las semanas para mantenerme apartado de ella, supongo. ¿A quién le importa? Crea una nueva familia. De todas formas, ¿cómo sabes que no volverás a verlos? Puede que algún día vengan o que te concedan unas vacaciones ahí fuera. Agacha la cabeza y no te metas en líos... Algunos de estos tíos se odian. ¿Has visto cómo se pelean los payasos y los acróbatas? Seguro que sí, ¿eh? Eres un payaso, ¿verdad? Maldita sea, qué suerte has tenido. Oye... ¿Cómo es Gonko en privado?

Jamie suspiró.

—Es malo de cojones. No te acerques a él.

—Parece duro —comentó Steve con admiración—. En el callejón le tienen un miedo mortal. Están siempre atentos y se dispersan cuando aparece. Los enanos quieren matarlo, pero ninguno tiene huevos para intentarlo de verdad.

Hubo un silencio mientras Steve abrillantaba los barrotes de hierro de una jaula. Al cabo de un rato Jamie dijo:

—Oye, ¿sabes a qué viene lo de los payasos y los acróbatas? ¿Por qué se pelean de esa manera?

—Sí, me han contado algunas cosas. Deberías hablar con alguno de los viejos del callejón de las casetas... No, espera, te odian a muerte. No deberías haberte meado en la boca del payaso de yeso, tío. —Jamie hizo una mueca—. Pero sí —prosiguió Steve—, algunos lo han visto todo, lo han presenciado desde hace muchos años. Todas esas peleas empezaron por nada. Metes a un puñado de psicópatas como ellos en un

espacio cerrado y cualquier cosa hace que estallen.

—¿Como qué?

—Como en el libro de Chopper Read, cuando escribe que la gran guerra de bandas empezó por un plato de salchichas. La primera pelea entre un payaso y un acróbata empezó por usar primero el escenario en una función. Por una mierda. Desde entonces no han parado. Han asesinado a un montón de esos psicópatas. Según los viejos, va y viene en oleadas. Y nadie se olvida de nada. Además, todo el mundo se aburre.

—Tiene que haber más que eso —dijo Jamie.

—Sí. Que están pirados, sencillamente. Son unos lunáticos. No necesitan una razón para estallar. Los jefes tampoco ayudan. A Kurt le gusta provocar peleas. Los feriantes creen que las ve como si fuera un deporte.

Jamie asintió; lo que estaba oyendo no lo tranquilizaba en absoluto, pero de algún modo le alegraba que todo aquello se discutiera con tanta despreocupación y se aceptara con tanta facilidad. Le confería un aire de normalidad a aquel lugar. No quería que Steve dejase de hablar.

—¿Qué te parecen los jefes? —preguntó Jamie—. Los hermanos Pilo.

Steve silbó.

—Dan miedo. Niñopez dice que debemos evitarlos, hacer exactamente lo que ellos digan y hacerles la pelota si nos acercamos a ellos. Como a cualquier jefe. Trabajar para Niñopez es bastante guay. Oye... ¿por qué te pusiste tan gilipollas ayer?

Jamie hizo una mueca.

—Es verdad —continuó Steve, ignorando las sutilezas, como siempre—. Te descojonaste de Yeti. Quería matarte. Niñopez y yo tuvimos que tranquilizarlo después de la función. Ahora es probable que estés a salvo, pero no te rías de él cuando está comiendo cristales. No le gusta.

—No soy yo —le aseguró Jamie, preguntándose cómo podía explicárselo—. ¿Sabes el maquillaje? Me pasa algo cuando me lo pongo. No puedo controlarlo.

—No, tío, fuiste tú, ¡yo te vi! —exclamó Steve, arrojando el trapo al suelo con furia—. El mismo pajillero pelirrojo, alto y delgado. No puedo creer que te rieras de él. ¿Has intentado comer cristales alguna vez? Eres un gilipollas, tío, te lo juro.

Jamie sonrió apesadumbrado y se levantó para marcharse.

—Buena suerte en tu cita —dijo.

—¿Qué? Ah sí, Loretta. No está mal... aunque es un poco bajita. Oye, ven a buscarme la próxima vez que ensayéis, ¿vale? Me gustaría verlo.

Jamie asintió para evitar una discusión y se fue.

En la carpa, los payasos estaban experimentando plenamente los efectos de la mañana siguiente. Goshy era el único que no parecía aletargado; de su habitación brotaban de

vez en cuando sonoros canturreos que se introducían como dedos ajenos en los oídos de todos los que los escuchaban. Gonko y Rufshod se hallaban sentados ante la mesa de juego con aire abatido. Gonko había acumulado semejante botín que la pérdida de nueve bolsas era algo trivial, pero estaba furioso por lo sucedido. Nadie sabotaba a los payasos. Rufshod y él estaban discutiendo tácticas que les ayudasen a aliviar la tristeza posterior a la función.

—Al principio —dijo Gonko— nos comportaremos como si nos hubieran derrotado. Trataremos a los acróbatas como si hubieran ganado, como si nos hubieran cortado las pelotas. Seremos tan mansos que les entrarán ganas de vomitar cuando nos vean. Si estamos furiosos o malhumorados sabrán que no tenemos nada contra ellos. Si les hacemos ver que nos han derrotado nos verán las intenciones y sabrán que tramamos algo. Así que les deseamos que les salga bien el ensayo todos los días y la actuación todos los días de función. Llegarán a un punto en el que tendrán demasiado miedo de ensayar, pensando que alguien les ha cortado un alambre del equipo. Ni siquiera querrán salir solos de la carpa.

Rufshod asintió solemnemente y le pidió a Gonko que le pegase, solo una vez.

—Hasta que te lo hayas ganado no, cariño.

Jamie entró por la portezuela.

—Buenos días, J. J. —dijo Gonko.

—Buenos días —contestó Jamie.

Gonko lo miró, recelando del tono apocado. No era una actuación de J. J.; estaba asustado. O bien tenía algo que ocultar o era un gallina. Lo segundo podía arreglarse con un poco de camaradería.

—¿Qué te pasa, J. J.? ¿Tienes un caso de «mami, tengo miedo»?

Jamie se estremeció y meneó la cabeza.

—No me pasa nada... Supongo que tengo morriña.

—Ah, bueno, no te preocupes por eso —dijo Gonko. Diagnóstico: gallina—. Ahora estás en casa. ¿Por qué ibas a tener morriña? No me digas que echas de menos esa puta fosa séptica.

—Sí, Gonko —musitó Jamie—. A lo mejor es eso.

—No te preocupes, cariño. Tenemos nuestra propia fosa séptica aquí mismo. Métete, el agua está estupenda. Además, volveremos a salir muy pronto gracias a lo de anoche. Y al pequeño Georgie. —Gonko escupió—. Odio los putos trabajos externos. Si quieres podemos pasarnos por tu casa. ¿Qué te parece? ¿Tienes novia ahí fuera? ¿Quieres hacerles una visita a tus padres? Podemos. Seré bueno con ellos. No mataré a nadie. Y si lo hago, será muy rápido. ¿Qué te parece, joven J. J.? ¡Joder! ¿Qué problema tiene? ¡Ha salido corriendo como si le hubiera robado una piruleta! ¿Qué es lo que he dicho?

Shalice estaba en su caravana con su amante, un musculoso gitano que estaba tendido

junto a ella, cubierto por una pátina de sudor. Ella lo había llevado al espectáculo hacía mucho tiempo, se había encargado de su fuga de la prisión y lo había atrapado en sus redes; no era un esclavo, pero tampoco era un igual ni un amigo. Sentía poco por él y no necesitaba su ayuda para sobrevivir. Lo único que le interesaba era su cuerpo y no representaba una carga para sus sentimientos, que se habían embotado a lo largo de los años, tornándose insensibles después de haber visto tanto dolor y tanta muerte, que en buena medida ella había canalizado a través de sus manos obedeciendo las órdenes de los Pilo. Estaba tumbada con los ojos entrecerrados y distantes, tirándose del labio inferior con el dedo pulgar y el índice, una postura que adoptaba cuando la inquietaban pensamientos desagradables acerca de su posición en el circo.

Su amante y ella hablaban en raras ocasiones, puesto que ya se habían dicho lo poco que tenían que decirse hacía mucho tiempo; él no tenía ninguna perspectiva que ofrecerle y no habrían hecho sino repetirse. Hoy, sin embargo, observó:

—Algo te molesta.

Ella dio un respingo, como si se hubiera olvidado de su presencia.

—Sí —contestó—. Creía que después de muchas lecciones amargas el resto de los miembros del espectáculo había aprendido a dejarme en paz. Parece que tengo que volver a enseñárselo.

—¿Se trata de los payasos? —preguntó él.

—A lo mejor. —Suspiró—. Cuando la gente deja de temer a la vejez y a la muerte no necesita adquirir sabiduría. No teme jugar con fuego.

El gitano gruñó y se dio la vuelta, ofreciéndole la espalda, estremeciendo la cama con su peso. Sus enormes hombros tatuados eran como una muralla entre Shalice y la ventana, sobre la que había echadas unas cortinas azules por las que se filtraba la tenue claridad. Él sabía que la adivina no esperaba que le brindase ayuda. Al cabo de unos minutos empezó a roncar. *Ese hábito es una de las cosas que debería haber predicho antes de traerlo a mí*, pensó Shalice, no por primera vez. A continuación volvió a concentrarse en el problema inmediato.

Aunque la bola de cristal era su herramienta más importante, no era la única. Estaba segura de que la identidad del ladrón se descubriría. Quizá se le presentara en una visión o en un súbito destello en su mente cuando menos lo esperase. Por alguna razón que se le escapaba por completo, el polvo no le decía nada y deseaba averiguar el motivo. De pronto parecía que había más misterios de los que había supuesto.

¿Con quién se había enfrentado últimamente? Para empezar, con Gonko. Al parecer creía que, como era amigo de Kurt, su pandilla de lunáticos y él mismo eran invencibles. No hacía mucho tiempo, contraviniendo todas las reglas del manual, se había llevado al dormitorio a una prima y le había dado un poco de polvo, aunque nadie sabía con qué fin la había obligado a usarlo. Shalice se había propuesto emplear a la chica como una ficha de dominó que, cuidadosamente colocada, culminaría en el desmoronamiento de un imperio financiero. Ese encantamiento se llamaba *Fortuna*

Imperium, o encarrilamiento del destino. Los practicantes se encontraban entre los reyes, las reinas y los emperadores de las épocas pasadas.

Funcionaba de la siguiente manera: un hombre le hace un corte de mangas a un coche que pasa; el conductor reflexiona sobre ello, preguntándose qué es lo que ha hecho para ofender a aquel desconocido; mientras está distraído se pierde al volver a casa y acaba estrellándose contra una furgoneta, matando al conductor que era el verdadero objetivo del ejercicio. Ese era el planteamiento más sencillo, pero los mecanismos llegaban a ser tan elaborados y espectaculares que podían conformar el curso de la historia; podían empezar o terminar guerras.

La programación de J. J. el payaso el primer día, conforme a las órdenes de Kurt, habría devenido en una masacre a resultas de un tiroteo en Nueva Zelanda al año siguiente. La interferencia del payaso bien podría haber causado una serie de variaciones sobre el resultado final que posiblemente incluyeran un derramamiento de sangre a escala global.

A menudo conseguía desviar las cadenas de acontecimientos menos agradables y salirse con la suya, pero cada cierto tiempo había que llevar a cabo esas órdenes; era imprescindible que los Pilo confiaran en ella. No negaba que disfrutase ese poder ni que no soportase la idea de que se lo confiaran a otra persona. Desde su punto de vista, el mundo se había librado de muchas desgracias a cambio de unas pocas. En el caso de la chica, el desacato de Gonko había hecho que la primera ficha de dominó cayese hacia el otro lado. La relación entre ellos había sido gélida desde entonces. Pero los payasos tenían otros enemigos a los que les encantaría provocar una disputa entre Shalice y Gonko. Ante la remota posibilidad de que ese fuera el caso, no abriría fuego hasta que estuviera segura.

¿Quién más había? Mugabo, por supuesto. Ese mismo mes le habían encomendado la nada envidiable tarea de convencer al mago para que actuase. El que lo intentara tenía por delante una mañana interesante y estaba destinado a engrosar la lista negra de Mugabo durante largo tiempo. Poseía la habilidad mágica necesaria para hacerse con una bola de cristal falsa. No le parecía probable, pero Mugabo era impredecible; era otra persona de la que debía cuidarse.

Luego estaban los leñadores. Su enfrentamiento con ellos era constante desde que se habían incorporado al espectáculo hacía sesenta y dos años. A sus ojos, Shalice era la única tía buena del parque y cada vez que pasaba vociferaban insinuaciones estúpidas y silbidos lobunos. Había sufrido un intento de violación hacía varias décadas, y después de una cadena de crueles «accidentes», el perpetrador no había llegado a su siguiente cumpleaños. A lo largo de los años habían tenido peor suerte de lo normal; había habido colisiones con carretas desbocadas, electrocuciones, enfermedades misteriosas... Empleaban hasta el último grano de polvo que ganaban en calmantes y remedios. Tal vez la hubieran descubierto al fin y buscasen venganza. También era improbable, pero le habían dado mayores sorpresas antes.

Aquello abarcaba la lista de sospechosos. Que ella supiera, no estaba reñida con

los monstruos, los gitanos ni los enanos. Ya casi se apiadaba del tonto que la hubiera contrariado.

Kurt Pilo estaba chupando un colmillo de lobo en su caravana al tiempo que dejaba a un lado una Biblia. Le había parecido una lectura sumamente entretenida y había señalado con un rotulador sus pasajes favoritos, que venían a ser todas y cada una de las palabras.

La intuición le decía que su hermano George iba a cometer un intento de asesinato. Kurt se preguntó con complacida curiosidad qué intentaría el pobre en aquella ocasión. También se preguntó si tendría éxito, aunque lo dudaba. Kurt suponía que el que tenía la bola de cristal de la adivina era George; él mismo se había sentido observado el día anterior. Tenía que tratarse de George; ¿quién si no se atrevería a hacer algo así? Si alguien fuera tan suicida, sin duda escogería una forma más rápida de morir que hacer enfadar a Kurt Pilo.

—George, George, George —dijo Kurt—. ¿Por qué odiamos tanto a los que amamos?

Apretó la mandíbula, que sonó como si hubiera estirado los nudillos, haciendo polvo el colmillo de lobo. Tragó y alargó la mano hacia el cuenco, rebuscó un poco y escogió un diente de ciervo. Lo sostuvo entre el dedo pulgar y el índice, observándolo con una sonrisa serena antes de ponérselo en la lengua.

Sus ojos se posaron en el calendario que había en la pared, en el que había señalado el nueve de marzo con un círculo, y exhaló un suspiro de felicidad. ¿Qué harían los empleados por su cumpleaños esta vez? Probablemente ya estuvieran haciendo planes. La competición por los regalos era encarnizada, todo el mundo trataba de ganarse su favor o evitar su cólera.

Qué agradable es estar al mando, se dijo.

Jamie estaba sentado en su habitación, mirando fijamente a la pared, con una expresión de cansancio en la cara. Se le presentaba una reducida y peligrosa gama de elecciones. De hecho, solo había dos: quedarse o marcharse. Lo segundo parecía imposible y en todo caso inútil: lo encontrarían igual que antes. Eso significaba que debía quedarse allí sin armar jaleo, lo que al parecer significaba darse un beso de despedida y entregarse totalmente a J. J. Quizá debiera intentar aceptarlo, hasta abrazarlo, como había hecho Steve. Se acabaron las visitas a la casa de sus padres en Navidad. Se acabó escribir en los foros de Internet. Se acabaron los videojuegos... Se acabó *Los Sims*. Se acabaron los discos de vinilo de David Bowie y Devo. Se acabaron las maquinaciones para salir con Svetlana, la muchacha rusa que servía copas en el Wentworth. Se acabó leer a Stephen King a la luz de la lámpara las noches de lluvia. Se acabó todo.

Supuso que en cierto modo ya estaba muerto. Alargó la mano hacia el bote de maquillaje para no tener que preocuparse durante un rato.

Tercera parte

Jamie contra J. J.

El amor y la sangre empiezan a mezclarse, has perdido tu identidad.

El tiovivo da vueltas en tu cabeza: despierto, dormido, vivo o muerto.

Carousel

La reunión de fieles de Kurt

Habían pasado cuatro días desde la función en la que habían perecido aplastados nueve primos y los payasos se habían visto relegados a realizar chapucillas fuera del parque de atracciones. George Pilo iba a encomendarles su primera misión aquella noche y los payasos estaban nerviosos.

Aquella tarde (para el disgusto de todos, no solo de los payasos) estaba prevista una de las «reuniones de fieles» de Kurt, una nueva tradición bimestral inspirada por su reciente interés en todo lo bíblico. Todos los empleados de importancia del circo, lo que solo excluía a los gitanos, la horda de enanos y los seres tenebrosos que merodeaban en la casa de la risa, se reunían de buen grado para oír a Kurt pronunciando un discurso, dando ánimos a sus subordinados, pavoneándose y contando chistes de buen gusto. Las reuniones de fieles estaban ostensiblemente diseñadas para fomentar cierta sensación de comunidad en el espectáculo, pero las buenas intenciones de Kurt, como de costumbre, distaban mucho de dar en el blanco.

Mientras tanto, era muy importante que J. J. mantuviese la bola de cristal oculta del resto de los payasos. Le había dicho a Rufshod que ya no la tenía, que la bola había desaparecido por las buenas y que presumiblemente se la habían robado. Rufshod se había creído aquella historia y desde entonces se había paseado por la carpa abatido y malhumorado. En cuanto a Jamie, no aguantaba ni cinco minutos por las mañanas sin maquillarse a toda prisa. Echaba un vistazo a su alrededor, se estremecía como si se hubiera despertado en una pesadilla después de haber tenido sueños apacibles y J. J. tomaba el mando.

Últimamente había estado intentando averiguar qué era exactamente lo que podía hacer con el polvo de los deseos. Al parecer había límites estrictos; por ejemplo, había engullido una pequeña cantidad y había deseado la muerte de todos los acróbatas. Después de formular aquel deseo casi había sentido que las palabras se posaban en algún lugar del limbo como una cuerda extendida sobre el agua que aún no se hubiera hundido. Cuando abrió los ojos y fue corriendo frenéticamente a la carpa de los acróbatas se llevó una decepción: todos seguían vivitos y coleando. Había vuelto a su habitación para repetir el deseo con una dosis mayor de polvo, pero tampoco había tenido suerte. Entonces había tenido una pataleta; había dado patadas a las paredes y refrenado las lágrimas durante una hora. Entristecido, formuló otro deseo; en esta ocasión simplemente deseó ver a Rufshod tropezándose con sus propios pies. En el salón vio que a Rufshod se le enganchaban los pantalones en la esquina de la mesa de juego y acababa cayéndose de cabeza.

En ese momento J. J. comprendió que estaba malgastando todo su alijo y le preguntó a Gonko cuáles eran los límites.

—Todo vale, siempre y cuando no altere el equilibrio de las cosas —le explicó Gonko. Cuando le preguntó en qué consistía el equilibrio de las cosas, Gonko espetó —: Mira, cualquier cosa que no perjudique directamente al espectáculo. Dentro de lo razonable. Cuanto más uses para pedir un deseo, más probable es que te lo concedan.

J. J. pasaba el resto de su tiempo de ocio atormentando a las ratas feriantes. Les arrojaba cosas, derribaba sus puestos, propinaba patadas a las mujeres delante de sus maridos, escupía a los hombres en la cara, robaba sus mercancías a brazos llenos y las arrojaba en las letrinas, lanzaba el mazo de «pruebe su fuerza» sobre los distantes tejados cada pocas horas, devoraba su comida y en general se comportaba como una terrible amenaza. Los feriantes lo soportaban con paciencia, procuraban evitarlo y esperaban a que se disipara su interés en ellos, pero eso no tenía visos de suceder pronto; eran lo más divertido que J. J. encontraba. A veces las ratas salían corriendo a buscar a los acróbatas para que los protegieran y los tres entraban en tromba en el callejón de las casetas con sus mallas y sus coquillas abultadas para perseguirlo por todo el parque, obligándolo a esconderse y sollozar silenciosamente hasta que se marchaban. Cuando se iban, volvía a hostigarlos, empezando por el que lo había delatado.

J. J. estaba en su habitación, sacando brillo a la bola de cristal de Shalice con un trapo, cuando una voz profunda resonó alegre en el salón:

—¡Toc, toc!

¡Kurt! J. J. profirió un grito ahogado y fue corriendo al salón. Kurt estaba en la entrada, con una sonrisa jovial en sus labios muertos. Gonko salió de su habitación y le dijo «no queremos nada», como si fuera un vendedor ambulante. Kurt se rio entre dientes, complacido.

—Pasa, jefe —dijo Gonko. Kurt entró y observó la carpa con aquella sonrisa serena. Sus mejillas relucían de buen humor y parecía encontrar algo gracioso dondequiera que mirase; solo su frente sugería que lo que era tan gracioso era la idea de que todo lo que lo rodeaba se ahogase en un río de sangre.

Gonko se acercó con una sonrisa que parecía discordante con su rostro, como si la naturaleza no hubiera querido que sus músculos se estirasen de aquella forma. Kurt, risueño, le dio una palmada en el hombro. J. J. observó atentamente a Gonko, intentando averiguar cómo había conseguido el jefe de los payasos ganarse la amistad de Kurt con tanta facilidad; supuso que se trataba de la ausencia de miedo. Sin embargo, Gonko estaba teniendo buenos modales.

—Hoy hay una reunión de fieles, ¿verdad, jefe? —dijo Gonko.

—Sí —contestó Kurt con un suspiro complacido—. Ah, y lamento oír eso de las chapucillas. Pero sé que estaréis a la altura, muchachos.

—Sí, bueno, a las duras y a las maduras, ya sabes, jefe.

—Eres un buen hombre. —Kurt le dio otra palmada en el hombro—. La verdad

es que solo he venido para que me dejarais un paraguas. Ya sabes de cuáles, uno de esos pequeños que desvían las cosas que caen del cielo. Cosas más grandes y más pesadas que la lluvia.

—Claro, no hay problema, jefe. ¡Rufshod!

Rufshod salió de alguna parte y Gonko le ordenó a grandes voces que le llevase uno de los «paraguas de la risa», y a continuación entabló una conversación en voz baja con Kurt. J. J. trató de escucharlos a hurtadillas, acercándose a ellos todo lo que se atrevía con el pretexto de buscar alguna cosa, pero ellos guardaban silencio en cuanto se acercaba demasiado. Rufshod volvió enseguida con un pequeño paraguas verde. Kurt lo cogió. Parecía minúsculo en su mano gigantesca.

—Muchísimas gracias —dijo—. Os lo devolveré tras la reunión de fieles, no creo que lo necesite después. Chao, payasos. —Kurt se alejó a buen paso.

Gonko se dirigió a la mesa de juego y repartió una mano de póquer a las sillas desocupadas, que rápidamente se llenaron de payasos.

—Oye, Gonko —dijo Doopy—. ¿Qué le ha pasado al aprendiz, Gonko? ¿Gonko? ¿Qué le ha pasado al...?

—Ah, ese. Ayer tuvimos un pequeño encontronazo en el foso de los leñadores —contestó Gonko, escupiendo por encima del hombro—. Ya debe de estar medio cocido. Aparte de eso, Doops, estoy seguro de que le va bien.

—¡Le pegó a Goshy! —exclamó Doopy—. No debería haberle pegado a Goshy, no señor.

—Siempre has sido un tipo altruista, Doops —comentó Gonko—. Ahora escuchadme, capullos. Lo de las chapucillas es un insulto, pero vamos a encajar el golpe y a seguir ensayando. Se acerca el cumpleaños de Kurt, así que lo único que tenemos que hacer es regalarle algo mejor que todos los demás y nos devolverán nuestra función. No hace falta ser un genio, chicos.

—¿Qué es lo que has planeado, Gonko? —le preguntó Winston.

—Todavía estoy dándole vueltas. ¿Cuál es el último capricho de Kurt? No he prestado mucha atención. La religión, ¿verdad?

—Sip. El cristianismo —asintió Winston.

—Ah, sí. Tiene que ser más fácil comprarle algo que durante la fase musulmana. —Gonko se frotó la barbilla con ademán pensativo—. Bueno, no lo sé. ¿A lo mejor un trozo del Arca de Noé? ¿Una Biblia firmada por Jesús? ¿Una teta de monja? Lo que sea. Estoy abierto a sugerencias.

J. J. percibió movimiento junto a la portezuela cuando George Pilo irrumpió sin invitación.

—Vaya, hola, George —dijo Gonko—. ¿Cómo te va la vida?

George, ignorándolo, señaló a J. J. y a Rufshod y les espetó:

—Vosotros dos, venid conmigo. —Se dio media vuelta y salió tan deprisa como había entrado. Rufshod lo siguió gruñendo junto con J. J. George los condujo al interior de la carpa que albergaba el escenario de los acróbatas y se detuvieron

delante del escenario, frente a las numerosas hileras de sillas desocupadas. Convencido de que aquella excursión era una especie de castigo por haber robado la bola de cristal, J. J. empezó a gimotear, al borde de una explosión de llanto.

Rufshod lo miró con incredulidad.

—¿Qué demonios te pasa? —susurró—. Te estás viniendo abajo.

—Tengo miedo —contestó J. J. Se volvió hacia George Pilo y exclamó—: ¡Yo no lo hice!

Pilo se volvió, se dirigió pesadamente hacia J. J. y apretó la cara contra su barriga, mirándolo con sus ojos maliciosos y relucientes. J. J. sintió que los labios de George se movían sobre su estómago cuando este dijo:

—Me importa un comino lo que hicieras o no hicieras, aunque lo digan en la elegía de tu puta madre. Hoy es la reunión de fieles. Me vais a ayudar a prepararla. Puedes llorar si quieres, pero trabaja mientras lloras. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo J. J., sorbiendo por la nariz y enjugándose las lágrimas.

George se desacopló y atravesó enérgicamente el escenario, echando la cabeza hacia atrás para examinar las viguetas. A lo largo de las mismas había ganchos, poleas y cuerdas que sujetaban los focos. Había dos plataformas de gran altura a ambos lados del escenario que sostenían la cuerda floja, que en aquel momento no estaba atada. Los acróbatas no usaban red de seguridad; debajo de aquella instalación de altos vuellos no había más que el escenario de madera.

George miró hacia arriba con ojo crítico durante un minuto.

—Vale —anunció al fin y señaló a un punto detrás del escenario, donde había varias cajas de madera—. ¿Las veis?

—Sí, señor —dijo J. J. sumisamente—. Las vemos.

—Bien. Ponedlas encima de las viguetas. Todas. Ahí arriba, junto al foco que tiene una equis pintada. Atadlas con una cuerda que se pueda desatar de un fuerte tirón.

—¿Cómo demonios vamos a hacer eso? —gimió Rufshod.

—No me importa —admitió George—. Pero si no habéis terminado dentro de dos horas estaréis vendiendo pasteles en el callejón de las casetas durante el resto de vuestra vida. La pastelería del payaso despedido, eso es justo lo que necesita este circo. Ahora, manos a la obra.

George sonrió, paladeando su consternación un momento antes de marcharse hecho una furia. Rufshod examinó las cajas y echó los brazos al cielo.

—¿Cómo demonios vamos a...? ¡Mira esas putas cajas! Están llenas de cajas de arena, por amor de Dios. ¿Para qué demonios quiere que las pongamos ahí arriba? ¡Ni siquiera podemos levantarlas!

—Ya lo sé —dijo J. J.—. ¿Sabes esa, cómo se llama? ¿Cama elástica? La que usan los acróbatas. ¿Por qué no subes ahí arriba y yo te tiro las cajas?

—Tío, ¿por qué siempre me toca hacer estos trabajos? —rezongó Rufshod.

—¿Dónde está la cama elástica?

—Probablemente en la carpa donde viven los acróbatas.

—¡Ah, no!

—Ah, sí. Y como yo tengo que jugarme la vida subiendo ahí arriba, tú puedes ir a pedirles que nos dejen usarla.

—No.

—Sí.

—¡Noooooo! —Aquello se prolongó hasta que Rufshod señaló que las dos horas se habían reducido a una hora y cuarenta minutos. J. J. se imaginó trabajando junto a las ratas feriantes, profirió un grito y se dirigió a la carpa de los acróbatas. Cuando llegó, estos se burlaron de él y lo provocaron durante media hora mientras hacía todo lo posible para que cooperasen. Se arrastró, los aduló, probó la psicología invertida, amenazó con ponerse en huelga de hambre, les hizo el vacío, se hizo el estrecho, se ofreció a espiar a los demás payasos, jugó la baza étnica... Finalmente le arrojó una roca a Sven, lo que hizo que se levantaran y lo invitasen a repetirlo. En ese punto J. J. se encogió y se arrojó al suelo, gimiendo, y aquello dio resultado; le dijeron que les daba asco, que se la llevara y se fuera. Sollozando, sacó la voluminosa cama elástica de la carpa a rastras, mientras los acróbatas le aseguraban que por cada arañazo que encontrasen en ella le romperían tres huesos. J. J. se lo creyó y lloró aún más fuerte mientras regresaba a la carpa del escenario, empujando la cama elástica de lado como si fuera una rueda hexagonal. Las ratas feriantes le sonreían al pasar y gruesos churretones de lágrimas y maquillaje le resbalaban por las mejillas. Les gritó que se alejaran o se las pagarían, ¿es que no lo oían? ¡Se las pagarían todos!

En la carpa del escenario Rufshod estaba posado peligrosamente en las viguetas.

—¿Por qué has tardado tanto? —bramó, y estuvo a punto de resbalar.

—No utilices ese tono —contestó J. J.—. No tienes ni idea de lo que he tenido que soportar. —Arrastró la cama elástica hasta el escenario y con profusas protestas depositó las cajas al lado—. Esto ha sido una idea estúpida —dijo—. ¿Cómo voy a saltar lo suficiente?

—Este es el equipo de la función de los acróbatas —repuso Rufshod—. No está de adorno. La función se basa en el equipo. Estas cosas funcionan.

J. J. dejó caer una de las cajas en la cama elástica, esperando que la madera desgarrase la tela, pero se mantuvo firme y rebotó con un chirrido de los muelles. J. J. saltó sobre la caja, intentando adquirir un poco de impulso. Para su sorpresa la caja surcó el aire enseguida, elevándose más a cada salto; era turbador verla dando vueltas sobre sí misma, pero su trayectoria se mantenía perfectamente recta.

—Ya te he dicho que estas cosas funcionan —exclamó Rufshod desde arriba—. No sé cómo voy a cogerla, pero ya veremos.

Solo dispuso de unos pocos segundos para averiguarlo, porque al cabo de un instante la caja estaba dando volteretas en el aire a su lado. Rufshod trató de cogerla cuando llegaba a su punto más alto y a duras penas consiguió depositarla en la vigueta antes de rodearla con gruesas cuerdas y atarla. Subieron la segunda caja sin

demasiadas complicaciones y cuando aterrizó encima de la vigueta le aplastó los dedos de los pies a Rufshod, para alegría de este.

George Pilo había entrado y los estaba observando mientras trabajaban. No repararon en su presencia hasta que la última caja estuvo en marcha. Cuando Rufshod se disponía a cogerla George se anunció bramando:

—No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Aquello distrajo a Rufshod lo suficiente para que perdiera el equilibrio y se cayera de la vigueta. Se estrelló contra el suelo un segundo antes que la caja, que aterrizó encima de él con un crujido como el de un huevo gigante al hacerse pedazos. Rufshod exhaló un sonoro resoplido y se quedó inerte.

J. J. miró boquiabierto a George, cuyo rostro no denotaba ninguna emoción mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba dos bolsas de terciopelo.

—Con dos cajas bastará —dijo—. Por las molestias. —Le arrojó una bolsa a J. J. y otra en dirección a Rufshod y se marchó apresuradamente sin añadir nada más.

J. J. oyó un gemido procedente de debajo de la caja y acudió corriendo cuando Rufshod sacudió las piernas. Increíblemente seguía vivo.

—¿Puedes oírme? —preguntó J. J.

Rufshod balbuceó; una burbuja de sangre brotó de una aleta de su nariz y estalló.

J. J. sopesó sus opciones, una de las cuales consistía en rematar a la única persona que podía delatarlo por haber participado en el robo de la bola de cristal. Se decidió por afanarle la bolsa de terciopelo y volvió corriendo a la carpa de los payasos. Cuando entró los demás estaban jugando al póquer excepto Goshy, que estaba tendido en el suelo junto a la mesa, trinando. J. J. se detuvo jadeando en la entrada.

—¿Qué quería George? —dijo Gonko.

—Rufshod... ¡Está muerto! —exclamó J. J. con el tono que había ensayado mentalmente de camino. Rompió a llorar y añadió—: Casi.

Gonko ni siquiera apartó la mirada de su mano.

—¿Estás de coña? —preguntó.

—¡No, señor!

—¡Capullo desconsiderado! —chilló Gonko, arrojando las cartas—. ¡Tenía una escalera de color!

El grupo se dirigió a la carpa que albergaba el escenario de los acróbatas, aunque ninguno de ellos parecía tener demasiada prisa. Encontraron a Rufshod convulsionándose bajo la caja de madera, mientras se formaba poco a poco un charco de sangre en la hierba. Estaba emitiendo quedos gemidos de placer, si J. J. no se equivocaba.

—Ah, J. J., me habías dado esperanzas —dijo Gonko, empujando a Rufshod con la bota—. Esto no es nada. Esto es un colocón para Ruf, probablemente lo mejor de la semana para este cabrón asqueroso. Hace falta mucho más para matar a un payaso, querido. Los payasos son difíciles de matar, no te confundas.

Gonko golpeó la caja con la bota y la madera se resquebrajó; la caja rodó hacia un

lado revelando la camisa empapada en sangre de Rufshod y su pecho horriblemente aplastado y lleno de bultos.

—Vale —dijo Gonko—. J. J. y Winston, vosotros dos sois lo más parecido a una pareja de enfermeras que hay en este grupo. Despegadlo del suelo y llevadlo a nuestra carpa. Si muere en el camino, os lo descontaré del sueldo.

Llevaron a Rufshod a la carpa y lo arrojaron sobre su cama, donde se quedó tendido con los ojos desorbitados y la cara empapada en sudor.

J. J., que se había creído merecedor de un poco más de atención, estuvo cabizbajo hasta las cinco en punto, cuando Gonko convocó a los payasos y juntos se dirigieron a la reunión de fieles de Kurt.

Los acróbatas les tendieron una emboscada. Dos feriantes cercanos se hicieron a un lado precipitadamente, y entonces salieron de un brinco de un callejón para bloquearles el paso.

—¡Tú! —exclamó el que se llamaba Sven, señalando a J. J.—. ¿Dónde está nuestra cama elástica?

—Donde la he dejado, marica estúpido —lo imprecó J. J., que no estaba dispuesto a tolerar ninguna impertinencia por parte de aquellos tipos cuando los demás payasos se hallaban presentes para pelear en su lugar—. ¡Que te follen! —agregó.

—¿Qué te habíamos dicho, hombrecillo? —intervino el que se llamaba Randolph, cuadrándose mientras se adelantaba hacia J. J.—. Que si no nos la devolvías te partiríamos por la mitad. Me parece que eso es lo que te habíamos dicho.

—Sí, me parece que fue así, amor mío —asintió Sven.

—De acuerdo entonces —prosiguió Randolph, flexionando lentamente las piernas y poniendo el talón a la altura de la cara de J. J.—. Los demás, apartaos. Esto será rápido y doloroso.

Gonko suspiró.

—Venga, tíos. Nosotros encajamos vuestra bromita de las bombas de humo. Dejad tranquilo al pobre J. J., ¿qué os parece? Así estaremos en paz.

—¿Bombas de humo? —repitió Randolph—. No sé de qué estás hablando. No nos eches la culpa de que tu espectáculo se caiga a pedazos. Sois un puñado de principiantes que no reconocerían el entretenimiento aunque os propinara una patada en la cara. ¡Mirad! —Randolph dio un elegante salto en dirección a J. J., levantando el talón para golpearlo. Era tan grácil que J. J. se encontró admirando el cuerpo en movimiento en lugar de apartarse. Gonko, sin embargo, no estaba tan fascinado como él; se interpuso entre Randolph y J. J., sacó una barra de hierro de sus bolsillos y golpeó al acróbata en las costillas con un ruido sordo y musical. Randolph salió despedido por los aires, dando vueltas como un saltador de trampolín antes de aterrizar bruscamente en la hierba.

Los demás acróbatas observaron el cuerpo caído de su camarada y se volvieron

hacia Gonko, rodeándolo con un aire intimidatorio que J. J. no habría creído posible en unos hombres que llevaban mallas. Gonko se encaró con ellos enarbolando la barra de hierro, enseñando los dientes y asintiendo con la cabeza. Entonces sucedió algo inesperado: Goshy salvó el día. Todos los presentes, probablemente todos los que se hallaban en el parque de atracciones, se taparon los oídos con las manos cuando hendió el aire un ruido insoportable, más estridente que una sirena antiaérea, atronador como una explosión. Los payasos y los acróbatas se desplomaron, sepultando la cabeza entre los brazos. A continuación los acróbatas se pusieron en pie a duras penas y salieron corriendo.

J. J. había sido el primero en caer al suelo. Miró de soslayo a Goshy, cuyas facciones se habían contraído tensamente formando rollos pastosos alrededor de la boca y el cuello. Lo que más extraño encontraba J. J. era que Goshy les estaba dando la espalda a los demás mientras miraba atentamente la piqueta de un puesto gitano cercano. Era imposible creer que hubiera seguido la confrontación ni que se hubiera propuesto ponerle fin con aquel acceso; con toda probabilidad era algo que habría hecho de todas formas. Una gota de sangre le resbaló de la oreja.

El alarido cesó al fin. Doopy fue corriendo junto a su hermano.

—¡Goshy! —dijo con un suspiro sobrecogido—. Lo has hecho bieeeeeen. ¡Lo has hecho muy bien, Goshy!

Goshy tenía los brazos apretados rígidamente a ambos lados del cuerpo. Se volvió hacia Doopy, dio tres pasos arrastrando los pies, lo miró como si nunca lo hubiese visto antes y emitió un silbido quedo. Gonko se quitó los tapones para los oídos que se había sacado de los bolsillos y le dio una palmada en la espalda a Goshy. J. J. sintió un escalofrío mientras Doopy le limpiaba la sangre de la oreja a su hermano.

Los payasos reanudaron la marcha. Los feriantes se asomaban a las ventanas cuando pasaban, preguntándose qué demonios había producido ese ruido. Todos los que se hallaban en el parque se estaban preguntando lo mismo. Incluso Goshy.

Un charco de la sangre de Rufshod seguía tiñendo la hierba junto al escenario. Los payasos fueron los segundos en llegar. Los primeros habían sido los acróbatas, que los fulminaron con la mirada desde el otro lado de la estancia. Gonko les tiró un beso. Rápidamente llegaron los demás artistas para postergar la tensión, ya que no aliviarla. Entre ellos estaban los leñadores, hombres fornidos y musculosos vestidos con vaqueros que, a juzgar por sus modales, no necesitaban los músculos para sostener un gran peso de materia cerebral. Se rascaban y miraban en derredor con la mirada perdida. Algunos miembros de la parada de los monstruos estaban presentes, incluido Yeti, dos metros diez cubiertos de largo pelaje y un semblante profundamente apesadumbrado y amable. Niñopez empujaba la cabeza cortada en un carrito de la compra. Los monstruos se instalaron al fondo de la sala. Niñopez irradiaba afabilidad en todas direcciones. Al parecer era el único que no tenía enemigos. J. J. se preguntó

cómo lo conseguía.

Mugabo entró dando tumbos, como si hubiera llegado accidentalmente, y tomó asiento en el extremo izquierdo de la sala, con aire confuso. Shalice llegó a continuación y miró a su alrededor con sus ojos inflamados para tomarles la medida a todos los presentes. J. J. se agachó detrás de Doopy para que no lo viera. George Pilo entró en tromba tras ella, un metro veinte de cólera resentida, y se quedó a cierta distancia detrás del podio, sin mirar a nadie. Observaba atentamente las cajas atadas a las viguetas. Alguien, presumiblemente el propio George, había añadido otra cuerda que descendía por la viga maestra del trapecio y terminaba a sus pies.

De repente, J. J. cayó en la cuenta de que las cajas estaban justo encima del podio que había instalado George y palideció bajo el maquillaje al comprender su propósito. George se disponía a asesinar a Kurt... ¡y él, J. J., lo había ayudado a prepararlo! El miedo lo inundó como agua helada y se retorció en su asiento. Quizá hubiera tiempo para avisar al jefe...

Entonces este entró, recorriendo el pasillo entre las hileras de sillas, con las manos en los bolsillos, mirando a sus empleados con aquella sonrisa. Se dirigió directamente al podio y alzó las manos como para acallar a los espectadores, aunque estos no estaban hablando. J. J. se encogió aún más en el asiento, temeroso de mirar.

—Buenas tardes —dijo Kurt con una voz profunda y rica—. ¿Cómo estáis? ¿Que cómo estoy yo? Supongo que bien. No me han matado desde la última vez que hablamos, y lo mismo podría decirse de vosotros, de lo cual me alegro. Hemos estado ocupados esta semana. Dos funciones. Eso es mucho trabajo y os merecéis un aplauso. Casi todos habéis estado a la altura del listón de entretenimiento que el circo de la familia Pilo espera de sus artistas. Nuestro objetivo es proporcionar una inolvidable experiencia de entretenimiento a cualquiera que visite nuestro espectáculo. Así es como se sobrevive tanto tiempo en este negocio, amigos. Entreteniendo. Todo el mundo tiene derecho a entretenerse.

Aquella cháchara frívola se prolongó durante varios minutos, mientras los artistas miraban a cualquier parte menos al podio. J. J. observó nerviosamente a Kurt mientras este se cernía sobre todos los presentes, desgarrando el aire que lo rodeaba, haciendo ademanes civilizados con sus enormes manos como un león vestido de etiqueta.

—Ahora bien, hay algunas cuestiones desagradables. —La sonrisa de Kurt se convirtió en el ceño bonachón de un paciente maestro de escuela—. Hay diecisiete personas que han tomado el nombre de Dios en vano. Shalice lo ha hecho dos veces mientras copulaba, así que supongo que se le puede perdonar... Aunque suplicarle al salvador que te folle es un poco excesivo, Shalice. No podemos pedirle tanto. El monstruo Croqueta lo ha hecho una vez, hablando en sueños; buen trabajo, Niñopez, tienes mano dura. Entre los payasos, Rufshod lo ha hecho seis veces, Gonko diez, Winston dos y J. J. treinta y dos. Mi querido hermano George lo ha hecho once veces. Esta vez no habrá avisos por infracción, pero mantengamos las formas, por favor.

Hay muchas palabras. ¿Por qué hemos de usar la del señor? Tengamos eso presente.

Ante la mención de George, J. J. escrutó el escenario, pero George se había esfumado. En ese momento un movimiento atrajo su atención y vio que algo tiraba de la cuerda que ascendía por la torre del trapecio y discurría por el techo. En lo alto, una de las cajas sufrió una pequeña sacudida, se inclinó hacia un lado y ambas cajas cayeron.

Abajo, Kurt no perdió el compás del discurso, ni siquiera cuando las dos cajas se estrellaron contra el escenario a ambos lados de su cuerpo. En la mano tenía el paraguas que le habían prestado los payasos, que se había puesto justo encima de la cabeza una fracción de segundo antes de que las cajas le aplastasen el cráneo lampiño. El estruendo que produjeron las cajas al precipitarse contra el escenario de madera despertó bruscamente la atención de los artistas; las cajas se rompieron a causa del impacto y el contenido de las bolsas de arena rajadas se derramó con un débil siseo.

Kurt ni siquiera miró las cajas caídas. A sus espaldas, George estaba poniéndose colorado y haciendo aspavientos como un chimpancé presa de un ataque. Kurt dobló tranquilamente el paraguas y lo dejó a un lado mientras les recordaba a sus subordinados que no debían preguntarse qué podía hacer Jesús por ellos, sino qué podían hacer ellos por Jesús.

J. J. se mordió las uñas. No pasaba nada. Gonko y Winston apenas manifestaban un vago interés en el intento de asesinato.

—¡Winston! —susurró J. J.—. ¡Yo puse ahí esas cajas!

—¿Y qué? —replicó Winston.

—¿Cómo que y qué? ¿Es que eres corto de entendederas, joder?

—Silencio, por favor —dijo Kurt desde el podio. J. J. profirió un gañido de temor antes de poder contenerse. Winston se inclinó hacia él y le dijo:

—Esto no es nada que no hayamos visto ya mil veces. No importa que ayudas a George. Probablemente la semana que viene Kurt te pedirá que lo ayudes a cargarse a George. Haz lo que te digan y mantén la boca cerrada.

Kurt estaba concluyendo su discurso. George se marchó discretamente, tropezándose con sus propios pies y temblando de rabia.

—Parece que George creía que esta vez tenía una oportunidad —comentó Winston.

—Será divertido recibir órdenes de ese capullo esta noche —rezongó Gonko, y escupió.

Kurt terminó instándolos a que ese año no tirasen la casa por la ventana con sus regalos de cumpleaños, aunque podían hacerlo un poco si realmente lo deseaban. Todos los artistas se agitaron, aliviados de que el final de la reunión estuviera próximo.

De pronto se escuchó un sonoro crujido. Al parecer procedía de las viguetas. J. J. miró hacia arriba sobresaltado cuando la carpa entera pareció temblar. Las torres del

trapecio se bambolearon y el silencio se propagó entre los espectadores. Winston se metió inmediatamente debajo de la silla. Hasta Kurt se interrumpió y miró lenta y curiosamente a su alrededor. En ese momento las vigas maestras se derrumbaron hacia delante como árboles derribados y se oyó un restallido como el de una bandera ondeando en un viento fuerte. Sobre las viguetas horizontales se desplegó un estandarte atado a la misma vigueta en la que había estado Rufshod. Era una sábana blanca y había una palabra pintada en ella con letras rojas: «Libertad».

Entonces la carpa se desmoronó. Las vigas maestras se vinieron abajo, las viguetas se desplomaron hacia dentro y se produjo un estruendo desgarrador. Se elevó un chillido en el exterior de la carpa cuando esta se desplomó sobre sí misma, enterrándolos a todos bajo una gruesa tela. Hubo sordas colisiones cuando se rompieron los soportes metálicos y de madera, estrellándose contra las hileras de asientos. J. J. apenas tuvo tiempo de esconderse debajo de la silla antes de que un poste se precipitase justo a su lado. El suelo se estremeció a causa del impacto.

La voz de Kurt Pilo se escuchó entre los escombros desde el podio. Parecía ligeramente divertido.

—Vaya —dijo—, eso no me lo esperaba.

El aparente sabotaje habría de ser el origen de muchas conversaciones a lo largo de los días posteriores. Era extraño que no hubiese muerto nadie en lo que había venido a ser un intento de asesinar a todos los artistas. El vandalismo a una escala más pequeña no era insólito; siempre había alguien que se la tenía jurada a otro y la mayor parte de los componentes del espectáculo habían visto más cosas de las que les convenía, un afrodisiaco para la violencia fortuita. Por supuesto, la bandera había descartado la posibilidad de un accidente. ¿Libertad? Era una palabra bonita, pero nadie sabe cómo interpretarla.

Las primeras acusaciones se dirigieron contra George; a sus espaldas, claro. El hecho de que se hubiera escabullido de la carpa había resultado terriblemente conveniente. Si George era el culpable, se planteaban serias preguntas acerca de cómo debían pedirle cuentas; después de todo, era el segundo al mando y Kurt ya lo quería muerto. Pero George no tuvo que responder de ninguna acusación. A todos los miembros del espectáculo les habría encantado verlo retorciéndose por puro placer, pero nadie creía realmente que lo hubiera hecho él. La naturaleza caótica del atentado, que había dejado tanto en manos del azar, carecía de la firma de un maniático del control como George... Sencillamente no era su estilo.

Los que salieron peor parados fueron los acróbatas. Su escenario estaba en ruinas y su actuación se vio relegada a la alternativa más pequeña: la carpa que albergaba el escenario de los payasos. Cuando se produjo el anuncio, los que salieron peor parados fueron los payasos, y los acróbatas vieron la luz al final del túnel. No obstante, su espectáculo se vio reducido a números básicos sobre una esterilla de gimnasio hasta

que reconstruyeran su escenario, lo que no sería nada sencillo, puesto que nadie sabía exactamente cómo manipular la maquinaria para darle el efecto mágico necesario.

Los monstruos también estaban desconsolados, pues Niñopez había resultado gravemente herido; un poste maestro le había aplastado la cabeza. Lo único que lo salvó fue una visita al manipulador de materia. Mientras tanto Mugabo, presa del pánico, había desencadenado una pequeña tormenta de fuego, fundiendo parcialmente algunos aparatos que, por lo demás, se habrían podido arreglar. Ahora juraba que no volvería a actuar nunca y se negaba a permitir que alguien se acercara lo bastante para tratar las quemaduras que se había infligido a sí mismo.

El resto de las heridas habían sido de poca consideración. J. J. no tenía más que un hematoma en el hombro y una oscura mancha húmeda en la parte delantera de los pantalones a causa de una combinación de miedo y demasiados polos de helado. A otros les pitaban los oídos por culpa de Goshy, cuyos exabruptos y alaridos en medio de la catástrofe no habían ayudado a nadie. Después había estado hiperactivo durante horas, hasta que finalmente el silbido de la tetera se convirtió en el trino del periquito y todo el mundo consiguió relajarse.

—Bueno —comentó Gonko cuando ocuparon sus puestos ante la mesa de juego—, menudo espectáculo, ¿eh?

—¿Quién lo ha hecho, Gonko? —preguntó Doopy—. ¿Quién lo ha hecho? No deberían haberlo hecho, Gonko, no señor. Le dieron un susto a Goshy, Gonko, ¡le dieron un susto a Goshy!

—Por lo que parece también le dieron un susto al pequeño J. J. —observó Gonko—. A lo mejor quieres cambiarte de pantalones, corazón.

—Solo es sudor —le aseguró J. J., cruzando las piernas para disimular la mancha.

—Parece que Niñopez está bastante grave —intervino Winston mientras repartía una ronda de *blackjack*.

—Eso es terrible —declaró Gonko, descargando el puño sobre la mesa—. Niñopez no le ha hecho daño ni a una mosca. Pienso rajar de arriba abajo al culpable.

—¿Quién lo hecho, Gonko? —repitió Doopy—. ¿Quién ha sido el que lo ha hecho, Gonko? ¿Quién ha sido el que ha hecho lo que ha...?

—No tengo ni idea, Doops. Pero es una buena pregunta... Siempre has sido un tipo inquisitivo. ¿Quién iba a querer matar... a todo el mundo? ¿Y qué era esa mierda de «libertad»?

Algo encajó en la cabeza de J. J. *Recuerda esa palabra. Libertad.* ¡Winston! ¿Por qué no lo había recordado antes? Volvió la cabeza hacia Winston con la misma deliberación que había demostrado ante el juego de los payasos en el callejón de las casetas, igual de boquiabierto. Winston le dirigió una mirada despreocupada y comentó:

—Qué raro, ¿verdad? Odiaría estar en los pantalones... o sea, en los zapatos, del que haya colgado ese estandarte.

J. J. entendió la indirecta, pero siguió boquiabierto. Winston volvió a mirarlo

brevemente y chilló:

—J. J., ¿piensas apostar o te vas a quedar sentado chupándosela al hombre invisible toda la noche?

Aquello provocó una risita por parte de Gonko y J. J. cerró la boca.

—Sí que estás nervioso —le dijo Gonko a Winston—. Nunca te había oído hablar así.

—Sí, bueno, pasará algún tiempo hasta que nos devuelvan nuestro espectáculo, ¿verdad? —dijo Winston—. ¿Has oído lo que ha dicho George? Les han dado nuestro escenario a los acróbatas. ¿Cuánto tardarán en reconstruir el suyo?

—¡Joder, tienes razón! —gimió Gonko.

J. J. decidió que había llegado el momento de marcharse, pues permanecía tan incrédulo que no podía cerrar la boca delante de Winston.

—¡Oye! —rugió Gonko cuando se escabulló de la mesa—. ¿Adónde cojones vas? ¿Qué clase de partida de póquer se puede jugar con tres jugadores? —J. J. gimoteó y salió corriendo—. Nadie se cree esa mierda de actuación —exclamó Gonko a sus espaldas—. Te conozco, colega, te conozco muy bien.

Cuando volvió a su habitación J. J. se sentó en la cama y trató de pensar. Winston aún lo tenía cogido por los huevos, pero ¿acaso él no lo tenía también cogido por los huevos? Libertad. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué se lo había dicho a Jamie en un momento de sentimentalismo? Qué, ¿acaso creía que Jamie tenía alguna posibilidad de escapar del espectáculo? ¿Ese era el plan del viejo?

—Me parece —susurró J. J.— que quizá, sí, ese es su plan.

Se tumbó, reflexionando, y se golpeó la cabeza contra algo redondo y duro. Una sonrisa se dibujó en su cara mientras daba golpecitos a la bola de cristal. Sabía cómo iba a pasar el día siguiente. Sacó la bola de cristal de la funda, la acarició y dijo:

—Tú y yo contra el mundo, nena.

Incriminando a J. J.

Jamie despertó y pasó por lo mismo de siempre: vértigo, náuseas, terror y desconsuelo fatalista. Lo bueno era que el dolor físico ya no formaba parte del ritual. Como siempre, recordó que el día anterior había estado a punto de morir, en esta ocasión debido al derrumbamiento de las vigas maestras. Una de ellas se había estrellado junto a su cara; o la de J. J., mejor dicho. ¿Y cómo había reaccionado J. J. ante todo aquello? Después de haberse librado de la masacre no había pensado en ello ni por un segundo. No le importaba nada lo que le sucediera al cuerpo que compartían. *Voy a morir aquí*, se dijo Jamie con una certidumbre absoluta y serena. *El día menos pensado.*

Jamie despertaba así todas las mañanas y ese era el motivo de que normalmente se apresurase a maquillarse de inmediato. Pero aquella mañana no. Tenía que pensar. El día anterior había sucedido algo grande, algo que no concordaba con la dinámica de aquel lugar. Alguien había atentado contra todos los componentes del espectáculo; todos los importantes, al menos. No se había andado con tonterías, se había propuesto arrancarles la cabellera. Aquel estandarte: «Libertad». La palabra que Winston le había pedido que recordara. ¡Winston estaba al corriente! Tenía que estarlo.

Pensó en Winston, el único hombro en el que podía apoyarse.

Libertad.

O tal vez hubiera muchos hombros.

Observó el pequeño bote de maquillaje con una mirada de repugnancia. Aquel día se enfrentaría a aquel sitio siendo él mismo.

El resto de los miembros del circo estaban despertando y Jamie oyó que empezaban a limpiar la carpa del escenario de los acróbatas. Se puso los zapatones, una nariz roja, una camisa abultada a rayas y pantalones de lunares rosas estridentes. Comprobó dos veces los bolsillos y no encontró más que pelusa. Después de vestirse se sentó en la cama, escuchando, por si los payasos se hallaban en el salón. Parecía que estaba en silencio. Se levantó, abrió la puerta y tuvo que sofocar un grito; Goshy estaba justo delante una vez más, y solo Dios sabía cuánto tiempo había pasado contemplando los paneles de la puerta. ¿Toda la noche?

Jamie apretó con fuerza el picaporte de la puerta.

—Buenos días —consiguió decir.

Goshy lo miró sin cambiar de expresión. Jamie vio algo verde en su labio

superior, como una mancha de hierba.

—Buenos días, Goshy —repitió Jamie. Goshy respondió parpadeando, primero con el ojo derecho y después con el izquierdo. Emitió un silbido quedo y risueño y se volvió hacia el pasillo. Jamie, decidiendo que probablemente no era prudente pedirle que se moviera, se deslizó por el estrecho hueco que había entre la puerta y el hombro de Goshy, haciendo todo lo posible por evitar el contacto con este.

Miró nerviosamente a ambos lados del pasillo, intentando acordarse de cuál era la habitación de Winston. Llamó a la puerta y desde el otro lado escuchó la voz del viejo payaso diciendo:

—¿Eh? ¿Quién es?

—Jamie.

Se escuchó el chirrido de los muelles de la cama.

—¿J. J.?

—Jamie.

—¿Jamie? Pasa.

Entró y se sentó en un espacio despejado en el suelo junto a la cama de Winston. Este se incorporó bostezando.

—Hacía tiempo que no te veía —comentó.

—Sí. Escucha... Hoy no quiero ponerme el maquillaje.

Winston se rascó la barbilla y se hurgó en la oreja con un bastoncillo de algodón.

—Has elegido un mal día —le advirtió—. Hoy vamos a ensayar. Van a hacer que participes en la actuación. Tenemos que mantenernos en buena forma por si volvemos a actuar.

—¿Por qué no puedo hacerlo como estoy ahora?

—Podrías hacerte daño. Quizá morir. El maquillaje no solo te convierte en un cretino traicionero, recuérdalo. —Jamie bajó la mirada—. Mira, lo siento —dijo Winston—, y los dos sabemos que no es culpa tuya, pero es la verdad. Seamos francos. —El viejo payaso se reclinó y exhaló un suspiro—. Te has metido en un buen lío, ¿eh? No puedo decirte nada porque cuando te maquilles se lo contarás a todo el mundo.

—¿Qué pasa con los pantalones? —dijo Jamie—. J. J. cree que lo tienes cogido por los huevos. No quiere que te enfades con él.

—Eso es estupendo, pero permíteme decirte que si J. J. supiera todo lo que hay que saber me tendría cogido a mí. Y no corro peligro al decírtelo porque es mi palabra contra la suya. Estoy aquí desde hace más tiempo, me creerían a mí. —Winston guardó silencio y meneó la cabeza—. No sé qué hacer contigo, Jamie. No tengo la menor idea.

—Y si... ¿Y si me encargase de que supieras más trapos sucios de J. J. que él de ti? ¿Qué pasaría entonces?

Winston enarcó las cejas.

—Continúa.

Jamie se inclinó hacia delante.

—Si hoy hiciese algo, algo realmente incriminatorio, y saliera impune, pero de algún modo consiguiera darte pruebas de ello, J. J. quedaría en tus manos. A lo mejor estarías lo bastante protegido para decirme qué significa eso de la libertad.

Winston miró apresuradamente hacia la puerta y después a Jamie.

—*Shh*. Por amor de Dios, Jamie, baja la voz.

Jamie hizo una mueca.

—Lo siento.

Winston se reclinó en la cama, pensando.

—Supongo que eso podría funcionar —admitió—. Pero ¿sabes el riesgo que corres? Si te cogen... no será divertido, hijo. No quieras saber lo que pueden hacerte.

—Tienes razón, probablemente no quiero —suspiró Jamie—. Es que estoy harto de despertarme así, de sentirme así. No lo aguantaré mucho más.

Winston asintió.

—Tiempos desesperados y todo eso, ¿eh? Bueno, será mejor que decidamos qué juerga vas a montar hoy.

—Winston, hay una cosa que quiero preguntarte desde hace tiempo.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué tú no cambias? ¿Cuando te pones el maquillaje?

Winston esbozó un atisbo de sonrisa.

—No me lo pongo —dijo, y sacó una cajita de debajo de la cama—. Esto es maquillaje corriente. Del exterior. No es lo que fabrican en la casa de la risa. Nadie nota ninguna diferencia. Sencillamente me pongo arisco. No es difícil. Mi personalidad escénica no es muy distinta de la verdadera. Supongo que he tenido suerte en ese sentido.

—Pero ¿cómo consigues actuar?

—Me aseguro de que me den los papeles que no sean peligrosos. No es sencillo, te lo advierto. Le digo a Gonko que me duele demasiado la espalda para hacer los números difíciles. A pesar de todo tengo muchos moratones y a veces tengo que arriesgarme con los números peligrosos. Y para ti, J. J., si te acuerdas de esta pequeña charla, recuerda que puedo ponerme el verdadero maquillaje cuando quiera y romperte el maldito cuello.

Jamie parpadeó, sorprendido por la inesperada ferocidad de la voz de Winston.

—Ahora vete de aquí, Jamie. Pensaré un poco en lo que puedes hacer... si estás seguro de que eso es lo más acertado.

—No veo ninguna otra forma. De verdad que no.

Winston se encogió de hombros.

—Ahora que lo mencionas, yo tampoco.

Jamie volvió a su habitación y esperó, intentado que su pulso se acompasara y tratando de no pensar. Media hora después Gonko asomó la cabeza por la puerta y le espetó:

—Ensayo a la una. Chapucillas a las once de la noche. La vida es una mierda, pero hay que seguir adelante, joder.

La espera fue agónica hasta que Winston ideó un plan. Jamie anhelaba el desdén de J. J. por la muerte; quizá no fuese realista, pero era efectivo. Cuando Winston entró al fin llevaba una mochila. Apretó la oreja contra la puerta para asegurarse de que estaban a solas, abrió la bolsa y sacó una sábana blanca doblada. Se trataba de una versión reducida del estandarte que se había desplegado antes del hundimiento de la carpa, en el que figuraba la palabra «libertad» escrita con pintura roja. Winston habló en un susurro.

—He aquí lo que harás. Cuelga esto en la carpa de la parada de los monstruos. Habrá una escalera dentro. Súbete a las viguetas más altas y cuélgalo. Cuando termines encontrarás una nota pegada a la cara interior de la portezuela principal. Arráncala, lee lo que dice y trágatela.

—¿Y si me ven?

—Pues tendrás que asegurarte de que eso no ocurra. Eres amigo del nuevo ayudante de Niñopez, ¿no? ¿Cómo se llama, Steve? ¿Lo visitas de vez en cuando?

—Sí.

—Ahí tienes tu coartada. Ahora vete, deprisa.

—¿No me verán los monstruos?

Winston meneó la cabeza y se fue sin decir nada más, mientras Jamie se preguntaba por qué estaba tan seguro de ello. Comprobó el reloj de bolsillo que J. J. había robado en el callejón de las casetas: quedaban dos horas para el ensayo. Suspirando, cogió el estandarte y se lo metió debajo de la camisa, que era lo bastante abultada para disimularlo. Atravesó el salón y se internó en el camino principal intentando caminar como J. J., doblando demasiado las rodillas, ajustándose la entrepierna y mirando con el ceño fruncido a los gitanos que pasaban. Se sentía estúpido. Enseguida llegó a la casa de la risa, ante la que como de costumbre se hallaba Damian, el guardián, encapuchado y quieto; parecía que no se movía nunca. Jamie creyó atisbar algo que se agitaba en una ventana elevada, una cortina que volvía a su sitio, pero no estaba seguro.

Más allá de la casa de la risa había una serie de pequeñas casuchas de madera podrida y pintura descascarillada, casas de gitanos. Las atravesó intentando pasar desapercibido y sintió que estaba a salvo en ese aspecto; el distante murmullo indicaba que la mayoría de los feriantes se encontraban limpiando los escombros de la carpa del escenario de los acróbatas. La parte trasera de la parada de los monstruos estaba sumida en la penumbra. La misteriosa cerca de madera discurría detrás de ella. Jamie espió entre dos tablones, pensando en escapar por primera vez desde hacía mucho tiempo, pero no vio nada al otro lado, tan solo la niebla blanca que J. J. había visto desde el tejado. Apretó la oreja contra la áspera madera y le sorprendió percibir

un sonido parecido al que se escucha al pegar la oreja a una caracola; el océano lejano.

Se sentía tentado a saltar la cerca cuando lo sobresaltó un ruido procedente de una barraca de gitanos próxima. Se trataba de un estrépito seguido de voces enojadas, una masculina y otra femenina, que gritaban en español. Fue corriendo a la carpa de la parada de los monstruos y encontró una abertura en la tela. Se detuvo cuando la disputa de los gitanos se tornó explosiva; la mujer profirió un grito estridente y a continuación hubo un silencio ominoso. Un hombre fornido de cincuenta y tantos años abrió la puerta trasera de la barraca de una patada, luciendo una olivácea barriga cervecera que se derramaba sobre los pantalones. Sobre el hombro llevaba el cuerpo inerte de una mujer de mediana edad con la parte posterior de la cabeza abierta y rezumando gotas rojas. El gitano la arrojó al suelo junto a la cerca. Jamie hizo una mueca y se agachó para entrar en la parada de los monstruos.

No es más que un asesinato. Son cosas que pasan.

—Vamos —susurró, intentado calmar sus nervios; se sentía peligrosamente cerca de venirse abajo allí mismo. Se mordió los nudillos hasta que le dolieron, contó hasta diez y se controló. *Aquí ocurren cosas peores que esa*, imaginó que le decía la voz de Winston. *Te pasarán cosas peores. Ponte a trabajar.*

A su alrededor la parada de los monstruos estaba oscura, como de costumbre, a excepción de las bombillas amarillas de las incubadoras, que brillaban sobre las atrocidades. En aquel momento las incubadoras estaban vacías y la luz parecía obscena, la clase de luz que uno esperaría encontrar en el sótano de un asesino en serie, iluminando una mesa de operaciones, paredes insonorizadas, manchas rojas y objetos afilados.

El único espécimen que seguía allí era Croqueta, la cabeza cortada. Croqueta estaba sumergido en agua hasta la barbilla y tenía los ojos cerrados. La escalera de hojalata estaba tirada en el suelo junto a la pared. Jamie la puso en pie apoyándola en una viga maestra y se quitó los zapatones de payaso. Los peldaños se le clavaban fuertemente en los pies mientras subía, hasta que tuvo que inclinar la cabeza bajo el techo. Enrolló el estandarte alrededor de las viguetas, sintiendo que de repente le flaqueaban las piernas mientras intentaba no imaginarse a sí mismo cayéndose.

Mientras trataba de ajustar el estandarte sobre la vigueta, una luz brillante estalló abajo con una detonación. Tuvo que hacer un esfuerzo para no perder el equilibrio debido al sobresalto y miró frenéticamente en derredor, mientras le palpitaba violentamente el corazón. Alguien estaba saliendo furtivamente por la portezuela de la parada de los monstruos. Winston. ¿Qué demonios había sido ese ruido? ¿Una cámara? Maldijo a Winston por no haberle avisado de aquella parte del plan. Bueno, ahora no había duda de que estaba incriminado. Joder, esperaba que pudiese confiar en el viejo.

Bajó la escalera y comprobó irritado que el estandarte estaba al revés. Fue corriendo a la portezuela principal, deteniéndose para asegurarse de que la cabeza

cortada seguía durmiendo, y palpó la tela en busca de la nota que debía encontrar... Allí estaba. La arrancó de la pared y fue corriendo a una de las incubadoras para leerla bajo la luz amarilla:

Tira la cabeza. Hazlo en último lugar. Primero destroza las vitrinas de cristal. La cabeza está sedada, no te oirá. Luego vete. Toma un desvío para volver a la carpa de los payasos, por detrás de esta carpa, siguiendo el trazado de la cerca. Que no te vean.

—Jo, tío —susurró Jamie. Buscó a su alrededor una forma de romper las vitrinas de cristal y su mirada se posó en algo que estaba apoyado contra la jaula de Yeti: una barra de hierro. Winston había pensado en todo. La cogió y fue corriendo al cuenco de Croqueta, donde tosió, chasqueó los dedos y dio golpecitos en el cristal; no se produjo ninguna reacción. *Allá vamos*, pensó. La imponente incubadora de cristal fue la primera; el primer golpe combó el cristal, provocando una telaraña de grietas. Dos golpes más y se hizo añicos en pequeñas esquirlas de cristal que se desparramaron por el suelo, como si fueran confeti, con una tormenta de ruidos vibrantes. El puesto de Sebo fue el siguiente; un golpe hizo un agujero dentado en la pared izquierda y otro acabó con ella. Los cristales se esparcieron por el suelo y sobre la repugnante supuración de color de carne seca. A continuación, la vitrina en forma de ataúd de cristal. Un golpe contundente y la redujo a pedazos.

De repente oyó que alguien estaba gritando a lo lejos; parecía George Pilo. Si podía oír a George, este podía oírlo a él; tenía que apresurarse. Echó un vistazo a los restantes especímenes; la jaula de Yeti era de hierro, de modo que no había gran cosa que pudiese hacer con ella. Eso dejaba la cabeza cortada dentro del cuenco. Jamie fue corriendo y le propinó una patada a la base, que se bamboleó y cayó, y Croqueta cayó salpicando al suelo y rodó hasta detenerse contra la escalera, dando vueltas sobre la calva.

Era el momento de escapar. Llegó a las sombras que había al fondo de la parada de los monstruos y había introducido la mitad de su cuerpo por la misma abertura por la que había accedido cuando George Pilo entró en tromba por la portezuela principal, un metro veinte de cólera.

—¿Quién anda ahí? —gritó George—. ¿Quién anda ahí?

Jamie echó a correr siguiendo el curso de la cerca, por detrás de la casa de la risa, y se paró cuando un movimiento atrajo su mirada. El gitano se encontraba detrás de él, llevando al hombro a la mujer muerta, cuyo cuerpo oscilaba como el de una muñeca de gran tamaño. Jamie siguió corriendo, y se detuvo para mirar hacia atrás una sola vez, cuando el gitano se subió a un cubo de basura y arrojó el cuerpo por encima de la cerca. El vestido de la mujer se enganchó momentáneamente en la parte superior; la cabeza sin vida se bamboleó y el cabello realizó un movimiento de vaivén antes de que el vestido se desgarrara y cayera a lo que hubiera al otro lado.

Jamie volvió corriendo a la carpa de los payasos, para poder rendirse al pánico en la seguridad de su habitación.

Todo había salido a la perfección, que él supiera, pero los minutos que pasaban eran agónicos. En cualquier segundo, la estridente voz de George Pilo se escucharía desde el salón: «¡Que salga J. J.! ¡Se ha ganado un viaje en la casa de la risa, ha conseguido una entrada gratis!».

En efecto, inmediatamente se formó un revuelo allí fuera. Doopy estaba bramando:

—¡Chicos! ¡Chicos! ¡Han atacado la parada de los monstruos, chicos! Lo han hecho otra vez, han cogido y lo han hecho, ¡lo han cogihecho!

—¿De qué cojones estás hablando? —gritó Gonko desde su habitación.

—¡Han atacado la parada de los monstruos, Gonko! ¡Gonko, han destrozado la parada de los monstruos!

—¿Quién lo ha hecho? —exclamó Gonko.

—¡No sé quién lo ha hecho, Gonko! ¿Quién lo ha hecho, Gonko?

—Qué tonto eres, Doops. ¡Payasos! Que salga todo el mundo. ¡Recuento de personas!

Jamie salió corriendo antes de tener ocasión de pensar con cuánta facilidad se percataría Gonko de su culpabilidad... Se le veía por todas partes, tenía que verse. Rezumaba de sus poros, apestaba a ella. Lo miraría a los ojos y todo habría acabado.

—Recuento de personas —volvió a chillar Gonko—. Vamos, ha pasado algo. Nadie nos lo va a colgar a nosotros si puedo evitarlo. Que todo el mundo salga enseguida. No hagáis enfadar a Gonko.

Jamie se detuvo en el pasillo. Tenía pequeñas esquirlas de cristal en los pantalones. Volvió corriendo a su habitación, se quitó los pantalones, se interrumpió... No podía hacerlo, no podía enfrentarse a ellos. Lo matarían en dos minutos. Fue al armario, cogió el maquillaje, se embadurnó las mejillas, cogió el espejo de mano, se echó un vistazo y...

J. J. se quedó completamente inmóvil. Estaba sin habla. La hora anterior se reprodujo rápidamente ante su incrédula imaginación.

—¡Goshy y J. J. venid aquí ahora mismooooo! —gritó Gonko.

J. J. dio un respingo y fue corriendo al salón. El resto de los payasos ya estaban allí, incluido Winston. J. J. gruñó y enseñó los dientes.

—De acuerdo, estamos todos aquí —anunció Gonko—. No había visto a un puñado de cabrones más inocentes en toda mi vida. Chico, qué bien, no podrían hacerle daño a un cachorro ni con una sierra eléctrica. J. J., ponte unos pantalones y que sea la última vez que tenga que darte esa instrucción en particular.

—Sí, jefe —dijo J. J. con un tono susurrante y suave. Fulminó con la mirada a Winston, que se la devolvió mansamente. Después de que se hubiera cambiado, Gonko condujo a los payasos a la parada de los monstruos. J. J. se acercó sigilosamente a Winston y lo cogió por el hombro, llevándoselo donde los demás no

podieran oírlo—. Eso ha sido un golpe muy pero que muy bajo —susurró.

Winston volvió a dirigirle aquella mirada mansa y dijo:

—No sabría decirte. Yo no lo he hecho.

—Ya recibirás tu merecido —gruñó J. J. Estaba temblando de ira.

—Esa fotografía quedará muy bien en un bonito marco, colgada en la puerta de la caravana de Kurt. Realmente ha capturado tu belleza.

J. J. asimiló las ramificaciones de aquello y decidió cambiar de táctica.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad? No estoy preocupado por mí... Es por Jamie. El pobre Jamie no ha pedido nada de esto... Él solo... Él... —J. J. hablaba con voz ahogada por la emoción.

Winston se limitó a menear la cabeza asqueado y se apresuró para dar alcance a los demás.

—Cabrón —escupió J. J. ¿Cómo podía Jamie haberse creído aquella actuación de abuelo bondadoso? ¿Cómo podía?—. Jamie, tú también recibirás tu merecido —dijo.

Y lo decía en serio.

Se había congregado una muchedumbre dentro de la parada de los monstruos que observaba en silencio las incubadoras destrozadas y el estandarte que seguía colgado cabeza abajo de las viguetas. Kurt Pilo se había acercado para averiguar a qué se debía tanto alboroto. J. J. lo observó atentamente; los labios de pez de Kurt estaban arqueados en aquella sonrisa afable, pero su frente aparecía apretada como un puño. El efecto en conjunto era de un ceño perplejo, como un hombre en una habitación llena de gente que se ríe y sospecha que se están riendo de él, pero no está seguro. Gonko se acercó sigilosamente a Kurt; J. J. advirtió que Gonko era el único que se atrevía a acercarse a él en ese momento. Ambos intercambiaron algunas palabras. Gonko volvió junto a los payasos y silbó quedamente.

—No está contento —comentó.

Doopy le tironeó de la camisa.

—Gonko, ¿quién lo ha hecho, Gonko?

—*Shh*. Luego.

Kurt se dirigió rápidamente a la entrada de la parada de los monstruos y se aclaró la garganta.

—Amigos —dijo—, hemos sufrido un nuevo acto vandálico. Me parece que esto no ha sido un accidente.

—No me digas, Kurt —murmuró Gonko.

—Me duele pensar —prosiguió Kurt— que entre mis queridos empleados... y amigos... se oculta el perpetrador, que se regodea con el dolor que ha infligido a nuestros queridos monstruos. Regodearse con el dolor está expresamente prohibido; ¿cuántas veces he de decirlo? Recordemos que aquí somos una familia. Esto es el circo, vosotros sois la familia y yo soy el Pilo. Esta clase de violencia está bien para

los amigos, pero no en la familia. A lo largo de los próximos días entrevistaré al cabecilla de cada equipo.

Kurt anunció todo aquello con una voz que era casi amable mientras sus ojos bestiales deambulaban sobre las caras de los espectadores. J. J. sintió el paso de su mirada como un haz de luz caliente, pero los labios de pez seguían arqueados hacia arriba y las mejillas seguían coloradas de alegría.

—Dos cosas más —dijo Kurt—. El que tenga la bola de cristal de Shalice, nos gustaría que la devolviera, por favor. Cualquiera que sepa dónde está... Supongo que habrá una recompensa. —Y como si se le acabara de ocurrir añadió—: Ah, una recompensa si me decís dónde está. Y por último... —La sonrisa de Kurt se ensanchó y por un momento el fuego abandonó sus ojos—. Aunque mi hermano George fuera el primero en llegar, y aunque estaba, digamos, merodeando por la zona durante el delito... antes y durante el delito... de hecho, estaba aquí mismo mientras se producía el delito... y aunque no pueda identificar al culpable, aunque fuera a plena luz del día, preferiría no oír murmuraciones sugiriendo que lo hizo él. De hecho, preferiría que no se diera a conocer su proximidad íntima y calumniosa al delito, y mucho menos que se hablase de ella. ¡Que Dios os bendiga!

Gonko y Winston intercambiaron una mirada divertida. J. J. respiró un poco más aliviado. Ahora podía dedicarse a reprimir el impulso de cometer un asesinato cada vez que viese a Winston. No iba a ser fácil.

Los payasos tenían un ensayo y J. J. fue acorralado y arrastrado a la esterilla de gimnasio antes de que pudiera escapar. Le explicaron cuál iba ser su primer número: el del rodillo.

—Como esa vez en tu habitación —dijo Gonko—. Un clásico. Bajaste las escaleras como una ama de casa gruñona con arena en el coño. ¿Recuerdas?

—Sí, sí —contestó J. J. con amargura.

—Tengo ese mismo rodillo. Me lo llevé aquella noche. Junto con tu permiso de conducir. Esas cosas vienen bien de vez en cuando. Aquí tienes. —Gonko le arrojó el rodillo. J. J. lo cogió haciendo un mohín—. Ahora —dijo Gonko—, Goshy, ponte ahí delante. Mantén esa expresión, es perfecta. J. J., tíraselo a Goshy.

Goshy, sorprendido, parpadeó con el ojo izquierdo; el derecho pareció entrecerrarse... *Te desafío*.

Las facciones de J. J. se contrajeron. Había estallado en llanto.

—Yo... no quiero...

—¡J. J.! —rugió Gonko—. ¡Tira el puto rodillo!

J. J. gimoteó y lo tiró. Goshy emitió un pitido de sorpresa cuanto el rodillo lo golpeó en la barriga, rebotó y salió disparado en dirección a la cabeza de J. J. Este se agachó hacia un lado justo a tiempo, pero estuvo a punto de recibir el impacto. Goshy abrió y cerró la boca en silencio; clavó los dos ojos en J. J.

—Lo siento —jadeó J. J., arrojándose al suelo a los pies de Goshy—. Lo siento. Estaba siguiendo órdenes. No quería... Me ha obligado...

Goshy lo miró sin pestañear.

—Déjalo, J. J. —dijo Gonko. Parecía asqueado—. Goshy es un profesional. No es nada personal. Joder, Ruf da patadas en las pelotas en el escenario en casi todas las funciones. A mí nunca me ha importado. Levántate y vuelve a tirárselo.

De modo que J. J. arrojó el rodillo una y otra vez, agachándose hacia un lado y esquivándolo a duras penas cada una de las veces. Parecía que Goshy le apuntaba con la barriga, dirigiendo el rodillo hacia donde se había agachado tras el anterior lanzamiento. Le rodaban lágrimas por la cara y susurraba disculpas sin cesar, pero era imposible decir si Goshy las comprendía siquiera. Su ojo derecho no parpadeaba, no se apartaba en ningún momento de la cara de J. J., mientras que el izquierdo seguía el movimiento del rodillo.

Cuando el ensayo terminó al fin, J. J. serenó sus nervios observando la bola de cristal, que estaba empezando a amar más que a la vida misma. Buscó pistas sobre aquello de la «libertad». Observó a Niñopez mientras subía la escalera para quitar el estandarte, con la cabeza todavía vendada tras el hundimiento de la carpa del escenario. Aún había cristales rotos esparcidos por el suelo de la parada de los monstruos. De repente, Kurt Pilo entró tranquilamente en la carpa y J. J. se retiró de inmediato. Echó un vistazo a Winston, pero no averiguó el paradero de la maldita fotografía, de modo que espío a Goshy y a Doopy; ambos estaban en la habitación de Goshy, con la planta que aún tenía el anillo de compromiso metido en un tallo. Era difícil decirlo, pero parecía que Goshy y la planta estaban teniendo una suerte de riña de enamorados y que Doopy estaba haciendo las veces de mediador.

—Cabrones enfermos —susurró J. J., dirigiéndose ahora hacia los leñadores.

Estos se habían congregado alrededor de uno de sus camaradas, que según parecía se había caído desde una gran altura y tenía un brazo doblado en un ángulo extraño. J. J. meneó la cabeza; sin duda eran los hijos de puta más desafortunados de todo el espectáculo. Cada vez que les echaba un vistazo, alguien estaba tropezando, estallando en llamas o recibiendo el impacto de una cabeza de hacha voladora en los sesos.

Suspiró; aquel día no estaba pasando gran cosa. Hasta Mugabo se encontraba bastante tranquilo en su laboratorio de pócimas, elaborando brebajes. Solo cuando la visión de la bola pasó ante la casa de la risa algo atrajo su interés. Una figura estaba saliendo furtivamente a cuatro patas por la puerta principal sobre los rieles de los vagones. J. J. la enfocó más de cerca y gruñó de sorpresa: se trataba del aprendiz, al que había visto por última vez huyendo de la carpa con la ropa en llamas. Damian, el guardián de la casa de la risa, no movió ni un músculo cuando el aprendiz pasó estremeciéndose delante de él. Parecía que acababa de escapar de un campo de

concentración; estaba delgado, famélico y la ropa le colgaba de los miembros marchitos. Tenía la piel ennegrecida y quemada y se le estaba desprendiendo de la cara. Sus ojos, antes huidizos y llenos de malicia hosca, ahora estaban dilatados y aterrorizados y no pestañeaban. Emanaba humo de su ropa en volutas blancas. Se arrastró hasta una franja de sombra y se quedó sentado, temblando.

J. J. silbó. De modo que eso era lo que pasaba cuando Gonko se enfadaba. Aquello planteaba la siguiente pregunta: ¿qué pasaba cuando se enfadaba J. J.?

Trabajos externos

Tal como Gonko había predicho, George Pilo estaba de un pésimo humor cuando llegó el momento de encomendarles las misiones de aquella noche a los payasos. No era que George hubiese esperado que el intento de asesinato de Kurt tuviese éxito; lo que lo enfurecía era la perezosa facilidad con la que Kurt lo había visto venir y lo había rechazado. El solo hecho de descubrir algo de congoja habría supuesto un triunfo para George; si hubiera visto aquella atontada sonrisa de labios de pez vacilando delante de los artistas habría estado como unas pascuas durante meses.

En cuanto al sabotaje de la carpa entera, eso sí que había sido una sorpresa. Cuando se sobrepuso a la sorpresa, George se puso furioso; pero bien mirado, lo estaba siempre. Cuando Kurt padre legó en su testamento el setenta por ciento del espectáculo a Kurt júnior hacía unos cuatrocientos setenta años, las heridas se abrieron violentamente y desde entonces nunca habían dejado de sangrar. Media hora después de redactar dicho testamento, Kurt le había arrancado a su padre la mitad de la cara de un mordisco, como si fuera un trozo de fruta.

En cuanto al sabotaje, la idea de que alguien hubiera atentado contra su espectáculo le resultaba tan absolutamente insufrible que George sentía que la cólera le supuraba por la piel, se evaporaba en ráfagas de calor yapestaba el aire que lo rodeaba. Y aquella tarde, quién lo hubiera dicho: el sabotaje número dos. George lo había visto venir, o para ser más precisos, lo había visto Shalice. Había tenido una de esas mierdas de empatía con el futuro y se lo había advertido de inmediato. Se había demorado junto a la parada de los monstruos, había visto que Niñopez y su tropa salían a dar una vuelta, había visto a Winston que entraba y salía rápidamente, había visto que no iba a pasar nada y se había marchado para darle una tunda a la adivina por haberle hecho perder el tiempo. Después había oído el ruido de los cristales rotos.

Esos eran los ingredientes del mal humor de George. Cuando a las once los payasos se presentaron en la puerta de su caravana la abrió con tanta fuerza que los feriantes del callejón de las casetas creyeron haber oído un disparo.

—¿Qué es lo que queréis? —les gritó a los payasos, olvidando momentáneamente, a causa de la rabia, que habían ido siguiendo sus órdenes.

—Nada más que servirte, George —contestó Gonko al mismo tiempo que hacía una reverencia, con un centelleo de buen humor en los ojos. George se acordó de las chapucillas, frunció el ceño amargamente y fue a buscar las instrucciones.

En el umbral, Gonko se volvió a sus tropas para indicarles con un gesto que guardasen silencio.

—Georgie ha tenido un mal día —susurró—. Yo me encargo de él. Que todo el mundo se porte bien.

George regresó, cerró la puerta de un portazo a sus espaldas con la misma violencia y vio que los payasos estaban sonriéndole con aire compasivo. Emitió un gruñido asqueado desde el fondo de la garganta.

—Es un trabajo sencillo —espetó—. Salid ahí fuera y quemad la casa que hay en esa dirección. —George le arrojó un sobre a Gonko. El sobre le rebotó en la frente y cayó en sus manos—. Después dadle una paliza al hombre que veáis caminando por esta calle a la hora indicada. —Arrojó otro sobre a la frente de Gonko, pero este lo atrapó en el aire—. Luego robad este coche. Destrozaadlo y volved. Tres trabajos. Sencillo. —Tras una pausa arrojó el último sobre, que se estrelló contra la barbilla de Gonko—. ¿Lo habéis entendido, capullos inútiles?

—Sí, George, está más claro que el agua —asintió Gonko con tono complaciente. George cerró la puerta de un portazo.

Gonko se aclaró la garganta.

—¿George?

—¿Qué?

—Seguro que los pases nos vendrían bien.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse en un instante, durante el cual arrojó una bolsita que golpeó a Gonko en el pecho. Este rebuscó en su interior y sacó un manojito de tarjetas de plástico, cada una de ellas conectada a un lazo de cuerda. Había una para cada payaso.

—Pases —explicó Gonko mientras le entregaba uno a J. J.—. No se puede ir sin un pase. Póntelo y como lo pierdas, te despellejo. Vámonos.

—No me gusta irme, Gonko. ¡No me gusta!

—Ese pigmeo es precisamente la razón de que nunca deba darse autoridad a los bajitos —declaró Gonko, señalando con el pulgar la caravana de George.

Condujo a los payasos (solo estaba ausente Rufshod, que seguía recuperándose de las costillas aplastadas) a través de los puestos y los juegos desocupados del callejón de las casetas. Recorriendo senderos que J. J. no había explorado aún, llegaron a un entramado de calles oscuras que recordaban a los barrios bajos de Londres. Allí no había brillo carnavalesco; apestaba y estaba mugriento, y los cristales rotos crujían bajo sus pies. Enanos con caras malévolas los observaban desde las ventanas y los callejones. J. J. los miró con el ceño fruncido y ellos le devolvieron la mirada; se había ganado cierta fama de villano en aquellos círculos y nadie se atrevía a acercarse a él.

Llegaron a una pequeña letrina portátil instalada en un callejón oscuro y estrecho. Gonko abrió la puerta. Había una pequeña abertura junto a la pared del fondo. Pasó la tarjeta por ella y se encendió una lucecita roja. Los demás payasos hicieron lo mismo. J. J. entró el último, apretándose incómodamente contra Goshy, cuyo aliento olía a fruta podrida. Gonko tiró de una palanca del techo, que semejaba una palanca de

cambios, para colocarla en una muesca que indicaba «ciudad 4». Se oyó un chirrido en lo alto cuando el ascensor se elevó. El ascenso fue largo y J. J. no sabía cuánto tiempo podría soportarlo: el aliento de Goshy empeoraba a cada segundo que pasaba, filtrándose como un caracol por las aletas de su nariz. Cuando al fin se detuvieron, abrió la puerta de un empujón y salió al aire nocturno dando tumbos, carraspeando y escupiendo.

Parpadeó y miró en derredor. Se hallaban en medio del solar de una obra, y comprobó con asombro que reconocía las calles circundantes. Estaban en Brisbane, a menos de un kilómetro y medio del lugar que Jamie había llamado hogar. A su alrededor había hormigoneras y máquinas pesadas, inmóviles como fósiles de animales mecánicos en torno a un edificio de apartamentos a medio construir.

—Aquí estamos —anunció Gonko, escupiendo al solar; la gravilla crujía bajo sus zapatos—. La vieja Brisbane —musitó—. Un vertedero infecto. Se cree que ahora es una ciudad. Y una mierda. Aquí no hay bastantes asesinatos para considerarla una ciudad, ni mucho menos. El primer trabajo es aquí y los dos siguientes en Sídney, un vertedero infecto más grande.

J. J. siguió a Gonko, que se dirigía a la verja, y para su alarma Goshy lo siguió a él, arrastrando los pies justo detrás, lo bastante cerca para que se entrecocaran sus cabezas. J. J. profirió un chillido de pánico y estuvo a punto de mearse encima. Doopy se percató del problema y fue corriendo para sujetar a su hermano por los hombros.

—No, Goshy... Es J. J., Goshy, es J. J. Es el que tira el rodillo, Goshy. Es el que tira el rodillo.

Goshy observó a J. J. con frialdad ajena. Abrió y cerró la boca. J. J. se estremeció y pensó: *O bien es el rey de los mentirosos o bien es el cabrón más tonto del planeta.*

—Es un payaso, Goshy —le aseguró Doopy a su hermano—. Ahora vamos, tenemos cosas que hacer.

Gonko estaba junto a la verja, leyendo las instrucciones de George a la llama de un mechero. Cuando Goshy se hubo alejado a una distancia prudente, J. J. se volvió a mirar la letrina, que pasaba inadvertida detrás de una excavadora. La señaló y le preguntó:

—Gonko, ¿así es como los primos entran en el espectáculo?

Gonko alzó la mirada.

—¿Eh? ¿Nadie te ha explicado cómo metemos a los primos en el espectáculo? Por el ascensor no. ¿Qué pensabas, que cien personas se metían simultáneamente en un maldito retrete portátil? Winston, díselo.

—Los que llevan a los primos son los cobradores de entradas —le explicó Winston—. Encuentran circos que se están celebrando aquí, en el mundo real, como esas ferias anuales que hay en las capitales. Ponen la puerta allí, en un lugar donde nadie advierta nada raro, a veces en las entradas auténticas. Las puertas son como telas de araña. Los primos acceden a nuestro espectáculo a través de ellas.

—¿Y eso cómo funciona? —insistió J. J.

—¿Las puertas? No sé cómo funcionan. Son parte de los chismes que reunió Pilo padre durante sus viajes por el mundo. Algunos dicen que robó muchas cosas de las pirámides. Déjame decirte que eso sería lo menos que hizo. Pilo acumuló toda clase de artefactos arcanos. Para que el espectáculo sea como es hoy, tendría que haberlo hecho. Probablemente fue el mayor ladrón que el mundo haya conocido jamás. Pero ignoro cómo funcionan las puertas, al igual que ignoro cómo funciona el maquillaje. Los primos pasan y acaban en el espectáculo. Ni siquiera se dan cuenta. A lo mejor ni siquiera son sus cuerpos auténticos los que van al espectáculo, ¿sabes? Solo... la parte de ellos que los mueve, la que los hace estar vivos. El mecanismo del circo es extraño.

—¿Y por qué no ponen las puertas de boletos en una ciudad? —sugirió J. J.—. En una calle transitada. Los primos estarían pasando constantemente.

—Secreto —contestó Winston—. Recibimos a primos que ya iban a un espectáculo. Salen a ver un circo, de modo que eso es lo que ven. Pilo padre era un paranoico que temía que lo descubrieran y por eso nos hacía practicar el idioma de nuestro país de acogida cuando cambiábamos de base. Si quieres que te diga lo que pienso, no sirve de nada, pero yo no hago las reglas. Los primos del espectáculo vuelven a casa con recuerdos borrosos, pero sin saber lo que ha pasado. Probablemente solo se pregunten por qué no han sacado ninguna foto. Ahora bien, si la gente de la calle recordase vagamente haber ido a un circo cuando pensaban que iban a pasar el día en el trabajo, y si millares de ellos dijeran lo mismo... Bueno, si eso ocurriera probablemente las cosas no cambiarían demasiado. Pero así es como se ha hecho siempre y eso no va a modificarse.

—Callaos los dos. Vamos —dijo Gonko, volviéndose a meter las instrucciones de George en el bolsillo. Se balanceó hacia atrás sobre los talones y saltó por encima de la verja, sacudiendo el alambre. Doopy empujó a Goshy contra la verja y se agachó para meter la cabeza y los hombros entre sus piernas. Sin dejar de protestar saltó por los dos, llevando a horcajadas sobre los hombros a su hermano, que silbaba, confuso. Winston fue el último que pasó, resoplando y jadeando.

La ciudad estaba en silencio a excepción de los cláxones del tráfico que fluía a escasas manzanas de distancia. El distrito comercial del centro despedía un brillo blanco rosado que teñía el vientre de las espesas nubes. Los payasos atravesaron a buen paso las calles oscuras, cruzándose esporádicamente con borrachos que volvían a casa. En esas ocasiones Gonko les indicaba a todos que se quedasen en las sombras, algo que los payasos habían convertido en un hermoso arte a pesar de sus llamativos colores; se fundían con las tinieblas como si hubiesen apagado una luz alrededor de sus cuerpos y nunca los veían.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Winston a Gonko cuando los payasos se detuvieron para comprobar dónde estaban.

—Esto es interesante —le aseguró Gonko—. Se trata de una casa donde hay un

niño de un mes llamado Louis Chan. Según Shalice, cuando crezca se convertirá en una especie de investigador que descubrirá unas curas milagrosas. Georgie no quiere que pase eso. Así que por tal motivo hemos venido.

—¿Y vamos a quemar la casa? —exclamó Winston, y J. J. percibió un deje oscuro y duro en su voz; estaba indignado y procuraba que no se notara. J. J. se rio burlonamente.

—Así es, Winston —contestó Gonko alegremente—. Vamos a quemar la casa, con fuego, llamas, pavesas, cenizas y lo que haga falta. Está a tres manzanas de aquí, así que daos prisa, capullos.

Al final de una calle empinada, los payasos llegaron a una casa de dos pisos, mitad de ladrillo, mitad de madera. La copa de un mango plantado en el patio delantero los ocultaba de la luz de la calle. Gonko buscó en sus bolsillos y extrajo una pequeña botella de cristal llena de gasolina. Sacó media docena como aquella y las pasó. Winston tenía una expresión grave y J. J. sintió la tentación irrefrenable de provocarlo y que sufriera una especie de explosión emocional. Se le acercó sigilosamente y dijo:

—Tengo miedo, Winston. Nunca he olido a un bebé asado. Yo...

Los ojos de Winston destellaron de un modo que jamás había contemplado; J. J. retrocedió un paso, presintiendo que estaba a punto de golpearlo, y se calló.

—A la de tres —dijo Gonko—. Tres. ¡Vamos! —Gonko echó a correr junto a la casa, saltando la cerca. Un pastor alemán surgió de las sombras, gruñendo ferozmente. Gonko le propinó una patada en la cabeza, que se sacudió en un ángulo grotesco, y se oyó un chasquido cuando se le rompió el cuello. A continuación echó gasolina en el costado de la casa, sacándose más botellas de los bolsillos. Doopy estaba corriendo por el otro lado, haciendo lo mismo. Goshy estaba mirando fijamente su botella, completamente quieto. J. J. derramó gasolina en el porche, impulsado por la adrenalina. Tenía que contenerse para no estallar en vítores y carcajadas. Gonko desapareció debajo de la casa, empapando los puntales. Mientras estaba ahí abajo encendió la primera llama.

Winston arrojó una botella que se estrelló contra la ventana de la casa, haciéndola añicos con gran estruendo.

—¿Quién ha tirado eso? —preguntó Gonko, saliendo de debajo de la casa.

—Yo. Lo siento, Gonks —dijo Winston.

—Espero que no se hayan despertado —comentó Gonko mientras se limpiaba las manos en los pantalones—. Ah, bueno, no es mi problema. Vamos al ascensor. ¡Venga, venga, venga!

Los payasos volvieron corriendo por las oscuras calles, golpeando la acera con sus pisadas y despertando un coro de ladridos por parte de los perros del barrio. El brillo anaranjado del incendio se estaba propagando tras ellos. J. J. se detuvo en lo alto de la calle para admirar las llamas que abrazaban la casa como si fueran los brazos de un demonio. *Eso lo he hecho yo*, pensó vertiginosamente mientras lo

asaltaba una sensación de poder. De repente sintió que estaba en el escenario, recibiendo los aplausos de numerosos espectadores que lo vitoreaban y canturreaban su nombre... O lo abucheaban, ¿qué importaba? Por dentro, estaba disfrutando, pavoneándose y riéndose como un maniaco. Era una sensación sublime.

Winston se había detenido delante de él para recuperar el aliento. J. J. lo adelantó y le dedicó una sonrisa radiante. El viejo payaso estaba mirando directamente hacia delante, con lágrimas ardientes en los ojos.

Recibirás tu merecido, pensó J. J., y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. *Lo recibirás con creces. Falta poco.*

Cuando llegaron al solar de la obra saltaron por encima de la verja y fueron corriendo al ascensor mientras aullaban las primeras sirenas. Goshy se detuvo delante de la puerta, con la mirada perdida, como si hubiera oído la llamada de un espíritu afín.

—¡Vamos, Goshy! —exclamó Doopy, señalando la puerta del aseo portátil. Goshy giró en redondo y emitió un silbido quedo, con una expresión de entusiasmo infantil en su rostro. Miró significativamente a su hermano y señaló hacia atrás por encima del hombro mientras nuevas sirenas sonaban desde otra dirección—. Ya lo sé, Goshy —le aseguró Doopy, asiéndolo por los hombros y mirándolo a los ojos—. ¡Yo también lo he oído, de verdad!

J. J. se retorció contra la puerta mientras descendía el ascensor y al final no pudo seguir callado.

—¿De qué puto planeta sois vosotros dos? —exclamó.

Doopy y Goshy lo respondieron con su silencio.

Los payasos hicieron el resto de sus tareas en Sídney. Gonko indicó «ciudad 2» con la palanca que había dentro del ascensor, y este se zarandó durante siete minutos. Cuando se detuvo se encontraron en el solar de otra obra en una ciudad en la que el aire era más frío y estaba más contaminado. Empezaron dándole una paliza a un transeúnte, el portero de un club nocturno con conexiones con el crimen organizado, cuando se dirigía a su casa. Le dieron una buena tunda, siluetas apaleando y dando patadas a una forma que se debatía en la oscuridad al borde de la carretera ante el fondo de los faros que pasaban. Según la adivina, aquella paliza sería el primer golpe de lo que habría de ser una guerra de bandas a gran escala, con tiroteos en público, coches bomba y civiles atrapados en el fuego cruzado. J. J. preguntó por qué George quería que empezase aquella guerra de bandas, pero Gonko se encogió de hombros y le advirtió que no repitiese esa pregunta, puesto que probablemente el propio George estaba siguiendo órdenes.

Lo siguiente fue robar el coche, un ostentoso BMW con el que dieron una vuelta por la zona oeste de Sídney. Lo destrozaron concienzudamente y lo estrellaron contra una casa. El coche pertenecía a un emergente miembro del partido laborista

australiano que estaba destinado al parlamento algún día. Gonko ignoraba cuál era el propósito de aquello, solo sabía que formaba parte de una cadena de acontecimientos mucho más larga, cuyos resultados no se manifestarían durante más de una década.

—Estamos haciendo el trabajo de esa vieja bruja —comentó Gonko mientras los payasos volvían a casa—. ¿Que no vienen primos? Encargádselo a los payasos. Me pone enfermo, joder.

A J. J. no le importó tener una ocasión para estirar las piernas en el mundo real. Había cogido un periódico del jardín delantero del miembro del partido laborista. En la carpa de los payasos lo desenrolló y vio el titular:

INVESTIGACIÓN SOBRE LAS MUERTES EN EL ESPECTÁCULO DE PENRITH

La policía sigue sin obtener respuestas sobre el extraño accidente que acabó con la vida de nueve personas en la feria anual de Penrith, el pasado febrero. Los cuerpos se encontraron al concluir la feria; al parecer habían muerto aplastados. Aún no han aparecido testigos del accidente. No se ha establecido ninguna fecha para el informe del forense, pero los familiares están considerando emprender acciones legales contra los organizadores del espectáculo, según ha revelado una fuente. Se dice que la policía sigue entrevistando a los asistentes a la feria. El caso ha atraído la atención de los medios de comunicación internacionales de todo el mundo, incluyendo los EE. UU. y Gran Bretaña.

—Que me... —dijo J. J.—. ¡Tíos! ¡Somos famosos! Salimos en el periódico.

J. J. le enseñó el artículo a Gonko.

—Suponía que se darían cuenta —comentó Gonko—. Nueve primos muertos. Si quieres que te diga lo que pienso, están mejor muertos.

—¿Qué quieres decir?

Gonko le dirigió una mirada petulante.

—Los primos son como vacas, J. J. Vienen aquí y los ordeñamos. La única diferencia es que ellos no vuelven a tener leche. ¿Está claro?

—No. ¿De qué cojones estás hablando? ¿Qué es lo que les ordeñamos?

—Deberías saberlo, cariño. Te doy una bolsita todas las semanas.

J. J. guardó silencio y Gonko repartió una mano de póquer.

—Pero esto no es ser famoso, J. J. —continuó—. Nos hemos metido en fregados muuucho peores que nueve primos muertos. ¿Qué te parecen cincuenta millones de primos muertos? A ver qué tal te sienta eso, J. J. Eso sí que es ser famoso. Eso sale en las primeras planas. Más de una vez.

—¿Qué?

Gonko lo miró con los ojos entrecerrados y con una fina sonrisa.

—Digámoslo de esta forma. Un pintor austriaco fracasado le debe su éxito en la política a Kurt Pilo. No era conocido por sus cuadros, pero seguro que has oído hablar de él.

J. J. estaba cansado de aquella conversación. Fue a su habitación y abrió una de las bolsas de terciopelo (tenía tres, pues George había pagado de mala gana a los payasos cuando habían regresado aquella noche) y se echó algunos granos en la palma de la mano, contemplándolos mientras la luz se reflejaba en minúsculos destellos irisados.

—¿Qué es esta mierda? —musitó.

Los demás payasos se acostaron enseguida y el parque de atracciones se sumió en el silencio. J. J. sacó la bola de cristal, aunque no esperaba ver nada a aquella hora de la noche. Había pensado en echar un vistazo a los enanos para ver lo que tramaban cuando salían al apagarse las luces. Después de haberlos observado riñendo en los tejados enfocó el salón con la bola y se sorprendió al ver otra cosa: una figura que se fundía con las sombras colándose en la carpa. J. J. trató de precisarla, pero fuera quien fuese el intruso, se escabullía en la oscuridad tan bien como los payasos; J. J. solo vio una silueta con los hombros encorvados y una acusada cojera. De pronto adivinó de quién se trataba; había visto aquella figura saliendo a rastras de la casa de la risa ese mismo día, con la piel chamuscada y el cuerpo expeliendo humo. Cuando el aprendiz pasó ante uno de los faroles del salón J. J. le vio la cara, rosa, blanca y púrpura a causa de las quemaduras. Tenía una mirada acerada, la expresión de un hombre que ha rebasado ampliamente sus límites. Llevaba una barra de plomo en la mano.

El miedo le asestó un zarpazo cuando comprendió que el objetivo era él; al fin y al cabo, era el que había sustituido al aprendiz, el que recibía su salario y ocupaba su habitación. Gimiendo, atrancó la puerta con una silla para ganar un par de segundos. Ya le temblaban las manos. Rebuscó un arma en las cajas y encontró el rodillo, a continuación regresó junto a la bola y observó con atención. El aprendiz avanzaba tambaleándose con pasos torpes pero implacables.

J. J. trató de asir firmemente el rodillo mientras echaba el brazo hacia atrás. Lo arrojaría con todas sus fuerzas; tenía buena puntería y con un poco de impulso podía romperle la cara a aquel cabrón. Mirando sucesivamente a la bola y a la puerta, el aprendiz apareció ante su vista... Pero pasó delante de su puerta sin mirarla siquiera.

J. J. cambió de emociones como quien se cambia de calcetines: el miedo lo abandonó por completo. Repentinamente sediento de sangre, dejó el rodillo y salió furtivamente por la puerta. El aprendiz iba dando tumbos como un zombi recién salido de la tumba. J. J. lo siguió. Percibió un movimiento por el rabillo del ojo y cuando se volvió vio que Doopy se estaba arrastrando por el pasillo. Se miraron un instante y después ambos avanzaron sin hacer ruido.

Un metro veinte más adelante, el cuello del aprendiz era una franja calcinada y

ampollada de intenso color púrpura. Tenía la ropa cubierta de hollín y motas de ceniza blanca, y algunas partes se habían consumido revelando terribles heridas supurantes. Solo quedaba una margarita estampada visible en la camisa.

El aprendiz se detuvo ante la puerta de Gonko, sin percatarse de que tenía público. Se tambaleó. J. J. se preguntó si debía advertir al jefe; no estaba preocupado por Gonko. Dormido o no, cualquier cabecilla que no pudiese repeler un ataque de aquella desdichada figura herida probablemente no debía serlo.

El aprendiz alargó una mano magullada y ampollada hacia la puerta de Gonko y rodeó el pomo con los dedos, rompiéndose la piel de los nudillos. J. J. oyó que siseaba entre dientes antes de abrir la puerta y entrar. Doopy y J. J. lo siguieron apresuradamente y se detuvieron en la puerta.

En la habitación de Gonko había una vela encendida cuya diminuta llama casi se había extinguido en un charco de cera roja. El cabecilla de los payasos estaba tendido bajo una sábana, respirando profundamente mientras dormía, con las espinilleras y los zapatones de payaso colgando sobre el borde de la cama y la manta sobre el pecho y la cara. El aprendiz enarboló la barra de plomo y se acercó un paso, dos pasos, aferrando el arma con los dedos. Entonces se detuvo, observando a su enemigo indefenso, haciendo acopio de valor o paladeando el momento.

En ese instante resonó un inesperado timbrazo que salía de Gonko. Mejor dicho, salía de uno de sus bolsillos, en el que se había accionado violentamente un despertador. El aprendiz se quedó petrificado mientras Gonko se deshacía de la manta y abría rápidamente los ojos. Se puso en pie con un movimiento brusco y rodó hacia atrás sobre la cama, interponiéndola entre su enemigo y él. Miró al aprendiz y la barra de plomo y arqueó los labios hacia arriba. Aunque la cara de Gonko seguía siendo la misma máscara tosca de siempre, a los ojos de J. J. parecía que estaba encantado.

El aprendiz se recuperó de la sorpresa y alzó la barra, agazapándose como si fuera a saltar sobre la cama. Gonko entrecerró los ojos. Metió la mano en el bolsillo y sacó el despertador, que seguía sonando con estridencia, lo apagó con el dedo pulgar y lo arrojó a un lado. Su mirada pasó por encima del hombro del aprendiz para posarse en J. J. y Doopy. Volvió a meter la mano en el bolsillo y extrajo algo que parecía un calcetín enrollado. A la manera de un lanzador de béisbol echó la mano hacia atrás y lo arrojó. El aprendiz se agachó hacia un lado y el objeto aterrizó en las manos de Doopy. J. J. percibió un aroma químico. Como si Gonko le hubiese dado una orden con la mirada, Doopy se acercó sigilosamente al aprendiz por la espalda y le apretó el rollo de tela contra la cara. El aprendiz exhaló un resoplido, soltó la barra y cayó al suelo desmayado.

Gonko se acercó tranquilamente a la figura postrada, cogió la barra de plomo y se sacó otro calcetín enrollado de los pantalones. Lo agitó bajo la nariz del aprendiz y J. J. captó de nuevo un atisbo de productos químicos. El aprendiz abrió los ojos, farfullando y tosiendo, despertando ante la visión de Gonko, que se erguía sobre él, alto como un dios, con la barra de plomo en una mano y una sonrisa casi paternal en

la cara. El cabecilla de los payasos le tiró un beso, alzó la barra por encima de la cabeza y la descargó una y otra vez. Cada golpe arrancaba un tañido quedo que concordaba en una armonía malsana con los crujidos del hueso. Doopy observó con una expresión de ligera curiosidad la sangre que le salpicaba las canillas a Gonko, formando un círculo en el suelo alrededor del payaso moribundo.

J. J. observó a su maestro mientras este apaleaba el cuerpo completamente indefenso que se debatía bajo el suyo. Las visiones y los sonidos de aquel asesinato lo estremecieron, haciéndole cosquillas en un punto al que no llegaba el deseo sexual, aunque se trataba de una sensación parecida. Tenía la boca abierta y sus ojos absorbían cada una de las gotas rojas y las muescas. La barra de plomo siguió resonando acompasadamente mucho después de que los miembros del aprendiz hubieran dejado de retorcerse.

Gonko dejó al fin de golpearlo y musitó:

—Los payasos son difíciles de matar, J. J. Los payasos no mueren fácilmente. — Arrojó la barra de plomo a un lado y se cruzó de brazos, haciendo un asentimiento en dirección al cadáver. Como si aquello formara parte de un ejercicio ensayado muchas veces, Doopy se arrodilló y lo cogió por los pies. J. J. se agachó para asirlo por los hombros, que le parecieron terriblemente deformados y blandos al tacto. El despojo desbaratado que había sido la ceñuda cara del aprendiz descansaba sobre el pecho de J. J. mientras este y Doopy sacaban el cuerpo a la noche, atravesando el silencio sepulcral del parque hasta la alta cerca de madera, mientras la gravilla crujía bajo sus zapatos. Zarandearon el cuerpo de un lado a otro para adquirir velocidad y lo arrojaron por encima de la cerca. Una línea vertical de gotas rojas salpicó la cerca mientras el cadáver caía al otro lado.

Los dos payasos regresaron a la carpa sin hablar. Unos ojos los miraron desde las rendijas de las cortinas cuando pasaron ante las barracas de los gitanos. La muerte nunca estaba muy lejos; merecía la pena asomarse entre las cortinas en noches como aquella cuando se oía el crujido de pasos en los senderos de gravilla. Merecía la pena cerrar la puerta con llave.

La noche aún no había acabado.

En la cama, J. J. reprodujo mentalmente los golpes de la barra de plomo sin pasar por alto ni un detalle. Vio claramente las motas de sangre que salían volando, oyó los sonidos de los huesos al romperse y el quedo tañido metálico que resonaba al ritmo acompasado de los golpes de Gonko, y descubrió algo nuevo, una emoción inédita.

J. J. se levantó de la cama casi sin pensar. Se acordó vagamente de Jamie, del atentado contra la parada de los monstruos y del feriante gordo al que Jamie había visto mientras escapaba. Le habría servido cualquier excusa; sin duda aquella sería suficiente. J. J. había olvidado el motivo de la traición de Jamie, pero no le importaba. Lo que le importaba era enseñarle que no debía volver a hacerlo. Lo que

le importaba era borrar sus huellas.

Salió de nuevo, sin molestarse en disimular sus pisadas sobre la gravilla. El sonido era perceptible en la silenciosa quietud de la noche y los faroles parpadeaban sobre las casuchas de los gitanos a su paso. La muerte nunca estaba lejos, y el nuevo payaso había aprendido a hacerla. Encontró un hacha apoyada contra un montón de leña. La cogió y la besó.

Jamie se despertó alrededor del mediodía; la almohada estaba embadurnada de maquillaje como de costumbre. La cama estaba caliente y viciada y hedía a sudor. Sudor y otro olor parecido. Tenía algo pegajoso en los dedos, de modo que los alzó ante sus ojos húmedos y vidriosos. Ante la visión de la sangre su corazón se puso en marcha antes de que su mente comprendiera lo que estaba viendo. Tenía la mano cubierta de sangre, que le teñía todos los dedos hasta la muñeca.

Los recuerdos vagos y horripilantes regresaron como una pesadilla: abrir la puerta de la barraca de una patada; encender un farol mientras el gitano yacía durmiendo con una petaca vacía a sus pies y la barriga cervecera colgando sobre sus pantalones, rezumando gotas de sudor como si fuera reluciente carne asada; levantar el hacha y susurrar «¿estás mirando, Jamie? Este lío es culpa tuya».

Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. La hoja del hacha en el cráneo. La sencillez tranquila y desprovista de emociones de los golpes, sin un instante de vacilación, y el pequeño gruñido que emitió el gitano cuando le aplastó el cráneo. Ese había sido el momento de la muerte, pero el principio de la diversión de J. J. Le había sucedido algo mientras mataba. Estaba lúcido, sereno, casi ajeno al acto físico, pero la sangre que fluía por su cuerpo estaba inflamada. Lo había embargado una sensación que era casi sexual. Había aferrado el hacha con tanta fuerza que le había parecido una parte de él. Después de que las heridas cesaran de bombear sangre había seguido golpeando, *ah, sí, ah, joder, sí, arriba, abajo, arriba, abajo, más deprisa*, con la intención de continuar hasta que no pudiera seguir golpeando, pero no se le cansaban los brazos. Jadeaba como un lobo, con una capa de sangre tan gruesa que era una segunda piel. Finalmente había resbalado en un charco, había soltado el hacha y los golpes habían cesado. A continuación había arrastrado el cuerpo hasta la cerca, sin molestarse en arrojarlo al otro lado. Por el contrario, lo había colocado cabeza abajo, apoyado en el muñón del cuello.

Jamie recordaba todo aquello, que habían hecho sus propias manos. Recordaba lo que le había hecho Gonko al aprendiz con la barra. Las náuseas lo acometieron. Se levantó de la cama y se desplomó. Las sábanas estaban empapadas de sangre; había dormido en ella toda la noche.

Eso sí que ha sido un sueño húmedo, balbuceó su mente asqueada. De rodillas, sucumbió a los vómitos y las arcadas; largos hilillos de saliva le manaban de la boca.

Y había más. J. J. le había dejado un mensaje escrito con sangre, con un pulso

perfectamente tranquilo, en la puerta del armario: «Falta poco, Jamie». Faltaba poco; sí, ahora lo recordaba. J. J. le debía una. La noche anterior solo había estado atando cabos sueltos. La fiesta ni siquiera había empezado aún.

Se obligó a poner la mente en blanco.

Soy un asesino.

Pero solo durante un instante.

Pasó el tiempo y remitieron los ataques de temblores y los vómitos. Gonko se asomó para anunciar un ensayo a las dos. Echó un vistazo a las sábanas empapadas de sangre, sonrió, le preguntó: «¿Una cita caliente, J. J.?» y se fue.

Jamie se puso en pie; lo había intentado cuatro veces aquella mañana, pero ahora tenía la suficiente fuerza en las piernas. Le daba vueltas la cabeza como si hubiera fumado demasiada hierba. No dejaba de pensar: *He matado a alguien. Pero yo no estaba al mando. Pero me puse el maquillaje sabiendo que no lo estaría. Yo no he pedido estar aquí.* Aquellos pensamientos giraban y giraban, dando paso a las imágenes de la carnicería y al gruñido de la muerte del gitano. Mareado, se dirigió a la habitación de Winston arrastrando los pies. Llamó a la puerta.

—¿Qué? —fue la amortiguada respuesta.

Jamie entró. Aún tenía sangre en las manos.

—¿Qué diablos ha pasado? —exclamó Winston, incorporándose y cogiéndolo por los hombros.

Jamie intentó decírselo, tragó saliva y volvió a intentarlo.

—He matado a alguien.

El tono de Winston era cortante.

—¿Qué? ¿A quién? ¿A quién has matado?

—No lo sé. A un gitano. El que vive... joder, el que vivía... al lado de la parada de los monstruos.

Winston se reclinó y exhaló un suspiro.

—Me habías preocupado por un momento.

Jamie lo miró boquiabierto; creía que el viejo le estaba tomando tomado el pelo.

—¿Es que no me has oído? He matado a alguien.

Winston lo observó gravemente pero le habló con tono amable.

—Jamie, aquí pasan cosas mucho peores que el asesinato de un feriante. Eso no es nada. Los Pilo ni siquiera repararán en un feriante muerto. Y no fuiste tú, ¿verdad? Fue J. J., ¿tengo razón?

—Sí, pero yo estaba...

—Sin peros. Sois dos personas diferentes. ¿Lo entiendes? Personas completamente diferentes. Ahora no quiero hablar más de eso, ¿me has oído? ¿Sabes por qué lo hizo J. J.? ¿Tenía un motivo o es que le apetecía pasar un buen rato?

—Sí, me parece... te acuerdas de lo de ayer, en la parada de los monstruos...

—Ya lo sé, maldita sea, no lo digas en voz alta.

—Lo siento. J. J. pensó que a lo mejor el gitano me había visto. Que era un testigo.

—Tiene gracia —comentó Winston al cabo de un momento—. Si realmente te vio, es probable que J. J. nos haya hecho un favor. —Winston se pasó una mano por la cara—. Mira, Jamie, no sé cuánto te puedo contar. Tengo a J. J. bajo control, mantendrá la boca cerrada si sabe lo que le conviene. Pero lo que tengo que contarte... No lo sé. Quiero ayudarte, hijo. Y también quiero que me ayudes. Pero no sé si puedo correr el riesgo. No solo me preocupan los Pilo. Son los demás payasos. A Gonko le gusta estar aquí. Aquí es el rey, ¿comprendes? No quiere que ninguno de nosotros se amotine. ¿Sabes lo que haría si pensara que estamos intentando quitarle la alfombra de debajo de los pies?

—¿Qué voy a hacer, Winston? Anoche yo... J. J. mató a alguien. Y está enfadado conmigo. Está muy enfadado. Piensa vengarse y piensa hacerme daño. Aún no sabe qué hacerme. Puede ver todo lo que hago. Y yo puedo ver todo lo que él hace. Es como intentar jugar al ajedrez contra uno mismo. —Jamie se enjugó el sudor de la frente y apartó la mano ensangrentada con repugnancia. Winston cogió un trapo y se lo entregó—. Anoche ni siquiera se estaba vengando —prosiguió Jamie—. Va a por mí, Winston. Y va en serio.

—¿Estás seguro? —preguntó Winston—. Me extrañaría que hiciese nada para hacerte daño de verdad. Los dos estáis alquilando el mismo espacio. Lo peor que puede hacer es asustarte o hacer que te sientas mal.

—Pero está loco. Se vuelve más loco cada día que pasa. Ya viste cómo se puso anoche cuando quemamos aquella casa. Estaba desequilibrado. Sentía que estaba... no lo sé, poseído por un demonio. Y se alegraba de ello, se sentía el rey del mundo. Matar a un bebé... Joder, Winston, ¿qué es lo que hicimos anoche?

Winston se levantó para dirigirse a la jaula de los ratones como si no quisiera que le viera la cara. Rompió un trocito de bizcocho y lo metió entre los barrotes. Tenía un nudo en la garganta cuando habló.

—Hicimos lo que nos ordenaron nuestros jefes. Y ellos hacen lo que les ordenan los suyos. A nadie le importa. Todo el mundo hace su trabajo y recibe el polvo... Ah, ¡a la mierda, Jamie! Quiero que vengas conmigo esta noche. Procura aguantar sin maquillaje hasta el final del día si puedes. Será duro y puede que resultes herido, pero inténtalo. Esta noche iré a buscarte cuando llegue el momento. Tengo que enseñarte algo importante.

Winston se acercó a la puerta, se puso de rodillas y apretó la cara contra la rendija que mediaba entre la puerta y el suelo. Satisfecho de que no hubiese nadie allí fuera, habló con una voz apenas audible y se negó a mirar a Jamie, como si hablara con serias reservas.

—Somos más —explicó—. Hemos esperado desde hace mucho tiempo para hacer algo con respecto al espectáculo, pero ya hemos esperado suficiente. Ven a

conocerlos. Esta noche, solo si no te maquillas, solo por hoy. Comprenderás lo que significa la libertad... Lo que es la libertad.

Jamie descubrió que se había quedado sin habla durante un par de momentos; la idea de la resistencia organizada lo entusiasmaba tanto como lo asustaba.

—Otra cosa más —añadió Winston, que ahora lo estaba mirando a los ojos—, es muy importante que mantengas la bola de cristal en secreto.

Jamie enarcó las cejas.

—¿Cómo lo has...?

—La vi hace unos días en tu habitación. Hagas lo que hagas, no se la devuelvas a los Pilo ni permitas que nadie descubra que la tienes. ¿Crees que J. J. está dispuesto a entregarla?

—Imposible. Le gusta demasiado, es su juguete favorito.

Winston parecía preocupado a pesar de todo.

—De acuerdo —asintió—, solo si estás seguro.

Reunión por la libertad

Jamie siguió escondido en su habitación, esperando a que llegara el momento de presentarse en el salón. Parecía que había mucha tensión en ese momento: Doopy y Rufshod seguían discutiendo a propósito de la partida de cartas. La disputa se había prolongado durante toda la mañana; en algún momento Rufshod había hecho enfadar a Goshy y se había producido un estallido de alaridos agudos, seguido por los gritos enfurecidos de Rufshod y los quejidos de Doopy, que le suplicaba a Gonko que interviniera para «salvar al pequeño Gosh Gosh». Finalmente Jamie salió, jugó a las cartas con los demás y mantuvo la boca cerrada. Los payasos no le prestaron especial atención. El ensayo acabó como había empezado y aunque tenía los nervios crispados consiguió superarlo. Goshy ya estaba enfadado gracias a Rufshod y el rodillo rebotaba hacia Jamie con una velocidad asesina aunque este se había alejado todo lo que Gonko le había permitido para arrojarlo. Gonko le señaló a Jamie que durante las funciones debía permitir que el rodillo lo golpeará en la cara o, si estaba en su mano, en la entrepierna. Cuando terminaron Goshy siguió de cerca a Jamie cuando este se bajó de la esterilla de gimnasio. Jamie gritó. Doopy acudió corriendo a tranquilizar a su hermano, diciéndole algo que le heló la sangre a Jamie.

—¡No, todavía no, Goshy, todavía no!

Jamie volvió corriendo a su habitación y se quedó sentado, respirando profundamente. ¿Todavía no? ¿Qué demonios se suponía que significaba eso? Esperaba que sencillamente los payasos hubieran percibido la presencia de una persona «normal» entre ellos; al parecer tenían un don para eso. Quizá J. J. saliera en defensa de ambos si fuera necesario. Era extraño que fueran camaradas de armas al tiempo que enemigos. De momento lo único que podía hacer era tratar de superar lapsos de cinco minutos... ¿Que seguía vivo? Estupendo, pasaba a los cinco siguientes, intentando no contar las horas que todavía restaban para el final de la jornada. Santo Dios, iba a ser un día largo.

Alrededor de las seis Gonko convocó a los payasos en el salón. Se estaba partiendo de risa. Tomaron posiciones alrededor de la mesa de juego.

—Tenéis que oír esto, chicos —dijo Gonko, restregándose un ojo como si le hubiera brotado una lágrima de alegría, aunque tenía la cara seca como el papel de lija—. Para empezar, esta noche no habrá chapucillas. George está demasiado enfadado.

—¿Qué ha pasado, Gonko? —preguntó Doopy—. Goshy quiere saberlo, tienes que decírselo, Gonko, ¡tienes que decírselo!

—Nunca había visto a George tan acalorado —prosiguió Gonko—. Hasta ha intentado pegarme, ¿podéis creerlo? ¡Maldita sea! Los bajitos, ¿qué se le va a hacer?

—¿Qué problema hay? —insistió Winston. Su tono era despreocupado, pero Jamie tenía la impresión de que Winston no hacía ninguna observación a la ligera y tomaba nota cuidadosamente de todo cuanto oía.

—Kurt se ha vengado —explicó Gonko, jubiloso—. Le ha hecho un amago a George, pero la forma en que lo ha hecho... Ah, es fantástica. Instaló en su cama alambres eléctricos conectados a un generador que había colocado en el tejado de la caravana. Cuando accionase un interruptor, un millar de voltios pasarían por la cama de George. Esperó a que se fuera a dormir y entonces derribó uno de los bloques que sostenían la caravana para que se zarandease. George se levantó de la cama pensando que estaba cabreado, pero aún le faltaban veinte segundos para saber lo que es cabrearse de verdad. Abrió la puerta para gritarle al que estuviese ahí fuera y volvió a la cama dispuesto a echar una cabezada. De eso se trata: había estado dos horas en el catre y Kurt podría haber accionado el interruptor en cualquier momento. Pero lo más hermoso es que lo dejó vivir. Esperó a que George se acercase y entonces apretó el interruptor, y ¡bum! La puta cama se iluminó. George salió gritando a la noche y cuando tuvo tiempo para pensar se dio cuenta de que Kurt había estado jugando con él. Podría habérselo cargado apretando un botón, pero lo dejó vivir, ¡solo para darle por el culo!

Rufshod se cayó de la silla, presa de un ataque de risa.

Gonko añadió:

—Kurt hasta se molestó en dejar en el escritorio de George una Biblia abierta en la que había subrayado «no matarás». Ah, las rivalidades entre hermanos.

—Entonces, ¿qué pasa esta noche, Gonks? —preguntó Winston.

—Esta noche saldremos a comprarle un regalo de cumpleaños a Kurt, eso es lo que pasa. ¿Quién se apunta?

—Yo —dijo Rufshod.

—¿Nadie más? De acuerdo. Con dos debería ser suficiente.

—¿Qué vais a comprarle? —dijo Winston.

—Ya lo verás —contestó Gonko, sonriendo—. Puede que así recuperemos nuestra actuación, chicos. Kurt nos va a querer hasta la muerte.

Gonko y Rufshod emprendieron su misión privada poco después. Gonko estaba de buen humor ahora que había decidido lo que iba a regalarle a Kurt, y había algo ominoso en ello. Jamie solo esperaba que ninguno de sus amigos ni familiares se cruzase en el camino del cabecilla de los payasos ahí fuera.

Los demás payasos se dedicaron a sus asuntos. Goshy estaba teniendo una noche romántica con su futura señora. Doopy estaba jugando al solitario, haciendo trampas y asegurándole lo contrario a todos los que pasaban: «No, no, ni hablar, de verdad,

pregúntaselo a Goshy». Alrededor de las nueve el salón estaba en silencio. Winston entró y le indicó a Jamie que lo siguiera. Los dos se dirigieron al callejón de las casetas a través de los tenebrosos senderos, y Jamie tenía la clara sensación de que unos ojos los miraban desde sitios oscuros, sin pasar nada por alto. Shalice venía por el mismo camino en dirección opuesta y Winston lo aferró por el hombro, lo llevó detrás de una pequeña caravana y tiró de él para que se agachara. Esperaron a que pasara. Shalice receló al ponerse a su altura, miró hacia atrás por encima del hombro, se apretó la capucha y desapareció enseguida.

—Ten cuidado con ella —susurró Winston—. Probablemente es más peligrosa que ningún otro artista.

—¿Más que Gonko? —dijo Jamie.

—Desde luego. Tiene más ases en la manga que él. Muchos más.

Winston lo precedió a través de otro de los aparentemente interminables recovecos del callejón de las casetas. A su alrededor se escuchaban los sonidos nocturnos de la vida gitana, conversaciones en español, música exótica, ancianas riéndose como arpías y el olor ligeramente repugnante de la comida que estaban cocinando. Llegaron a un punto en el que la elevada cerca de madera del perímetro apareció al final de un callejón sin salida, detrás de una carretilla averiada. Winston apretó las manos contra la cerca, empujándola con todas sus fuerzas; los hombros le temblaban a causa del esfuerzo. La tabla se movió emitiendo un pequeño crujido, echándose hacia atrás sin llegar a tocar el suelo, pues estaba sujeta por un lazo de cuerda instalado en el otro lado.

—Tardamos mucho en encontrar un paso a través de la cerca —explicó Winston, jadeando ligeramente—. Estaba muy apretada. —Miró hacia atrás por el callejón, frunció el ceño y pasó a través de la abertura en la valla, metiendo la tripa para caber. Cuando estuvo al otro lado le indicó a Jamie que lo siguiera—. Ten cuidado, a ver dónde pisas —le recomendó—, quiero decir que tengas mucho cuidado.

Cuando Jamie había apretado la oreja contra la cerca, antes de destruir la parada de los monstruos, había percibido el tenue siseo del océano. Ahora el sonido se había magnificado, pero lo único que atisbaba a través de la cerca era la noche, un gigantesco lienzo negro en el que no se veían nubes ni estrellas. Cuando atravesó la abertura encontró bajo sus pies un angosto rellano que circundaba la tapia, y más allá de este... el olvido. Era como si el parque de atracciones estuviera en una pequeña isla que flotaba en un oscuro sótano del universo, pero ¿dónde se escondían las estrellas? Antes de que cruzara la cerca, la luna estaba en el cielo. Allí fuera había un vacío invisible absoluto en lo alto y a sus pies, más allá del estrecho rellano de turba. A Jamie le flaquearon las rodillas ante aquella visión. Winston lo agarró fuertemente el hombro, pellizcándole y pronunciando bruscamente su nombre. El dolor lo despabiló, pero por Dios que había estado a punto de desmayarse y caer por el borde. Hacia abajo, para siempre, cayendo hasta morir de inanición.

—Date prisa y acostúmbrate a eso —dijo Winston—. Tengo que arreglar la cerca.

Nunca se sabe quién puede pasar.

—Vale —asintió Jamie al tiempo que tragaba saliva—. Estoy bien.

—Cógeme la mano —dijo Winston tras haber encajado nuevamente la tabla con el hombro—. Más adelante el camino se ensancha un poco. —Disponían de un espacio de medio metro para caminar. Jamie cerró los ojos y se apretó contra la madera, que lo arañaba al andar. Aunque no se lo pareció, debió de pasar apenas un minuto antes de que Winston anunciara—: Vale, ahora es más fácil andar.

El rellano sobresalía unos seis metros; turba desnuda, polvorienta y del color de la arena.

—¿Dónde está este sitio? —preguntó Jamie.

—No hace falta que susurres —contestó Winston—. Nadie puede vernos ni oírnos, ni saber nada de nosotros. Por eso salimos aquí fuera. En cuanto a dónde estamos... Justo al lado del infierno. En un pequeño bolsillo del mundo reservado exclusivamente para el espectáculo. Supongo que podría decirse que en usufructo. Los jefes de Kurt se apoderaron de esta extraña finca. Probablemente él olvida que tiene jefes, pero los tiene. Su padre hizo muchos amigos. Aunque claro, la verdad es que eran sus amos. En cuanto a lo que son, no lo sé exactamente.

Jamie se estaba mareando; a diez pasos de un océano de infinitud negra, aquella conversación era enervante. Caminaron el uno al lado del otro mientras circundaban la cara exterior de la cerca del perímetro.

—La primera vez que sales da miedo —comentó Winston—. Pero no hay otro sitio en el que podamos reunirnos todos y estar seguros de que nadie nos oye. Los demás ya deberían haber llegado.

En efecto, enseguida oyeron voces que conversaban más adelante. Doblaron un recodo de la cerca en el que el terreno se convertía en una plataforma más ancha, del tamaño de una cancha de baloncesto. La pared del precipicio, una losa de roca ámbar, se extendía más allá de donde alcanzaba la vista. Algunas personas se habían reunido en la plataforma y Jamie reconoció a muchas de ellas. Vio a Randolph, de los acróbatas; a Niñopez, así como al resto de la parada de los monstruos, menos a Croqueta; a Stu, el domador de leones; a un puñado de enanos y a una docena de gitanos con la cara sucia, incluyendo al que operaba la campana de «pruebe su fuerza». Cuando vio que llegaba Jamie sus facciones se crisparon en una expresión amenazante y exasperada.

Aquella expresión se reflejaba en todas las demás caras, y Jamie comprendió que su invitación de aquella noche había sorprendido a la mayoría. El grupo guardó silencio y observó a los payasos que se acercaban.

—Bueno, me parece que algunos ya conocéis a Jamie —dijo Winston—. Y creo que todos conocéis a J. J.

—¿Qué tal? —musitó Jamie ante el gélido silencio.

—Jamie, este es el movimiento por la libertad —anunció Winston.

Randolph rompió el silencio.

—Winston, ¿en qué estabas pensando? No podemos confiar en él. Es un payaso de los pies a la cabeza.

—Es igual que Gonko, solo que más estúpido y más cobarde —añadió uno de los feriantes. Jamie lo reconoció; había recibido atenciones especiales de J. J. en el callejón de las casetas.

—Tengo motivos para fiarme de él —explicó Winston—. Podéis confiar en Jamie. Puede que no sea así cuando se pone el maquillaje. Pero incluso en ese caso, tampoco espero que J. J. nos dé problemas.

—Tiene razón —lo secundó Niñopez, aunque su semblante denotaba disgusto, y en el semblante de Niñopez el disgusto era algo especialmente desagradable—. J. J. no dirá nada. Tenemos pruebas de que fue J. J. el que atentó contra la parada de los monstruos y colgó el estandarte de la libertad.

—¿Qué pruebas? —exigió Randolph.

Winston sacó la fotografía del bolsillo. En ella se veía a Jamie en lo alto de la escalera, atando un extremo del estandarte a las viguetas. Randolph la miró atentamente con la ayuda de una cerilla encendida y se la pasó a los demás. El grupo dio muestras de relajarse, aunque apenas una pizca.

—Ah, eso está mejor —observó Randolph—. Confío en que haya más copias de esta foto.

—Así es —dijo Winston—. Escondidas para que no les pase nada. Algunos de los presentes también saben dónde se encuentran, por si acaso a J. J. se le ocurre liquidarme. Ahora, demos la bienvenida a Jamie a bordo. Dios sabe que no nos vendrá mal otro par de manos. Y quién sabe, a lo mejor J. J. nos resulta útil. Es el que se llevó la bola de cristal.

—Será mejor que la mantengas oculta —le advirtió Randolph a Jamie—. Si la recuperan...

—Se acabó, *sip* —lo atajó Winston, mirando deliberadamente a Jamie—. Nunca se sabe cuándo la adivina nos puede estar espiando por encima del hombro. Ya es bastante peligrosa sin la bola. Es un maldito milagro que los Pilo no hayan hecho gran cosa para recuperarla. Si hubiéramos sabido que iban a quedarse de brazos cruzados se la habríamos quitado hace mucho tiempo.

—No creo que debamos dejársela —intervino uno de los gitanos—. Deberíamos traerla aquí y tirarla por el borde.

—Puede que tengas razón —convino Niñopez—. Jamie, ¿estás seguro de que puedes mantenerla a salvo? ¿Estás seguro de que J. J. también lo hará?

Jamie asintió.

—A J. J. le encanta. No la cambiaría por nada del mundo.

—Sigo sin estar cómodo con eso, pero podemos ocuparnos de ello más adelante —dijo Niñopez—. De momento, tu misión consistirá en protegerla. Si a J. J. se le ocurre algo, no creas que no podemos delatarlo, aunque te cueste la vida, amigo mío. No eres el único que tiene algo que perder, ¿entendido?

—A mí no me tenéis que convencer —contestó Jamie, y sintió que se apreciaba cierto rubor en su rostro. Se estaba cansando de las contrariadas miradas de soslayo que le dirigían los demás y no recordaba haberse presentado voluntario para ser payaso.

Winston se aclaró la garganta.

—Vamos, no perdamos el tiempo tomándola con Jamie. Si está aquí es que podemos confiar en él. Niñopez, ¿quieres ponerlo al corriente?

—Claro. —Niñopez se puso en pie y todos los demás se sentaron. Se aclaró la garganta, haciendo que se le hincharan las agallas a ambos lados del cuello—. Jamie, hay ciertas cosas que debes saber, tales como por qué el circo tiene que ser clausurado. No se trata solamente de salvar nuestras vidas y las vidas de las personas del exterior que acaban aquí. Este sitio es un tumor en el mundo que nunca será detectado. Estoy seguro de que ya has oído un poco al respecto y has visto lo suficiente con tus propios ojos.

La voz de Gonko se filtró a través de los recuerdos de J. J.: «¿Qué te parecen cincuenta millones de primos muertos...?».

—Empezamos a reunirnos —continuó Niñopez— cuando comprendimos que nuestro sufrimiento no terminaría nunca. Los monstruos fuimos los primeros que consideramos la rebelión, y salta a la vista el motivo. Cuando llegamos a este sitio éramos seres humanos sanos y funcionales. Míranos ahora. Nos han deformado, nos han despojado de nuestra humanidad, nos han mutilado y arruinado. Mira a Sebo. ¿Tú podrías vivir así?

Jamie miró a Sebo, cuya piel resbalaba formando arroyuelos que le goteaban de los dedos, formando un charco de color carne que se solidificaba a sus pies.

—Uno se acaba acostumbrando —repuso Sebo, como si estuviera haciendo gárgaras con agua.

—Y Yeti —añadió Niñopez—, al que han convertido en una bestia expuesta, un simio en un zoológico, y al que obligan a comer cristales todos los días de función. Ha habido otros monstruos que no han podido seguir soportando el tormento y han puesto fin a su vida. —Niñopez hizo un ademán con el brazo señalando al abismo y un escalofrío descendió por la columna vertebral de Jamie—. ¿Cómo aguantarías tú una agonía semejante? —continuó Niñopez—. Y no hemos sufrido por una causa noble, Jamie. Hemos sufrido por la maldad. ¿Sabes lo que hace el circo con los «primos»?

—No —admitió Jamie—. Me parece que sé lo de la adivina. Da órdenes subliminales, o como se diga. Lo intentó conmigo el primer día.

—Sí, ya has visto lo que hace. ¿Sabes cuáles son los resultados de sus órdenes? Desastres, asesinatos, delitos y sufrimiento por todo el mundo. Shalice podría empezar una guerra si se lo ordenaran. No me cabe duda de que ya lo ha hecho.

—¿Qué pasa con los demás? —preguntó Jamie—. Los acróbatas, tú y yo. ¿Qué hacemos? ¿Para qué servimos?

—Somos ladrones, Jamie. Les robamos algo más precioso que la vida. ¡Ojalá fuera tan sencillo como matar a los que caen en nuestra trampa! Cada una de las partes del espectáculo está diseñada para arrebatarnos a los primos lo más precioso que poseen: el alma humana, Jamie. Les robamos a mansalva. Empezó hace mucho tiempo. Kurt Pilo padre fundó el circo a modo de granja de almas humanas, y eso es lo que sigue siendo. En el curso de sus viajes Kurt padre robó muchos objetos prohibidos, reliquias y libros que se habían mantenido ocultos a los ojos del mundo por una buena razón. Al cabo de un par de décadas había descubierto los secretos más profundos del mundo, guiado por una intuición demasiado aguda para que fuera suya. Sin duda lo estaban utilizando, aunque él no lo supiera. Viajó por todo el mundo en su ávida búsqueda de tesoros. Fue el pirata más abyecto del planeta, aunque un completo desconocido en la historia humana. Recorrió senderos de magia negra que nunca se habían recorrido. Sus poderes aumentaban cada vez que desvelaba un nuevo secreto, y estableció líneas de comunicación con fuerzas que habían sido desterradas del mundo largo tiempo atrás. Las habían desterrado para dejar espacio a la humanidad. Tienen cuerpo de todopoderosos reptiles depredadores y poderes que a nosotros nos parecen divinos. Nos devorarían si tuvieran la ocasión. Somos un manjar para ellos, Jamie, una deliciosa golosina. Son adictos a nosotros.

»Nadie sabe quién expulsó a esas bestias del mundo de los humanos. Puede que fuera Dios, si es que existe... Puede que fueran chamanes de tribus que desaparecieron en el tiempo hace mucho, o puede que fuera la propia madre naturaleza. Esos cabrones demoníacos se vieron confinados en esta pequeña esfera tenebrosa, anhelando el mundo por el que antaño habían campado a sus anchas. Pasaron hambre y esperaron durante mucho tiempo, y durante mucho tiempo nadie supo sus secretos. Nadie supo de su existencia.

»Las reglas del mundo exterior no se aplicaban en su prisión, y como esas reglas eran incapaces de contenerlos, hacían falta otras leyes que trascendieran las leyes naturales. Y aporrearon las paredes de su celda hasta que alguien los oyó. Ese alguien fue Kurt Pilo padre. En el curso de sus estudios descubrió un modo de comunicarse con esos seres prisioneros. Hicieron un trato con él. Lo atrajeron hacia ellos. Él accedió a proporcionarles lo que tanto deseaban, lo que eran incapaces de tomar por sí mismos. Ellos lo ayudaron a engañar a la muerte, al igual que a todos los que trabajaban para él. El polvo nos ayuda a hacerlo. Si Kurt júnior no se hubiera impacientado por dirigir el circo personalmente, Pilo padre aún estaría entre nosotros.

»Cuando los seres humanos son atraídos hasta este sitio, es como si ya estuvieran muertos. Como no están familiarizados con las dimensiones y las fronteras que mantienen encerrados a estos depredadores glotones, cualquier humano es presa fácil; robarle el alma es tan sencillo como hipnotizar a alguien y ordenarle que se quite la ropa. Y en ese punto intervenimos nosotros. Cada uno desempeña una función diferente a la hora de persuadir a los primos de que renuncien a lo más precioso. Nos pagan con una parte de lo que robamos; el polvo. Es el alma humana hecha añicos,

como si fuera una estatua de cristal, y desechada, pues aquí, donde las leyes naturales no son exactamente las mismas, el alma se puede traducir en algo físico y tangible, casi como la carne. Algunos lo llaman polvo de los deseos o polvo de las oraciones... pero es polvo de almas.

»Para que un humano renuncie a su alma es necesario persuadirlo, engañarlo. Así como las personas tienen un punto de inflexión en el que deciden que la vida es insostenible y escogen la muerte, también tienen un punto de inflexión en el que renuncian a la fuerza que subyace bajo la vida física. En algunos casos basta la codicia. Esos se pierden en el callejón de las casetas. Adelante, ganen un premio. Los codiciosos juegan para ganar chucherías y baratijas, pero mientras están sometidos al hechizo de la feria apuestan y pierden más de lo que saben. Cristalitos de diamante caen al suelo como perlas de sudor. Los enanos los recogen por la noche.

»Los acróbatas apelan a la vanidad. Son criaturas hermosas que deslumbran a todos los que observan sus movimientos; los presumidos y los inseguros los envidian. La voz del circo, de los cabrones demoniacos, les susurra silenciosamente al oído y los desnuda con sus promesas: “Esa belleza puede ser tuya. ¿Qué harías tú con tanto poder, con tanta elegancia?”. Cristalitos de diamante caen al suelo. Los enanos los recogen por la noche.

»Y lo mismo con todos nosotros. La función de Mugabo apela a los que ambicionan el poder, aunque él no lo sabe. Mientras hace sus insignificantes trucos, los espectadores escuchan un susurro casi inaudible al oído: “Ese poder puede ser tuyo. ¿Qué harías tú con tanto poder?”. Del mismo modo, los leñadores apelan a los frágiles, los débiles y los oprimidos. Los payasos apelan a los rebeldes, los crueles, los que son malvados por naturaleza; todo el mundo posee la capacidad de hacer el mal. La función de los payasos siempre incluye la usurpación de una figura de autoridad. ¿No te has dado cuenta?

Jamie recordó la función que había presenciado, en la que Gonko se había subido al escenario ataviado con un uniforme de policía británico.

—¿Comprendes la pauta, Jamie? —continuó Niñopez con su extraño tono agudo—. Hay algo para cada debilidad humana en alguna parte del espectáculo. Todo el mundo tiene un punto de presión, y como las polillas a las llamas se sienten llamados hacia la atracción que mejor puede ordeñarlos. A pesar de eso, algunos se resisten y se aferran a sus almas con insólita tenacidad. Entonces intervenimos los monstruos. Nuestros cuerpos espantosos pulverizan esa fuerza y horrorizan a los fuertes hasta que se doblan.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Jamie, meneando la cabeza.

—Hemos pasado mucho tiempo en este lugar, Jamie —contestó Niñopez—. Cualquiera que tenga una vista aguda y un oído fino puede ver cómo se desarrolla el proceso si observa y escucha el tiempo suficiente. Escucha las conversaciones de los primos que pasean; escucha lo que dicen. Escucha a Kurt cuando alardea de que su padre fue un pionero y un precursor. Todas las respuestas están aquí... Pero que no

parezca que estás intentando encontrarlas. Puede que sobrevivas, al igual que nosotros.

—Una cosa más —insistió Jamie—. La adivina. Si no roba las... no sé... las almas de la gente, ¿qué es lo que hace?

—Las personas entran de una pieza y salen como carcasas vivientes. Pero eso no es suficiente para los Pilo. Quieren infligir todo el caos y el dolor que puedan en el mundo exterior. Para ello Shalice desencadena series de acontecimientos que desembocan en desastres como si fueran fichas de dominó. El primo al que imparte una orden es la primera ficha que cae. Nuestra teoría es que se trata de una venganza de los que fueron desterrados a esta prisión. A lo mejor quieren causar tanto dolor que su carcelero se vea obligado a negociar con ellos. Nadie lo sabe.

Winston se aclaró la garganta.

—Niñopez, me parece que ya hemos perdido bastante tiempo con las explicaciones. Jamie ha entendido lo básico, ¿verdad, Jamie? Lo cierto es que deberíamos ponernos manos a la obra.

—Tienes razón, Winston —asintió Niñopez—. Gente, dadle la bienvenida a Jamie a nuestras filas. Ya le hemos contado bastantes cosas acerca del espectáculo. Ahora veamos qué es lo que podemos hacer al respecto.

»Vale, como he mencionado, el circo no puede ver cómo trabajamos —dijo Niñopez. Hablaba deprisa; el tiempo se les había escapado un poco y la noche estaba llegando a su fin—. Por primera vez podemos operar sin ser vistos, gracias a Jamie y la bola de cristal. Estas son aguas inexploradas para nosotros. Es la primera oportunidad que tenemos de acabar con todo, y puede que sea la última. El atentado contra la carpa del escenario de los acróbatas fue el primer acto de rebelión abierta y ha provocado incertidumbre entre los que se hallan al mando. Yeti y yo nos ocupamos del derrumbamiento en persona durante una semana de intenso trabajo, escabulléndonos por la noche mientras los demás dormían. El subsiguiente atentado de Jamie contra nuestro espectáculo estaba destinado a absolvernos de las sospechas. A continuación debemos provocar tensiones que ya existen. Entre los payasos y los acróbatas debe llegar la sangre al río. Debemos volver a Mugabo contra Shalice. Debemos volver a los Pilo contra todos de alguna manera. Si la toman con todos, ¿quién sabe? Puede que la rebelión tenga una oportunidad.

»Todos sabéis quién odia a quién y qué viejas deudas no se han saldado aún. Quiero que penséis en cómo podéis exacerbar ese odio, explotar las rivalidades existentes y crear otras nuevas. Sed audaces, pero tened cuidado.

Al oír todo aquello, Jamie sintió que el entusiasmo se acrecentaba poco a poco en su interior. La idea de acabar con el espectáculo y reclamar su antigua vida inflamó algo en su interior, una chispa de esperanza donde solo había habido cenizas. También había un miedo mortal; J. J. enseguida estaría al corriente de todo cuanto se había dicho, sabría el nombre y la cara de todos los rebeldes.

—En el circo existe inestabilidad suficiente para destruirlo —estaba diciendo

Niñopez—. La competencia entre las atracciones que ha estado fomentando la dirección nos será de gran ayuda. ¡Aprovechaos de todas las rivalidades! ¡Agitad a todo el mundo! Debemos convertir el espectáculo en una pequeña zona de guerra y hacer que se deshilache por las costuras. Sabotead las atracciones. Que no se libre nadie... sobre todo nosotros. Cualquiera que quede ileso será el primer sospechoso.

—¿Puedo preguntar qué conseguiremos con todo eso exactamente? —intervino Jamie.

Niñopez lo miró a los ojos.

—Sucederá algo, Jamie. Las fuerzas que dirigen este espectáculo son inestables en el mejor de los casos, como un barril de productos químicos explosivos que no han agitado ni han golpeado con fuerza nunca. Nadie ha puesto en entredicho el farol de Kurt, sus subordinados nunca se han rebelado y nadie lo ha desafiado excepto su hermano. Ha habido infracciones de algunos edictos, sí, y los responsables han sido severamente castigados para que nadie se atreviera a volver a rebelarse, y que Dios nos ayude si nos pillan. Pero olvidaos de eso. Aunque luchamos contra todo el espectáculo, nuestro verdadero objetivo es Kurt. Si se enfada lo suficiente puede pasar cualquier cosa... hasta la destrucción absoluta.

En resumen, la respuesta es que no lo sabes, se dijo Jamie.

Winston volvió a interrumpir a Niñopez para recordarle que el tiempo apremiaba. Niñopez puso fin a la reunión y llamó aparte a varios individuos para discutir en privado planes específicos. Jamie esperó con Winston junto a la cerca. Randolph y algunos otros estaban volviendo en fila por el estrecho rellano de turba hacia la entrada al parque. Contra el fondo de negrura absoluta parecían minúsculos, como insectos desfilando por un dedo de tierra. El rugido de un océano distante parecía dispuesto a engullirlos a todos con una aplastante ola negra. Finalmente Niñopez se acercó a Jamie y le dirigió una mirada crítica. Sus agallas se agitaron, algo que aparentemente sucedía cuando estaba preocupado.

—Jamie —dijo—, he de decirte algo que no me gusta, pero es necesario. En realidad quiero dirigirme a J. J., y sé que me estás escuchando, J. J. Quiero que sepas que si te vuelves contra nosotros no dudaremos en matarte. Hay demasiado en juego para andarnos con tonterías. Recuérdalo bien, J. J. Te aconsejo que disfrutes del tiempo que te queda en el circo. Disfruta tus privilegios mientras puedas. Diviértete si te apetece. Ataca a los gitanos. Sabotea a los leñadores. Atormenta a los acróbatas. Pero haz lo que hazas, déjanos en paz. Si lo haces, nosotros te dejaremos en paz a ti.

La intensidad abandonó la mirada y la voz de Niñopez.

—Recuérdalo, Jamie. Tiene que oírlo.

Jamie tragó saliva y asintió. Winston le dio una palmada en la espalda.

—Vámonos —dijo—. Hemos pasado demasiado tiempo aquí fuera.

—Sí —admitió Niñopez—, no debería haberme extendido tanto. Hasta luego, Winston. Jamie. —Niñopez echó a correr delante de ellos y Jamie contuvo el aliento

al ver al encargado de la parada de los monstruos recorriendo aquel angosto sendero tan deprisa. Winston y él lo siguieron a buen paso; Winston le puso las manos sobre los hombros para guiarlo.

Un empujón bastaría, no pudo evitar pensar Jamie. Soy una molestia. Un empujón hacia la izquierda. Una caída larga.

Al fin llegaron a la estaca de la cerca, la desencajaron y volvieron al parque. Jamie nunca se había alegrado tanto de estar allí, aunque no esperaba que aquella sensación durase.

El regalo de Kurt

Winston dio un amplio rodeo para llevarlo de vuelta a la carpa de los payasos para que nadie reparase en un grupo numeroso de «luchadores por la libertad» recorriendo el parque de atracciones. Cuando entraron Doopy había vuelto a dormirse sobre la mesa de juego con la cara apretada contra una mano de solitario. La carpa estaba en silencio. Gonko y Rufshod no habían regresado aún, algo que había preocupado a Winston en el camino de regreso. Jamie fue a su habitación y se tumbó, repentinamente eufórico por haber llegado ileso al final de la jornada; si lo conseguía un día, podía volver a hacerlo.

Al cabo de un momento oyó que Gonko y Rufshod llegaban de la misión. Se incorporó, sacó la bola de cristal de la funda y con ella enfocó el salón, donde vio a la pareja entrando furtivamente con una bolsa de cadáveres debatiéndose en sus brazos y desapareciendo con su carga en la habitación de Gonko. Otra víctima. Jamie suspiró; la euforia había desaparecido y una cansada tristeza había ocupado su lugar.

Volvió a tumbarse y esperó que llegara el sueño. Alguien llamó a su puerta. Pensando que se trataba de Winston, Jamie se incorporó y dijo:

—Adelante.

Era Gonko. Se detuvo en la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho; la tenue luz que tenía detrás proyectaba una larga sombra sobre el umbral. A Jamie le dio un vuelco el corazón.

—J. J., hazme un favor —dijo Gonko.

—Ah, claro, Gonko. ¿Qué pasa?

Gonko sonrió como si algo acabara de confirmar una sospecha que había abrigado.

—No te olvides de ponerte el maquillaje mañana. ¿Qué te parece?

A Jamie le dio otro vuelco el corazón; tenía la boca repentinamente seca.

—Claro, Gonko —dijo. Las comisuras de los labios de Gonko se arquearon. Cerró la puerta.

Jamie se quedó mirando fijamente a la pared durante largo rato. Después metió la mano debajo de la cama y sacó una de las bolsitas de terciopelo. Tendría que usar un poco de polvo si quería dormir aquella noche. Sopesó la bolsa en la palma de la mano, tratando de sobreponerse a la sensación de que todo estaba a punto de venirse abajo, de que al día siguiente traicionaría a todos en cuanto J. J. apareciera, de que le daría una puñalada por la espalda a Winston por puro resentimiento, sin pensar en las consecuencias.

Las pequeñas cuentas de cristal tintinearón quedamente en su mano. De pronto se le ocurrió una idea.

Aquella noche durmió profundamente, tanto que no se percató de que Rufshod entraba a hurtadillas en su dormitorio de madrugada. Ni oyó que sacaba del armario el bote de maquillaje, se agachaba a su lado y empezaba a embadurnarle las mejillas, la nariz, la frente y el mentón con él. Rufshod encendió una cerilla, sostuvo un pequeño espejo de mano delante de la llama y le gritó al oído las palabras:

—Me he follado a tu madre.

Jamie se retorció y se incorporó bruscamente, vislumbró un atisbo de su imagen en el espejo y J. J. gruñó:

—Hijo de... —Echó el puño hacia atrás, pero se contuvo, volvió en sí y dijo—: ¡Oye! Has hecho bien. Ese cabrón ha estado acaparando el cuerpo. Ayer lo tuvo todo el día. —J. J. se disponía a darle las gracias profusamente cuando advirtió lo que Rufshod estaba usando a modo de asiento: la funda de almohada con la que había envuelto la bola de cristal—. ¡Largo! —chilló—. ¡Déjame en paz! ¡No quiero que me veas así!

—No te culpo —comentó Rufshod. J. J. lo echó de la habitación y apoyó una pesada caja contra la puerta.

Jamie. ¿Qué había hecho el día anterior? J. J. no lo recordó de buenas a primeras. Se tumbó y trató de escrutar los recuerdos de la jornada. Veamos, había despertado, había tenido una de sus acostumbradas pataletas, «por favor, no me hagas daño, niño Jesús» y todo eso. Después... Después...

Todo estaba en blanco. J. J. frunció el ceño. ¿Por qué sería? Debía de haber pasado algo; Jamie había usado el cuerpo durante todo el día.

Se levantó y se puso los zapatos. Tener la mente en blanco lo estaba poniendo nervioso... muy nervioso. Se acordaba de toda la mierda de su infancia, de los videojuegos, de dibujar edificios las tardes de lluvia y cosas así, de recibir palizas mientras esperaba al autobús después del colegio, pero nada del día anterior.

Mientras se ataba los cordones vio la bolsita de terciopelo en el suelo. Cuando la cogió dio un respingo al sentir que estaba vacía. Buscó bajo la cama las restantes bolsas; también estaban vacías. Hasta el último grano había desaparecido.

—¿Qué demonios? —gritó—. ¡Mi alijo!

Profirió algo que era a medias un grito y a medias un sollozo. Le temblaban las manos de ira.

—Esta vez has ido demasiado lejos —susurró, complacido por el tono amenazador de su voz, deseando que hubiese público para verlo—. Ahora sí que has ido demasiado lejos, Jamie. —Aplastó las bolsas en la palma de la mano y las arrojó a un lado. Tenía la sensación de que el polvo y los recuerdos que faltaban tenían algo en común, quizás una relación de causa y efecto. ¿Cómo podía Jamie haberle hecho

algo así? A J. J., nada menos... Procuró contener las lágrimas, pero no le sirvió de nada; se puso a berrear contra la almohada.

Alguien abrió la puerta. J. J. echó un vistazo entre las lágrimas y vio a Gonko, que sonrió y dijo:

—Me alegro de que hayas vuelto, J. J.

—¡Vete! —gritó J. J. Gonko sonrió más abiertamente y se fue.

Al cabo de un rato dejó de llorar y trató de dilucidar el cómo y el por qué de todo aquello. Un nombre acudió instantáneamente a su mente: Winston. J. J. se levantó de inmediato y se dirigió airadamente a la habitación de Winston. Ante la puerta, con los brazos apretados a ambos lados del cuerpo *à la* Goshy y los puños apretados y temblorosos, se esforzó para que su voz fuera lo más cortés posible.

—Ah, Winston, viejo amigo.

—¿Quién es? —contestó una voz soñolienta.

—¿Puedo pasar a charlar un momento?

—¿Jamie?

—Más o menos.

Winston gruñó.

—J. J. ¿Qué es lo que quieres?

J. J. tuvo que sofocar un estallido de furia.

—Lo sabes muy bien —dijo con un susurro áspero.

—No, no lo sé. Abre la maldita puerta, ¿quieres?

J. J. la empujó violentamente y se detuvo en la entrada, intentando parecer amenazador. Le pareció que lo había conseguido, aunque el viejo payaso ocultara su miedo.

—¡Tú! —exclamó.

Winston lo observó con atención.

—Entra y cierra la puerta si tienes que discutir algo... personal.

J. J. dio un portazo al pasar y se quedó mirando fijamente a Winston, lamiéndose los labios.

—En fin —dijo Winston—, ya veo que se te ha metido algo en la cabeza.

—La verdad es que no, no se me ha metido nada. Ese es el problema —replicó J. J.—. ¿Qué sabes tú de eso, colega?

Winston frunció el ceño, sin apartar la mirada de J. J. ni un instante.

—Eso no tiene mucho sentido. ¿Quieres ir más despacio y explicarme claramente cuál es el problema?

J. J. farfulló:

—No me acuerdo... —Entonces se interrumpió tras haber efectuado mentalmente algunas sumas muy rápidas. Winston no sabía de qué estaba hablando, lo que significaba que, que Winston supiera, J. J. lo sabía todo, los sucios secretos que Jamie

había borrado de los archivos. A lo mejor podía improvisar un poco y sonsacarle parte de la información perdida...

—Suéltalo —lo instó Winston—. Entras aquí y me despiertas, ¿de qué se trata?

—Tú —dijo J. J., cambiando el tono amenazante por otro herido y triste—. ¿Cómo pudiste hacer eso ayer?

Winston parpadeó.

—Continúa.

—Ya sabes a qué me refiero. Ayer. Eso. ¿A qué viene eso?

—¿Qué parte específica de ayer es la que te ha molestado?

—¿Cómo has podido meterme en todo eso? ¿Cómo has podido exponer a Jamie a un riesgo semejante?

—Estás siendo muy vago, jovencito —observó Winston, al tiempo que se reclinaba—. Y es un poco temprano para estos jueguitos. ¿Qué te parece si vuelves a tu habitación...?

—¡No! Ayer pasó algo. Los dos lo sabemos. ¿Qué fue? ¿Por qué no me acuerdo de nada?

—Ah, ya entiendo. —Una débil sonrisa se atisbó en los labios de Winston—. ¿Qué ha pasado, te has despertado con la mente en blanco?

—¡Sí! ¿Ha sido idea tuya?

—*Nop*. Yo diría que Jamie tuvo una idea antes de acostarse. No estoy seguro de por qué lo hizo, la verdad es que no tenía nada que ocultar. Si quieres que te diga lo que pienso, ha sido una pérdida de polvo.

J. J. frunció el ceño y se adelantó un paso hacia el viejo payaso. Bajó la voz hasta un susurro áspero.

—Debió de ser importante, fuera lo que fuese. Ah, sí, pienso descubrirlo. Y contarlo. ¿Me has oído? Voy a chivarme. Para vengarme. Aunque caiga contigo, me encargaré de meterte en un lío de tres pares de cojones, Winston. ¿Me has entendido?

Winston enarcó las cejas.

—Te he entendido, pero no sé qué es lo que piensas contar. El único que tiene algo que contar... bueno, soy yo. Pero sé mantener la boca cerrada. ¿Y tú?

J. J. se quedó sin habla un instante, mientras miraba coléricamente aquellos ojos abolsados, las patas de gallo y las líneas de expresión que tanto detestaba. Al fin se dio la vuelta para marcharse, buscando desesperadamente un disparo envenenado para despedirse, pero no se le ocurrió nada. Cerró violentamente la puerta al salir.

Winston observó la puerta que oscilaba sobre las bisagras y se echó hacia atrás, absorto en sus reflexiones. Jamie estaba en lo cierto acerca de una cosa: J. J. estaba cambiando. Era más agresivo y se estaba volviendo más audaz. Winston comprendió lo que debía de haber sucedido la noche anterior: Jamie había considerado todo lo que podía torcerse si J. J. realmente quería jugar sucio. Debía de haber usado el polvo

para borrar de su mente los sucesos de la jornada... Era una buena idea, aunque Winston estaba sorprendido de que el deseo hubiese funcionado. Para empezar era tremendamente arriesgado, y el hecho de que hubiese resultado no significaba sino que «los cabrones demoniacos», como los llamaba Niñopez, no prestaban mucha atención a sus responsabilidades últimamente. En el pasado había habido momentos en los que aquella presencia opresiva, intensa pero indefinida, había sido innegable y sumamente real. Con frecuencia, los recuerdos de aquella época habían disuadido a Winston de usar el polvo, para que los poderes superiores no encontrasen motivos para interesarse por él, para que no lo mirasen un poco más de cerca.

Y Winston había descubierto algo nuevo: J. J. le daba mucho miedo. No tenía intención de manifestarlo; si J. J. se enteraba caería el telón para él. Pero ahí estaba; Winston estaba aterrorizado.

Se le ocurrió otra idea desagradable: ¿qué pasaría si J. J. se hacía con más polvo y empezaba a pedir deseos?

La idea le produjo una sensación de desazón en el estómago y se maldijo por haberse dejado llevar por su lado blando, por haber acogido a Jamie bajo su protección. La vida en el espectáculo ya era bastante dura sin tener enemigos peligrosos bajo su propio techo. Sus ojos se posaron en el endeble cerrojo de la puerta y se preguntó si tendría tiempo para despertar y hacerse con un arma si alguien la echaba abajo durante la noche.

J. J. tuvo una pataleta en el salón, dando patadas a las cosas y agitando los puños en el aire. Recordó la pataleta de Gonko, que había destruido todo el mobiliario, pero por mucho que lo intentase J. J. no poseía la misma fuerza. Finalmente Gonko oyó el revuelo y salió.

—¿Qué hay de nuevo, J. J.? —dijo.

—Ah, nada —contestó J. J., invocando al señor «No me hagas daño» por la fuerza de la costumbre.

—Alguien te ha metido una abeja en el sombrero —repuso Gonko—. Tengo algo que a lo mejor te anima. ¿Quieres ver lo que le hemos traído a Kurt para su cumpleaños?

J. J. quería verlo, en efecto. Siguió a Gonko hasta uno de los almacenes. Habían sacado algunas cajas al pasillo para dejar espacio a la bolsa de cadáveres que yacía en el suelo. La abultada bolsa dio una sacudida. J. J. la empujó con la bota. Un débil gemido surgió del interior. Gonko desabrochó la cremallera de la bolsa, que emitió un dolorido chillido metálico. Dentro había un hombre de cincuenta y tantos años apenas consciente, con calvicie incipiente y papada alrededor de la barbilla y las mandíbulas. Llevaba una túnica negra con un alzacuellos blanco.

—¿Le has traído a un cura? —exclamó J. J., asombrado.

—Sip.

—¡Le va a encantar!

—Más le vale. Atraparlo fue sencillo, pero obligarlo a vestirse antes de llevárnoslo fue un coñazo.

El sacerdote abrió los ojos y los entrecerró a causa de la luz repentina. Tenía la voz gruesa y confusa.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

—Buenas noches, padre —dijo Gonko mientras cerraba nuevamente la cremallera de la bolsa. El sacerdote gimió y se debatió débilmente antes de quedarse quieto.

—¡Es un regalo estupendo! —dijo J. J.

Gonko le guiñó el ojo y cerró la puerta del almacén.

—No se lo digas a nadie, J. J. No quiero que los demás equipos se enteren.

J. J. volvió a su dormitorio sintiéndose un poco mejor. Un buen rato espiando a la gente le curaría las heridas.

Todo parecía normal en el parque de atracciones. J. J. enfocó la carpa de los acróbatas y vio que Randolph estaba convenciendo a los demás para que hicieran una excursión. Al cabo de un minuto, para su sorpresa, Winston entró a hurtadillas en la carpa.

—Vaya, vaya, ¿qué es esto? —murmuró J. J. Winston llevaba un maletín en la mano. Miró en derredor para asegurarse de que estaba solo y se dirigió a una de las habitaciones traseras en las que los acróbatas almacenaban sus artículos de utilería. La cama elástica que le habían prestado a J. J. estaba inclinada contra una pared. Winston la puso en el suelo y sacó del bolsillo trasero un cuchillo con el que hizo un largo tajo en la esterilla. A continuación se dirigió a la cuerda floja, que estaba colgada de un gancho en la pared formando un rollo grueso y gigantesco. Winston la cogió, la dejó caer al suelo y la empapó en un frasco de líquido claro que sacó del maletín. Acto seguido encendió una cerilla, la soltó y las llamas lamieron la sogá rápidamente. Había varios juegos de mallas de repuesto colgados en sus respectivas perchas; Winston los cogió y los echó al fuego.

En el maletín había más botellas llenas de líquido. Un líquido amarillo: orina. Winston abrió una de ellas y derramó el contenido sobre el resto del equipo que había en la estancia: pesas, aparatos para hacer ejercicio, balones medicinales y combas. Abrió una segunda botella y empapó todo lo que había a la vista antes de llevarse las tres botellas restantes al salón de los acróbatas. Lo siguiente que empapó fueron los sillones de ante y los asientos tapizados. Cuando hubo vaciado las botellas sobre ellos sacó otra cosa del maletín: una nariz de payaso de plástico roja. Para el asombro de J. J., puso la nariz de payaso de plástico sobre un cojín empapado de orina. A continuación cogió el maletín y salió corriendo de la carpa, mirando nerviosamente por encima del hombro.

De repente J. J. experimentaba sensaciones encontradas acerca de todo aquello.

Tal vez Winston no fuera tan malo. Pero había algo sospechoso en todo ese asunto, algo que no conseguía precisar. ¿Acaso Gonko le había ordenado aquel ataque a Winston en secreto?

J. J. decidió averiguarlo. Cubrió la bola y salió en busca de Gonko. Lo encontró arrodillado junto a la bolsa de cadáveres, salpicando el rostro del sacerdote inconsciente con una botella de agua. Gonko se volvió a mirar a J. J., dejó caer la botella dentro de la bolsa y cerró la cremallera.

—Oye, Gonks —dijo J. J.—, ¿cuándo vamos a vengarnos de los acróbatas?

—Ya te he dicho que les daremos su merecido —contestó Gonko—. No hagas nada todavía. Espera hasta que yo lo diga. No me he olvidado de ellos, cariño, créeme. Les daremos su merecido pero bien. Ahora no es el momento, con tantos vándalos misteriosos corriendo por ahí.

—Claro —asintió J. J., frunciendo el ceño.

—J. J., vuelve dentro de tres horas y dale más agua a este tío. No queremos que se nos muera antes de mañana.

—Sí, ¿por qué no? —J. J. volvió a su habitación, preguntándose qué era lo que debía pensar. Winston estaba desobedeciendo las órdenes de Gonko, pero suponía que estaba un poco orgulloso del viejo. ¿Por qué habían de esperar para tomar represalias? Los acróbatas habían vivido demasiado bien durante demasiado tiempo.

Winston volvió a la carpa de los payasos confiando en que nadie importante lo hubiese visto. Entonces vio a J. J. esperándolo junto a la puerta de su dormitorio y el corazón le palpitó de mala gana. *Vaya, estupendo. Ahora ¿qué?*, se preguntó, con los nervios extenuados después de aquella incursión.

—Hola, Winston —dijo J. J. con una sonrisa burlona.

Winston había decidido que la displicencia despreocupada era la mejor apuesta cuando se trataba de J. J.; *no tengas miedo, pero no lo desafíes*. Dijo:

—¿Qué es lo que quieres, J. J.?

—Nada, nada. Buen trabajo. Eso es lo único que quería decirte.

¿Buen trabajo?, pensó Winston, y entonces cayó en la cuenta: la bola. Claro.

—Sí, bueno —dijo—. Se lo merecían. Ahora si me perdonas, J. J., tengo que descansar.

—Claro, claro. Oye, Winston. Perdona lo de esta mañana. No pretendía parecer... ya sabes. Agresivo.

—No hay problema, J. J. Pero que quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

El semblante de J. J. se oscureció, pero su tono siguió siendo jocoso.

—Claro. No quiero contar nada, ¿verdad? Y tú tampoco. —J. J. se marchó.

Winston cerró la puerta y echó la cadena. Suspiró. No podían permitir que J. J. conservara la bola de cristal, de ningún modo. Que J. J. estuviera al corriente de que estaba sucediendo algo ya era bastante peligroso, por no hablar de que se convirtiera

en el Gran Hermano. Y quizá, solo quizá, se vieran obligados a poner en práctica la postura del núcleo duro de Niñopez sobre J. J., aunque Winston se ponía enfermo al pensar en ello. Hasta entonces habían supuesto que era mejor lo malo conocido: si se cargaban a Jamie, ¿quién sabía que clase de sustituto llevarían al espectáculo? Pero lo malo conocido se les estaba escapando de las manos. Tal vez no hubiera otra salida: Jamie tendría que morir para poder matar a J. J.

Provocando incendios

Winston no era el único que estaba atareado en el frente del sabotaje. En el parque de atracciones había varios artistas que estaban descubriendo sorpresas desagradables en sus hogares.

Mugabo acababa de hacerle una visita a Kurt Pilo. Kurt lo intimidaba y lo enfurecía al mismo tiempo; cuando el mago estaba desvelado por las noches dedicaba la mayor parte del tiempo a imaginárselo como un gigantesco montículo de cenizas humeantes, pues Kurt era el que transmitía las instrucciones referentes a los degradantes trucos que debía llevar a cabo en cada función. El truco del conejo, que apareciesen monedas de detrás de las orejas de los niños de la primera fila, conectar y desconectar anillos plateados, sacarse de la manga tres metros y medio de pañuelos coloridos... Todo se hacía conforme a las órdenes de Kurt. Los que ponían en práctica aquellas órdenes eran igual de malvados y Mugabo había hecho confusos y embrollados juramentos de venganza contra todos ellos: Gonko, Shalice, los leñadores, incluso Niñopez... aunque este había sido decididamente más amable con él que los demás.

Aquella tarde se había propuesto cantarle las cuarenta a Kurt y la cólera lo había consumido el tiempo suficiente para que hiciese acopio del atrevimiento necesario para llamar a la puerta de su caravana. Cuando del interior surgió la amable respuesta, «¿hmmm?», a Mugabo se le agarrotaron las manos, convirtiéndose en palos rígidos, le temblaron los labios y la rabia lo abandonó. Si no hubiera estado mentalmente perturbado habría recordado que lo mismo le había sucedido docenas de veces anteriormente.

En la caravana, Kurt había escuchado sus argumentos, aunque Mugabo no había sido capaz de presentarlos demasiado bien. Bajo la mirada de Kurt se convertía en una ruina temblorosa.

—No puedo *hasé* el truco del *conejo* —había tartamudeado—. ¿Puedo *hasé* el truco del fu... fuego?

—Ah, Mugabo —dijo Kurt, tan jovial como siempre—, ya hemos discutido esto antes, ¿no es cierto? Tu actuación no va a cambiar. Haces unos trucos encantadores. Si te dejamos hacer el truco del fuego asustarás a los espectadores. Eso sería pasarse de la raya, *mmm*, sí. Solo necesitan atisbar tus asombrosos poderes. Solo necesitan probarlos.

—Mis trucos son... —Mugabo emitió un sonido como si escupiera. No se atrevía a seguir discutiendo con el señor Pilo.

—No, eres muy duro contigo mismo —repuso Kurt, cuyos labios de pez estaban congelados en aquella sonrisa—. Pero que muy duro. Peligrosamente duro. Hay un motivo para que te hagamos hacer el truco del conejo. Has de ganarte a los espectadores y seducirlos mediante el asombro y el entretenimiento. No debes asustarlos ni abrumarlos con fuegos artificiales.

Mugabo deseaba desesperadamente discrepar, pero Kurt se estaba levantando de detrás del escritorio. Se estaba acercando a él. Mugabo trató de cuadrarse y sostenerle la mirada, pero no le sirvió de nada. Kurt se metió algo pequeño y blanco en la boca; se escuchó un crujido mientras masticaba y tragaba.

—*Mm*. Hablando de conejos... encantadoras mandíbulas... *mm*. Encantadoras. ¿Dónde estábamos? —Se le habían nublado los ojos—. Ah, sí. Voy a decirte una cosa, Mugabo. ¿Qué te parecería hacer una función privada para los empleados del circo? Entonces podrías hacer los trucos que quisieras. ¿Qué te parece?

A Mugabo le parecía repugnante; odiaba a casi todo el mundo y no tenía ningún deseo de exhibirse para que se divirtieran, lo abuchearan y se burlasen de él. Pero Kurt se cernía sobre él...

—*Ehtá* bien —susurró, derrotado una vez más.

—¡Estupendo! —exclamó Kurt, dándole una palmada en la espalda con una gigantesca pezuña—. Lo programaré para dentro de una semana. Ahora vete a preparar la actuación. Se acerca el día de la función ¡y tienes que sacar al conejo del sombrero! Sacarlo como si fuera la última vez. Ese adorable conejito, Mugabo. Eres un buen hombre, un buen hombre. Vete y que Dios te bendiga.

Cuando volvía a casa la rabia de Mugabo se acrecentaba un poco a cada paso. Enseguida lo cegaría, el nebuloso resplandor candente que había detrás de sus ojos le impediría ver. *Se cree muy grande*, pensó amargamente Mugabo. El problema era que estaba en lo cierto; sí que era muy grande.

Le temblaban las manos cuando llegó a casa. Detrás del escenario había un pequeño laboratorio en el que pasaba sus horas de ocio chapoteando en pociones y medicinas. Lo entristecía mucho que nadie acudiese a pedirle un sorbo de vez en cuando, pues tenía algo para curarlo todo; al menos eso era lo que imaginaba. En ese momento sentía que se imponía un tónico para calmar sus nervios, para no estallar durante la tarde. El burbujeante mejunje púrpura podía ser lo indicado; si no era un tónico para los nervios, no tenía ni idea de lo que era.

Observó con el ceño fruncido las sillas de plástico desocupadas cuando pasó junto a ellas, pero se detuvo en seco al llegar al escenario. Alguien había escrito en el suelo con pintura blanca: «¿Te crees un gran mago? Haz el truco del conejo, escoria».

Mugabo cayó de rodillas farfullando, leyendo y releendo la pintada. Un grito áspero brotó del fondo de su garganta. Allí estaba la prueba en letras mayúsculas: el mundo estaba contra él, riéndose a sus espaldas. Lo único que no acertaba a comprender era si aquel vándalo lo había insultado porque hacía el truco del conejo o porque no lo hacía demasiado bien.

Tampoco le importaba. Extendió el brazo sobre la pintada y emitiendo ese mismo grito áspero arrojó fuego al mensaje; la palma de su mano hizo las veces de manguera de la que surgió un chorro de llamas anaranjadas. Las palabras se ennegrecieron y humearon, convirtiéndose de inmediato en una franja de entarimado calcinado e ilegible. Haciendo un gran esfuerzo logró controlarse antes de prenderle fuego a todo el escenario. Cogió uno de los numerosos sacos que tenía a mano y apagó las llamas.

Aún pasaría algún tiempo hasta que Mugabo se levantara para encontrar entonces su laboratorio de pociones en ruinas, con matraces rotos, pociones derramadas y fórmulas anotadas hechas jirones. Habían escrito el mismo mensaje en las paredes: «¿Te crees un gran mago?», junto con: «Ni siquiera puedes adivinar el futuro, escoria».

En la bañera, Shalice era plenamente consciente de que la estaban observando a través de la bola de cristal que le habían robado. Al igual que Kurt, podía percibir su presencia como una sombra fría en lo alto.

Seguía esperando pacientemente a que el ladrón cometiese un desliz. Al parecer los Pilo no eran conscientes de lo rara y preciosa que era la bola, pues tanto Kurt como George habían ignorado sus peticiones de ayuda. Tal vez los venerables hermanos Pilo se decidiesen a entrar en acción si se producía un nuevo ataque de los misteriosos vándalos. Tal vez debiera organizar ese ataque ella misma.

Levantó la pierna sobre la espuma, dejando que el agua caliente resbalara por la espinilla. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa perezosa jugueteaba en su rostro.

—Sigue mirando, cerdo —susurró—. Te encontraré.

Cuando se estaba reclinando, intentando decidir lo que haría con el ladrón cuando lo capturara (Dios sabía que tenía muchas opciones), se le presentó algo. Se trataba de una visión ciertamente poderosa, una imagen clara y apremiante. Era Mugabo, que estaba entrando en su barraca con los ojos y las manos en llamas. Se vio a sí misma volviéndose para hacerle frente mientras un chorro de llamas anaranjadas se abatía sobre ella.

Se le aceleró el pulso y tuvo que reprimir el impulso de levantarse de inmediato, cerrar las puertas y apagar las luces. Tenía que esperar y captar todas las pistas posibles de la visión. Finalmente esta se desvaneció; lo último que atisbó fue a Mugabo sobre su cuerpo ardiente, enseñando los dientes y gritando. Cuando se disipó la visión Shalice salió de la bañera y se secó con una toalla, atenta por si se oían pasos en el exterior. Fue corriendo a su barraca, cerró la puerta con llave y se sentó, devanándose los sesos. A continuación descolgó las cartas astrales de la pared, así como las cartas de tarot, y fue a esconderse a la casa de su amante. Iba a ser una noche agitada.

La estruendosa explosión que se produjo en la barraca de Mugabo algún tiempo después hizo que muchos volvieran la cabeza. Vieron una columna de fuego que salía disparada hacia el cielo, como si un cometa hubiese aterrizado en una gigantesca cama elástica. Una oleada de aire caliente se abatió sobre el parque de atracciones.

El fuego estalló dos minutos después de que Mugabo entrase en su laboratorio de pociones y viera lo que le había sucedido a su santuario. Se había contenido hasta llegar al tejado, donde ahora yacía inconsciente tras haber consumido todas sus energías.

Kurt Pilo se asomó a la ventana de la caravana mientras se extinguían las últimas llamas. Enarcó las cejas y se reclinó delante del escritorio. Era evidente que el mago estaba ensayando para su función privada; esa había sido una brillante ocurrencia ejecutiva. Mientras que su padre habría despellejado al mago, lo habría sodomizado y se lo habría servido a cucharadas a las criaturas de la casa de la risa, Kurt júnior se encontraba con los artistas a mitad de camino. En eso consistía la buena administración, sí señor.

—Va a ser todo un espectáculo —comentó Kurt, sin dirigirse a nadie.

Los acróbatas habían pasado el día en el callejón de las casetas, seduciendo a las mujeres y entablando amistad con los hombres, de modo que regresaron tarde para descubrir que habían vandalizado su equipo y sus muebles, y tomaron una decisión unánime: los payasos iban a estar meando sangre y cagando sus propios dientes durante los próximos días.

—No, no, no —dijo Randolph—, deberíamos tomárnoslo con calma, dejar que suden un rato, que se pregunten qué es lo que se les viene encima.

—A lo mejor —admitió Sven—, pero hagamos lo que hagamos tenemos que saldar esta mierda de una vez por todas.

—¿De una vez por todas? La única forma de saldarla es eliminarlos a todos —exclamó Tuskan.

—Entonces a lo mejor eso es lo que hay que hacer —propuso Sven.

—¿No querrás decir que los matemos a todos? —preguntó Randolph.

—Por lo menos a uno o dos —respondió Sven.

—¿A quiénes?

—A ese viejo cabrón. ¿Qué os parece?

—¿A Winston? —dijo Randolph—. No, ese no es el peor. A otro.

—Entonces ¿a quién?

—Al nuevo —sugirió Randolph—. El pelirrojo, el que ha estado hostigando a los feriantes. *Comosellame*.

Se llamaba J. J. y Randolph no confiaba en él ni por un segundo. Los demás

convinieron en que sería un magnífico ejemplo para los demás payasos.

J. J. guardó la bola y se tendió, preguntándose si habría alguna forma de impedir que la almohada borrara el maquillaje durante la noche. Se disponía a pedirle a Rufshod que volviese a maquillarlo a la mañana siguiente cuando sus manos sintieron algo debajo de la almohada, una hoja de papel doblada. La desdobló y comprobó que se trataba de una carta de Jamie. Presumiblemente debería haberla encontrado de inmediato aquella mañana. Decía lo siguiente:

Querido J. J.:

Siento haber usado tanto polvo, pero no tenía otra forma de dormir, después de haberme despertado cubierto de sangre. Sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero me gustaría proponerte una tregua. Según parece, después de haber usado el maquillaje durante unos años habré desaparecido por completo. Hasta entonces, déjame estar y yo te dejaré estar a ti. ¿Qué dices?

J. J. arrugó el papel con el puño y lo arrojó a un lado. Una sonrisa se extendió sobre su cara.

—Esto es lo que te digo, colega.

Una figura furtiva atravesaba las sombras, pasando junto a la barraca del domador de leones y bajo el arco de madera del callejón de las casetas. Solo los ojos más agudos habrían distinguido al payaso J. J. mientras merodeaba como un espantapájaros, empuñando un hacha que de vez en cuando giraba como si fuera un bastón y a veces se echaba al hombro como si fuera una sombrilla. Se le oía débilmente silbando «Qué será, será».

Nadie lo oyó cuando abrió suavemente la puerta de la barraca instalada tras el puesto de «dispare a un pato y gane un premio». Dentro vivía (por el momento) una gitana que hacía collares de conchas. Era la feriante más anciana del espectáculo, había formado parte de este desde antes de que Kurt júnior heredase el circo y recordaba el sonido de la voz enfurecida de Pilo padre cubriendo de improperios a sus subordinados, recordaba lo que les sucedía en aquella época a las muchachas gitanas que habían cometido el error de nacer hermosas.

Algunos oyeron su penetrante alarido cuando su estancia en el espectáculo llegó a su fin, algunos oyeron el porrazo quedo que producían los golpes de la cabeza del hacha, pum, pum, pum. Nadie se levantó para investigar, pues no era nada nuevo. Los feriantes hicieron lo que siempre hacían cuando algo pasaba durante la noche: se

aseguraban de que las puertas y las ventanas estuvieran cerradas con llave, se santiguaban y volvían a la cama, preguntándose a quién le había llegado el turno en aquella ocasión.

J. J. seguía sonriendo cuando escribió la respuesta a Jamie en la puerta del armario con un dedo ensangrentado. Dejó un segundo mensaje a lápiz en la pared del pasillo por si Rufshod iba a maquillarlo a la mañana siguiente, pidiéndole que aquella vez lo dejase en paz. J. J. quería que Jamie lo viese.

Jamie lo vio. Se despertó con el balbuceo del circo que se preparaba para el inminente día de función y se sobrepuso a una momentánea sorpresa; no había esperado volver a hacer uso del cuerpo durante una buena temporada.

Apartó la mirada hacia la puerta del armario y recordó desesperado el asesinato de la noche anterior.

En la puerta habían escrito con sangre las palabras «trato hecho».

Puso una caja delante de la puerta para reflexionar un rato sin que lo interrumpieran. El plan había dado resultado, y el plan consistía en conseguir ser él mismo otro día.

J. J. había mordido el anzuelo. Había sido más astuto que su encarnación de payaso. Si lo había logrado una vez, podía volver a hacerlo. Pero de algún modo tenía que seguir adelante, provocando nuevas represalias y borrándose la mente de algún modo cuando llegara la hora de volver a maquillarse.

Se dirigió a la habitación de Winston y llamó a la puerta. Respondió una voz soñolienta.

—Ay, ¿qué pasa ahora? ¿Es que no puedo quedarme en la cama ni una maldita mañana?

Jamie entró y le refirió lo que había sucedido desde el momento en que Rufshod lo había maquillado el día anterior, y le explicó que necesitaba más polvo. Winston escuchó, asintiendo con la cabeza como si ya hubiera adivinado la mayor parte.

—Te propongo un trato, Jamie —dijo—. Tengo polvo suficiente para que sigas ocultándole tus recuerdos, probablemente durante todo el tiempo que haga falta. Yo casi nunca lo uso, me da escalofríos y hace que me sienta francamente mal. Así que si vienes a mí siendo Jamie te daré todo lo que necesites. Si vienes siendo J. J. te mandaré a paseo. Pero quiero que hagas algo a cambio.

—Claro, lo que sea.

—Dame la bola de cristal. No quería quedármela, porque me expone a más riesgos innecesarios. Pero lo he pensado. Es muy arriesgado que se la quede J. J. Pero que muy arriesgado. No me hace falta que vea todos mis movimientos.

Jamie suspiró al imaginar cuánto se enfurecería J. J., pero no estaba en posición de oponerse. Asintió.

—Buen chico —dijo Winston—. La guardaré en un lugar seguro, comprenderás

que no te diga dónde. Ahora prepárate para el día. Es el cumpleaños de Kurt. Pon tu mejor cara de póquer. De hecho, yo en tu lugar usaría un poco de polvo ahora mismo y me maquillaría. Es preferible que seas tú quien decida cuándo aparece J. J. a que Rufshod lo saque cuando no estés preparado. Si te coge desprevenido y no has borrado tus recuerdos, estaremos...

Winston se interrumpió y ladeó la cabeza; había alboroto en el salón, gritos y el sonido de algo rompiéndose.

—¿Qué es eso? —gimió Winston—. A la mierda, que se las arreglen solos. Voy a seguir durmiendo un poco más.

Winston le arrojó una bolsa de terciopelo y se desplomó sobre la cama con una tormenta de chirridos de los muelles. Jamie le dio las gracias y se marchó.

Cuando pasaba delante del salón oyó un crujido de madera que resonó como un disparo y vio a un acróbata volando por el aire antes de aterrizar bruscamente en el suelo.

Jamie se detuvo para observar, ocultando la mayor parte del cuerpo en el pasillo y asomando solo la cabeza por la esquina. Gonko estaba cerca del acróbata con una tabla de madera en las manos. Goshy, Doopy y Rufshod se encontraban a su lado; parecía el colofón de una lucha muy breve.

—¡Estaba haciendo algo, Gonko, te lo juro! —exclamó Doopy—. ¡Mira lo que tenía en la mano, Gonko, míralo!

Gonko se agachó y cogió algo del suelo, una jeringuilla llena de un líquido diluido.

—Tienes razón como siempre, Doops —dijo—. Siempre has sido un tipo perspicaz. Sí que estaba haciendo algo. Claro que sí.

El acróbata estaba intentando levantarse, pero tenía la rodilla doblada en un ángulo extraño. Gonko se acercó y lo empujó suavemente para que cayera de espaldas.

—Me atrevo a decir que esto no es la vacuna del tétanos, Sven. ¿Qué pasa? ¿Qué es eso de colarse en nuestra carpa?

El acróbata intentó levantarse de nuevo y Gonko le propinó una patada en el pecho, aunque no con tanta suavidad esta vez.

—Será mejor que me dejes marchar —le escupió Sven—. Haré que te tengan haciendo chapucillas el resto de tu vida. No volverás a hacer otra función.

—Ya conoces las reglas —repuso Gonko—. Estás en nuestra carpa sin nuestro permiso. Podemos hacerte lo que nos salga de los cojones. Escúpelos. ¿Qué tienes contra J. J.?

Jamie abrió los ojos de par en par.

—Ya sabéis lo que habéis hecho —contestó Sven—. Os lo merecéis. Os debemos una.

Gonko se volvió a mirar a los demás payasos con expresión confusa. El acróbata intentó alejarse arrastrándose. Goshy empezó a silbar como una tetera. Gonko

enarboló la tabla como si fuera un golfista disponiéndose a golpear, pero George Pilo lo interrumpió.

—¡Oye! —gritó George desde la entrada—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—Hola, George —dijo Gonko, con la tabla aún levantada por encima del hombro—. Yo diría que estoy protegiendo nuestra propiedad. Estaba a punto de hacerle a este tío... ¿Qué es lo contrario a un estiramiento facial?

—Un aplastamiento facial —intervino Doopy—. Me parece que eso es lo que es, Gonko. Goshy y yo estábamos hablando de eso hace un momento. Un aplastamiento facial.

—Bien dicho, Doops. Sí, George, este tío se ha colado aquí con un arma asesina. ¿Qué te parece eso?

—Me importan un comino vuestras disputas —dijo George, dirigiéndose a Gonko y apretando la cara contra el ombligo de Gonko, mirando hacia arriba con sus ojos húmedos, blancos y malévolos—. No quiero verte peleando con otros artistas, Gonko. Eres un miembro destacado del espectáculo. Se supone que debes dar ejemplo.

—Estaba dando ejemplo, George —repuso Gonko.

—Pienso reducirlos la paga por las chapucillas de esta noche —anunció George. Gonko se estremeció y por un momento pareció que estaba a punto de aplicarle un procedimiento de aplastamiento facial a George Pilo, pero soltó la tabla y sonrió amablemente.

—Es duro pero justo, George, como siempre —dijo.

George se volvió hacia el acróbata.

—Mírate la pierna, idiota. Dentro de poco hay una función y tú vas y te quedas incapacitado. Arrástrate hasta el MM para que te la arregle. Le diré que vas a ir a verlo.

Una sombra de temor surcó el rostro del acróbata y una sonrisa se dibujó en el de Gonko. George se marchó. El acróbata se alejó arrastrándose, dejando a los payasos disfrutando de una ronda de palmaditas en la espalda. Jamie se esfumó, pero al cabo de dos minutos Gonko se hallaba delante de su puerta.

—¿J. J.?

—¿Sí? —contestó Jamie—. Estaba a punto de ponerme el maquillaje ahora mismo...

—¿Has estado dando por el culo a los acróbatas? —preguntó Gonko.

—No.

—Entonces ¿por qué quieren matarte?

—No sabía que quisieran matarme.

—Pues parece que así es. Doops dice que este se coló aquí de madrugada esta mañana. Doops lo encerró en el armario y volvió a la cama. El acróbata consiguió salir de allí de algún modo y trató de colarse en tu habitación para ponerte una inyección de algo. No creo que quisieran regalarte un chute de morfina.

Jamie se encogió de hombros.

—¿Por qué a mí?

—Eso es lo que me gustaría saber, colega. ¿No les has hecho nada? ¿No les has tirado barro ni nada parecido?

—No. Te lo juro.

Gonko lo observó con atención.

—Es posible que tengas razón, o es posible que seas un mentiroso de primera. Cualquiera de las dos cosas me parece bien. Pero no hagas nada todavía. Ya llegará el momento de vengarnos. De momento todo va a ser buen rollo, ¿entendido? Vive y deja vivir y todas esas moñadas. En este momento los payasos preferimos pasar desapercibidos, créeme. Hay algún gracioso que va por ahí tirándolo todo. El jefe no lo aguantará mucho más, me apuesto lo que quieras.

Jamie asintió.

—Y ponte el maquillaje —dijo Gonko mientras cerraba la puerta.

Se cuecen los problemas

Alrededor del mediodía los payasos se dirigieron a la carpa del escenario para celebrar el cumpleaños de Kurt. J. J. iba dando brincos, pues se alegraba de haber solucionado un tanto las cosas con su contrapartida; Jamie se había maquillado a primera hora de la mañana, de modo que al parecer se habían terminado las tonterías. Si las cosas seguían siendo así, a lo mejor J. J. dejaba de ser tan duro con él... Al principio aquel gallina no había entendido del todo a quién se estaba enfrentando, pero había aprendido la lección. Más le valía.

Los payasos fueron los últimos en llegar a la carpa del escenario, aparte del propio Kurt. Gonko y Rufshod dejaron en el suelo a su lado la bolsa de cadáveres que se debatía débilmente. Kurt había fingido que no había concertado aquella reunión, encomendando a los gitanos que lo hicieran en su lugar. Cuando entró con un portapapeles en la mano, como si estuviera efectuando una inspección de mantenimiento rutinaria, aparentó sorpresa. Todos los presentes habían presenciado aquello en numerosas ocasiones anteriormente; tal como les habían ordenado, exclamaron a coro: «¡Sorpresa!». Kurt se ruborizó, se llevó las pezuñas a las mejillas con fingida turbación y exclamó «¡esto es demasiado!» y «¡ah, mira que sois!», haciendo ademanes de «¡anda ya!» en el aire con la muñeca rígida. Se detuvo justo delante del escenario y miró a todos con expectación.

Los recientes actos de vandalismo habían ensombrecido la competencia por los regalos, que no había sido tan intensa como otros años. Los acróbatas habían adoptado una postura conservadora y le dieron una bolsa de plástico llena de dientes, el mismo regalo que le habían hecho cuatro años antes, ganándose inmunidad diplomática en todas las disputas en las que se habían involucrado en aquella época. En aquel entonces los acróbatas estaban enfrentados al tragasables, puesto que compartían una carpa. Los acróbatas triunfaron y el tragasables se vio relegado a la carpa de Mugabo hasta que, en el transcurso de una discusión literalmente acalorada, Mugabo lo convirtió en carne asada. Pero aquello había quedado en el pasado y los acróbatas dieron muestras de presentir que en aquella ocasión se habían visto superados. Las miradas que dirigieron a los payasos, que estaban sentados con aire petulante junto a la palpitante bolsa de cadáveres, eran abiertamente homicidas.

Los acróbatas le entregaron los dientes a Kurt primero y este se mostró complacido. No entusiasmado, pero complacido.

—Tengo un buen presentimiento acerca de esto —le susurró Gonko a la tropa.

Shalice, que tampoco estaba terriblemente contenta con ninguno de los Pilo por

su forma de ocuparse del robo de la bola de cristal, no se había tomado ninguna molestia; le regaló a Kurt un cepillo de dientes con el mango de marfil (algo que había encontrado en el callejón de las casetas), un regalo que apenas era lo bastante bueno para evitar serias recriminaciones. Kurt se mostró elegantemente decepcionado, suspirando como podría haberlo hecho una colegiala melancólica ante un póster de un ídolo famoso, siempre fuera de su alcance.

El domador de leones estaba claramente desinformado de los intereses actuales de Kurt, pues al parecer pensaba que seguía apasionándole la ornitología como el año anterior. Le obsequió a Kurt un loro enjaulado al que había enseñado a decir «feliz cumpleaños». Goshy, que se hallaba entre los espectadores, se enfadó por alguna razón cuando desvelaron al pájaro, como si hubiera divisado a un rival. Mirándolo de soslayo, J. J. solo sabía que cuanto más averiguaba acerca de Goshy, peor parado salía este.

Kurt no estaba nada contento con el pájaro; sus labios de pez sonreían, pero no dijo ni una sola palabra de agradecimiento y su frente se oscureció como si se estuviesen acumulando nubes de tormenta. El domador de leones volvió a su asiento con pasos temblorosos, mucho más pálido que cuando se había levantado.

Los leñadores sorprendieron a todos demostrando que estaban en la onda; le regalaron a Kurt un gigantesco crucifijo que habían construido con troncos de secuoya. Cuando los cuatro se lo llevaron, Kurt resplandeció y los cubrió de elogios. Gonko decidió que había llegado el momento oportuno. Le hizo una seña a Rufshod y ambos llevaron al escenario la bolsa de cadáveres, mientras el sacerdote gemía y se debatía dentro de ella como un pez atrapado en una red. Gonko había atado una cinta rosa alrededor de la cintura de la bolsa.

—¿Qué es esto? —preguntó Kurt, que ya estaba encantado cuando depositaron la bolsa a sus pies.

—Una cosita que pensamos que podía gustarte, jefe —respondió Gonko—. Todo tuyo. Disfrútalo. —Kurt siguió hablando efusivamente mientras desataba la cinta, trató de adivinar lo que podía ser, bromeó diciendo que confiaba en que no fuera otro par de calcetines (aunque nadie se había atrevido a darle el primero) y bajó la cremallera.

—¿Qué está pasando? —graznó el sacerdote—. Tengo sed... por favor... —Parpadeó al reparar en la muchedumbre que se había congregado y retrocedió ante el efusivo monstruo de dos metros diez que se inclinaba sobre él. Los ojos monstruosos de Kurt se posaron sobre el alzacuellos del sacerdote, la sotana negra y el crucifijo, y pareció que iba a estallar de placer.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Es un artículo genuino? ¿No se trata de una imitación?

—Nada más que lo mejor, jefe —le aseguró Gonko, dirigiéndoles una sonrisa feroz a los abatidos acróbatas—. Nada de marcas genéricas para ti. Nos lo llevamos de una parroquia de Perth. Todo tuyo.

Kurt estaba abrumado. «Caramba» era lo único que acertaba a decir. Asió la cabeza del sacerdote con las manos, sus dedos se ajustaron con facilidad al cráneo de aquel hombre. Le metió el pulgar en la boca, alzando una encía para examinarle los dientes, como si fuera un perro de granja.

—Caramba —susurró Kurt.

—Ya que está aquí, hemos pensado que podíamos usarlo en la boda de Goshy —añadió Gonko—, si te parece bien, jefe. Para que sea oficial y todo eso.

—¡Desde luego! —vociferó Kurt, echándose por encima del hombro al sacerdote, que no podía tenerse en pie a causa de los calambres. Su cuerpo inerte parecía minúsculo a tanta altura del suelo—. Os lo presto, por supuesto. Los demás, dejad vuestros regalos junto a la puerta de mi caravana. Tengo que jugar con este ahora mismo. —Kurt se fue trotando y los artistas abandonaron la carpa.

Gonko estaba de buen humor mientras los payasos regresaban a casa.

—¿Habéis visto la expresión de su cara? Mañana nos devolverán nuestra función, me apuesto el huevo izquierdo.

J. J. los dejó celebrando y se fue a su dormitorio, decidido a observar lo que tramaba Kurt con ese pobre diablo. Atrancó la puerta con una barricada, buscó la funda de almohada debajo de la cama y...

No estaba. Supo de inmediato que lo habían traicionado. Profirió un grito que le arañó la garganta. J. J. efectuó un registro frenético e infructuoso del dormitorio, se sentó y miró fijamente hacia delante, rechinando los dientes, descargando el puño de tanto de tanto contra la almohada y convulsionándose de furia.

—Jamie —masculló—, esto es la guerra.

Winston estaba cansado y sentía el peso de sus largos años. Quizá había sido el maquillaje lo que los había mantenido en activo durante tanto tiempo (había dejado de contar los años), pero Winston empezaba a pensar que era el simple hecho de estar en el parque de atracciones. Había dejado de usar la pintura hacía mucho tiempo, pero su cuerpo seguía en marcha. Había oído rumores de primos que después de haber visitado el espectáculo habían vivido existencias largas y miserables; criaturas sin alma, carne y huesos cuya única pretensión de vida era que sus cuerpos continuasen funcionando al ralentí. Así era como ahora se sentía Winston, desde luego.

Estaba intentando reunirse con Randolph, una peripecia peligrosa, puesto que los payasos y los acróbatas estaban en alerta roja, los unos contra los otros. Las cosas no habían estado tan tensas desde hacía mucho tiempo, desde que los acróbatas habían perdido a tres artistas en la última reyerta importante. Los payasos habían perdido a dos de los suyos. Habían reclutado a Winston en 1836 para reemplazar a Wendell, el legendario payaso obeso, una obscenidad de cuatrocientos kilos. Muchos habían observado que el número de Wendell, que llevaba un tutú y daba vueltas

grotescamente, habría encajado mejor en la parada de los monstruos. Aquello había sucedido hacía algún tiempo, cuando el circo se había mudado desde Francia hasta aquella apartada colonia prisión que se había convertido en una nación bajo sus pies. Antes de Francia había sido Escocia, antes de Escocia, Grecia, y antes de eso... En ese punto el registro se volvía un tanto nebuloso. Winston recordaba que cuando él se había incorporado el espectáculo estaba deshaciendo las maletas después de mudarse, después de haber reducido a pequeños componentes todas las partes del circo para meterlas por las puertas de entrada, pieza a pieza.

Aunque Winston tenía el cuerpo de un anciano, era una cara relativamente nueva en aquel lugar. Rufshod era más nuevo que él y Doopy y Goshy habían aparecido mucho antes, aunque su historia se había olvidado hacía mucho tiempo. Ambos estaban demasiado corrompidos para tener menos de varios siglos cada uno. ¿Y Gonko? Winston no tenía ni idea. Había oído que Gonko había sido un buen amigo de Pilo padre... y este había muerto hacía muchísimo tiempo.

Winston se detuvo ante la carpa de los acróbatas y emitió un sonoro silbido lobuno para indicarle a Randolph que necesitaba hablar con él. Obtuvo una respuesta instantánea: dos acróbatas salieron corriendo y vociferando amenazas. Randolph salió tras ellos.

—No, no merece la pena —dijo desdeñosamente, interponiéndose entre Winston y los demás—. Este no. Yo diría que el viejo chocho está a punto de caerse muerto sin nuestra ayuda.

—No vengas por aquí —espetó Sven, con la pierna envuelta en gruesos vendajes—. Te lo advierto, si vuelvo a verte junto a esta puerta te partiré el cuello.

—Eso también va para tus amigos —añadió Randolph. Winston percibió el alivio en su voz.

—No sé cuál es vuestro problema —repuso Winston—. Siempre paso por aquí cuando voy a la parada de los monstruos. —Sus ojos se encontraron con los de Randolph durante un instante; mensaje enviado.

—Desaparece de nuestra vista —le ordenó Randolph, escupiendo a sus pies y girando sobre sus talones. Los demás acróbatas lo siguieron al interior de la carpa.

Unos minutos después se encontraron en las sombras de la parada de los monstruos.

—¿De qué se trata? —preguntó Randolph.

—¿Qué está pasando? —dijo Winston—. Uno de tus chicos ha intentado cargarse a Jamie.

—Sí. Represalia.

—¿Por qué Jamie? Es uno de los nuestros. ¿Por qué no matáis a Rufshod o a Doopy?

—Jamie... no, J. J. es más peligroso que los demás, Winston. Sabe de nuestra existencia, por amor de Dios. Fue una equivocación llevarlo a la reunión.

—Nos hemos ocupado de eso. Jamie ha encontrado una forma de ocultarle sus

pensamientos a J. J. Bloquea sus recuerdos con el polvo. J. J. se despierta sin saber nada.

—¿Y eso cómo podemos saberlo?

—Vivo con ellos. Veo a J. J. todos los días.

Randolph parecía exasperado.

—¿Y cómo voy a conseguir que los demás cambien de idea acerca de él?

—No lo sé, a lo mejor no puedes. Pero hay blancos mejores que él, eso es todo. J. J. podría sernos útil de algún modo.

—También podría hacer que nos mataran a todos, Winston, joder.

Winston suspiró y se frotó las sienes.

—No puedo permitir que lo hagáis. Jamie es un buen chico. J. J. es un auténtico cabrón, pero me parece que Jamie lo tiene controlado...

—Joder, Winston...

—Me quitaría un peso de encima si estuviera muerto, créeme. Pero ya tengo bastante sobre mi conciencia. Él no ha pedido estar aquí, Randolph...

Randolph no dijo nada, pero le dirigió una mirada que decía mucho: ni yo, ni tú, ni ninguno de los que trabajan aquí, ni ninguno de los visitantes que se ven atraídos hasta aquí, ni las víctimas de lo que hace la adivina, ni, ni, ni...

Winston volvió a suspirar.

—Simplemente... no sé, avísame si van a atacar. ¿Vale? Una señal. Házmelo saber. Lo salvaré yo mismo.

Randolph se volvió para marcharse sin mostrarse conforme ni disconforme. Winston lo siguió con la mirada; y estuvo a punto de llamarlo para que volviese y decirle que adelante, que lo mataran. A puntito.

Sobre las tres de la tarde todos los artistas recibieron una carta que Doopy les entregó en mano. A Doopy le costó darles las cartas a los acróbatas y acabó con un ojo morado a cambio de sus esfuerzos, aunque le dijo a Gonko que se había caído, «de verdad» (aunque ni él mismo estaba seguro de por qué mentía).

Las cartas eran invitaciones a la boda de Goshy. Gonko había sugerido que adelantaran el evento a aquella misma noche, puesto que era dudoso que el sacerdote estuviera en condiciones de leer votos durante mucho más tiempo. A Doopy le costó mucho convencer a Goshy de que aquello era lo correcto, porque (suponía) Goshy quería disfrutar de la anticipación un poco más. Desde luego, no se estaba arrepintiendo. Lo que Doopy jamás le diría a nadie (nunca jamás en todo el mundo, de verdad) era que había sido él el que le había puesto el anillo en el tallo.

No había mucho tiempo para preparar los votos y Doopy no tenía un talante literario, de modo que le preguntó muy amablemente a Kurt Pilo si el sacerdote podía hacerlo por él. Cuando Doopy salió de la caravana de Kurt se topó con Shalice, que se dirigía hacia allí, y algo acerca de su lenguaje corporal y la sonrisa que le dirigió lo

preocuparon más que un ojo morado.

—Es una sonrisa de «voy a por ti» —balbuceó Doopy para sus adentros, al tiempo que se rascaba la cabeza. A continuación, enderezándose a causa del pánico, exclamó—: ¡Es una sonrisa de «voy a por ti»!

Volvió corriendo a la caravana de Kurt, musitando «ah, vaya, ah, eh, caray, vaya», y pegó la oreja a la puerta. Espiar al jefe era una mala idea, pero espiar a Shalice era una idea estupenda, lo que resultaba en una buena idea. No oía lo que decía ella, pero la voz de Kurt se oía claramente a través de la puerta.

—¿Estás segura de que es él?

Silencio. A continuación:

—¿Estás completamente segura?

Silencio. A continuación:

—Bueno, nunca habría adivinado que era él. Creía que había sido George. En fin. Tendremos que hacer algo al respecto, ¿verdad?

Doopy oyó pasos que se acercaban a la puerta y se alejó corriendo lo más deprisa que pudo.

¿Quién es él?, se preguntó Doopy, preocupado. *No seré yo, ¿verdad?*

Cuando volvió a la carpa de los payasos oyó que Goshy estaba silbando como una tetera y se olvidó de sus otros problemas de inmediato; ¡Goshy estaba disgustado! Fue corriendo a su dormitorio y vio a su hermano inmóvil, con los brazos apretados a ambos lados del cuerpo y la piel de la cara contraída en rollos a causa de la angustia. Goshy estaba a punto de gritar, claro que lo estaba.

—¡Goshy! —susurró Doopy—. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Goshy?

Y entonces lo vio: el anillo se había caído del tallo de su prometida y estaba tirado en el suelo.

—¡Ay, Goshy! —exclamó Doopy—. Ay, ¡ay, no! ¡Ay, nooooo!

—¡Heeeeeeeee, eeeeeeeeeee! —gritó Goshy—. ¡Heeeeeeeee, eeeeeeeeeee!

—Me cago en Dios, ¿a qué viene tanto alboroto? —rugió Gonko. Vio el revuelo en la habitación de Goshy—. Tontos del culo —espetó—. Ya está. —Recogió el anillo de compromiso del suelo y volvió a ponerlo en el tallo.

—Gracias, Gonko —exclamó Doopy mientras Gonko se marchaba—. Por cierto, ella va a por él, pero no sé quién es él, aunque podríamos ser nosotros.

—Sí, estupendo —rezongó Gonko por encima del hombro—. ¿Alguna vez has pensado en ser escritor, Doops? Shakespeare estaría celoso.

Cuando pasaba ante el salón oyó la voz de Kurt exclamando:

—¡Toc, toc!

Shalice estaba a su lado en la entrada, qué curioso.

—Hola, jefe —dijo Gonko, frunciendo el ceño—. ¿Qué te trae por aquí?

—Un desafortunado asunto —explicó Kurt mientras entraba—. Alguien me ha

dicho... —asintió sin demasiada sutileza en dirección a Shalice— que el ladrón de la bola de cristal está en tu carpa.

—¿La bola de cristal? —repitió Gonko—. ¿Qué, la suya? ¿Quién crees que la tiene?

—Winston —intervino Shalice, dirigiéndole una mirada fría—. Tu amigo Winston.

—¿Winston? Ni hablar —dijo Gonko—. ¿Qué demonios te hace pensar que la tiene él?

Shalice sonrió y se dio golpecitos en la frente con una uña larga y arreglada.

—Mis «poderes siniestros», como tú dirías. Así que dime, ¿estaba actuando solo o seguía instrucciones de alguien?

Kurt sonreía serenamente mientras miraba sucesivamente a ambos.

—Dímelo tú —contestó Gonko—, utiliza tus poderes siniestros.

—¿Cuál es su habitación? —preguntó Kurt con tono agradable.

Gonko los condujo a la habitación de Winston. Estaba cerrada con llave y Winston no estaba en casa. Gonko derribó la puerta de una patada. Shalice entró empujándolo y empezó a rebuscar entre la ropa y las cajas.

—Está por aquí, en alguna parte —aseguró—. He visto a ese viejo pervertido esta mañana. Ha estado disfrutando de espectáculos gratuitos todos los días.

Gonko observaba a la adivina con los ojos entrecerrados mientras esta tiraba todo lo que veía. Los «espectáculos» no parecían propios del Winston que conocía. Shalice se puso a dar golpecitos en las paredes, buscando un eco que revelase un hueco oculto.

—Vale, corta el rollo —dijo Gonko—. Winston es uno de mis artistas de mayor confianza y...

—¡Ajá! —exclamó Shalice, con un brillo en los ojos. Tiró con las uñas de una franja de pared pintada de color ligeramente más claro que la que la rodeaba y esta se desprendió con un crujido. Metió el brazo en el hueco y con una sonrisa extrajo la bola de cristal de su escondite.

Gonko se pasó una mano por la cara y suspiró.

—¡Ah, jefe, estoy tan sorprendido como tú!

Kurt seguía sonriendo serenamente, pero Gonko lo conocía y percibía la decepción en su rostro; y se alegraba de que solo fuera decepción.

—Claro, lo comprendo —dijo Kurt—. Pero hablaremos de esto después de la boda, ¿no te parece?

—Lo que tú digas, jefe.

—Así es, ¿verdad? —dijo Kurt. Se alejó trotando. Shalice lo siguió sin mirar a Gonko al pasar. Este los siguió con la mirada hasta que se fueron y le propinó una patada a la pared, haciendo un agujero en el yeso.

—Winston... —suspiró, sin terminar la frase. El resto era más o menos así: *vas a tener que darme algunas explicaciones, viejo amigo.*

Mientras Shalice encontraba la bola de cristal Winston estaba en la carpa de Mugabo siguiendo instrucciones de George. Se rumoreaba que Mugabo estaba agitado y no dejaba que nadie se acercara a su barraca, lo que auguraba problemas la víspera del día de la función. Winston tampoco consiguió entrar; el mago nunca había estado tan furioso. Después de decirle frases trilladas a través de la portezuela durante una hora, Winston se rindió y volvió a casa. Ya se habían suspendido al menos dos actuaciones del espectáculo del día siguiente, y la tarde era joven; con un poco más de pandemonio quizá conseguirían cancelar todo el día de función. Sería la primera vez que se había cancelado una función desde que Winston recordaba.

Un instante antes de atravesar la portezuela de la carpa de los payasos lo asaltó repentinamente un mal presentimiento y un segundo después vio a Gonko sentado ante la mesa de juego, contemplándolo con los ojos entrecerrados. No parecía contento.

—Siéntate, Winston —dijo.

Una idea alocada y pasajera destelló en la cabeza de Winston. *Algo va mal... J. J. ha hablado. Lo ha recordado todo y ha hablado. Se acabó.*

Se sentó y advirtió con sorpresa que Gonko parecía entristecido más que furioso, lo que le pareció aún más ominoso. Gonko lo miró a los ojos y dijo:

—¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Winston se movió en la silla y trató de impedir que le temblara la voz.

—¿A qué te refieres, Gonko?

—Kurt y Shalice la han encontrado —dijo Gonko lenta y tranquilamente—. En tu habitación. No me importa que la tuvieras, pero ¿cómo has podido permitir que la encontrasen? Pensaba que eras más listo.

Por un momento Winston estuvo sinceramente confuso, hasta que lo inundó una oleada de alivio. La bola, eso era todo. Los mayores secretos seguían siendo secretos.

—Ah —dijo—. La han encontrado.

Los ojos de Gonko destellaron.

—No te alegres tanto, coño.

—¿Alegrarme? No, es que al principio no te había entendido. —Winston intentó pensar deprisa—. Vi la bola tirada por ahí, a la intemperie. Sabía que habría problemas si la encontraban, de modo que la guardé en un lugar seguro. Por lo menos creía que era un lugar seguro.

Gonko asintió; parecía satisfecho con eso, aunque era muy difícil interpretarlo en situaciones como aquella.

—Es un mal momento, Winston —dijo—. Teníamos que sacar partido del cumpleaños de Kurt, pero eso ahora se ha jodido. Pero bien.

—Ah, maldita sea... Lo siento, Gonks.

—Sí, sí —suspiró Gonko—. No sé cómo la han encontrado; probablemente ella tuviera una de esas visiones. Pero eso no importa. No metes la pata demasiado a

menudo, así que esta vez lo dejaré correr. Yo sí, pero no sé si Kurt lo hará.

Winston se enderezó en la silla y se enjugó la frente.

—¿Kurt? ¿Qué es lo que ha dicho Kurt?

—Quiere tener una charla contigo. Quiere que te mande allí ahora mismo. Probablemente considera que es una falta grave, después de que pidiera específicamente que le devolvieran la bola. Creerá que has desobedecido directamente sus órdenes... que es lo que has hecho, la verdad. Y últimamente Kurt no está del mejor humor, con todo ese... rollo de la libertad.

—Joder...

—Bah, no te preocupes demasiado —dijo Gonko. Parecía que tenía los ojos cerrados, pero estaba observando a Winston con mucha atención—. Ve a verlo, acaba de una vez y olvídale. No me has fallado antes... Supongo que no volverás a hacerlo.

Winston asintió y se puso en pie, pero le flaquearon las piernas y se aferró a la mesa para sostenerse. Se marchó y Gonko lo siguió con la mirada mientras salía. El jefe de los payasos se quedó sentado un rato, perdido en sus pensamientos.

Winston, sereno aunque aturdido, llamó a la puerta de la caravana de Kurt. Se preguntó si sería cierto que Shalice había tenido una visión o si J. J. se había chivado de él por puro resentimiento.

—¿Hmmm? —inquirió la voz jovial de Kurt desde el interior.

Winston consiguió no tartamudear.

—Soy yo, señor Pilo.

—¡Ah, Winston! Pasa.

Abrió la puerta de la caravana, entró y se quedó petrificado cuando vio a Shalice sentada en una silla junto al escritorio de Kurt. *Vaya, maravilloso*, pensó. Eso haría que mentir fuese complicado, y las excusas que se le habían ocurrido de camino ahora eran inútiles.

Kurt entrelazó las manos encima del escritorio, descansándolas sobre una gruesa Biblia.

—Winston —dijo—. Quería preguntarte una cosa... ¿Qué es lo que era...? Ah, sí. ¿Qué estabas haciendo con la bola de cristal de la adivina?

—Bueno, jefe —dijo Winston—, la verdad es que no lo sé. No puedo decirle en qué estaba pensando para guardarla en mi habitación después de haberla encontrado. Pero quiero que sepa que lo siento mucho.

Kurt no reaccionó ante todo aquello. Hubo un silencio muy denso y cuando Shalice tomó la palabra, Winston estaba casi agradecido, aunque dijo:

—No la encontraste. Estás mintiendo. Lo veo en tu cara.

Winston mantuvo la mirada fija en Kurt.

—Jefe, lo siento.

—¿«No robarás» no era uno de esos... cómo se llaman? —dijo Kurt.

Como no sabía a quién se estaba dirigiendo, Winston guardó silencio. Al cabo de un momento, Shalice sugirió:

—¿Mandamientos? Sí.

—*Hm* —musitó Kurt, dando golpecitos en la Biblia con el dedo índice—. En ese caso es un poco grave, ¿verdad? No apruebo el robo. Y además me has estado espionando. ¿Ese era otro de esos mandamientos? ¿No me espíes?

—¡No, señor! —exclamó Winston, mientras se preguntaba como J. J. podía ser tan increíblemente estúpido—. Ni siquiera he mirado en esa cosa. Lo juro por... Dios. Tampoco se la robé a la adivina. —Winston se refrenó con esfuerzo para no seguir hablando.

Kurt miró a Shalice y cuando apartó la mirada Winston sintió que lo habían liberado de una fuerza inquebrantable. La adivina asintió de mala gana.

—Es verdad. Esta vez.

—*Hmm* —murmuró Kurt—. Entonces supongo que no es tan grave. Lo que me preocupa, Winston, es que desde que Shalice perdió la bola se han producido varios incidentes. ¿Sabes a cuáles me refiero?

Ese era el momento. Winston empleó la fuerza de voluntad que le quedaba para que todos los músculos de su rostro permanecieran completamente inmóviles y su voz templada.

—Sí, señor. Me parece que sí.

—*Hmm*. —Kurt siguió dando golpecitos en la Biblia con un dedo grueso, horadando la dura cubierta con una uña larga y afilada, tap, tap, tap—. Estoy a favor de divertirse un poco de vez en cuando —prosiguió—. La competencia beneficia al espectáculo. ¿Quieres repetírmelo, Winston?

Winston tragó saliva.

—La competencia beneficia al espectáculo, señor.

Kurt asintió.

—Tienes mucha razón, Winston. Pero en la carpa de los acróbatas había un equipo muy caro. Tardaremos mucho tiempo en levantarla y ponerla en funcionamiento.

Tap, tap, tap. El tamborileo se aceleró, taladrándole la cabeza como la tortura de agua china. Winston intentó concentrarse, pero no pudo seguir disimulando el temblor en su voz.

—Sí, señor, me lo imagino —dijo.

Tap, tap, tap. Dos ojos monstruosos como ardientes luces blancas horadaron a Winston, que sintió que estaba a punto de gritar. Si seguía mirándolo un segundo más se mearía en los pantalones, se daría la vuelta y saldría corriendo.

De repente Kurt se reclinó en la silla y separó las manos. El inesperado movimiento sobresaltó a Winston. Había un orificio en la cubierta de la Biblia del escritorio, como si le hubieran pegado un tiro.

—Muy bien —dijo Kurt afablemente—. Me alegro de que hayamos tenido esta

charla, Winston.

Winston dio un respingo. ¿Acaso le habían engañado sus oídos? Tal como estaban encaminadas las preguntas de Kurt, con un detector de mentiras viviente a su lado, se había estado preparando para una catástrofe.

—Gracias, señor Pilo —respondió al cabo de un momentáneo silencio.

—*Hmm* —dijo Kurt, y añadió, como si acabara de ocurrírsele—: Ah, pero pásate por la casa de la risa esta noche, por favor. Me gustaría que vieras al manipulador de materia. No puedo dejar que la gente piense que me estoy volviendo blando, espero que lo comprendas.

A Winston se le secó la boca y se le doblaron las rodillas.

—Sí, señor Pilo —susurró.

—Eres un buen hombre —dijo Kurt—. Vete. Disfruta de la boda.

Winston se alejó de la caravana aturdido, con pasos temblorosos, tan ofuscado como los primos que deambulaban los días de función. Shalice pasó a su lado sin decir una palabra, sintiendo que se había hecho justicia en parte, que era lo único que podía esperar de aquella farsa. Pero ahora había asuntos más apremiantes, entre ellos cierta cadena de acontecimientos que tenía que reconsiderar sin demora. Para asegurarse de que los Pilo la ayudasen a recuperar la bola de cristal le había recalado a George que si la tuviera en su poder podría observar los ataques de los vándalos. Para enfatizar aquel argumento había empezado a orquestar un ataque propio. Mientras atravesaba el parque de atracciones comprobó que las fichas de dominó ya estaban cayendo. Dos feriantes pasaron llevando una caja de fuegos artificiales a la casa de la risa, siguiendo una orden fraudulenta firmada en nombre de George por Sven, de los acróbatas, que se proponía emplear los fuegos artificiales para atacar a los payasos. Shalice lo había dispuesto la noche anterior humedeciendo una franja de terreno en el camino que discurría ante la carpa de los acróbatas hasta que este estuvo resbaladizo. Un enano que pasaba ante la carpa había resbalado, dejando caer la vitrina de cristal que estaba llevando a la parada de los monstruos. Al investigar el ruido, Sven supuso que los payasos estaban tramando algo y concibió la trama de los fuegos artificiales cuando una estrella fugaz pasó por el cielo.

Al igual que la estrella fugaz, el papel del enano en aquello había estado predestinado, formaba parte de una cadena natural de acontecimientos que Shalice había orquestado al regar el suelo. Era así de complejo y así de simple, como tirar de una palanca de cambio de agujas en una intersección ferroviaria; lo único que hacía falta era un mapa del futuro para ver qué iba dónde, y cuándo. Había precisado tres horas para meditarlo, examinar las cartas del tarot y consultar las cartas astrales y de urdimbre del destino. Si alguien la hubiera visto humedeciendo aquella franja de terreno, ¿habría estado en posición de acusarla de una explosión prematura?

Probablemente tenía tiempo para alterar esa cadena de acontecimientos e impedir

la conclusión, pero ahora que lo pensaba, no le debía favores a los Pilo. Además, tenía otras cuestiones que atender; o al menos otra, y se llamaba Mugabo. Había dispuestos varios cursos de acción con respecto al mago que se encontraban a punto de iniciarse, pero se estaba conteniendo, en espera de nuevas pistas que arrojasen un poco de luz sobre aquel asunto. ¿Qué problema tenía, por amor de Dios?

Hasta el momento no había tenido visiones, pero no le importaba; la bola volvía a ser suya. Vigilaría al mago como un halcón.

Al mago y, por el momento, a nadie más. No le importaba que el resto del circo se quemase hasta los cimientos.

22

La boda

—No, Goshy, no puedes ver a la novia antes de la boda, no puedes. ¡No es la tradición, Goshy, no es la tradición!

—*¡Hmmmmm! ¡Hmmmmm!*

Tenía que esperar una hora.

Los enanos y los feriantes dispusieron la carpa del escenario para la boda mientras Doopy supervisaba las operaciones y los importunaba quejándose de que no era «lo bastante bonita». Pero lo dejaron tan bonita como pudieron con tan poca antelación y Goshy parecía satisfecho con el resultado. Había adquirido un traje en alguna parte y su hermano lo había llevado por toda la carpa, pidiéndole su opinión sobre esto y aquello. No estaba disgustado, eso era lo único de lo que todos estaban seguros.

Doopy nunca había visto a la novia tan radiante. Había conseguido que Goshy saliera de la habitación y lo había convencido para que se quedase mirando por la ventana del salón durante veinte minutos mientras él la acicalaba. Le había puesto oropeles, bombillas y luces de Navidad.

A media tarde se habían reunido todos. Kurt, fiel a su palabra, había llevado al sacerdote, que estaba ante las sillas de plástico con los ojos desorbitados por el terror. Sostenía los votos matrimoniales con una mano temblorosa. La novia de Goshy estaba delante de él en una maceta encima de una mesa; sus hojas verdes amarillentas se mecían suavemente.

Consiguieron que Goshy entrara en la carpa, contoneándose con su traje como una especie de pingüino mutante. Habían encontrado a varias damas de honor entre las gitanas, y estas estaban esperando como todos los demás, contemplando hoscamente a la planta y a Goshy con silenciosa repulsión. Todos los que habían podido habían declinado la invitación a la boda y desde luego no se veía a los acróbatas por ninguna parte. Niñopez, Gonko, Croqueta, Yeti y Kurt Pilo eran los únicos invitados que habían asistido voluntariamente.

Bajo el escrutinio atento y afectuoso de Kurt, el sacerdote (que se había separado de sus dos incisivos) empezó a leer los votos. A juzgar por la expresión de su cara se estaba aferrando al último hilo de esperanza de despertar de aquella pesadilla. Le temblaba la voz cuando empezó.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido aquí hoy... ah, para presenciar la unión, ah... entre...

Se estremeció y miró a todos los presentes. Kurt le puso una mano suavemente en

el hombro, como para darle apoyo moral. El sacerdote dio un respingo, cerró los ojos y continuó dificultosamente.

—Para presenciar la unión entre, ah, Gosh... ¿Goshy? Y... —Doopy se acercó apresuradamente y le susurró algo al oído—. Y esta *athyrium filix-femina*. Eh, la importancia del amor está... presente en todas las enseñanzas de Dios... y, ah... —El sacerdote se tambaleó, a punto de desmayarse. Kurt le susurró algo al otro oído, a todas luces instándolo a que fuese al grano—. Si alguno de los presentes tiene alguna objeción... a que estos dos se casen, que hable ahora o que calle para siempre.

El silencio fue lo más estruendoso que J. J. había oído jamás.

—Yo os declaro... —dijo el sacerdote—, ay, que Dios nos ayude.

Kurt entrechocó las pezuñas en un caluroso aplauso. El resto de la concurrencia lo imitó gradualmente. Doopy le dio un codazo a Goshy en las costillas. Goshy había parecido confuso y sobresaltado durante toda la ceremonia, con los brazos apretados a ambos lados del cuerpo y los ojos desorbitados. Cuando se extinguió el aplauso todos se llevaron las manos a los oídos; un estridente ataque sónico salió disparado de la boca de Goshy, una nota que no resonó más que un segundo, hiriendo los oídos de todos los presentes como una bala.

—¿Qué significa eso? —preguntó Rufshod cuando los payasos se quitaron las manos de los oídos.

—Me parece que significa que está contento —contestó Gonko—, pero es una suposición.

La muchedumbre se dispersó mucho más deprisa de lo que se había formado. J. J. corría por delante de los demás. Anteriormente había irrumpido en el dormitorio de Rufshod para robarle un poco de polvo, pues había planeado algo para el joven Jamie. Entró en la habitación de Goshy, abrió el armario, descansó las posaderas en la bolsa de fertilizante que había dentro y se embadurnó frenéticamente con el maquillaje. Cerró la puerta corredera del armario; estaba estrujado y tenía las rodillas apretadas a ambos lados de la barbilla. Con ciertas dificultades derritió el polvo que había robado y pidió dos horas exactas de sueño.

Cuando los novios entraron en la habitación, no se movió.

Jamie despertó en el momento indicado en los estrechos confines del armario de Goshy. Se preguntó dónde estaba, por qué estaba allí y por qué olía a fertilizante. Se llevó las manos a los riñones, haciendo una mueca. Unas líneas rectas de luz delimitaban el contorno de la puerta del armario. Pegó el ojo a la rendija, tratando de dilucidar si se hallaba en algún peligro inmediato, pero no vio nada al otro lado.

Antes de que tuviera ocasión de recordar lo que había estado haciendo J. J. previamente a quedarse dormido, oyó un ruido cercano. Además era un ruido extraño, posiblemente emitido por una garganta humana, aunque era difícil decirlo; una especie de risa estridente, una mezcla entre un silbido y una garganta haciendo

gárgaras con agua. De fondo se escuchaba un rumor como de papel.

Jamie abrió la puerta corredera lo más discretamente que pudo. La luz del farol inundó el interior.

Vio dos almohadillas carnosas, bulbosas, arrugadas y rosadas, una piel que parecía que nunca había visto la luz del sol. Entre ambas discurría un rastro de vello incipiente, así como una gota de sudor. Era un trasero que descansaba sobre dos muslos gruesos y llenos de pliegues, conectados a pantorrillas y a tobillos, alrededor de los cuales había un par de arrugados pantalones de payaso. El conjunto entero se movía con una cadencia acompasada y grotesca que solo podía ser sexual, aunque tuviese algo también de inaudito. Jamie alzó la mirada y vio que había una mesa a la altura de la cintura de la aparición y sobre esta una planta de la especie *athyrium filix-femina*, con hojas verdes amarillentas pinnadas, decorada con oropeles.

Jamie comprendió entonces que J. J. lo había encerrado en la suite de luna de miel. Venganza.

El trasero de Goshy arremetía y reculaba, hacia delante y hacia atrás, emitiendo ese horrible gargajeo sibilante con la garganta mientras las hojas de la planta se estremecían a causa de sus empujones. Sus nalgas formidables se cernían sobre Jamie. Los trinos se hicieron más apremiantes a medida que Goshy apretaba el paso. *Ay, Dios mío*, pensó Jamie. Temblando, volvió a cerrar la puerta. La madera crujió.

Goshy giró en derredor, con los ojos abultados y las facciones contraídas en rollos carnosos. Su pene, quince robustos centímetros de rosa púrpura recubiertos por un condón, se bamboleaba de un lado a otro. Su rostro centelleaba con una furia enajenada y lívida. Entonces empezaron los gritos.

El ruido inundó todas las habitaciones de la carpa, breves punzadas de sonido violento, cada estallido más sonoro que el anterior. Jamie se acurrucó en el fondo del armario, temblando, mientras Goshy se cernía sobre él, sin subirse los pantalones, erecto y gimoteante. La planta estaba muda en la mesa. Alguien aporreó la puerta. Goshy dejó de chillar y pareció que tomaba una decisión. Cogió algo del suelo y se adelantó un paso hacia Jamie. Era un serrucho.

—¡Socorro! —gritó Jamie.

—¡Goshy! —exclamó Doopy.

Gonko y Doopy derribaron la puerta e inspeccionaron la escena: Goshy estaba armado y excitado; Jamie estaba encogido a sus pies. Goshy se volvió hacia ellos y Jamie aprovechó aquella oportunidad para escabullirse como un conejo y atravesar corriendo la puerta y el salón hasta el parque. Corrió hasta que las piernas dejaron de sostenerlo y entonces se dobló por la cintura para vomitar.

Al cabo de un rato se percató de dónde estaba y descubrió que se hallaba cerca de la tabla de la cerca, el acceso a aquel extraño espacio fuera del parque de atracciones. Sin saber adónde ir, empujó la tabla hasta que esta cedió y pasó al otro lado.

En la carpa de los payasos, Gonko yacía en el suelo de la habitación de Goshy, ligeramente preocupado. Le preocupaba morir de risa.

Tal como indicaban las falsas órdenes, dejaron la caja de fuegos artificiales junto a la casa de la risa, donde Sven creía que nadie se tropezaría con ella puesto que, que él supiera, a nadie le divertía pasar el rato junto a la casa de la risa. Los fuegos artificiales estaban cubiertos por un saco de patatas vacío y, después de que Sven la visitara ese mismo día, la carga incluía cinco cartuchos de dinamita extra. Estaba considerando volar la carpa de los payasos entera, pero en aquella ocasión no tendría la oportunidad de hacerlo, gracias a Shalice y a un empleado del circo conocido como Slimmy, el enano fumador.

Slimmy tenía la costumbre de salir a hurtadillas de su casa todas las noches a las seis para disfrutar de un puro en las sombras de la casa de la risa, lejos de sus enemigos entre la gente menuda. El mal hábito de Slimmy comportaba arrojar la cerilla encendida al neumático desechado que estaba tumbado a un metro veinte de la caja en la que él se sentaba. Había llevado la cuenta; hasta el momento había colado la cerilla en el neumático 12 566 veces, lo que apenas pasaba del cincuenta por ciento. Aquella tarde la rutina diaria de Slimmy, que no había cambiado desde hacía sesenta años, le saldría cara. Slimmy encendió el puro, arrojó la cerilla y vio cómo surcaba el aire, rozaba el borde del neumático y aterrizaba fuera de su vista. Slimmy gruñó irritado antes de hacer una muesca en la columna de «errores» de su mente.

La cerilla aterrizó justo encima de una mecha que salía de la caja de explosivos como una cola. Slimmy oyó el tenue siseo al encenderse la mecha, pero aún tuvo tiempo de disfrutar de tres cuartos del puro antes de la explosión. Murió haciendo algo que le gustaba.

El estallido arrancó una de las paredes de la casa de la risa y resonó por toda la feria. Todas las cabezas excepto la de Shalice se volvieron hacia el sonido. Los escombros salieron disparados hacia el cielo y se desplomaron como mortíferos misiles sobre los tejados y los caminos, agujereando las carpas y haciendo añicos las ventanas. Dos enanos, que estaban a punto de llegar a las manos por una partida de dados, fueron aplastados por una sección de techo voladora que puso fin a su disputa.

En la carpa de los payasos Gonko se incorporó, musitó «maldita sea», y salió corriendo al salón justo a tiempo de ver que un ladrillo aterrizaba en la entrada. Sintió el repentino impulso de visitar a Winston.

Fue a las habitaciones de todos los payasos, llamando a las puertas o apretando la oreja contra los paneles para escuchar. Winston y J. J. estaban ausentes.

Cuarta parte

Libertad

Tentetieso,
el mundo al revés.
Ponte cabeza abajo,
cae al suelo.

Carousel

Ondas de choque

En el cielo artificial de la feria no había luna ni estrellas, condiciones que propiciaron que los rebeldes por la libertad acudieran furtivamente a la reunión de emergencia y, considerando las circunstancias, suponían una de las escasas bendiciones con las que podían contar. Estaban apesadumbrados porque adivinaban que su efímera resistencia, que durante tanto tiempo habían pospuesto, estaba llegando a su fin y que volverían a verse relegados al mayor secretismo, sin saber en ningún momento cuándo los estaban observando ojos indiscretos. Ninguno de ellos esperaba que Jamie apareciese aquella noche y cuando este los encontró, sentados en medio de un lúgubre silencio, sus miradas encolerizadas le hicieron preguntarse si no habría sido más prudente arriesgarse con Goshy. Un empujón, un empujón...

Randolph se puso en pie.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —le espetó—. ¿Has venido a regodearte ahora que estamos todos muertos?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jamie, alejándose todo lo posible del borde del precipicio.

—No ha sido culpa de nadie —intervino Niñopez, poniéndole una mano tranquilizadora en el hombro a Randolph—. Siéntate, Jamie.

Randolph retrocedió, escupiendo y maldiciendo para sus adentros.

—No es culpa de nadie, pero Randolph está en lo cierto —dijo Niñopez—. Ahora podemos darnos por acabados. Los Pilo han recuperado sus ojos y sus oídos. No hay nada que podamos hacer.

—Podríamos volver a robarla, ¿verdad? —sugirió Jamie—. Ya la hemos robado una vez.

—¿Algún voluntario? —murmuró Niñopez—. Winston, enséñaselo.

Winston se levantó la camisa sin decir palabra y Jamie tuvo que sofocar un grito. Un destello rojo manó repentinamente como si fuera sangre; parecía que le habían arrancado el centro del pecho para reemplazarlo por carbones ardientes. La carne de alrededor estaba humeante y ennegrecida. Olía a carne asada.

—Duele —anunció Winston en un susurro—. El dolor era bastante grande, ¿sabes? El manipulador de materia me dijo que volviera dentro de una semana para que me devolviese a la normalidad. Usé el polvo para pedir que se calmara el dolor, pero no ha cesado por completo. Pero duele menos, ahora solo está caliente. Lo que no aguanto es el olor. El olor es un poco excesivo.

Jamie sintió una punzada en el fondo de la garganta; habría sido muy sencillo que

fuese él.

—Lo siento —dijo, poniéndole una mano en el hombro.

—No es culpa tuya —dijo Winston—. Creo... que la adivina tuvo una visión, eso es todo. Pero no pasa nada, no sabe nada del resto de nosotros.

—¿Qué hacemos ahora? —intervino uno de los enanos—. Mañana es día de función. Aún podemos impedirlo.

—No —contestó Winston con tono distante—. Me parece que a lo mejor deberíamos olvidarnos de todo esto. Si decidís quedaros en el espectáculo haced lo que podáis, arregláoslas. Hay cosas peores que estar aquí. No merece la pena luchar contra ellos. El mundo ha sobrevivido hasta ahora desde hace miles de años... No merece la pena luchar contra ellos.

El extraño rostro de Niñopez parecía de piedra.

—Winston, nadie te culpará si decides quitarte de en medio. Pero yo no pienso hacerlo. No hacer nada duele más que luchar contra ellos.

—No estés tan seguro de eso —repuso Winston—. Han sido bastante indulgentes conmigo. Podría haber sido peor. Deberías ver a los pobres diablos que tiene en su estudio... —Winston bajó la voz y se levantó para marcharse—. Hasta luego a todos. Tengo que dormir un poco. Necesito otra dosis de polvo. Está empezando a calentarse un poco.

Lo siguieron con la mirada mientras caminaba despacio, arrastrando los pies, aletargado. El domador de leones corrió tras él para ayudarlo a cruzar el estrecho sendero sin peligro. Cuando se perdió de vista Niñopez tomó la palabra:

—¿Alguno de los presentes puede renunciar a la lucha ahora que habéis visto lo que le han hecho a nuestro amigo?

—No —dijeron voces aisladas de los asistentes. *No hay mucha convicción*, pensó Jamie.

—Ya habéis visto lo que les hacen a los rebeldes —prosiguió Niñopez—. Tenemos que seguir presionándolos. Los Pilo han recuperado sus ojos y sus oídos, pero no puedes mirar en todas partes al mismo tiempo. Yo estoy dispuesto a arriesgarme para atacarlos. ¿Hay alguno de los presentes que no esté dispuesto a hacer lo mismo?

—No —contestó Jamie. Randolph lo miró con sorpresa y desdén. Jamie le sostuvo la mirada—. Haré lo que sea necesario —añadió.

—Demuéstralo —replicó el acróbata.

—¿Cómo?

—Vamos, Randolph... —terció Niñopez.

—¿Qué? —insistió Jamie, que estaba perdiendo los nervios. Se puso en pie apretando los puños. Los enanos lo observaron con interés, como si anticipasen una pelea—. ¿Cómo puedo demostrároslo? —dijo.

—Lo que tenemos que hacer —dijo Niñopez, imponiéndose con tono de laboriosa paciencia— es estremecer a Kurt Pilo hasta la médula. Lo único que ha recibido es

una obediencia adulatora. Tenemos que hacer que sienta que están tirando de la alfombra, aunque no sea más que una ilusión.

—¿Cómo? —repitió Jamie sin quitarle la vista de encima al acróbata—. Haré lo que queráis. La parte más arriesgada del trabajo. Lo que sea. Decidlo.

Niñopez lo miró mientras sus agallas subían y bajaban.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Sí.

—Muy bien, Jamie. Puedes ocuparte del trabajo que pensaba encargarle a Randolph: el allanamiento.

—¿Un allanamiento? Vale, muy bien. ¿De qué?

—De la caravana de Kurt —dijo Randolph, y sonrió. Ahora es cuando te echas atrás, decía la sonrisa—. Irrumpe en la caravana y destrózala. El trabajo es todo tuyo.

Antes de que Jamie tuviera ocasión de contestar las cabezas se volvieron hacia el estrecho sendero; Winston estaba corriendo hacia ellos. Sus pasos eran inestables y parecía en peligro inminente de caerse por el borde; el polvo y los guijarros que sacudía con los zapatos rodaban por la pendiente del precipicio, perdiéndose para siempre. Cuando consiguió doblar el estrecho recodo muchos suspiraron de alivio. Apoyó un brazo en la cerca y se esforzó por recuperar el aliento. Tenía los ojos desorbitados.

—¿Qué pasa? —dijo Niñopez, corriendo hacia él. Los demás lo siguieron.

—Ha pasado algo —explicó Winston. Aspiró un poco de aire antes de continuar, jadeando entre las palabras—: Ha habido un atentado. En la casa de la risa... una explosión. Que todo el mundo vuelva ahora mismo, todos... tienen que estar presentes. Daos prisa.

—Pero ¿esto no lo ha hecho ninguno de nosotros? —dijo uno de los enanos, enarcando una ceja poblada ante los demás—. ¿Verdad?

—¿Alguien está implicado? —preguntó Niñopez. Nadie levantó la mano. Niñopez se volvió hacia Winston—. Cuéntanos todo lo que sepas, y deprisa.

—No sé mucho —admitió Winston—. Me lo ha dicho un feriante, media casa de la risa está hecha pedazos. Los Pilo están allí. Kurt se ha puesto raro. Está... cambiando.

Niñopez se puso tenso.

—¿Cambiando? ¿Cómo que cambiando?

—Cambiando de forma, de cara. Hablando raro... Creo que esto ha sido demasiado para él. Creo que se está viniendo abajo. Vamos, volved ahí dentro. Todos.

El grupo empezó a volver en fila por el sendero. Niñopez alzó la mano y exclamó:

—¡Esperad! —Se interrumpió y parecía que estaba devanándose los sesos rápidamente—. Vale —dijo—, escuchadme. ¡Que todo el mundo intensifique los ataques! Olvidaos del peligro el resto de la noche y seguid adelante a toda máquina. Algunos de nosotros serán atrapados, castigados y asesinados o algo peor, pero no

importa. Puede que este sea el último sacrificio que tengamos que hacer jamás. ¡Puede que esta sea la última noche del circo! Jamie, sigue adelante con tu misión; ahora, mientras Kurt está alejado de la caravana.

—¿Qué quieres que haga exactamente? —preguntó Jamie, considerando seriamente por primera vez para qué se había presentado voluntario.

—Venga, usa la cabeza —dijo Niñopez con irritación—. Sabes qué es lo que le molesta a Kurt. La desobediencia. Así que desobedécelo, Jamie, por amor de Dios. Ataca su espacio personal y no tengas escrúpulos. ¡Vete! Si no estás dispuesto a hacerlo dilo ahora y mandaré a otra persona.

Jamie gimió. Mientras volvía corriendo hacia el sendero oyó que Niñopez le decía a Winston que ejecutara el plan de Goshy de inmediato. Jamie se preguntó qué demonios significaba eso y se sintió vagamente reconfortado ante el hecho de que no le hubieran asignado aquella misión. Lanzó una última mirada hacia atrás y vio a Niñopez dándoles palmadas en la espalda a los demás y vociferando instrucciones.

Bueno, si J. J. realmente quería ver cómo Kurt perdía los nervios tal vez tuviera una oportunidad... si acaso Jamie vivía lo suficiente para volver a maquillarse. Atravesó la abertura de la cerca, respiró profundamente y fue corriendo a la caravana de Kurt.

Había transcurrido una hora desde la explosión. Una multitud considerable se había congregado para observar. El costado de la casa de la risa había sido arrancado como una costra y una repugnante luz roja se escapaba al aire nocturno como sangre filtrándose en el agua. En el piso de arriba estaba el manipulador de materia, recibiendo un poco de desagradable aire fresco, era la primera vez que se convertía en el centro de atención en su enigmática vida. El hombrecillo de cara amarillenta contemplaba a la multitud que lo contemplaba a él, en el marco de un estudio que parecía una habitación de hotel en el infierno. La pared de atrás estaba hecha de carne, un entramado plano y palpitante de piel y venas. La explosión había esparcido por la habitación sus horribles creaciones hechas de partes humanas y animales, que yacían moribundas y sangrantes; algunas estaban incrustadas en la pared. Allí era donde se fabricaban los monstruos, donde se castigaba a los que rompían las reglas, donde de tanto en tanto se donaban un par de primos como juguetes para el escultor de carne, sorprendido e incapaz de moverse, que era el blanco de todas las miradas. Finalmente se arrastró hasta perderse de vista detrás de una de sus palpitantes estatuas, dejando a la multitud preocupada por algo que los perturbaba aún más: Kurt Pilo.

Kurt y George habían aparecido en la escena casi inmediatamente después del estallido, pero al ver el humor de su hermano, George había huido enseguida. Los labios de Kurt estaban arqueados hacia arriba como en la anatomía de una sonrisa. Sus grandes dientes amarillos se asomaban entre los labios separados y una extraña

carcajada retumbaba desde el fondo de su garganta, como si los dientes fueran los barrotes de una jaula que confinaba a un alegre lunático. Feriantes veteranos, que hasta ahora habían pensado que lo habían visto todo, se alejaron discretamente del propietario mientras este merodeaba entre los escombros soltando aquella carcajada.

—Oh, jo, jo, jo, jo, jo, jo, jooooo —se carcajeaba Kurt.

Parecía que estaba intentando tomarse aquel incidente como una broma a su costa, y estaba luchando con uñas y dientes para aferrarse a una apariencia de su acostumbrado buen humor. El esfuerzo era inmenso; sus ojos despedían un fulgor blanco enajenado, la piel bronceada de las mejillas estaban tan tirante que parecía que iba a resquebrajarse y se le había alargado la mandíbula. Los dientes estaban fuertemente apretados contra la piel tensa de las mejillas. Tenía las manos apretadas y temblorosas.

—Oh, jo, jo, joooo —dijo—. Vaya, vaya, esta sí que es buena, jo, jo, jo, alguien se está divirtiendo, hay, ohhhh, jo, joooo, hay, jo, jo, traidores y yo estoy... —Su voz se apagó con un sonido semejante al de un cocodrilo gruñendo desde profundidades abismales y primitivas antes de que la carcajada volviera a escucharse. Se paseó entre los escombros, aplastando yeso y cristales que crujían bajo sus pies. La multitud empezó a retroceder.

Gonko estaba entre ellos, observando al jefe con los ojos entrecerrados. Había visto a Kurt agitado antes, hacía mucho tiempo. No era una visión bonita. *Ahora sí que se está agitando*, pensó Gonko. *La verdad es que se está enfadando más a cada segundo. Esto podría ponerse feo. Puede que sea un buen momento para esfumarse...* Gonko se marchó de inmediato.

La camisa de Kurt había empezado a hincharse alrededor de los hombros. Emitió una sarta de carcajadas particularmente estruendosa y el misterioso bulto de carne le desgarró la espalda de la camisa, convirtiéndose en una poderosa joroba. La multitud se dispersó por completo.

En la carpa de los payasos, Gonko vio a Winston apartándose de la portezuela principal. Gonko le dirigió un asentimiento, contento de ver que se encontraba fuera de peligro, y entonces se interrumpió; Winston tenía una mano detrás de la espalda, ocultando algo.

—¿Qué tienes en la mano, colega? —preguntó Gonko.

—Nada, Gonks —contestó Winston—. ¿Lo ves? —Sacó la mano, que estaba vacía—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Está pasando algo grave —dijo Gonko—. Quiero que se reúna a todo el mundo. Este no es momento para jueguecitos.

—Iré a buscar a J. J. si quieres —sugirió Winston.

Gonko asintió.

—Hazlo. —Gonko le dirigió una mirada crítica que decía «sé que estás tramando

algo, viejo, pero ¿es algo que necesito saber o algo que no quiero saber?».

Winston suponía que se trataba de lo primero. A su espalda tenía un puñado de hojas pinnadas de color verde amarillento que se había apresurado a guardar en la cintura de los pantalones. Lo que Gonko no había advertido, gracias a las estrellas, era el fino rastro que se extendía desde Winston hasta la habitación de Goshy. El rastro estaba destinado a acabar en la barraca de la adivina. Winston aspiró una honda bocanada de aire y se dirigió hacia allí, ignorando el dolor del pecho mientras la franja brillante que había en él empezaba a calentarse.

Mientras tanto, en la caravana de Kurt, Jamie estaba intentando controlarse. La adrenalina estaba haciendo que le temblaran las manos. Al parecer Kurt no sospechaba que alguien tuviera el descaro de allanar su caravana, pues la puerta no solo no estaba cerrada con llave sino que se hallaba ligeramente entreabierta. Jamie aspiró una honda bocanada de aire, se dijo que mantener la boca cerrada de vez en cuando podía resultar una ventaja para la supervivencia, subió los escalones y entró. Olía a zoológico en aquella caravana oscura y estrecha, iluminada solo por un pequeño farol de gas instalado encima del escritorio, alrededor del cual flotaban polillas y mosquitos. Jesús lo contemplaba desde media docena de crucifijos de plástico.

—Bonito toque, señor Pilo —susurró Jamie—. Gracias.

A la carga. Empezó arrancando las páginas de las Biblias amontonadas encima del escritorio. Las páginas de todos los libros estaban coloreadas de arriba abajo con rotuladores. Jamie dejó caer al suelo las cubiertas y las páginas arrancadas. ¿Era bastante desorden? No lo creía. ¿Qué habría hecho J. J.? Él habría sabido cómo montar una escena. A lo mejor habría hecho algo parecido a esto...

Jamie hizo una mueca y se bajó los pantalones. Se sentó encima del escritorio y descargó todo lo que tenía, los intestinos y la vejiga, lo que no resultaba sencillo en aquellas circunstancias. Se limpió con páginas de la Biblia que a continuación pegó en la pared. Quitó un crucifijo y lo empleó para extender la porquería por el escritorio. La orina fluía formando arroyuelos que goteaban al suelo. ¿Qué más podía hacer? El archivador de la pared del fondo, detrás del escritorio... Le dio un tirón y se vino abajo produciendo un estrépito que le hizo torcer el gesto. Los dos cajones de arriba se desencajaron, derramándose su contenido: no se trataba de documentos, como esperaba Jamie, sino de miles de bultitos blancos que cayeron y se desparramaron por el suelo como pedrisco. Dientes. Miles y miles de dientes.

Apenas había pasado un par de minutos allí, pero suponía que ya había hecho suficiente. Cuando se disponía a marcharse escuchó un topetazo y un gemido que procedían del escritorio. El momento de pánico fue como una descarga eléctrica; se quedó mirando fijamente hacia la puerta, tan delirante de terror que realmente vio a Kurt allí de pie, sonriendo serenamente y prometiéndole la muerte con sus ojos

bestiales. Jamie parpadeó y la imagen se desvaneció. Examinó el escritorio y reparó en una pequeña palanca semejante a un freno de mano instalada junto al cajón inferior. Tiró de ella sin saber qué esperar y se accionó un muelle. Se oyó el sonido de la madera al deslizarse y surgió un pesado cajón hacia la puerta de la caravana. Allí, dentro de un compartimento hueco, estaba tendido el sacerdote, el regalo de cumpleaños de Kurt, temblando con una mirada de animal asustado.

Jamie se inclinó para desatarle las cuerdas que le habían anudado alrededor de las muñecas. El sacerdote se debatió y trató de resistirse.

—*Shh*, voy a dejarle salir —dijo Jamie—. No haga ningún ruido, ¿de acuerdo?

—Gracias a Dios —gimió el sacerdote, aunque las palabras salieron de forma extraña. Jamie comprendió el motivo; no le quedaba ni un solo diente en la boca.

—¿Puede andar? —le preguntó. El sacerdote se puso en pie y estuvo a punto de desmoronarse. Jamie le prestó un hombro y ambos salieron tambaleándose de la caravana.

Shalice estaba observando al mago desde su barraca mediante la bola de cristal. La barraca estaba a oscuras y las luces de la caravana estaban encendidas, de modo que si Mugabo decidía que había llegado la hora de atacar, Shalice tendría un poco de tiempo extra para escapar. En dos ocasiones había salido resueltamente con los ojos brillantes, pero en ambas ocasiones se había detenido, había reflexionado y había vuelto a entrar. El resto del tiempo el humor del mago fluctuaba entre la cólera furiosa y la calma deprimida de mirada perdida. Durante los momentos de calma musitaba para sus adentros, enfureciéndose gradualmente hasta que se apoderaba de él una rabia imponente que hacía que se mesara los cabellos, arrojara chispas por las manos y gritara como un animal. Shalice no dudaba de que ella fuera el motivo de su ira; había leído su nombre en sus labios una docena de veces. También había visto la aparente causa del problema: la destrucción de su estúpido laboratorio. Por alguna razón la culpaba a ella, algo que tendría que investigar cuando se hubieran calmado las cosas.

Por el momento decidió que había visto suficiente. Mugabo tenía que desaparecer.

Cuando estaba tornando aquella decisión llamaron a la puerta. Con un hábil movimiento de la mano enfocó el exterior de la barraca con la bola y vio con cierta sorpresa a George Pilo allí fuera.

—¡Abre! —vociferó este.

Shalice fue a abrir la puerta.

—¿Qué pasa, George?

—No utilices ese tono conmigo —estuvo a punto de gritar George—. Aquí está sucediendo algo. Quiero la bola. Dámela.

Qué capullo, se dijo ella.

—George, por favor... este es un mal momento. Si quieres mirar algo, yo lo haré.

—¡Qué demonios! —tronó George, apretando la cara contra el vientre de Shalice y mirando hacia arriba con aquellos ojos semejantes a dos maliciosos bultos cartilaginosos blancos—. ¿Estoy al mando, Shalice? —preguntó—. ¿Te parece que ese es el hilo básico de nuestras interacciones? Podría haberme pasado siete pueblos, pero ¿qué te parece?

Shalice se encogió alejándose de él, repelida por aquel estrecho contacto.

—Sí, George. Creo que te corresponde una parte de la jefatura.

—Muy bien —dijo George, sin morder el anzuelo—. Pues dámela. Te devolveré la bola un día antes por cada palabra que no me respondas.

—George...

—¿He dicho día? A lo mejor quería decir año.

—No lo entiendes —insistió Shalice, aunque sabía que era inútil—, mi vida está en peligro...

—Vaya —exclamó George—, ¡cuéntamelo todo! Dejaré que el circo se derrumbe mientras me quedo aquí sentado para que llores en mi hombro. ¿Alguna vez te he dicho que me importan tus sentimientos, Shalice? Debo de haberlo hecho. Permíteme dejar las cosas claras, puta estúpida. Dame la bola.

Shalice le entregó la bola sin mirarlo. George se apoderó de ella, escupió por encima del hombro y atravesó airadamente la puerta tan deprisa como le permitían sus napoleónicas piernas. Los ojos de Shalice refulgieron a sus espaldas.

—Se acerca tu hora, hombrecito —murmuró mientras cerraba la puerta y echaba la llave.

George parecía un sargento instructor en miniatura en una película proyectada al doble de velocidad con fines cómicos mientras volvía rápidamente a su caravana, pero en su cara no había ninguna sonrisa. Se abrió paso violentamente entre todos los que se encontraban en su camino. Dos emociones profundamente contradictorias fluían por su cuerpo: el amargo triunfo porque la nave de Kurt se estaba hundiendo y la cólera indignada porque alguien se había atrevido a atentar contra el espectáculo. Si George se saliera con la suya morirían todos menos él... Su paladar solo conocía sabores amargos.

Cuando llegó a la caravana depositó la bola de cristal encima del escritorio y la contempló echando chispas por los ojos. Kurt seguía merodeando por la casa de la risa, aunque ya no quedaban espectadores. Le había salido una formidable joroba en la espalda y se le había alargado la mandíbula mucho más de lo normal, de modo que no podía cerrar los labios, que seguían formando los sonidos «oh, jo, jo, joooo».

Cuando enfocó la caravana de Kurt con la bola, George vio algo que le puso los ojos como platos. El payaso nuevo, Jota algo, estaba recorriendo furtivamente el sendero con el sacerdote de Kurt. George emitió un breve gruñido que podría haber sido una carcajada. Cogió una de las libretas del contable y anotó en ella:

«Culpables». El primer nombre de la lista, J. el payaso. George se dirigió a la carpa de los acróbatas. Solo estaba en casa uno de ellos, Randolph, que por alguna extraña razón estaba vaciando una bolsa de estiércol encima de los muebles. *¿Por qué demonios estará ensuciando sus propias cosas?*, se preguntó George. A continuación Randolph puso una nariz de payaso de plástico roja en el sofá de ante sepultado en estiércol y salió corriendo. George meneó la cabeza, asombrado, y añadió el nombre de Randolph a la lista.

Durante la hora siguiente se dedicó a observar en la bola aquellos extraños incidentes, que, de no haber sabido lo contrario, habría jurado que estaban perfectamente organizados. De tanto en tanto musitaba «eso cuenta» o «te pillé» y garabateaba otro nombre en la libreta. Vio a varios enanos y gitanos que conocía de nombre vandalizando esto, prendiendo fuego a aquello, echando abajo esto y cubriendo de excrementos aquello. Al poco tiempo la lista se componía de una docena de nombres. George llamó al contable, que entró apresuradamente en la caravana dando tumbos.

—Llévale esto a Kurt —le ordenó George, entregándole el papel—. Me parece que todavía está en la casa de la risa. Si no, inténtalo en su caravana.

El contable asintió con la cabeza, temblándole la papada, y se fue. De todas formas, George ya no precisaba sus servicios.

Kurt había dejado de deambular por los alrededores de la casa de la risa. Estaba en la entrada de su caravana, examinándola lentamente, reparando en cada uno de los detalles del despacho mancillado; los dientes derramados, el excremento humano, las Biblias desgarradas y el cajón del escritorio abierto en el que ya no se hallaba el sacerdote. Solo había dicho una cosa mientras estaba allí de pie observando todo aquello, un apenas audible:

—Oooh, jo, jo, jo.

Ni siquiera el alarido penetrante y lejano, atronador como una explosión, que resonó cuando Goshy descubrió lo que quedaba de su esposa, hizo que se estremeciera.

Alguien se aclaró la garganta a sus espaldas. Kurt dio un respingo como si lo hubieran despertado de un trance y giró en redondo. Si el que se había aclarado la garganta hubiera visto la sonrisa que había en el rostro de Kurt habría guardado silencio, se habría dado la vuelta y se habría alejado a toda prisa, pues la conmoción que le había provocado el ataque a su despacho se había manifestado físicamente. Parecía que de repente su cara se había dividido en dos secciones; la frente y las sienes estaban como siempre, pero la nariz sobresalía como un nudillo doblado, casi como un pequeño espinazo que se abultaba debajo de la piel. Los labios y las mejillas estaban tirantes. Los dientes descollaban como afilados nudillos de marfil sucio. Kurt Pilo ya no parecía un ser humano; la mitad de su cara se había convertido en un arma

dentada más parecida a la mandíbula invertida de un tiburón que a la de un hombre. Ese rostro era lo último que había visto Pilo padre a este lado de la tumba.

La mandíbula descendió como un puente levadizo. Kurt musitó:

—¿Hmmm?

El contable dispuso de una fracción de segundo para palidecer y mearse encima antes de que Kurt le arrancase limpiamente la cabeza, que cayó sobre la hierba con un golpe sordo; las gafas se habían resquebrajado, pero seguían intactas. Kurt se sacó un pañuelo del bolsillo y se dio delicadas palmaditas en las mejillas. Sus palabras solo estaban articuladas a medias, pero eran joviales.

—¿Qué es lo que he hecho? Menuda se ha armado. He de controlarme.

Alargó la mano (los huesos de los dedos habían crecido más que la piel) y recogió cuidadosamente la nota que el contable había dejado caer al suelo. La recorrió rápidamente con la mirada, aunque sus ojos tardaron un momento en reconocer de nuevo las letras y las palabras. Conocía los nombres enumerados, así como las caras. Los culpables.

—Oooh, jo, jo, jo —prorrumpió Kurt mientras dejaba la caravana para dirigirse a la carpa de los payasos.

El semblante de Goshy estaba cambiando de color a cada instante; la piel se le había puesto sucesivamente azul, amarilla, verde, negra y escarlata antes de adoptar el repugnante rosa de siempre. Estaba paralizado ante la puerta de su dormitorio, como una figura vagamente humana esculpida con un montón de manteca y pintarrajeada con colores chillones. La maceta negra se hallaba tirada en el suelo delante de él; la tierra, desparramada por el suelo en la forma tosca de una gigantesca lágrima marrón. Las hojas pinnadas de color verde amarillento configuraban un rastro que salía por la puerta.

Doopy parecía haber presentado el ambiente desde la distancia y salió corriendo de su habitación, exclamando:

—¿Goshy? ¿G... G... Goshy? —El alarido de Goshy les ocasionó un lacerante dolor de oídos a todos los que se hallaban en el parque de atracciones. La bombilla de la lámpara se hizo añicos. A Doopy le manó un hilillo de sangre de la oreja mientras contemplaba la maceta vacía—. Ay, Goshy —gimió sin aliento—. ¡Ay, Goshy, no!

Goshy señaló el rastro de hojas sin doblar el brazo y abrió y cerró la boca en silencio.

—Lo sé, Goshy —dijo su hermano—, a lo mejor deberíamos seguirlo, sí señor, deberíamos ver adónde va, Goshy, ¡a lo mejor deberíamos hacerlo! Venga, Goshy, vamos...

Mugabo era presa de una desenfadada rabia paranoica. Aunque intentaba reprimirla,

el fuego le suplicaba que lo dejara salir a jugar, susurrándole: *¡Libérame! Esto está seco, seco y crujiente, podemos hacer que brille y se vuelva de color naranja y negro, tú y yo, hagámoslo, venga, tú tienes tus motivos y yo los míos, vamos a quemar, quemar, quemar, quemarrrrrrrrr...*

—No —graznó débilmente a modo de respuesta—, no, tengo que... pensar... asegurarme de que es... ella de verdad... estar... seguro...

Aquella batalla se había librado durante dos noches y Mugabo estaba perdiendo. El fuego alzaba el tono implacablemente. *Está sequísima, como todos los demás, como manojos de paja, hagamos que chisporroteen, escupan y brillen...*

—¡Cállate! —vociferó enérgicamente Mugabo. Las hogueras se acallaron un instante, dando a Mugabo la ocasión de respirar, de tranquilizarse...

Entonces el grito de Goshy le hirió los oídos tan dolorosamente como si fuera un dardo. *¡Ha sido ella!*, exclamaron las hogueras. *¡Mira lo que ha hecho!*

Mugabo se tendió en el suelo, temblando incontrolablemente.

—Mira lo que ha hecho —susurró.

Hagamos que...

—Brille —dijo, y se levantó, derribó la puerta y se adentró en la noche.

Después de que se fuera George, Shalice había consultado las cartas y sabía que el ataque era inminente. Había trabajado sin descanso durante ese corto espacio de tiempo y la trampa ya estaba lista. Una breve escala en el callejón de las casetas y los preparativos estuvieron completos: una palabra a cuatro gitanos, una orden subliminal y *voilà*, todo listo. Comprobó su reloj de bolsillo; dentro de dos minutos Mugabo estaría acabado, lo habrían sacado al fin de su miseria. En ese preciso momento los gitanos habrían acabado de cargar leña en una carretilla destinada a los leñadores. Había cuatro bloques de hormigón dispuestos en el camino, tal como le habían indicado las cartas. Cuando la carretilla pasara ante la barraca de Shalice se inclinaría hacia un lado, se saldría de la carretera sobre una rueda y se estrellaría contra la puerta, donde se encontraría Mugabo, que sería aplastado como un insecto. No era un plan perfecto y dejaba algunas cosas en manos del azar, pero era lo mejor que había podido hacer con tan poca antelación.

Alguien llamó a la puerta. Shalice, incrédula, comprobó el reloj de bolsillo; había llegado pronto. Un minuto y cuarenta segundos; sus cálculos habían sido erróneos. Era imposible. Había puesto en marcha cadenas de acontecimientos mucho más elaboradas con una sincronización perfecta. ¿Un error de un minuto cuarenta? Bien podrían haber sido años.

Pum, pum, pum de nuevo en la puerta. ¿Años? A lo mejor no era tan malo; solo tenía que retenerlo allí durante setenta segundos más. Se apartó de la puerta por si la derribaba y se tendió boca abajo.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Abre la puerta, Shal! ¡No deberías haberlo hecho, no señor, de verdad que no!

—¡Hmmmmm, oooooooo, hmmmmmmm, eeeeeeeee!

Espera un segundo...

—¿Quién es? —insistió Shalice, que a continuación añadió—: Ay, mierda, apartaos de la puerta. Largaos, os lo advierto, alejaos de la puerta.

—Asquerosa, no deberías haberlo hecho, no señor, ahora tenemos que matarte, sí señor, bien muerta, no deberías haberlo hecho, no señor...

Shalice se levantó para dirigirse a la puerta.

—Escuchadme, idiotas, no sé cuál es vuestro problema ni me importa, pero...

—¡Beeeyoooo wip! —chilló Goshy.

Shalice torció el gesto y se llevó las manos a las orejas.

—Pero si no os alejáis de la puerta...

Demasiado tarde. Se oyó un sonido metálico semejante al de un hacha golpeando una cadena y un estruendo de cascos. Shalice se apartó de la puerta de un brinco justo a tiempo de ver cómo esta se venía abajo cuando la carretilla se estrellaba contra ella en el momento señalado. La puerta se derrumbó hacia dentro y había algo viscoso y aplastado adherido a ella, ataviado con colores brillantes, flores estampadas y rayas.

Doopy había recibido el impacto en el cuello. Si hubiera sido en el torso tal vez se habría salvado... Los payasos eran difíciles de matar. Goshy seguía retorciéndose. Volvió sus ojos marsupiales hacia Shalice; su expresión era la misma de siempre, como había sido desde que Goshy era Goshy. El ojo izquierdo estaba desorbitado por la sorpresa al ver a su hermano convertido en una esponjosa bolsa de payaso muerto, mientras el derecho calculaba fríamente la parte de Shalice que le arrancaría primero cuando se pusiera al alcance de su mano.

Shalice, por su parte, ignoraba el motivo de que Goshy siguiera vivo y coleando, agotando el tiempo que le quedaba esperando el momento oportuno para atacar. Se estaba preguntando por qué le habrían dicho las cartas astrales que se acercaba Mugabo solo para que los gemelos monstruosos se presentaran ante su puerta con algún agravio. La muerte de dos payasos iba a requerir muchas explicaciones a la mañana siguiente.

De repente estallaron un fulgurante destello de luz blanca y una lengua anaranjada de fuego cuando Mugabo arremetió contra Goshy con todo lo que tenía. Había visto a Goshy delante de la puerta emitiendo el mismo sonido que lo había sacado de casa unos minutos antes. Shalice, que no estaba armada para la confrontación, fue corriendo al fondo de la barraca, presa de violentas palpitations, y se escondió debajo de la mesa, mordiéndose los nudillos, contando lo que creía que iban a ser sus últimos segundos. *Vaya forma de acabar, pensó. Y lo había visto venir. Atrapada como una rata y quemada. Tenía en mis manos el poder de una diosa y sin embargo no he podido librarme de esto.*

Pero Mugabo, al haberse consumido su furia, estaba contemplando los restos de los dos payasos, perplejo. En los confusos recovecos de su mente le parecía que

Goshy había sido el antagonista desde el principio, de modo que se alejó de la barraca de la adivina dando tumbos por el sendero. Las hogueras de su cabeza se habían callado por el momento.

Pasaron los minutos y Shalice comprendió que iba a vivir. Pero en los minutos transcurridos se le presentó una nueva visión, tan clara y vívida que casi creyó que ya se había producido. Pero no; se avecinaba, veloz y mortífera, y aún quedaba tiempo para encontrar la salida del parque de atracciones. De las páginas de un volumen de la estantería sacó un pase que había escondido hacía mucho tiempo para un caso de emergencia, atravesó furtivamente las sombras en dirección al callejón de las casetas y la salida. Se le echaba encima; Kurt se le echaba encima.

De camino vio a Steve, el nuevo ayudante de Niñopez, agachándose para atravesar la arcada de madera del callejón de las casetas con un perrito caliente en la mano y grasa por todo el cuerpo tras haberse ocupado de las atracciones. *A este chico le queda una hora de vida*, se dijo Shalice. Se estremeció y se interrumpió en medio de un paso. En su mente vio a Winston en la caravana de Kurt, temblando de miedo ante el castigo inminente. *Se había librado de muchas desgracias a cambio de unas pocas*, pensó. Asió el brazo de Steve, lo miró a los ojos y le dijo:

—Ven conmigo. Nos vamos.

—¿Qué? —repuso Steve, frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

—Por Kurt. Se acabaron las preguntas. Vamos.

Desenmascarado

Gonko oyó parte del alboroto y supuso que otra persona podía encargarse de poner orden. Se estaba sacando de los bolsillos de los pantalones una serie de objetos que a continuación depositaba sobre la cama: una pistola Glock cargada, una hacheta arrojadiza, un dardo envenenado y un hacha. Había decidido que la función podía prescindir de un artista, de modo que Winston le había contado una bola por última vez. El rastro de hojas verdes no le había pasado inadvertido. Su primer impulso había sido destripar a Winston en el acto, pero se había contenido... Era mejor tomar esas decisiones después de haberlas meditado un poco. Winston había sido leal durante mucho tiempo, al menos en apariencia. Si todo lo demás hubiera sido de color de rosa, Gonko le habría dado una paliza y lo habría dejado vivir. Pero no era todo de color de rosa; de repente, sin venir a cuento, parecía que había estallado una guerra en el parque de atracciones.

Se había decidido por el hacha por motivos estéticos; le parecía que era completamente apropiado asesinar a un payaso con un hacha. La cogió, le dio una vuelta en el aire y asió el mango.

—Voy a echarte de menos, viejo amigo —musitó mientras comprobaba el filo con el dedo—, pero no mucho.

Salió al salón y estuvo a punto de soltar el hacha cuando descubrió lo que le esperaba allí. Tardó un momento en reconocer a Kurt, y solo lo delataron los jirones de la pajarita, que colgaban de la joroba. La bestia se vio obligada a agacharse para asomarse a través de la portezuela. Kurt se parecía más a un dinosaurio que a un hombre; la parte de arriba del rostro humano estaba embadurnada como si fuera un fragmento de una máscara de plástico rota en la coronilla de la bestia. Las piernas habían desgarrado el tejido de los pantalones al convertirse en musculosas columnas escamosas, las garras habían reventado los zapatos y se hundían profundamente en la hierba maltrecha. Su voz profunda y culta seguía siendo jovial; la mandíbula de tiburón se retorció dificultosamente para articular las palabras:

—Gonko... cuando vengo a visitarte... sueles hacer una bromita. ¿Te importa... hacerla ahora?

Gonko tragó saliva, parpadeó, se frotó los ojos y durante un momento se preguntó de qué estaba hablando Kurt. Por suerte, cayó en la cuenta. Volvió a tragar saliva y dijo:

—Ah, sí, me las arreglaré, jefe. No, gracias, no... no queremos nada.

La mandíbula se estremeció. Parecía que las notas de las carcajadas de Kurt se

componían de dos voces, una más grave que la de un cocodrilo y otra que denotaba su veleidosa alegría de siempre, formando una armonía escalofriante:

—Ooh, jo, jo, joooo.

Gonko se enjugó el sudor de la frente y aferró con fuerza el mango del hacha, preguntándose si astillaría siquiera una de las escamas de Kurt si este lo atacaba. Lo dudaba.

—Gonko, tenemos problemas —anunció el monstruo.

—Ah, no me digas, jefe.

—Sí, Gonko. —Una lengua gruesa y púrpura asomó entre dos dientes (que ahora eran más bien colmillos de elefante) y colgó flácidamente, agitándose contra las infernales encías rojas—. Hay traidores en el espectáculo —anunció aquella horrible voz—, pero el espectáculo debe continuar. Lo comprendes, ¿verdad, Gonko?

Este contestó con un susurro grave.

—Sí, jefe. Me parece que sí.

—Había pensado que tal vez... George estaba detrás de ello —prosiguió Kurt Pilo, adelantándose dos pasos hacia Gonko. Este se contuvo para no echarse atrás y quedarse completamente quieto—. Por eso —dijo Kurt— no había intentado detener la infección hasta ahora. Pero ha sido mi hermano el que ha elaborado esta lista. —Kurt alzó una mano que semejaba otra mandíbula, hecha de huesos y escamas. Con ella aferraba una hoja de papel. Kurt atravesó a Gonko con la mirada desde lo alto—. Hay dos de tus hombres en esta lista. Es una lástima, Gonko. Tendremos que hablar de ello... después.

—Sí, jefe, lo que tú digas —dijo Gonko—. Estoy tan asombrado como tú.

Kurt habló muy lentamente.

—No creo que... estés tan asombrado. ¿Y tú?

—No, jefe —susurró Gonko.

—*Hmmmm*. Pues venga, Gonko. Tenemos trabajo que hacer.

Jamie estaba sentado en su habitación, separado de las pesadillas por apenas una puerta, esperando a que todo terminara. Había oído que algo entraba en el salón, había atisbado en qué se había convertido Kurt Pilo y había vuelto corriendo para sentarse en la cama en posición fetal, temblando. Ya no esperaba sobrevivir a aquella noche; Kurt sabía que estaba implicado, lo había visto mientras rescataba al sacerdote, lo acompañaba a la tabla de madera suelta de la cerca y le indicaba el lugar más seguro al otro lado, diciéndole que volviera cuando hubiera pasado el peligro... Ja, cuando hubiera pasado el peligro. ¿Que cómo sabía que Kurt había visto todo aquello? No lo sabía. La lógica se había tomado unas merecidas vacaciones de su mente y una extenuación incapacitante había ocupado su lugar. Ya no estaba seguro de que importase si moría antes de que acabara la noche, pues eso significaría descansar.

Acudió a su mente el recuerdo de aquel angosto sendero, el modo en que el sacerdote lo había recorrido dando tumbos, negándose a mirar el abismo a su derecha. En aquel momento Jamie había pensado que le iría mejor cayéndose que quedándose para soportar lo que Kurt le hubiera reservado. Cayéndose o saltando. Saltando. *¿Sabes?*, se dijo, *es probable que esa sea una excelente idea. Probablemente sea la elección lógica en este momento. Tengo el presentimiento de que ya he visto suficiente.* No obstante, se quedó sentado un poco más. Oyó el profundo rugido volcánico de Kurt Pilo desenmascarado en el parque de atracciones.

Jamie se puso en pie y atravesó tranquilamente el salón con paso firme y el pulso acompasado. Suponía que sería una especie de victoria si conseguía llegar al borde antes de que lo encontrasen. Si no... Bueno, qué importaba.

El rastro de cadáveres estaba aumentando rápidamente. Gonko se había propuesto asesinar con el mayor entusiasmo posible porque el jefe no le quitaba la vista de encima. El jefe estaba buscando traidores en todas partes y los estaba encontrando. Los acróbatas yacían como despojos ensangrentados. Kurt le había repetido que el espectáculo debía continuar antes de desgarrarlos como si fueran muñecas chillonas. Si el día anterior le hubieran dicho que Kurt y él iban a masacrar a los acróbatas, Gonko habría pensado que aquello era demasiado bueno para ser cierto, pero había algo que no marchaba bien. El espectáculo no iba a continuar. Aquello parecía la última llamada a escena y Gonko no podía hacer otra cosa que quedarse sentado esperando que a Kurt se le pasara el «mal humor».

Kurt se dirigió a la carpa de la parada de los monstruos mientras Gonko le pisaba los talones. Niñopez los estaba esperando en la portezuela. Parecía tan minúsculo como imponente Kurt, cuyos contornos afilados relucían por la humedad y el rojo. Niñopez permanecía quieto, con los brazos cruzados, y de algún modo le estaba devolviendo la mirada a Kurt. Sus agallas se agitaron una vez. Gonko, que estaba detrás de Kurt, lo miraba incrédulo, indicándole que se apartara, que dejara de bloquear la entrada... ¿Por qué demonios estaba fulminando a Kurt con la mirada?

Los restantes especímenes, a espaldas de Niñopez, los observaban en silencio desde sus jaulas de cristal.

—Sí que has tardado —comentó Niñopez, sin mirar siquiera a Gonko—. Hace mucho tiempo que esperábamos esto. Nos habríamos suicidado si no hubiéramos pensado que había una posibilidad de llevarte con nosotros.

Gonko se quedó boquiabierto. ¿De qué cojones estaba hablando Niñopez?

Kurt emitió un quedo:

—Oh, jo, jooo...

—Niñopez, ¿qué...? —empezó Gonko, pero no fue necesario que terminase. Kurt se abatió sobre él. Acabó en un segundo.

—¿Lo ves, Gonko? —dijo Kurt, volviéndose hacia él, mientras cataratas de

sangre se derramaban entre sus dientes y sobre sus mejillas—. Traidores. En todas partes. Acaba con ellos, Gonko.

Gonko obedeció. Al cabo de unos minutos no quedaban monstruos en el espectáculo. Yeti había forcejeado fieramente con Kurt, le había mordido las garras y había conseguido arrancarle un dedo, pero Kurt se había limitado a jugar un rato con él antes de aplastarlo con un breve apretón.

—Al callejón de las casetas —dijo Kurt, a quien estaba empezando a costarle mucho hablar—. Los demás de la lista... deben de estar escondidos allí... El espectáculo debe continuar, Gonko.

—Supongo que tienes razón —dijo Gonko, que se quedó petrificado cuando Kurt inclinó la cabeza hacia el cielo y aulló. El sonido le transmitió un escalofrío por la columna vertebral. En el aliento de Kurt podía oler el hedor rancio de la tierra pantanosa, de los antiguos campos de batalla de guerreros escamosos que habían vivido mucho antes de la era del hombre. El monstruo se alejó a la carrera, sacudiendo el suelo con sus pisadas estruendosas.

Al parecer, la ayuda de Gonko ya no era necesaria. Se quedó quieto, observando los despojos de la parada de los monstruos, preguntándose si acaso había estado soñando cuando el día anterior le había parecido un día cualquiera. Había llegado el momento de tomarse unas pequeñas vacaciones, se dijo. El momento de reunir a los miembros de su equipo y salir pitando del parque.

J. J. se puso en pie y se sacudió el polvo.

—Vaya, las cosas se están poniendo feas —comentó mientras se inclinaba para ayudar a Rufshod a levantarse—. Gracias. Te debo una.

—Dale las gracias a Gonko, ha sido idea suya —repuso Rufshod—. Hace horas que te estaba buscando. —Ladeó la oreja, escuchando los gritos de las ratas feriantes a los que se estaba cargando el que se los estuviera cargando, dejó caer el bote de maquillaje y el espejo de mano y salió corriendo hacia la carpa de los payasos—. Vamos —dijo por encima del hombro. J. J. lo siguió por una ruta desconocida que salía del callejón de las casetas.

—¡Ooooh, jo, jo, jo! —bramó algo.

Se parecía vagamente a... Era Kurt, tenía que serlo. J. J. se detuvo sobre sus pasos, preguntándose si debía marcharse o quedarse a ver el espectáculo. Había esperado aquello desde la primera vez que había visto al grandullón.

Entonces lo recordó todo; en aquella ocasión Jamie no había tenido tiempo de borrar los recuerdos de su mente antes de que Rufshod lo sorprendiera. J. J. ojeó rápidamente los archivos ocultos (vaya, mira por dónde, reuniones secretas, una conspiración) y tuvo que admitir que no culpaba al muchacho por habérselo ocultado todo. Jamie era un enemigo del espectáculo y J. J. era culpable por asociación. Aunque no fuera culpa suya, J. J. era un malhechor.

—¡Maldito hijo de puta! —vociferó.

—¿J. J.? —dijo alguien.

Se volvió y vio a Gonko, que se encontraba con Rufshod. Gonko estaba embadurnado de una gruesa capa de sangre.

—Yo no he sido, jefe, te lo juro. Jamie me tendió una trampa —dijo J. J.

—¿Sigues siendo un payaso? Pues entonces me importa un comino —repuso Gonko—. Nos vamos. Los payasos nos largamos de aquí. Encontraremos un nuevo hogar hasta que se calmen las cosas.

—¿Nos vamos? ¿Adónde?

—No lo sé. Encontraremos una comuna *hippie* o fundaremos una secta religiosa. Venga, vamos a la caravana de Georgie a por unos pases. Tú, yo, Ruf y Winston. Lo pasado, pasado está, ya que de repente andamos escasos de personal. Parece que al fin han matado a Gosh y Doops. Supongo que volverán, pero la muerte los mantendrá ocupados una temporada. Por lo menos esta noche. Vamos.

—¡Vale! —exclamó J. J.—. ¡Voy! —Se acercó a Gonko dando brincos—. No estarás enfadado por todo eso, ¿verdad, jefe? Lo de la conspiración para que pasara todo esto, ¿verdad?

Gonko lo miró con los ojos entrecerrados.

—No creo que seas tan astuto como para haber planeado la pequeña pataleta de Kurt.

—Cierto —asintió enfáticamente—, eso era lo último que queríamos.

Desde el otro lado del parque se escuchó un rugido que pareció sacudir el suelo. A continuación el sonido de algo enorme, posiblemente una casa, al ser aplastado.

—Dios, qué cabreado está —musitó Gonko.

—¿Quién ha tomado... el nombre de Dios... en vano? —La voz de Kurt resonó como el trueno por el parque de atracciones.

—Joder, viene para acá —dijo Gonko—. ¡Daos prisa!

Gonko, Rufshod y J. J. salieron corriendo hacia la caravana de George. Inmediatamente se toparon con alguien que se interponía en su camino. Las túnicas y el turbante de Mugabo ondeaban a causa de las azuladas ondas eléctricas. A J. J. se le puso el vello de punta y el olor del ozono impregnó el aire.

—¡Mugabo! —exclamó alegremente Gonko—. ¿Cómo estás, hombre?

A modo de respuesta Mugabo pareció aumentar de tamaño, arqueando las manos por encima de la cabeza, con los dedos separados.

—El hombre blanco ha traído la plaga —gruñó.

—Vaya, estupendo —musitó Gonko, metiéndose ambas manos en los bolsillos—. Mugabo, colega, que no se te ocurran ideas solo porque me freíste el otro...

Mugabo bajó rápidamente las manos y dos bolas de fuego blanco surcaron el aire. Gonko saltó hacia un lado, efectuó una voltereta y se puso en pie; para entonces había conseguido de algún modo sacarse un fino extintor de incendios del bolsillo. Dio dos saltos hacia delante y pulverizó de arriba abajo al mago con espuma. Mugabo se

tambaleó a ciegas, farfullando. Gonko le arrojó el extintor, que le impactó de lleno en la cara con un golpe metálico y hueco. Mugabo se desplomó y su contrincante le propinó una patada al pasar. Llegaron a la caravana de George, y Gonko se detuvo, formando un corro con los payasos.

—Ahora le decimos a Georgie que nos dé los pases y si no los escupe, nos lo cargamos. Que yo sepa Georgie no tiene otras armas que un apellido y muchas ínfulas. ¿Entendéis la historia?

Rufshod y J. J. asintieron. Gonko le dio una patada a la puerta de la caravana, pero no obtuvo respuesta. Se encogió de hombros, forzó la puerta y los payasos entraron a la carga. Gonko tiró de los cajones del escritorio y rebuscó en ellos hasta que dio con los pases. En el preciso momento en que los estaba repartiendo y les decía «vamos», la puerta de la caravana se cerró violentamente. Gonko fue hacia ella y la empujó con el hombro. No cedió. Le dio una patada y después otra. Pero tampoco cedió.

—Vaya, esto es nuevo —comentó.

—¡Tengo miedo! —exclamó J. J., que solo estaba fingiendo a medias.

—Nos estamos moviendo —dijo Rufshod—. Mirad... —Arrancó las cortinas de la ventana lateral. El paisaje se estaba arrastrando lentamente al otro lado. La caravana se estremeció.

—Por las bragas de Cleopatra, ¿qué está pasando? —chilló Gonko.

Lo que estaba pasando, por las bragas de Cleopatra, era que George Pilo estaba empleando todas las armas que tenía: la astucia de una rata, en todo caso. A Kurt lo había embelesado tanto el sacerdote que le habían regalado por su cumpleaños que no se había asegurado de que dejaran el crucifijo de secuoya ante su caravana. George se había percatado de ello, consciente de que probablemente era la única barricada lo suficientemente sólida para encerrar al prisionero que tenía en mente: Kurt. Sin embargo, estaba encantado de haber atrapado a los payasos, que tampoco saldrían vivos de aquello si George podía evitarlo. Les había indicado a los leñadores que atrancaran la puerta con el crucifijo insertándolo en las pesadas anillas de hierro que habían soldado recientemente a las esquinas de la fachada de la caravana, una trampa que había planeado para su siguiente intento de asesinato. Ahora estaba arrastrando poco a poco la caravana con un cochecito de niño que había enganchado a ella. Oía a los payasos que aporreaban y chillaban dentro, y sonreía, saboreando una de las escasas victorias amargas de su existencia. Bien podía haber otras reservadas, pero primero tenía que llevar a los payasos a la casa de la risa.

J. J. estaba llorando a moco tendido en la caravana, retomando el contacto con el cobarde que llevaba dentro. Había sido el ángel de la muerte durante un corto espacio de tiempo, asesinando a feriantes dormidos, pero ahora que el peligro lo había mirado de soslayo se estaba sonando la nariz con las cortinas, gimiendo como un cachorrito. En cambio Rufshod parecía completamente confiado, mirando despreocupadamente por la ventana y haciendo comentarios sobre el rastro de cadáveres que iban dejando

atrás.

—¡Oye, a ese lo conozco! Es el feriante que me vendió el reloj que no funcionaba. ¡Ahora está bien jodido! Mirad, le han partido la cabeza en tres trozos.

Gonko se estaba sacando de los bolsillos toda clase de cosas para abrir la puerta (cizallas, dinamita y llaves maestras), pero parecía que ninguna funcionaba.

—¡Maldita sea! —gruñó después de intentar forzar la puerta con una tarjeta de crédito—. A veces me parece que estos pantalones tienen sentido del humor. —Forcejeó denodadamente con el picaporte, se detuvo y exhaló un suspiro—. En fin, chicos, supongo que el que nos ha atrapado es George, y nos tiene bien cogidos. Si salimos de esta caravana tenéis mi permiso para hacerle todo el daño que queráis. J. J., a lo mejor puedes tirarle lágrimas y mocos. Es estupendo tenerte a mano en una crisis.

—Lo siento —lloriqueó J. J.

—He visto a cadáveres que oponían más resistencia que tú. Eres patético de cojones.

—¡Déjame en paz! —aulló J. J.

La caravana se detuvo al chocar violentamente contra algo y derribó a los payasos. Gonko se agazapó.

—Preparaos —ordenó—. En cuanto se abra la puerta.

Oyeron a George Pilo vociferando órdenes en el exterior. Algo pesado impactó contra la puerta una vez y el suelo se inclinó con un ominoso crujido. Estaban levantando la parte de atrás de la caravana para que se inclinara hacia delante. El escritorio resbaló por el suelo junto con un archivador y una cómoda. Los payasos se apartaron de un brinco cuando los muebles se estrellaron contra la puerta. De repente todo quedó en silencio. Gonko frunció el ceño, se encaramó a los muebles apilados y se inclinó hacia la puerta, escuchando con atención. La empujó tentativamente y se echó hacia atrás cuando se abrió.

—¿Qué...? —murmuró—. Ay, me cago en Dios. Estamos en la casa de la risa.

George había hecho que inclinasen la caravana en un ángulo de cuarenta y cinco grados en un intento de echarlos. Ante ellos, como unas fauces, se hallaba la herida abierta que la explosión había producido en la casa de la risa. Más abajo estaban las entrañas de la feria. El sótano de la casa de la risa era una caverna con paredes de piedra, excavada a tres metros por debajo del suelo. En el centro había un foso, la boca de un largo túnel que se perdía de vista. Un fulgor anaranjado irradiaba de las profundidades, de donde emanaba un hedor semejante al de la goma ardiendo y la carne asada.

J. J. echó un vistazo por la puerta de la caravana y profirió un grito.

—Ay, no, no, no quiero, por favor, no me obliguéis a bajar ahí, por favor...

—Ahora te pareces a Doops —comentó Gonko, asqueado—, solo que él habría presentado... —Se interrumpió cuando volvieron a zarandear la caravana bajo sus pies—. ¡Oi! —exclamó.

—Callaos los de ahí dentro —espetó George a escasa distancia; su tono denotaba un júbilo intenso y puro—. Seguíis siendo empleados. Haced lo que os digan. Saltad. Fuera de mi caravana.

—Que te follen —lo imprecó Gonko. La caravana volvió a estremecerse. Gonko escuchó atentamente—. Leñadores —dijo—. Están intentando echarnos. —Metió las manos en los bolsillos de los pantalones y sacó una pistola que le arrojó a Rufshod—. Cárgatelos —le ordenó.

Rufshod apuntó a la parte de atrás de la caravana y efectuó dos disparos, haciendo sendos agujeritos en la pared. George vociferó una orden al otro lado y zarandearon la caravana más violentamente que nunca. Los tres payasos perdieron el equilibrio; la pistola salió volando de las manos de Rufshod, se precipitó por la puerta y se estrelló con estrépito contra el suelo de piedra del sótano de la casa de la risa, errando apenas el foso refulgente.

—Maldita sea —musitó Gonko, que cambió de estrategia a continuación—. ¿A qué viene esto, George? ¿Qué es lo que quieres de nosotros?

—Quiero que os calléis y muráis —contestó alegremente George.

Gonko tembló de ira. Se concedió un instante para sobreponerse y habló tranquilamente.

—No, en serio, George. ¿Esto tiene algo que ver con Kurt? ¿Por qué no nos dejas participar en la broma? A lo mejor podemos ayudarte.

—Lo que podéis hacer es meteros en la casa de la risa —replicó George con petulancia—. Llevaos a ese traidor de J. Kurt vendrá enseguida.

Gonko frunció el ceño y pensó deprisa.

—Aah —les susurró a los otros dos—, quiere meter a Kurt en el sótano. Pero ¿para qué demonios? —Se interrumpió antes de dirigirse a George—. ¿J. J. es el único de nosotros que quieres ahí abajo?

—¡No! —gritó J. J.—. ¡Por favor!

—Cállate —dijo Gonko—, solo estoy tanteando las aguas. Confía en mí. ¿Qué te parece, George? ¿Solo J. J.?

George los ignoró y siguiendo vociferando órdenes a los leñadores. La caravana volvió a estremecerse y se inclinó en un ángulo más acusado. El archivador cayó a través de la puerta abierta y le faltó medio metro para llevarse consigo a Gonko. Se precipitó con estruendo al foso de abajo hasta perderse de vista en el túnel. Mientras descendía, una explosión de fuego anaranjado salió disparada del hueco de foso y floreció como un minúsculo hongo nuclear. En el fuego había formas que bailaban, formas negras y tenebrosas como murciélagos aleteando.

Gonko miró a J. J. con el ceño fruncido.

—Hijo de puta, si no dejas de llorar...

J. J. dejó de llorar, en efecto; algo le había llamado la atención. Se encontraba justo debajo de un pequeño armario de madera empotrado en la pared. No sabía por qué había atraído su atención ni por qué le infundía una sensación de tenue esperanza.

Apoyó el pie en el escritorio que estaba en la entrada, ignorando la caída que lo aguardaba si sus zapatos resbalaban, y alargó la mano hacia el picaporte del armario. Gonko dirigió su atención a George.

—Vamos, he sido un buen empleado, he hecho mi trabajo sin quejarme. ¿A qué viene sacrificar a los payasos?

—¡Ja! —fue la respuesta de George.

A lo lejos se oyó otro sonido, un estruendo distante que se aproximaba. Kurt estaba en camino. George vociferó una furiosa orden a los leñadores, que volvieron a zarandear la caravana.

J. J. alcanzó el armario. Estaba cerrado con llave.

—Oye, Gonks...

—No quiero oírlo, J. J., cierra la boca —le espetó Gonko.

J. J. se disponía a pedirle algo para abrir el armario cuando vio sobre el escritorio la llave maestra que Gonko se había sacado del bolsillo. Se agachó tratando de alcanzarla y, cuando la caravana tembló de nuevo, la llave salió volando hasta su mano. La caravana se quedó quieta un momento antes de sufrir otra violenta sacudida; J. J. y Gonko mantuvieron el equilibrio, pero Rufshod resbaló por la entrada, manoteando en busca de un asidero, y se precipitó hacia la casa de la risa. J. J. lo observó fascinado mientras se desplomaba como una muñeca de trapo, errando el foso y aterrizando de lleno de espaldas junto a este sobre algo que semejaba un altar sacrificial, donde se retorció de agonía y de placer. Gonko hizo una mueca.

—¿Has oído eso, George? —chilló—. J. J. acaba de caer. Ya está ahí abajo. Vamos, deja la caravana. Has pillado al traidor.

—He pillado a uno de ellos —repuso George.

En ese punto Gonko pareció perder lo que le quedaba de calma.

—¡Cabrón! Si salgo de esta, George, voy a matarte muy despacio. ¿Está claro? Capullo mocososo, hace años que espero la oportunidad. Voy a tardar años en matarte, ¿me has oído?

—Acabas de cagarla. Estaba a punto de negociar —dijo George.

—¡Y una mierda! Eres un enano muerto, Georgie, no me extraña que tu padre no confiara en ti para dirigir el espectáculo. Eras un capullo llorón y lo sigues siendo. Cada vez que intentabas matar a Kurt yo estaba allí para contarle tu plan. Era demasiado divertido verte haciendo puchereros, a punto de llorar.

—¡Ja! ¿Qué estás haciendo tú en este momento, Gonko?

Entretanto las pisadas sordas de Kurt se estaban acercando. J. J. introdujo la llave maestra en la cerradura del armario. Giró la llave y la puertecita de madera se abrió. Se puso de puntillas y vio montones de bolsas de terciopelo, que se derramaron del armario y se precipitaron por la puerta de la caravana. J. J. aferró una de las más grandes mientras caía, buscando frenéticamente a su alrededor algo en lo que echar el polvo. Gonko volvió la cabeza y exclamó:

—¿Qué...? ¡El alijo de George! Hay que joderse, qué poco ha faltado. J. J.,

tírame una.

—Necesito un cuenco —replicó J. J.— y un mechero.

—Vale, vale, prepárame una ración. —Gonko sacó un cuenco y un mechero de sus bolsillos—. Yo mantendré interesado a George. ¡Oye, Georgie! ¿Recuerdas que en el cuarenta y cuatro alguien mató a tu loro? ¿Cómo se llamaba?, ¿*Reynold*? Ya sabes, el único amigo que has tenido. Fui yo, George. Me lo follé hasta la muerte y después se lo serví a Goshy.

—¡Cuando llegues al infierno puedes decirle hola a ese pequeño cabrón! —chilló con estridencia George. Gonko le había tocado una fibra sensible al fin.

Balanceándose peligrosamente sobre el escritorio, J. J. sostuvo la llama bajo el cuenco el tiempo suficiente para que se derritieran los granos de tres bolsitas. Gonko alargó las manos para asir el cuenco.

—Date prisa, J. J., por amor de Dios.

Un nuevo rugido hendió el aire:

—¡El nombre de Dios... en vano! —Kurt estaba cerca; Kurt estaba allí. No había tiempo que perder. J. J. le alargó el cuenco a Gonko... y después lo retiró.

Espera un segundo, pensó. No había tiempo que perder, sobre todo siendo el señor «Buen chico», el señor Camarada, el señor «Noble dispuesto a salvar a los demás a su costa». ¿Acaso eso había formado parte del repertorio de J. J. alguna vez? No señor, creía que no. Ni tampoco el señor «Aquí tienes, Gonko, tú primero».

Sin decirle una palabra de disculpa, engulló el líquido.

Gonko lo miró boquiabierto.

—¡J. J.! ¿Qué demonios estás...?

—Quiero salir de aquí —susurró J. J., cerrando los ojos—. De este atolladero. Quiero salir de la caravana ahora mismo. Por favor, por favor, por favor.

J. J. abrió los ojos y miró a su alrededor; la caravana soportó otro golpe. No había pasado nada. Contempló horrorizado a Gonko, que estaba meneando la cabeza y echando chispas por los ojos.

—Ahora sí que la has hecho buena, estúpido hijo de puta. Ahora sí que la has hecho buena...

La caravana recibió otro zarandeo brusco y poderoso, como si se hubiese estrellado contra ella un camión. Kurt había embestido contra la parte trasera y los dos payasos cayeron al sótano de la casa de la risa. J. J. había obtenido su deseo.

Jamie lo presencié todo. Volvió en sí como si un terremoto lo hubiera despertado bruscamente. Estaba tendido en la hierba a treinta metros de la casa de la risa, desde donde tenía una vista perfecta del perfil de Kurt, que ahora era enorme, arrojándose de cabeza contra la caravana para la segunda carga. La parte de atrás se hundió por completo, arrugándose como una lata de hojalata. Cuando la caravana dio una sacudida Jamie vio que Gonko se precipitaba a la casa de la risa acompañado de otra

persona. Alguien que se parecía mucho a él.

Jamie se dio palmadas en los brazos y en el pecho para cerciorarse de que realmente se encontraba allí, ileso y de una pieza. No sabía cómo, pero así era. Estaba ataviado con un traje de payaso de pies a cabeza, aunque cuando se dio palmadas en la cara no sintió el maquillaje, solo el sudor y la piel.

¿Cómo?, le gritó su mente, pero ya habría tiempo para eso más adelante. Se levantó y echó a correr.

Kurt destruyó completamente la caravana de su hermano y la arrojó a un lado con un brusco movimiento de los brazos. La caravana dio vueltas por el aire y aterrizó con estrépito sobre los leñadores, que estaban disfrutando de un merecido descanso junto al lugar de descanso de Slimmy, el enano fumador. Demasiado exhaustos para apartarse, apenas tuvieron tiempo para dirigirse unos a otros una mirada de exasperación mientras se desplomaba la caravana.

Entretanto, Kurt estaba asomado al sótano de la casa de la risa. Respiraba con bocanadas ásperas y entrecortadas, como un dragón. Estaba empapado de la escamosa cabeza a las garras de los pies, como si lo hubiera sorprendido una tormenta de sangre. George Pilo observó atentamente a su hermano desde el otro lado de un montón de troncos talados. Salió de detrás del montón de madera corriendo un riesgo calculado, aunque grande.

—¡Oye, Kurt! —exclamó.

Kurt volvió la cabeza, mirando de soslayo a su hermano con los ojos entrecerrados.

—Ten cuidado —le aconsejó George con una sinceridad perfectamente fingida—. Los pantalones de Gonko... son peligrosos.

Los labios de Kurt se contrajeron y sus colmillos relucieron.

—Gracias, hermanito.

—No hay problema. Atrapa a los traidores, Kurt. Ah, mira... a lo mejor quieres coger eso. Para defenderte, ya sabes. —George señaló el gran crucifijo de madera, que yacía en el suelo en las inmediaciones.

Si el rostro de Kurt hubiera podido manifestar expresiones humanas se habría encendido de placer.

—Vaya, qué bonito —gruñó, y alargó las manos para cogerlo, acunándolo en sus brazos—. Es apropiado, ¿verdad?

—Sí, Kurt —asintió George, mientras volvía a agacharse detrás del montón de madera—. Es apropiado para los traidores. Ve a por ellos.

Kurt se volvió de nuevo hacia la casa de la risa y se arrojó al sótano; aquella mole suspendida en el aire era una visión tan ominosa como la de un puente derrumbándose o la de un coche arrastrado por vientos huracanados. Y se acabó la partida. Jaque mate. George Pilo fue corriendo a la casa de la risa con los ojos

encendidos por el triunfo. A los de ahí abajo no les gustaban los crucifijos, no les gustaban nada de nada.

Kurt Pilo era el cachorro más pequeño de la camada en comparación con lo que acechaba al término de aquel túnel llameante, pero en su forma bestial el pensamiento racional estaba casi fuera de su alcance. Llevar un crucifijo en semejante compañía era una imperdonable violación de la etiqueta, pero creía que los rugidos que brotaban del fondo eran de camaradería, que lo estaban alentando para que siguiera adelante. Los supervivientes que oyeron esos rugidos por todo el parque de atracciones encontrarían sus pesadillas teñidas para siempre por ellos.

Con tres golpes Kurt machacó a Rufshod hasta matarlo y a continuación se volvió hacia Gonko. Aunque este luchó con ferocidad, no llevaba nada en los bolsillos que pudiera hacer frente a Kurt desenmascarado, y ni siquiera pudo magullar a la bestia antes de que Kurt lo arrojara violentamente contra la pared, dejándolo inconsciente, y se volviera hacia J. J., que murió de rodillas, suplicando compasión.

Kurt soltó el crucifijo y alargó las manos hacia el cuerpo de Gonko, metiéndoselo debajo del brazo y acariciando con ternura la cabeza del jefe de los payasos, musitando suavemente recriminaciones que se perdieron en el gruñido primordial de su garganta. El crucifijo cayó por la boca del foso, inflamándose durante el descenso, dando vueltas y rebotando contra las paredes del túnel.

Exultante como estaba, Kurt, la espada del infierno, no advirtió nada extraño ni siquiera cuando las llamas salieron rugiendo del foso y unos brazos formidables y tenebrosos lo levantaron para llevárselo consigo. Cayó entre los de su propia especie, desenmascarado para siempre, con Gonko inconsciente en sus brazos.

25

Supervivientes

Cuando se dispararon los ruidos procedentes de la casa de la risa, Jamie se puso en pie temblorosamente y miró a su alrededor como un ciego. No se percataba de los despojos ensangrentados que lo rodeaban. La masacre de Kurt no había pasado por alto a nadie. Niñopez y los demás rebeldes habían obtenido la libertad de la única forma en la que podían.

Sin saber adónde ir, Jamie se dirigió a la carpa de los payasos. En la mesa de juego había una partida de solitario abandonada. Deambuló por las habitaciones, en las que todo seguía igual que antes, como la cama en la que había despertado cada mañana ante la culpa y los recuerdos torturados y las sorpresas que le dejaba J. J. Se quedó sentado un minuto y después se levantó para dirigirse a la habitación de Winston, aturdido.

Winston estaba dentro, sentado en la cama. Jamie se frotó los ojos y parpadeó para asegurarse. Winston volvió la cabeza lentamente hacia la puerta.

—Funcionó —dijo en voz baja.

—¿Qué...? —empezó Jamie. Al pie de la cama de Winston había al menos un centenar de bolsitas de terciopelo, todas ellas vacías.

—Unos dos años de salario de una sola sentada —dijo Winston—. No he parado de engullirlo hasta que no he podido más. No sabía si funcionaría... No hacen ninguna excepción a las reglas. A lo mejor ya había acabado todo y no les importaba. He deseado escapar de este lugar tantas veces... He negociado, he suplicado, ya sabes. Nunca me concedieron ese deseo. Te dan lo que quieras excepto... la libertad.

Jamie se sentó al pie de la cama. Winston tenía la mirada perdida en el espacio.

—Déjalo —dijo Winston con el atisbo de una sonrisa en la cara—. ¿Qué es lo que ha pasado ahí fuera? Parecía divertido, fuera lo que fuese.

Jamie le refirió lo que recordaba, basándose en gran medida en los recuerdos de J. J., y deteniéndose en el momento en el que J. J. había formulado su deseo. El difunto J. J.

—No sé si Kurt sigue... ahí fuera —añadió Jamie.

—No lo creo —dijo Winston—. No sé si habrás oído esa espantosa competición de gritos, pero parecía que los jefes de Kurt le estaban ofreciendo la jubilación.

Jamie se estremeció. El mundo exterior se había acallado. A lo lejos oyeron una voz que gritaba, aullando al cielo de alegría.

—Parece que Georgie sigue vivo y coleando —musitó Winston—. Cree que ha ganado. Veré lo que puedo hacer al respecto. —Se levantó y le arrojó a Jamie una

tarjeta unida a una tira de cuerda; un pase—. Aquí tienes. Deberías volver a casa.

—¿Qué vas a hacer tú?

Winston se rio en voz baja, y la carcajada se convirtió en un suspiro.

—A lo mejor yo también me marchó. Aún no lo sé. Me gustaría relajarme unos años antes de quitarme de en medio. —Sacó una pequeña pistola del bolsillo—. Hasta luego, Jamie. Voy a aguarle la fiesta a George.

—Winston... —dijo Jamie. Winston se detuvo en la entrada sin darse la vuelta. De pronto Jamie tenía demasiadas cosas que decir, pero no sabía por dónde empezar. Se quedó mudo, tratando de hallar palabras imposibles.

—No pasa nada —lo atajó Winston con tono cansado—. No has pedido nada de esto. Ni yo. A lo mejor nos vemos fuera alguna vez. Adiós, hijo. Lárgate de una puñetera vez.

—No te olvides del cura —dijo Jamie—. Está fuera, al otro lado de la cerca.

Winston asintió y se fue. Jamie quiso acompañarlo y salir ahí fuera a librar la última parte de la batalla, pero también quería huir. ¿Qué habría hecho J. J.? Habría huido. Jamie dejó que J. J. tomase la última decisión por él, aunque tal vez más adelante se odiase por ello. Huyó.

Aturdido, atravesó a la carrera el pantano ensangrentado en el que se había convertido el callejón de las casetas. Los cadáveres yacían amontonados y despedazados. Kurt lo había hecho todo en cuestión de minutos. Jamie cerró los ojos en un intento de apartar aquella visión de su mente. Pasó ante la campana de «pruebe su fuerza», las cabezas de payaso giratorias, la barraca de «dispare a un pato y gane un premio» y la noria paralizada contra el cielo artificial. Cuando llegó al ascensor y abrió la puerta oyó un sonido lejano: dos detonaciones huecas, *pop, pop*, y una pausa seguida de una tercera detonación.

—Espero que hayas acabado con él —susurró Jamie. Tiró de la palanca en dirección a la ciudad de Brisbane y volvió a casa.

Nadie les dijo a los recaudadores de entradas lo que había sucedido aquella noche, por supuesto. Ellos vivían fuera del parque de atracciones. Instalaron sus puestos en la feria del condado de Woomera, conforme a las instrucciones que habían recibido. Algunas personas iban a pasar un día extraño.

26

Epílogo

El país necesitaba una inyección de folclore, algo truculento y misterioso que distrajera a los ciudadanos de otros peligros más inminentes, como la guerra y el terrorismo que siempre acaparaban los titulares. La gente acampaba y paseaba por los bosques en busca del legendario circo. Algunos regresaron asegurando que lo habían encontrado y trataron de vender la historia... y algunos lo consiguieron. A medida que aumentaban los rumores y las supersticiones, los testigos originales guardaron silencio. Los relatos se difundieron por Internet como un incendio descontrolado y los chiflados de los sombreros de papel de aluminio se lo pasaron en grande entretejiéndolos de algún modo en los grandes planes de los Illuminati para dominar el mundo. ¿Cómo era posible que tantas personas, granjeros sensatos y de lo más respetables, jurasen por lo más sagrado que habían tenido visiones tan extravagantes?

Parecía un circo, afirmaron, pero había sangre por todas partes. Cadáveres por todas partes. Como un circo que hubiera caído dentro de una batidora y se hubiera derramado por todo el suelo. Se contaban historias de un negro con turbante, un negro bonachón que había llevado a cabo algunos números de pirotecnia que había que ver para creer. Parecía que disparaba cometas con la mano...

En ese punto los testigos solían quedarse en blanco, menear la cabeza, estremecerse, olvidar lo que estaban a punto de decir y pedir que terminase la entrevista, por favor.

Eso hizo que algunos se preguntaran: ese otro misterio sin resolver en el que habían muerto aplastadas nueve personas... ¿no había sucedido también en un circo? ¿Acaso había alguna conexión?

¿Y qué había del tipo que había arrestado la policía en el solar de una obra de Brisbane, deambulando con un traje de payaso? Ya sabéis, ese que había desaparecido hacía una temporada con un amigo suyo. En aquel momento se había creído que se trataba de algo relacionado con la mafia; ambos eran personajes turbios, a todas luces drogadictos. Y varias semanas después, allí estaba. La policía lo interrogó con detenimiento. Las evaluaciones psicológicas indicaron que era el hombre más cuerdo del mundo. Dijo que ignoraba dónde había estado y al parecer no mentía. En cuanto al otro tipo, el que había desaparecido con él, su fea cara salió en todas las noticias durante más o menos una semana. Algunos afirmaron que lo habían visto en el monte en compañía de una extraña mujer, pero no pudieron confirmar el avistamiento.

Cuando cesó el alboroto, así como las entrevistas con la policía y los psicólogos, y la interminable sucesión de preguntas de familiares y amigos (que nunca volverían a mirarlo del mismo modo), la vida de Jamie prosiguió como si le hubieran borrado limpiamente de la memoria un gran número de años; sentía en los huesos el cansancio provocado por una experiencia terrible al tiempo que su mente trataba de asir sombras. Su noción del tiempo parecía haberse deteriorado y las semanas de paro se extendieron como un día largo mientras se afanaba en la casa de sus padres, intentando cogerle de nuevo el tranquillo a la vida cotidiana. Lo inquietaban vagamente y lo atormentaban las preguntas planteadas como por un desconocido en lo más hondo de su ser. A menudo interrumpía lo que estaba haciendo, meneaba la cabeza y musitaba algo para sus adentros, abatido; en ocasiones surgían las palabras «no lo sé». Otras veces se quedaba absorto, con la mirada perdida en el espacio, la mente en blanco, la boca abierta y un libro abierto sobre las rodillas, tratando de enhebrar pensamientos como si buscara a tientas un interruptor en la oscuridad.

Leía con una fascinación que rayaba en el horror los recortes de periódicos que le enseñaban sus padres sobre las personas que habían muerto aplastadas, el sacerdote desdentado que había musitado algo acerca de un circo y después se había negado a decir una palabra más y él mismo, al que habían encontrado deambulando por las calles vestido de payaso, incapaz de responder a preguntas sencillas sobre las motas de sangre que habían hallado en sus zapatos.

Su mente ahondaba con cautela en aquella noche buscando respuestas, pero no demasiado ni durante demasiado tiempo. Recordaba que se había tambaleado como un borracho y que se había caído de bruces en la acera antes de que la policía lo arrestase, pero ¿antes de eso...? Allí había algo, tenía que haberlo. Y en algún nivel más profundo que el pensamiento sabía que era mejor que siguiese oculto.

Para olvidar, les había pedido un último deseo a las llameantes estrellas con la ayuda de la bolsita de terciopelo que había encontrado en su bolsillo cuando salía del parque de atracciones por última vez. Cuando la policía lo arrestó aquel episodio ya se había borrado por completo de su mente.

Y la bolsita de terciopelo medio llena todavía estaba en el cajón de su mesita de noche. De tanto en tanto la sopesaba en la mano; era un poco demasiado pesada para su tamaño y producía un sonido como de canicas entrechocando. Después la soltaba como si le hubiera quemado y se lavaba las manos.

A pesar del olvido, seguía teniendo pesadillas. Visiones intensas y despiadadas del infierno, visiones de un planeta más joven delimitado por reglas diferentes, de feroces guerreros escamosos que pisoteaban el suelo tembloroso con sus cascos y aullaban al cielo, aullaban desde alguna prisión oculta, aporreando los barrotes de sus jaulas.

Y en el meollo de aquellas horribles pesadillas cáusticas escuchaba una voz que le resultaba un tanto familiar: *Aún no se ha acabado tu tiempo. ¿Me has oído, colega? ¿Estás disfrutando de tus vacaciones ahí arriba? ¿Te gustan las peliculitas de miedo*

que pasan todas las noches? Aquí tienes una pista, cariño, no son sueños, son instantáneas. Sí, ahora ya sabes algo acerca del espectáculo. Ahora sí que lo sabes. La diversión no ha hecho más que empezar. Risas a tutiplén. Ven a reírte con nosotros cuando estés listo, porque si a mí no me dejan irme a ti tampoco, más te vale creerlo. El espectáculo está cerrado, no clausurado, recuerda lo que te digo. Volveremos a la ciudad, guapo, y no recuerdo haberte ofrecido la carta de despido...

Y cuando despertaba siempre tenía la sensación de que algo nuevo había brotado en su interior durante la noche y de que aunque después lo hubiesen arrancado y desarraigado, aunque lo hubiesen tirado, estaba dispuesto a crecer de nuevo en cualquier momento. Tendría que estar alerta, aunque no sabía ante qué enemigo.

Y sabía que había lugares extraños en el mundo. Le parecía que el mundo era un circo ambulante y que todo el mundo tenía una entrada gratis.

Y todos los espectáculos bajan el telón. Al final.

Notas

[1] N. del t.: Canción incluida en el disco homónimo de Mr. Bungle (1991). <<

[2] N. del t.: Canción incluida en el disco *Your Funeral... My Trial* de Nick Cave & The Bad Seeds (1986). <<

[3] N. del t.: Australian Football League, liga de fútbol australiana. <<

[4] N. del t.: En japonés, «muchas gracias». <<

[5] N. del t.: En español en el original. <<